

A·MALET - J·ISAAC

o

   LA ÉPOCA
CONTEMPORÁNEA

Handwritten signature
Handwritten initials
Handwritten mark

LIBRERIA HACHETTE S. A.

Pana

San Diego

LA ÉPOCA
CONTEMPORÁNEA

CENTRO DE DOCUMENTACION
MANUALES ESCOLARES
UNIA TLANTICO

CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL
PARA USO DE LA ENSEÑANZA MEDIA

MALET (ALBERTO). — *Curso de historia*. Tres preciosos volúmenes en 12º encartonados que comprenden:

- 1º EL ORIENTE. — *Prehistoria; Egipto; Sumeria; Caldea; Asiria; Babilonia; los Hebreos; los Fenicios y los Persas*. Un volumen de 190 páginas, ilustradas con numerosos grabados y mapas.
- 2º GRECIA. — *La civilización egea; Grecia; Esparta; Atenas; las Colonias griegas; las Guerras Médicas y la Decadencia de Atenas*. Un volumen de 160 páginas con numerosas ilustraciones y mapas.
- 3º ROMA. — *Italia primitiva; las Conquistas romanas; Conquista de las Galias; Establecimiento del Imperio; El Cristianismo y el Bajo Imperio*. Un volumen de 190 con abundantes grabados y mapas intercalados en el texto.

A. MALET y J. ISAAC. — *Curso de historia*. Tres preciosos volúmenes en 12º encartonados:

- 1º LA EDAD MEDIA. Un volumen.
- 2º LOS TIEMPOS MODERNOS. Un volumen.
- 3º LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA. Un volumen.

Los tres volúmenes están ilustrados con numerosos grabados y mapas intercalados en el texto.

SCHRADER (F.) y GALLOUEDEC (L.). — *ATLAS CLÁSICO DE GEOGRAFÍA*, que comprende 60 páginas, 184 mapas en cartulina, en colores, 44 noticias y 127 figuras en negro y colores. Un volumen en 4º encartonado.

CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL
PARA USO DE LA ENSEÑANZA MEDIA

Alberto MALET

Profesor agregado
de la Universidad

J. ISAAC

Inspector General
de la Instrucción Pública

Juan H. Isaac
LA ÉPOCA
CONTEMPORÁNEA

EDICIÓN ENTERAMENTE REFUNDIDA
Y PUESTA AL DÍA

Con la colaboración de
NARCISO BINAYAN

Profesor en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, etc.

OBRA ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS Y MAPAS



LIBRERIA HACHETTE S. A.
49, Maipú — Buenos Aires

LA EPOCA CONTEMPORANEA

CAPITULO PRIMERO

LA REVOLUCION FRANCESA

I

EL ANTIGUO REGIMEN EN FRANCIA

Para comprender bien la revolución y la importancia de su obra, es preciso saber cómo era Francia en 1789: conocer su organización política y su estado social.

Políticamente, Francia era una *monarquía absoluta y centralizada*. Todo poder estaba encarnado en el rey, pero la organización administrativa era la más *confusa* que se pueda imaginar.

La sociedad tenía por fundamento la *desigualdad*: en la nación se distinguían tres clases, a saber: el clero, la nobleza y el estado llano. De estas tres clases, las dos primeras eran *privilegiadas*; la tercera soportaba casi sola todas las cargas.

EL REY
Y LA CORTE El rey de Francia pretendía haber recibido su corona de Dios y «no debía rendir cuentas más que a Dios del ejercicio del poder supremo». La monarquía era, pues, *absoluta*. El rey gastaba como quería las rentas del estado, declaraba la guerra, hacía la paz cuando y como le parecía bien, podía disponer a su antojo de los bienes de sus súbditos y de su libertad. Por una disposición llamada *real orden*, podía hacer encerrar a quien le pareciese —sin sentencia— en una prisión de estado, tal como la Bastilla en París. El rey pretendía mandar hasta en el pensamiento de sus súbditos: ningún libro ni periódico podía publicarse sin autorización de la *censura*.

Queda hecho el depósito que
ordena la ley 11.723

Reservados para todos los países los derechos
de reproducción, traducción y adaptación.
Copyright by Librería Hachette, S. A.
Buenos Aires, 1947.

El rey vivía en el palacio de Versalles —cerca de París, que era la capital— rodeado de una corte brillante y numerosa, compuesta de unas diez y siete o diez y ocho mil personas.

El lujo de esta corte era desenfrenado, en las cuadras del rey había casi mil novecientos caballos, y los gastos de este solo servicio subían cada año a más de cuatro millones de dólares (*). El despilfarro era formidable. Sólo vendiendo los cabos de las bujías encendidas en el palacio obtenían las camareras treinta mil dólares de renta cada año. Además, los cortesanos se hacían dar pensiones o regalos. Necker calculaba que, desde 1774 a 1789, el rey había dado a su familia o a sus cortesanos más de doscientos millones (ciento veinte millones de hoy). «*La Corte, decía un gran señor, es la tumba de la nación*».

EL GOBIERNO

Para dirigir los negocios del estado, el rey escogía los *ministros*, que no dependían más que de él, y a los que destituía a su antojo. Pero mientras estaban en el poder, los ministros eran todopoderosos: de ellos partía y a ellos venía a parar todo.

En las provincias, el rey estaba representado por funcionarios llamados *intendentes*, que tenían poderes casi ilimitados. Esos intendentes, escogidos entre los burgueses, sabían que su fortuna no dependía más que de la voluntad del rey, y eran agentes dóciles de su autoridad. Por ellos se hacía sentir la voluntad del rey en todo el reino, y de ahí que Francia resultase una *monarquía centralizada*; pero eran detestados por las poblaciones.

FALTA DE UNIDAD

Aunque Francia era una monarquía centralizada, no era una *monarquía unificada*: las provincias formaban otros tantos estados distintos que, anexados unos tras otros por los reyes, habían conservado sus instituciones particulares.

«Se cambiaba de leyes, decía Voltaire, al cambiar de caballos de posta». Los franceses del mediodía eran juzgados se-

(*) Teniendo en cuenta el valor fluctuante de las monedas de los países de habla española a que este libro se destina, hemos creído conveniente no utilizar ninguna de ellas — tan diferentes, por otra parte, de un país a otro — reemplazándolas por el dólar.

gún las reglas del derecho *romano*, mientras que el norte estaba sujeto al código consuetudinario. Existían casi trescientas costumbres distintas, es decir, trescientos códigos diferentes.

El régimen del impuesto y el régimen de aduanas tampoco eran uniformes. Mientras unas provincias dejaban circular las mercancías entre ellas libremente, las otras tenían líneas de aduanas donde se percibían derechos de entrada sobre todo producto procedente de la provincia vecina, como se les percibe hoy, en las fronteras, sobre los productos extranjeros.

La organización judicial era particularmente complicada. Sobre los tribunales ordinarios estaban los trece *parlamentos*, de importancia muy desigual: el solo parlamento de París tenía bajo su jurisdicción más de la tercera parte del reino. Además, había muchos otros tribunales, tales como el tribunal de *bailliage*, el de la iglesia y el de los señores: en los pueblos, el juez del señor era el que reprimía los delitos menores, tales como injurias, golpes, borracheras, escándalos, etc.

Las leyes habían conservado la antigua ferocidad en su aplicación. Un delito de caza que hoy cuesta una pequeña multa, conducía al culpable a galeras perpetuas. Al acusado se le suponía siempre culpable. El *tormento* aplicado para arrancar la confesión del delito había sido abolido en 1780, pero se aplicaba aún a los condenados antes de la ejecución de la sentencia.

La iniquidad más grande y la más intolerable para las poblaciones era el régimen de los impuestos. Existían impuestos directos, de los que el principal era el de la *talla* (contribución territorial actual), e impuestos indirectos, como la *gabela* y las *ayudas*.

La *talla* sólo era pagada por los plebeyos, burgueses, labriegos y obreros. Los nobles y el clero estaban exentos. Los no privilegiados pagaban, como impuestos directos, de *cincuenta a cincuenta y siete francos por cada cien francos de renta*.

Los impuestos indirectos, sobre todo la *gabela* o monopolio de la venta de la sal, daba lugar a odiosos abusos. Toda persona mayor de siete años estaba obligada a comprar anual-

mente por lo menos siete libras de sal. No comprarla era delito, aunque se estuviese en la miseria. La *sal del deber* debía emplearse exclusivamente en la mesa: servirse de ella para salazones era delito castigado con multa equivalente a 170 dólares.

LA SOCIEDAD Como en la edad media, la organización de la sociedad tenía por principio la *desigualdad*: estaba dividida en tres clases u órdenes: el *clero*, la *nobleza* y el *estado llano*, siendo los dos primeros, como hemos dicho anteriormente, *privilegiados*.

Entonces había en Francia unos veinticinco millones de habitantes. De ellos menos de seiscientos mil eran privilegiados y más de veinticuatro millones no privilegiados.

El *clero*, primer orden del estado, disponía de una enorme fortuna; sus propiedades, estimadas en unos 800 millones de dólares, ocupaban el 6 % del territorio francés. A las rentas de estas tierras añadíase el impuesto del *diezmo*, exigido sobre todos los productos agrícolas, y los *derechos feudales*, que pagaban los habitantes de las tierras de la iglesia. La renta total excedía de 390 millones por año (más de 420 millones de hoy). El clero no pagaba al rey más que impuestos especiales, que apenas llegaban a veinte millones de libras por año.

Pero la mayor parte de las rentas iba a parar al *alto clero*, obispos y abades, que casi todos vivían en la corte y eran reclutados casi exclusivamente entre la nobleza. El bajo clero, por el contrario, curas o vicarios, procedía del estado llano y era frecuentemente miserable.

La nobleza tenía *privilegios reales*, como exención de talla, derecho de percibir de los labriegos ciertos impuestos llamados derechos feudales, y *privilegios honoríficos*, como cargos de corte, mandos en el ejército, embajadas, etc. Se dividía también en *gran nobleza* o *nobleza de corte* y *pequeña nobleza* o *nobleza de provincia*.

Las gran nobleza vivía en Versalles alrededor del rey, en medio de la ociosidad y de un lujo ruinoso. Poseía inmensas propiedades que, por permanecer incultas, no les rentaban casi nada. De ahí que para sostener su rango, se veía obligada a solicitar ávidamente las larguezas reales, lo que explica su apego al antiguo régimen.

Los nobles de provincia tenían en general poca fortuna, y sus apuros eran frecuentemente extremos. En las regiones del oeste, los nobles vivían familiarmente con sus labradores a quienes socorrían: de ahí que casi todos fuesen amados y respetados.

En la nobleza no faltaban personas ilustradas. Muchos nobles eran partidarios de las ideas de libertad e igualdad, tal como el marqués de La Fayette, que había ido a América para combatir por la independencia de los Estados Unidos.

El *estado llano* comprendía la masa de la nación. De hecho se dividía en tres clases distintas: burgueses, artesanos y labriegos.

La *burguesía* comprendía todos los que no practicaban un trabajo manual, como profesores, médicos y abogados; gente de ley, como notarios, escribanos, procuradores, etc.; empleados de administración y, por último, comerciantes e industriales.

La burguesía se había enriquecido mucho durante el siglo XVIII; de ahí que fuese ella la que facilitara al rey la mayor parte de las sumas pedidas como empréstito, y la encargada de los grandes trabajos públicos. Y de ahí también que, afectada directamente por los desórdenes de la hacienda, los pagos irregulares y las amenazas de la bancarrota, sintiera deseos de una *transformación política* que le permitiera vigilar e intervenir en los gastos del estado. Esos burgueses eran, además, generalmente ilustrados y estaban penetrados de las doctrinas de los filósofos y de los economistas. De aquí que anhelaran también una *reforma social* que los igualara a los nobles.

EL PUEBLO. ARTESANOS Y LABRIEGOS La industria estaba todavía poco desarrollada en Francia. Los *artesanos*, es decir, todos los que, patronos u obreros, vivían de un oficio manual, llegaban apenas a dos millones, establecidos en su mayor parte en las ciudades. En su mayoría, estaban agrupados en las corporaciones y sometidos a reglamentos complicados. Los obreros eran casi todos pobres, puesto que los salarios eran extremadamente bajos.

En 1789, Francia era un pueblo de labriegos, no existiendo más que un millón poco más o menos de siervos. Muchos labriegos eran ya propietarios, pero estaban obligados a pagar

al señor del país derechos feudales, que daban lugar a múltiples vejaciones y eran odiosos a los labradores.

Una vez pagados los impuestos reales, diezmos y derechos feudales no le quedaba al labrador lo necesario para vivir. De ahí que no contase con ninguna reserva; una mala cosecha lo reducía a la pobreza. Este era el caso en 1789. Se pagaba el pan a siete sueldos las dos libras (casi diez y nueve céntimos de dólar el kilogramo). Millares de mendigos hambrientos vagaban por Francia. En París, de 650.000 habitantes, se contaban más de 119.000 indigentes; un ejército completamente dispuesto a un motín. El arzobispo de Nancy, pronunciando el sermón de la misa de apertura de los Estados Generales, el 4 de mayo de 1789, decía, dirigiéndose a Luis XVI que dormitaba en el trono: «Señor, el pueblo sobre el cual reináis ha dado pruebas inequívocas de paciencia. Es un pueblo mártir al que parece no habersele dejado la vida sino para hacerle sufrir más largo tiempo».

II

LA CAIDA DE LA MONARQUIA

Reunidos los Estados Generales el 4 de mayo de 1789, se transformaron bien pronto en *Asamblea Constituyente*, que permaneció reunida hasta el 14 de septiembre de 1791. En un período de poco más de dos años, llevó a cabo una doble revolución, política y social. La revolución política consistió en el *derrocamiento de la monarquía absoluta* y el establecimiento de una monarquía constitucional, en la que los poderes del rey estaban rigurosamente limitados. La revolución social consistió en la abolición de los órdenes y de los privilegios, y en el establecimiento de la *igualdad* entre todos los franceses.

LAS ELECCIONES.
LOS
CUADERNOS

El gobierno real encontróse en 1788 exhausto de recursos y vióse obligado a convocar para 1789 los *Estados Generales*, reclamados por la opinión pública y que no se reunían desde 1614. Se eligieron unos mil doscientos (1196) de los que casi seiscientos (578) pertenecían al estado llano. Su representación era en realidad mucho más fuerte, porque de los trescientos (291) diputados del clero, más de doscientos eran curas o monjes.

colonos de origen y dispuestos a entenderse con el estado llano contra los privilegiados.

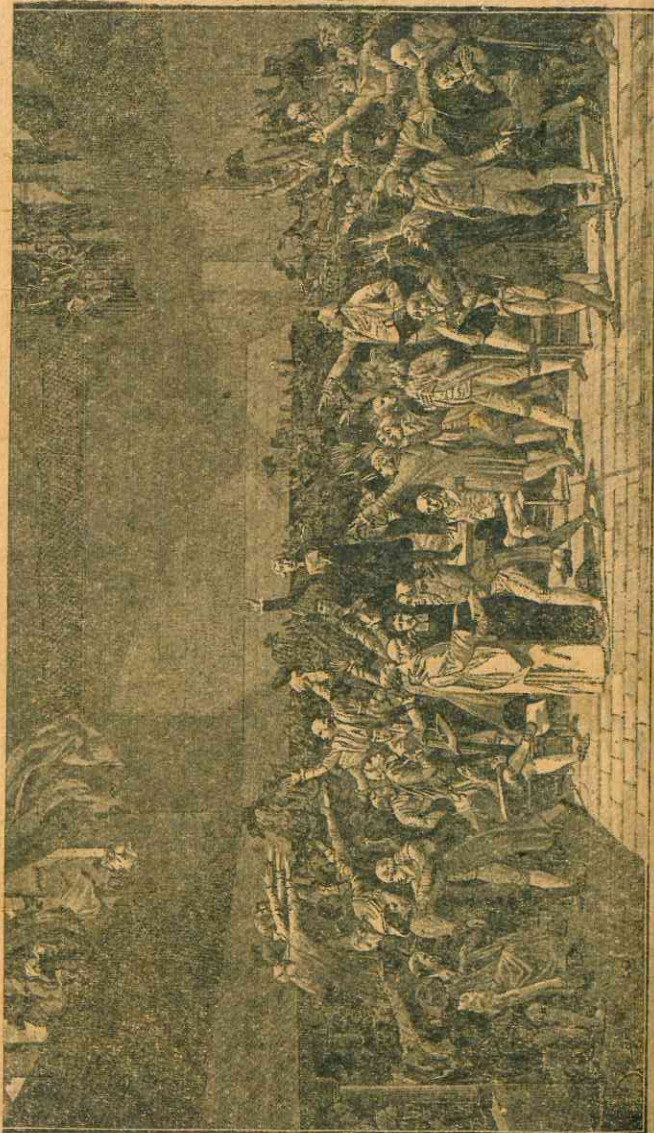
Según costumbre, cada asamblea de electores había redactado su Cuaderno, es decir, la exposición de sus quejas y sus deseos. Casi todos los cuadernos de los tres órdenes estaban de acuerdo para pedir una *Constitución* que «definiere los derechos del Rey y de la Nación», que garantizase a todos los franceses la *libertad individual*, la *libertad de pensar y de escribir*, y que obligase al rey a convocar regularmente los Estados Generales y a no imponer contribuciones sin su consentimiento. Aún los del clero y los de la nobleza, pedían la *igualdad ante el impuesto*. Todos estaban redactados con un espíritu notable de moderación. *No había en ellos el más mínimo pensamiento de revolución violenta*, ni para el rey otra cosa que muestras de reconocimiento y de amor. Se abrigaba la esperanza de que todos los males iban a terminar y de que estaba próximo el bienestar universal.

El pueblo se fiaba de la bondad del rey, pero no conocía su debilidad. Cuando los Estados Generales se reunieron en Versalles, el 4 de mayo de 1789, Luis XVI estaba completamente bajo la influencia de su esposa María Antonieta que detestaba las ideas de reforma y consideraba a los reformadores como facciosos.

El 5 de mayo de 1789 celebróse la sesión solemne de apertura de los Estados. El rey anunció que los Estados se habían reunido para restablecer el orden en la administración. *No dijo ni una sola palabra de lo que preocupaba a todos: la Constitución*. Fué una inmensa decepción entre los diputados del estado llano.

El conflicto entre los órdenes empezó desde el día siguiente: *¿se debía votar por poder o por cabeza?* Si se votaba por poder, el estado llano no tenía más que un voto contra los dos órdenes privilegiados, y de nada le servía tener por sí solo tantos diputados como los otros dos órdenes reunidos.

El 17 de junio, después de cinco semanas de espera y de negociaciones, considerando los diputados del estado llano que representaban por lo menos el 96 por 100 de la nación, se declararon constituidos en *Asamblea Nacional*, y ésta decretó que no podía percibirse ningún nuevo impuesto sin su consen-



EL JURAMENTO DEL JUEGO DE PELOTA EN VERSALLES.
 Fotografía del cuadro de David uno de los diágramas a la Convención.

timiento. *Fué el primer acto revolucionario* y el primer fracaso del poder real.

Impulsado Luis XVI por la corte, decidió responder por un acto de autoridad: hizo cerrar la sala de reunión. Los diputados se reunieron en una sala de juego de pelota próxima al palacio, y juraron solemnemente «no separarse mientras no quedase establecida la Constitución del reino». Este es el célebre *Juramento del Juego de Pelota*. La mayor parte de los curas se reunió al estado llano.

El 23, en la sesión real, Luis XVI anuló las decisiones de los diputados y les ordenó retirarse después de la sesión, manifestando que cada orden debía deliberar aparte. El rey partió, pero los diputados del estado llano permanecieron en la sala de sesiones. El gran maestro de ceremonias se aproximó entonces y les dijo: «¿Han oído ustedes, señores, la orden del Rey?» Entonces, el conde de *Mirabeau*, noble elegido diputado por el estado llano, le respondió con vehemencia: «Id y decid a vuestro señor que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no se nos hará salir sino por la fuerza de las bayonetas».

El pueblo se manifestaba en favor del estado llano, y se temía que los soldados se vincularan a éste. El rey no se atrevió, pues, a obrar. Días más tarde, y por su orden, la nobleza y el clero se reunieron a la Asamblea Nacional que el 9 de julio tomaba el nombre de *Asamblea Constituyente*. Aquel fué el fin de la monarquía absoluta.

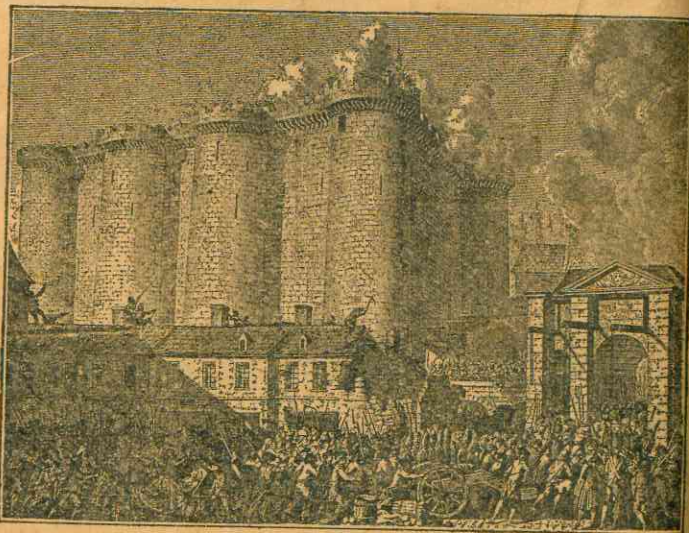
El rey había fingido ceder, pero, en realidad, preparaba un golpe de estado. El 11 de julio, Luis XVI manifestó sus intenciones haciendo dimitir al ministro Necker, partidario de las reformas.

La intervención del pueblo de París salvó a la Asamblea y aseguró el triunfo de la Revolución.

Quando se supo que Necker había sido separado del consejo del rey, la agitación, ya grande en París, se convirtió en sublevación. En los jardines del palacio real, punto de cita de todo París, oradores subidos en sillas arengaban a la multitud y la llamaban a la defensa de la libertad. Hubo cargas de caballería y heridos. Por todas partes se corría a las ar-

TOMA DE
LA BASTILLA

mas. El toque de rebato se hacía oír en todas las iglesias, y los burgueses formaban una milicia que bien pronto contó doce mil hombres. Por último, el 14 de julio, todo el furor popu-



LA BASTILLA.

Faésmile de un grabado de PRIEUR representando el ataque a la Bastilla. — Biblioteca Nacional.

La Bastilla había sido construída a fines de la edad media, durante la guerra de los cien años. A partir del reinado de Luis XIV, fué transformada en prisión de estado. No se encerraban en ella más que los prisioneros notables, internados sin proceso y en virtud de una real orden. De aquí que apareciese al pueblo como el símbolo de la arbitrariedad. El grabado representa a los asaltantes, y entre ellos muchos granaderos de las guardias francesas pasando el primer puente levadizo. Se está demoliendo una casa que estorba para el ataque. El pueblo empezó a demoler la Bastilla tan pronto fué ocupada. La destrucción se terminó para el 14 de julio de 1790, y ese día se bailó sobre el mismo emplazamiento de la ciudadela.

lar se volvió contra la enorme fortaleza de la Bastilla, que servía de prisión de estado, y cuyos cañones apuntaban a la capital. Al cabo de cuatro horas de combate, la débil guarnición de la Bastilla, capituló.

Por segunda vez, el rey cedió. El 17 de julio se presentó en el ayuntamiento de París y recibió de manos de La Fayette, jefe de la milicia parisiense, llamada *guardia nacional*, una nueva escarapela, azul, blanca y roja, formada con los colores de París y del rey, símbolo de la Francia transformada.

LA NOCHE DEL
4 DE AGOSTO

La toma de la Bastilla conmovió a Francia entera; fué como el signo visible del hundimiento del régimen absoluto. En muchas ciudades, a ejemplo de París, substituyéronse los funcionarios reales por *municipios revolucionarios* y se organizaron guardias nacionales. Al mismo tiempo, se propagó el terror por toda Francia, como una «conmoción eléctrica»: a esto se llamó el *Gran Miedo*. Decíase que se aproximaban bandidos que saqueaban todo a su paso, y los labriegos se armaron a toda prisa. Pasado el pánico, hubo una verdadera sublevación popular: los campesinos invadieron los castillos y casas señoriales para quemar los registros donde estaban inscriptos los derechos del señor, y hasta fueron incendiados varios de dichos edificios.

Asustada la Asamblea, examinó los medios de poner término a los trastornos señalados por todas partes. El 4 de agosto por la noche, el diputado noble vizconde de Noailles declaró que, teniendo la crisis por única causa los derechos señoriales, el sólo remedio era suprimirlos. Un entusiasmo patriótico y desinteresado se apoderó de la Asamblea: en medio de lágrimas, abrazos y aplausos, los diputados votaron la supresión de los derechos feudales, de las justicias señoriales, la redención de los diezmos y tributos a los señores, la abolición de todos los privilegios, el establecimiento de la justicia gratuita y la admisión de todos los franceses a todos los empleos. Ya no subsistía nada del antiguo régimen social.

DECLARACION DE
LOS DERECHOS
DEL HOMBRE

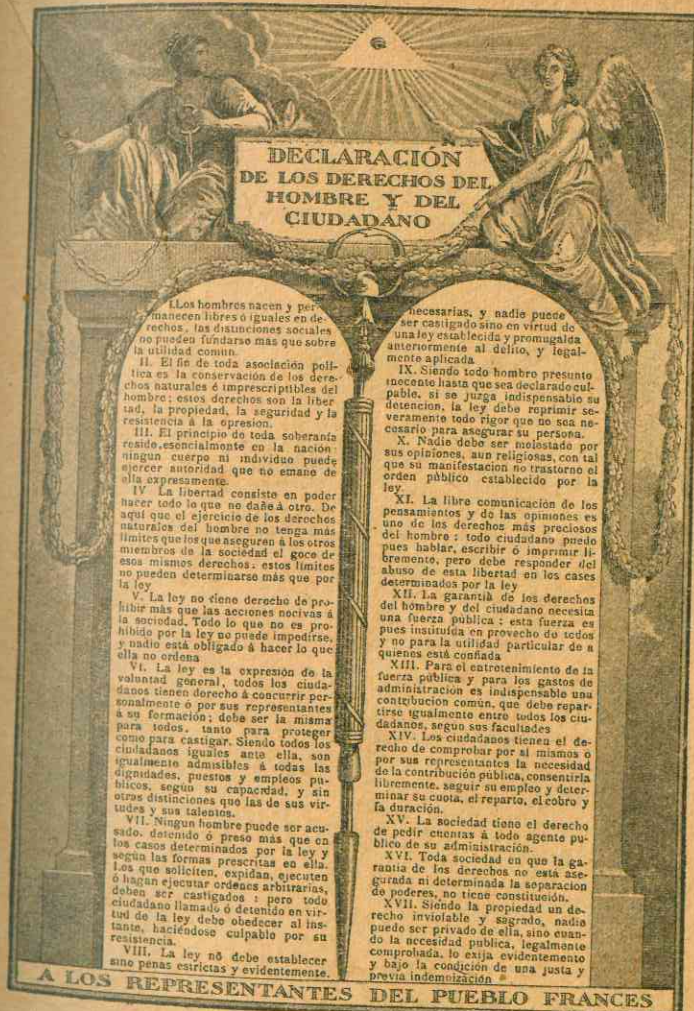
La Asamblea podía ahora reconstruir la sociedad sobre nuevas bases. Decidió colocar en cabeza de la Constitución, como lo habían hecho las asambleas americanas, una exposición de los principios generales sobre los cuales se fundaría el nuevo orden: esto es, la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, votada el 26 de agosto de 1789. Esta declaración se compone de diez y siete artículos, y está colocada bajo los

auspicios del Ser Supremo». En la página siguiente damos una traducción exacta del texto. Se puede decir que un país no es verdaderamente libre si no aplica exactamente todos sus principios.



LA MARCHA DE LAS MUJERES SOBRE VERSALLES, EL 5 DE OCTUBRE DE 1789.

Esta aguafuerte de la época, da interesantes detalles sobre el traje femenino popular en 1789: era casi el mismo que hoy. — Las mujeres con faldas amarillas, rosas, verdes y rojas que la miseria pone en camino para ir a buscar a Versalles “al panadero, a la panadera y al criadito” (al rey, a la reina y al príncipe), llevan un extraño armamento: cañón tirado a brazo, fusiles, espadas, sables, lanzas, hachas, tridentes y mazas. Una inscripción manuscrita al pie del grabado indica así el asunto: “Mujeres parisienses del mercado y otras que se encuentran en su partida del lunes para traer consigo pan y al rey”.



A LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO FRANCES

LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE.

Este cuadro, fotografía de otro, hecho en 1790, se compone de las siguientes alegorías: “De un lado, Francia rompiendo sus cadenas, y del otro la Ley indicando los derechos del hombre y señalando con su cetro al ojo supremo de la Razón que viene a disipar el error. La lanza, el haz, el gorro, la serpiente y la guirnalda de encina representan la unión de los departamentos, la libertad, el civismo, la prudencia y la sabiduría del gobierno”.

I. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, las distinciones sociales no pueden fundarse más que sobre la utilidad común.

II. El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre: estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

III. El principio de toda soberanía reside, esencialmente en la nación: ningún cuerpo ni individuo puede ejercer autoridad que no emane de ella expresamente.

IV. La libertad consiste en poder hacer todo lo que no daña a otro. De aquí que el ejercicio de los derechos naturales del hombre no tenga más límites que los que aseguran a los otros miembros de la sociedad el goce de esos mismos derechos: estos límites no pueden determinarse más que por la ley.

V. La ley no tiene derecho de prohibir más que las acciones nocivas a la sociedad. Todo lo que no es prohibido por la ley no puede impedirse, y nadie está obligado a hacer lo que ella no ordena.

VI. La ley es la expresión de la voluntad general; todos los ciudadanos tienen derecho a concurrir personalmente o por sus representantes a su formación; debe ser la misma para todos, tanto para proteger como para castigar. Siendo todos los ciudadanos iguales ante ella, son igualmente admisibles a todas las dignidades, puestos y empleos públicos, según su capacidad, y sin otras distinciones que las de sus virtudes y sus talentos.

VII. Ningun hombre puede ser acusado, detenido o preso más que en los casos determinados por la ley y según las formas prescritas en ella. Los que soliciten, espíen, ejecuten ó hagan ejecutar órdenes arbitrarias, deben ser castigados; pero todo ciudadano llamado ó detenido en virtud de la ley debe obedecer al instante, haciéndose culpable por su resistencia.

VIII. La ley no debe establecer sino penas estrictas y evidentemente

necesarias, y nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada anteriormente al delito, y legalmente aplicada.

IX. Siendo todo hombre presunto inocente hasta que sea declarado culpable, si se juzga indispensable su detención, la ley debe reprimir severamente todo rigor que no sea necesario para asegurar su persona.

X. Nadie debe ser molestado por sus opiniones, aun religiosas, con tal que su manifestación no trastorne el orden público establecido por la ley.

XI. La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre; todo ciudadano puede pues hablar, escribir ó imprimir libremente, pero debe responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley.

XII. La garantía de los derechos del hombre y del ciudadano necesita una fuerza pública; esta fuerza es pues instituida en provecho de todos y no para la utilidad particular de quienes están confiada.

XIII. Para el sostenimiento de la fuerza pública y para los gastos de administración es indispensable una contribución común, que debe repartirse igualmente entre todos los ciudadanos, según sus facultades.

XIV. Los ciudadanos tienen el derecho de comprobar por sí mismos o por sus representantes la necesidad de la contribución pública, consentirla libremente, seguir su empleo y determinar su cuota, el reparto, el cobro y la duración.

XV. La sociedad tiene el derecho de pedir cuentas a todo agente público de su administración.

XVI. Toda sociedad en que la garantía de los derechos no está asegurada ni determinada la separación de poderes, no tiene constitución.

XVII. Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella, sino cuando la necesidad pública, legalmente comprobada, lo exija evidentemente y bajo la condición de una justa y previa indemnización.

Sin embargo, la actitud del rey continuaba siendo equívoca. A fines de septiembre no había ratificado aún las resoluciones tomadas en la noche del 4 de agosto. Esta espera y la llegada de dos regimientos a Versalles, por la situación financiera y el temor de la bancarrota, y, sobre todo, por la escasez de los víveres sobreexcitó al pueblo.

El día 5, una muchedumbre de siete u ocho mil mujeres armadas púsose en camino hacia Versalles, a buscar pan y a castigar a los guardias de corps que se habían mofado de la escarapela tricolor. Pronto fueron seguidas por millares de hombres. La Asamblea fué invadida; el palacio bloqueado, y el 6 por la mañana, forzadas las verjas del palacio, muertos los guardias de corps, los amotinados entraron hasta la puerta de la cámara de la reina, que tuvo que refugiarse en la del rey. Para apaciguar aquellos motines, Luis XVI decidió volver a París con la familia real y se instaló en el palacio de las Tullerías. Dos semanas más tarde, la Asamblea también se trasladaba a París.

Las jornadas de octubre hicieron del pueblo de EL PUEBLO París el verdadero dueño de la revolución.

Y LA ASAMBLEA Su acción se ejerció aún durante las mismas sesiones. Las tribunas de la Asamblea y las intermediaciones de la sala estaban siempre llenas de un público apasionado que manifestaba su opinión por silbidos o aplausos. Hasta, más tarde, so pretexto de tener que presentar peticiones, largos cortejos populares fueron admitidos a desfilar por la sala en plena sesión.

La Asamblea tenía sesiones diarias, hallándose dividida en dos grupos principales y enemigos: los aristócratas, partidarios del antiguo régimen, que tomaban asiento a la derecha del presidente, y los patriotas, partidarios de la revolución, que se sentaban a la izquierda. Cada partido tenía sus oradores reputados; pero de todos los oradores de la Constituyente, ninguno igualó a Mirabeau. Noble, y rechazado por los nobles a causa de su vida escandalosa, el conde de Mirabeau se había hecho elegir diputado por el estado llano. Por su oratoria, sus conocimientos y la profundidad de sus miras, representó desde el principio un papel preponderante. Al

año siguiente, juzgando que la Asamblea limitaba la autoridad del rey más de lo que era útil para el bien del estado, resultó el defensor del poder real, pero murió poco después.

Mientras LA FEDERACIÓN la Asamblea perseguía en París la redacción de la Constitución, los patriotas de provincia no permanecían inactivos. Las guardias nacionales de los diferentes países fraternizaban en fiestas llamadas de federación, porque juraban permanecer unidos para la defensa de la libertad.

Todas estas federaciones locales fueron a fundirse en una nacional, en París, el 14 de julio de 1790. En su nombre, La Fayette juró sobre el altar de la patria, permanecer para siempre fiel a la Nación, a la Ley y al Rey.

La fiesta de la federación tiene importancia capital porque significaba la adhesión de todas las provincias de Francia al nuevo régimen, y la unidad de la nación francesa, constituida por la voluntad libre de las poblaciones.



MIRABEAU (1749-1791).
Según un pastel de Bounieu.

Gabriel Honorato de Riquetti, conde de Mirabeau, diputado del estado llano de Aix, en Provenza, fué el mejor orador de la Constituyente y el ardiente defensor de los derechos de la Nación. De mediana estatura y de formas atléticas, era notablemente feo, desfigurado por las viruelas: "Nadie conoce el poder de mi fealdad, decía él mismo. Cuando sacudo mi desgredada cabeza, no hay nadie que se atreva a interrumpirme". Hablaba en la tribuna casi sin ademanes, con tono pausado y grave, recalando las palabras con voz llena y sonora, y conservando siempre imperturbable sangre fría.

CONSTITUCIÓN
CIVIL
DEL CLERO

Después de La Fayette, el rey había jurado sobre el altar de la patria «que mantendría la Constitución». Quizás el monarca era sincero en aquel acto; pero casi inmediatamente la política religiosa de la Constituyente provocó en su espíritu una mudanza que debía serle fatal.

Ya a fines de 1789, para evitar la bancarrota inminente, la Asamblea había decidido vender en provecho del estado los bienes del clero considerados como *bienes nacionales*, asegurando en cambio a los ministros del culto un sueldo conveniente. Estos bienes nacionales fueron la garantía de un papel-moneda que llamaron *asignados*. Por lo demás, la confiscación no había atacado ni irritado más que al alto clero.

El voto de la *Constitución civil del clero* (12 de julio de 1790) tuvo consecuencias más graves. Esta Constitución, disponía que los obispos y párrocos debían ser *elegidos* por los mismos electores que nombraban a los diputados. El papa no les daba ni aún la investidura espiritual, sino que, simplemente, era informado de la elección. Algunos meses más tarde, ante la resistencia de los obispos, la Asamblea quiso obligar al clero a prestar *juramento de fidelidad* a la Constitución. Pero en abril de 1791, el papa condenó la Constitución civil. Entonces, la mayor parte del clero se negó a prestar juramento, y por ello se les llamó *refractarios*. Los que se sometieron, se llamaron *juramentados* o *constitucionales*. Los refractarios, generalmente sostenidos por los labriegos, sobre todo en el oeste, atacaron a los juramentados como si fueran heréticos, mientras que a su vez eran perseguidos por los revolucionarios. La nación, hasta entonces unida para conquistar su libertad, empezó a estar profundamente trastornada y dividida.

LA HUIDA DEL REY

Luis XVI era extremadamente piadoso. Aunque tuvo que ratificar la Constitución civil, no se atrevió a conformarse con ella, sobre todo después de la condenación del papa. Esta actitud sobrecorrió las desconfianzas populares. El 18 de abril de 1791, aprovechando la ausencia del rey, el pueblo invadió las Tullerías, bloqueó el carruaje real y obligó a Luis XVI a entrar en palacio.

El rey no pensó ya más que en escapar y reconquistar su autoridad por las armas.

En la noche del 20 al 21 de junio, disfrazado de criado, escapó de las Tullerías con la familia real para unirse al ejército que estaba en Lorena bajo el mando del marqués de Bouillé. Llegó sin tropiezo, hacia las ocho de la noche, a Sainte Menehould, a unos 150 kilómetros de París. Pero allí fué reconocido, y en *Varennes*, a menos de 200 kilómetros de París, fué detenido hacia media noche. Conducido de nuevo a París como un prisionero, fué puesto bajo la vigilancia de una buena guardia en las Tullerías y suspendido provisionalmente de sus poderes.

EL TIROTEO DEL CAMPO DE MARTE

Esta tentativa de fuga acabó de desvanecer los sentimientos de fidelidad hacia Luis XVI, que hasta entonces habían permanecido muy vivos. Es más, empezó a quebrantar la fe en la necesidad del gobierno monárquico, siendo ella la que *creó el partido republicano*.

Antes de la huida a Varennes no existían más que algunos republicanos aislados. No se creía en la posibilidad de la república en un gran estado como Francia. Pero durante la ausencia del rey, después de su regreso, se pudo hacer la experiencia de la república: la Asamblea supo asegurar sola y sin embarazos todos los servicios, y los republicanos resultaron numerosos, sobre todo en el pueblo de París.

Quisieron éstos impedir que la Asamblea restableciese a Luis XVI en sus poderes, pero la Asamblea envió la guardia nacional contra la manifestación que lo pedía y hubo gran número de muertos y heridos (17 de julio de 1791). A consecuencia de este tiroteo, el partido republicano se encontró desorganizado durante algún tiempo.

CONSTITUCIÓN DE 1791

La Asamblea acabó la redacción definitiva de la Constitución en la que trabajaba desde el mes de julio de 1789. El 14 de septiembre, restablecido Luis XVI en sus poderes, fué a prestar ante la Asamblea juramento solemne de mantener la Constitución.

El nuevo régimen reposaba sobre el principio fundamental de la *soberanía de la nación*. Pero la nación delegaba sus poderes: el ejecutivo en el rey, el poder legislativo en diputados elegidos, y el judicial en jueces elegidos también.

El rey, el día antes dueño absoluto por la gracia de Dios, no era ya más que el delegado hereditario de la nación en lo ejecutivo. Nombraba los ministros, los embajadores y los oficiales. Era inviolable e irresponsable. Las leyes debían ser sancionadas por él, teniendo el *derecho de veto suspensivo*, es decir, que podía, durante cuatro años, rechazar su sanción. Pasado este plazo, si la ley era de nuevo votada, ya no era necesaria la sanción real.

La *Asamblea legislativa* votaba las leyes, la guerra y la paz, y las contribuciones. Estaba formada por 745 diputados elegidos por dos años. Pero todos los franceses no eran electores: para tener derecho al voto era preciso pagar una contribución igual al valor de tres días de trabajo. Los constituyentes, en su mayor parte burgueses, desconfiaban del pueblo y no se habían atrevido a dar el derecho de voto a la clase pobre.

Los tribunales reorganizados estaban formados por *jueces elegidos* como los diputados. Además, la nación ejercía casi directamente el poder judicial en los procesos criminales: no eran los jueces, sino ciudadanos designados por sorteo, llamados *jurados*, los que proclamaban la inocencia o la culpabilidad de los acusados.

Francia se dividía en 83 *departamentos*. En ellos y sus subdivisiones, las funciones administrativas eran confiadas, no ya a representantes del rey, sino a delegados elegidos como los diputados y los jueces. Esta era la *descentralización* administrativa.

El 30 de septiembre de 1791, la Asamblea Constituyente declaró que «su misión estaba cumplida, y que sus sesiones habían terminado».

CAPITULO II

LA AGITACION REVOLUCIONARIA

I

LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

La Asamblea Legislativa, elegida en virtud de la Constitución de 1791, y cuyo mandato legal era de dos años, estuvo constituida menos de un año, o sea desde el 1º de octubre de 1791 al 20 de septiembre de 1792. Su historia fué marcada por dos hechos esenciales:

La declaración de guerra a Austria, el 20 de abril de 1792, punto de partida de una guerra que, convertida en europea, debía prolongarse durante diez años (1792-1802).

La caída de la dignidad real, provocada por la *insurrección parisiense del 10 de abril de 1792*. Apenas establecida la monarquía constitucional, desapareció para ser substituida por la república democrática.

Antes de separarse, los constituyentes habían decidido que ninguno de ellos podría formar parte de la Legislativa. Los diputados de la nueva Asamblea eran, pues, casi todos *hombres nuevos*, poco conocidos y menos experimentados.

Casi unánimemente realistas, unos querían que todos se atuviesen a la aplicación estricta de la Constitución, tomaban asiento a la derecha y pertenecían al club de los *fuldenses*; otros desconfiaban del rey y, de tendencias republicanas, querían reducir más todavía el poder real. Estos se sentaban a la izquierda, y pertenecían al club de los *jacobinos*.

Entre ellos se distinguía el grupo de jóvenes diputados de la Gironda.



MARÍA ANTONIETA EN 1792 por
KUCHARSKY.

Fotografía de Braun.

María Antonieta (1755-1793) fue muy naturalmente la adversaria constante de la Revolución, porque, hija de la emperatriz María Teresa, y prometida del príncipe heredero de Francia, había sido educada en la idea de que los reyes, representantes de Dios, tienen de Dios una autoridad absoluta y no deben dar cuenta más que a Dios. Impulsó constantemente a Luis XVI a resistir y a ensayar reconquistar su antiguo poder por la fuerza. Este retrato es el último que se ha hecho de María Antonieta, reina de Francia. El trabajo del pintor fue interrumpido por la insurrección del 10 de agosto. La cara, de expresión grave y triste, está terminada: el tocado, la cabellera rubia y el busto están solamente bosquejados o apenas indicados con rápidos rasgos de lápiz.

Fuera de la
LOS CLUBS Asamblea,
los partidos
volvían a reunirse en
los clubs, sociedades políticas formadas en tiempo de la Constituyente. En 1791 eran tres, que habían tomado sus nombres de los conventos abandonados donde celebraban sus sesiones: los jacobinos, los fuldenses o bernardos y los franciscanos.

El club de los jacobinos era el primero que se había creado, en 1789, y seguía siendo el más importante. El orador más escuchado de la sociedad era Robespierre. Los jacobinos eran una potencia en el reino, porque en toda Francia se habían formado sociedades análogas afiliadas a la sociedad de París. De esta manera tuvieron en la mayor parte de los departamentos, agentes voluntarios que recibían el santo y seña de París.

Después de la huida a Varennes, una parte de los jacobinos pidió, no la abolición de la autoridad real, sino la destitución de Luis XVI.

Los más moderados del club se separaron y formaron la nueva sociedad de los fuldenses.

El club de los franciscanos, creado por el abogado Danton, tenía un carácter más popular: se componía de un gran número de tenderos, obreros de las afueras parisienses, etc. Mientras los jacobinos continuaban siendo monárquicos, los franciscanos eran francamente republicanos.

LOS EMIGRADOS Cuando la Asamblea Legislativa empezó sus trabajos, la situación estaba completamente trastornada. En el oeste, los campesinos excitados por el clero refractario habían empezado la guerra religiosa. En París, el rey y la reina conspiraban secretamente contra la Constitución y negociaban con los soberanos extranjeros. Fuera, los emigrados se armaban y se esforzaban en provocar una intervención militar de Austria y de Prusia.

Los emigrados organizaron un verdadero gobierno y un ejército en Coblenza, y se jactaban de que irían bien pronto a restablecer al rey en su antiguo poder, con el apoyo del Emperador y del rey de Prusia, de quienes habían obtenido la promesa de obrar en favor de Luis XVI, pero a condición de que todos los soberanos de Europa estuviesen dispuestos a obrar con ellos. Por esta restricción, la promesa quedaba reducida a nada, pero los «aristócratas», para intimidar a Francia, la presentaron como el anuncio de una próxima intervención.

LA GUERRA Estos manejos hicieron más sospechoso al rey, excitaron cóleras más violentas y exaltaron el sentimiento nacional.

Los girondinos y la mayor parte de los jacobinos deseaban la guerra: veían en ella un medio de asegurar el triunfo definitivo de la Revolución, y de propagar por toda Europa las ideas de libertad y de igualdad. Austria era la enemiga designada, porque sostenía a los príncipes alemanes que favorecían en su territorio la reunión de los emigrados. Los girondinos forzaron a Luis XVI a formar un ministerio compuesto de sus amigos y el 20 de abril de 1792, ese ministerio hacía votar por la Asamblea la guerra a Austria.

JORNADA
DEL 20 DE JUNIO

El ejército francés comenzó por sufrir varios descalabros: estaba desorganizado por la emigración de los oficiales y, además, el rey y la reina informaban secretamente a los austríacos. Por

otra parte, los trastornos religiosos se agravaban en el oeste. La Asamblea entonces decretó que todos los curas refractarios serían deportados; ordenó la formación en París de un ejército de veinte mil federados, o guardias nacionales voluntarios. El rey no quiso sancionar los decretos e hizo dimitir al ministerio girondino.



GORRO FRIGIO Y PICA DE LA REVOLUCIÓN.
Museo Carnavalet. — Fotografía.

El gorro es de fieltro rojo con una escarapela tricolor. Su forma está copiada del antiguo gorro frigio, símbolo de la libertad de los esclavos. El gorro rojo era el que usaban los patriotas. Luis XVI se lo puso en la jornada del 20 de junio. El patriota se distinguía además porque llevaba pantalón en lugar de calzón corto: de aquí el nombre de sans-culotte que se les dió en tiempos de la Revolución. Llevaba también una chaqueta corta, la caramañola, y zapatos de madera, cuando se recogió el calzado de cuero para abastecer al ejército.

tas. Uno de los jefes, el carnicero Legendre, dijo al rey: «Señor, sois un pérfido, nos habéis engañado siempre y nos engañáis todavía; pero tened cuidado, porque la medida está llena».

El rey permaneció impasible y mantuvo el veto opuesto a los decretos.

Para intimidar al rey, los jacobinos organizaron, el 20 de junio de 1792, una gran manifestación popular compuesta de varios miles de personas, —hombres armados de picas y cubiertos con gorros frigos, mujeres vestidas de día de fiesta y niños llevando ramos de flores—, y se presentaron en la sala de sesiones de la Asamblea. Después de haber entregado en ella una petición, los manifestantes forzaron las puertas de las Tullerías, penetraron hasta las habitaciones del rey y desfilaron delante de él, reclamando la sanción y la llamada de los ministros patriotas.

EL 10 DE AGOSTO

Los peligros se agravaron más todavía a fines de julio. Prusia se había unido a Austria y un fuerte ejército prusiano se aproximaba a la frontera. La Asamblea proclamó la *Patria en peligro* y ordenó una leva general. El 28 de julio se conoció en París el *manifiesto del duque de Brunswick*, generalísimo de los ejércitos prusianos, que declaraba que todo francés que se atreviera a oponerse a los invasores sería castigado «como rebelde al rey», y que si el rey era ultrajado de nuevo en las Tullerías, París sería entregado «a una ejecución militar y a una subversión total».

El manifiesto de Brunswick llenó de indignación al pueblo de París, probando de manera evidente la complicidad del rey con los enemigos. Los «patriotas» decidieron, pues, derribar el trono. En la noche del 9 al 10 de agosto instalaron una *Comuna insurgente*, verdadero gobierno provisional. Se tocó a rebato en todas las torres. Por la mañana, los republicanos se posesionaron de las Tullerías. El rey y la familia real escaparon del palacio y fueron a pedir asilo a la Asamblea.

Casi inmediatamente empezaba el combate entre los insurrectos y los defensores del palacio. Luis XVI trató vanamente de impedir la lucha ordenando cesar el fuego. En una hora, las Tullerías fueron forzadas y saqueadas; pero los insurrectos no permitieron que se robase nada. Aquella batalla costó unas cinco mil víctimas.

La Asamblea obligada a ratificar la victoria del pueblo, decretó la suspensión del rey, la formación de una nueva Asamblea llamada *Convención*, elegida por todos los ciudadanos sin excepción y nombró un *Consejo ejecutivo* encargado provisionalmente del gobierno: el primer personaje que se designó fué Dantón.

LOS DEQUELLOS
DE
SEPTIEMBRE

Como resultado, en medio de la agitación que siguió al 10 de agosto, los poderes regulares, la Asamblea y el Consejo, tuvieron que avenirse con el poder insurgente, la *Comuna de París*, donde predominaba Robespierre. Con el apoyo de los clubs, ésta ejerció una verdadera dictadura e hizo meter en prisiones a millares de «sospechosos».

El desorden de los poderes públicos y el enloquecimiento

provocado por las noticias de la guerra y la aproximación de los prusianos, determinaron entonces deplorables excesos y horribles degüellos en las prisiones.

El 2 de septiembre se supo en París la inminente caída de Verdún, la última plaza que defendía la capital. La Comuna hizo tocar a rebato y tirar el cañonazo de alarma. Un periodista rencoroso y sanguinario, *Marat*, no cesaba de incitar al pueblo para que degollase a los traidores antes de marchar contra el enemigo, incitación que, desgraciadamente, fué oída. Durante cuatro días y cuatro noches, desde el 6 de septiembre, fuerzas armadas metódicamente la odiosa tarea en todas las prisiones donde estaban encerrados los realistas sospechosos, tarea que dió por resultado unas mil víctimas.

La Asamblea condenó los degüellos sin poderlos impedir. Pero los girondinos y sus amigos infamaron a los «septembrinos» y se separaron de los jacobinos poco después de aquellas matanzas.

El 20 de septiembre, la Legislativa dejaba el puesto a la Convención. El mismo día, el ejército de Dumouriez contenía a los prusianos en *Valmy* y salvaba a Francia.

II

LA CONVENCION

LA CONVENCION NACIONAL, que permaneció constituida durante tres años, desde el 21 de septiembre de 1792 hasta el 26 de octubre de 1795, abolió inmediatamente la dignidad real y estableció la República. Pero bien pronto se encontró frente a grandes dificultades, como la anarquía, la guerra civil y la guerra con el extranjero, y para triunfar en todo ello tuvo que organizar un régimen de dictadura: el *gobierno revolucionario*. Las pasiones y rivalidades de partido arrastraron a los revolucionarios a terribles excesos: esto es lo que se llamó *el Terror*, que duró hasta la caída de Robespierre (27 de julio de 1794-9 termidor). Sin embargo, la Convención salvó a la república y a Francia y llevó a cabo, en plena crisis, una *obra admirable de reorganización*.

La Convención, formada por 750 diputados, había sido ele-

gida por sufragio universal; pero la mayor parte de los electores no votaron, y los jacobinos, únicos organizados, fueron casi por todas partes los dueños de las elecciones. De aquí que la Convención tuviese tendencias mucho más democráticas que la Legislativa.

Apenas reunida la Convención,

empezó la furiosa lucha de los partidos, mal del que debía perecer la república. Dos grupos se disputaban la preponderancia en la Asamblea y el Gobierno: los *girondinos*, que componían entonces la derecha, y los *montañeses*, que formaban la izquierda, miembros de los jacobinos y franciscanos. El centro — la *llanura* o el *panzano* — se componía de la masa de diputados, gente indecisa, dispuesta a ceder a la influencia de los más enérgicos.

Girondinos y montañeses eran republicanos y demócratas; pero los girondinos, en su mayor parte diputados provincianos, desconfiaban de París y no querían ya más dictadura de



DANTÓN.

Peluca empolvada. Traje burgués de cuello alto y vistas anchas; corbata anudada negligentemente. Santiago Danton, era hijo de un procurador y era abogado de los consejos del Rey cuando estalló la revolución. Fué pronto un orador popular en los clubs, especialmente en el de los franciscanos. A una gran fealdad, a lo Mirabeau, unía una voz estentórea. Brutal, cínico, de una violencia desenfrenada en la expresión, Danton se muestra a menudo moderado y oportunista en la acción, capaz de golpes de audacia, de iniciativas felices, pero capaz también de compromisos turbios y de intrigas. Al día siguiente del 10 de agosto, supo encarnar la voluntad de defensa nacional y republicana: éste es su principal título de gloria.

la Comuna: tenían la preocupación de la legalidad. Por el contrario, los montañeses, apoyados en la Comuna y los clubs, aceptaban la dictadura parisiense y la juzgaban necesaria. Los tres principales personajes de la montaña eran Dantón, Marat y Robespierre. Sólo Dantón, de temperamento conciliador, hizo esfuerzos sinceros para reconciliar los dos partidos, pero los girondinos rechazaron todas sus proposiciones.

LA REPÚBLICA Desde la primera sesión, la Convención decretó por unanimidad la abolición del poder real. El pueblo de París iluminó sus casas y gritó «Viva la república», y al día siguiente decretó la Convención que los actos públicos se fecharían en lo sucesivo año I de la república (22 de septiembre).

EJECUCIÓN DEL REY Abolido el poder real, sólo quedaba por resolver la suerte del rey. En noviembre se encontraron pruebas de las relaciones de Luis XVI con los emigrados, y la Convención juzgó al rey declarándolo culpable de conspiración contra la libertad de la Nación y de atentado contra la seguridad del Estado; se le condenó a muerte.

El domingo 21 de enero se levantó la guillotina, frente a las Tullerías. Luis XVI subió al cadalso a las diez de la mañana. Quiso hablar al pueblo, pero un redoble de tambor apagó su voz. Murió con el ánimo tranquilo de un cristiano.

EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO La ejecución de Luis XVI aumentó los peligros que rodeaban a Francia. Provocó una coalición general de todas las grandes potencias de Europa. En Francia mismo se sublevaron cien mil campesinos vandeanos. En los ejércitos de Dumouriez se preparó un golpe de estado contra la Convención; sólo el patriotismo de las tropas pudo impedirlo (marzo-abril de 1793).

Para hacer frente a tantos peligros, la Convención tomó medidas dictatoriales. Creó un Comité de Seguridad General encargado de buscar a los sospechosos; un Tribunal Revolucionario, que juzgaba sin apelación, para castigarlos; y, por último, un Comité de Salvación Pública que dispuso soberanamente de los medios de defensa interior y exterior y que,

concentrando todos los poderes, resultó poco a poco un dictador de varias cabezas. En los departamentos y en los ejércitos, la Convención delegó varios de sus miembros, con plenos poderes: se les llamaba representantes en misión.

Por otra parte, la Convención votó la Constitución de 1793, muy democrática, pero se aplazó su vigencia a causa del peligro que corría la república y se decretó que «el gobierno provisional de Francia sería revolucionario hasta la paz».

Sin embargo, el CAÍDA DE LOS GIRONDINOS conflicto entre la gironda y la montaña se hacía cada día más áspero. A fines de mayo, la Comuna de París y los jacobinos resolvieron desembarrassarse de sus enemigos por la fuerza.

El 2 de junio de 1793, ochenta mil hombres con sesenta cañones, obligaron a



ULTIMO RETRATO DE LUIS XVI.
(18 de enero de 1793).

Fotografía de un dibujo a lápiz de DUCREUX. — Museo Carnavalet.

Este retrato fué dibujado tres días antes de la ejecución de Luis XVI, por uno de los comisarios encargados de vigilar al prisionero. La reproducción fotográfica ha atenuado las arrugas profundas que surcan esta cara grave, en la que se marca un aire de dignidad un poco altanera y de una firmeza que faltó al rey durante todo su reinado, pero que no le faltó durante el proceso ni en el cadalso. Tenía treinta y nueve años cuando murió, y había reinado diez y ocho años.

la Convención a decretar el arresto de 27 de sus miembros. Los montañeses eran dueños de la Asamblea.

EL TERROR

Este golpe de estado provocó en varias regiones insurrecciones girondinas. En el mes de julio, las tres cuartas partes de Francia estaban en armas contra París. Al mismo tiempo, los ejércitos enemigos forzaban por todas partes la frontera.

En el Comité de Salvación Pública, Dantón, desacreditado por su política de conciliación, fué reemplazado por Robespierre. El Comité de Salvación Pública y la Convención quisieron desalentar a sus adversarios por el terror y forzar por el miedo a todo el país a armarse contra el extranjero: a esto se llamó la época del *Terror*. La *ley de los sospechosos* declaró prevenidos de alta traición «a todos los que, no habiendo hecho nada en contra de la libertad, no hubiesen sin embargo hecho nada por ella». Se procedió a arrestos en masa, y el Tribunal Revolucionario envió cada día «hornadas» de condenados a la guillotina. Entre las víctimas contáronse la reina María Antonieta y los girondinos arrestados el 2 de junio. Hasta fin de julio de 1794, fueron ejecutados en París 2.586 personas.

El conjunto de víctimas en toda Francia fué de unas dos mil. En las regiones insurreccionadas hubo ejecuciones en masa. En Nantes, se cometieron abominables crueldades, haciendo ahogar a los prisioneros por millares y sin procesos en el Loira. El número de cadáveres arrastrados por la corriente era tal, que el agua del río se había envenenado y la municipalidad prohibió por bando el consumo del pescado.

Robespierre, miembro del Comité de Salvación Pública, resultó el verdadero jefe del gobierno. Había conquistado gran popularidad y el sobrenombre de *Incorruptible*, por su perfecta probidad, la dignidad y la sencillez de su vida (vivía con la familia de un carpintero), la corrección de su vestido, su tono dogmático y el prestigio de las palabras de inocencia y de virtud que tenía constantemente en la boca. Era un demócrata convencido, de una fé rígida, orgulloso y fanático. Había concebido, según la obra de Rousseau, el ideal de una república democrática fundada sobre la igualdad y la virtud.



MAXIMILIANO DE ROBESPIERRE (1759-1794).

Fotografía de un croquis acuarelado atribuido a Gerard (1770-1837) y que éste tomó durante una sesión de la Convención. Colección Jubinal de Saint-Albin.

Maximiliano de Robespierre, abogado de Arrás, fué diputado de la Constituyente: escandalizó a sus colegas proponiendo el establecimiento del sufragio universal. Elegido el primer diputado de París en la Convención, dominó a la Asamblea cuando hizo guillotinar a los girondinos, los hebertitas y los dantonistas. Sucumbió a su vez por haberse obstinado en mantener el régimen del Terror que juzgaba necesario para realizar su ideal igualitario. El croquis está acompañado de esta nota: "Los ojos verdes, el color pálido, frac mahón rayado de verde, chaleco blanco rayado en azul y corbata blanca rayada de rojo". Robespierre, cuidadosamente empolvado siempre, se preciaba de sobria elegancia.

Para realizar este ideal pensaba que todos los rigores y todos los sacrificios eran legítimos.

También se sirvió de ella para desembarazarse de los dos grupos que, en la Montaña, combatían su política: los *indulgentes* y los *rabiosos*. Los rabiosos, eran ateos y querían desligar a Francia de la soberanía de la iglesia; por dondequiera que dominaban, cerraban las iglesias y se divertían en celebrar en ellas el culto de la Razón: su grosería y su ateísmo eran odiosos a Robespierre. El grupo de los indulgentes estaba formado por Dantón y sus amigos: desde fines de 1793, estando ya conjurado el peligro exterior e interior, declaraban que el terror no tenía ya razón de ser, y que era tiempo de restablecer «el reinado de las leyes y de la justicia para todos».

Robespierre hizo arrestar y guillotinar a los rabiosos, so pretexto de conspiración que tendía a sitiar por hambre a París y provocar el degüello de la Convención. Algunos días después, acusados los indulgentes de conspirar para el restablecimiento de la monarquía, eran arrestados y guillotizados a su vez; entre ellos Dantón.

Muerto Dantón, ya no quedaba nadie para contrabalancear la influencia de Robespierre. Durante cinco meses, hasta fin de julio de 1794, ejerció una verdadera dictadura. La guillotina funcionaba sin descanso: sólo en las jornadas del 7 y 8 de julio se cortaron ciento cincuenta cabezas.

CAPITULO III

EL DIRECTORIO

I

LA REACCION TERMIDORIANA

La deplorable situación económica de Francia durante el reinado de Luis XVI se agravó bajo la revolución. Ésta se propuso hacer el bien, con tal falta de plan y conocimientos de la economía que cuadruplicó los gastos de la nación. Los *asignados* que habían parecido el remedio infalible comenzaron a perder su valor: en junio del 91 valían ya 85 francos; en enero del 92, 66; en marzo, 53; después hubo una pequeña alza pero en abril del 93 valían 47; en junio, 40; en julio, 35. Se había prometido no emitir más asignados, pero la promesa no se cumplió.

Los alimentos comenzaron a escasear muy pronto. Los jacobinos llevaron al máximo las dificultades. «La sociedad, decía, tiene la obligación de proveer a la subsistencia de todos sus miembros. Los socorros que necesita la indigencia son una deuda del rico para con el pobre. El derecho de propiedad es limitado y no se aplica sino a la porción de los bienes garantida por la ley. Toda posesión, todo tráfico que perjudique a la existencia de nuestros semejantes, es necesariamente ilícito e inmoral». Estos principios le permitieron confiscar bienes, comprar y vender a precios fijados por el mismo gobierno, señalar precios mínimos y precios máximos, etc. Las provincias fueron las más perjudicadas. Así se explica que en tres años de revolución hubiera 632 millones de francos de atraso en el pago de impuestos. Así se explica también que los agricultores abandonaran las cosechas puesto

que ya no obtendrían ninguna ganancia levantándolas. El gobierno la hizo levantar a la fuerza por los ciudadanos a quienes custodiaba la tropa.

Algunas provincias estaban sublevadas, los caminos eran malos y merodeaban los salteadores. Así París carecía de harina y pan, y los otros alimentos al reemplazar al pan subieron de precio. La carne se traía principalmente de la Vandea, que estaba sublevada. No existía ya moneda metálica porque había sido requisada por el gobierno. La moneda sin valor se agravaba así con los precios altísimos. El hambre, más que la política, socavaba la situación de Robespierre. Cuando sus enemigos pudieron derribarlo contaban, pues, con el apoyo tácito de todos.

CAÍDA DE ROBESPIERRE

Robespierre fué derribado por una coalición de todos sus enemigos, violentos y moderados, en la sesión del 27 de julio de 1794. Antes que Robespierre pudiese tomar la palabra, uno de ellos pidió el procesamiento del «nuevo Cromwell». Robespierre ensayó vanamente defenderse. El presidente, que era de los complotados, cubría con el ruido de la campanilla furiosamente agitada, la voz del acusado. Después de una tumultuosa sesión y a los gritos de «¡abajo el tirano!», fué decretado su arresto por unanimidad.

Sin embargo, la Comuna estaba por Robespierre y lo hizo poner en libertad aquella misma noche. Pero Robespierre no se atrevió o no quiso dirigir una insurrección. Arrestado de nuevo al día siguiente, se le guillotínó con veintuno de sus partidarios, pero al morir, con Robespierre, la dictadura jacobina, estaba condenada a muerte.

LA REACCIÓN TERMIDORIANA

Después de la victoria de la coalición, el poder volvió a los moderados: las leyes de excepción y el régimen del terror cesaron, se llamó a la Convención a los girondinos que habían sobrevivido y se cerró el club de los jacobinos.

Los últimos diputados de la montaña ensayaron sublevar al pueblo de los arrabales de París, para volver a ocupar el poder. Hubo motines populares, pero la victoria fué obtenida por la Convención, y los obreros de París tuvieron que rendir sus picas, fusiles y cañones.

Otro peligro amenazó entonces a la Convención. Los rea-

listas habían recobrado ánimos después de la derrota del jacobinismo. El partido realista se reclutaba en París, sobre todo entre la juventud elegante. Los *petimetres*, armados de garrotes, daban caza en las calles a los jacobinos. En el mediodía hubo un verdadero *terror blanco*: los antiguos jacobinos fueron degollados.

Para asegurar la duración de la república, la Convención, inquieta, decretó que las dos terceras partes de los diputados del futuro cuerpo legislativo deberían escogerse entre sus miembros. Los realistas, furiosos y despechados, dirigieron contra la Convención una violenta insurrección que fué sofocada gracias a las hábiles disposiciones del joven general Napoleón Bonaparte, puesto a la cabeza de las tropas de la Convención (5 de octubre de 1795).



UN PETIMETRE.
Fotografía de una acuarela
de CARL VERNET.

Se llamaban *petimetres* o increíbles, a los jóvenes de opiniones realistas que, para distinguirse de los *sans-culottes*, llevaban ridiculos trajes, renovados, según creían ellos, de los elegantes trajes del antiguo régimen. — Sombrero negro con escarapela tricolor, corbata y chaleco azules, chupa con grandes solapas blancas con flores azules y rosa, casaca naranja, pantalón corto amarillo paja, medias blancas, zapatos bajos de charol y guantes amarillos. En la mano izquierda, un gran monóculo; en la derecha un grueso garrote — el poder ejecutivo, decían los *petimetres* — que servía para apalea a los jacobinos.

Tres semanas más tarde, el 26 de octubre de 1795, la Convención se separó a los gritos de «¡Viva la república!».

Los hechos que acabamos de resumir, hechos políticos y episodios trágicos de la historia de la Convención, no son más que una pequeña parte de esta historia. La obra llevada a cabo en tres años por esta Asamblea, *obra de defensa nacional, y obra de organización*, fué prodigiosa.

La Convención había tenido que hacer frente a la guerra civil y a la guerra extranjera. Atacada en 1793 por sesenta departamentos insurreccionados y por los ejércitos de Inglaterra, Holanda, Prusia, Austria, Piamonte y España, había triunfado por todas partes a fuerza de energía y de audacia. *Dejaba a Francia engrandecida con Bélgica y todos los territorios situados en la orilla izquierda del Rin.*

La obra interior, llevada a cabo al mismo tiempo que se luchaba por la vida, no fué menos considerable. La Convención fué la más laboriosa de las asambleas políticas. De ella datan la mayor parte de las grandes instituciones de Francia actual. En materia de hacienda, creó el *gran libro de la deuda pública*. En legislación, persiguió sin poder acabarla la *redacción de un código único*. Dió a Francia un sistema de pesas y medidas científicamente basado, el *sistema métrico*, adoptado hoy por la casi totalidad de los estados civilizados.

Estudió con la mayor atención todas las cuestiones de enseñanza. «Después del pan, dijo Dantón, la educación es la primera necesidad del pueblo». La Convención proclamó el principio de la *obligación y la gratuidad de la enseñanza primaria*, que no pudo organizar por falta de dinero. Para la *enseñanza secundaria* hizo abrir «escuelas centrales», de pago, pero donde se admitían los colegiales pensionados por el Estado. Para la *enseñanza superior*, creó o reorganizó un gran número de establecimientos científicos o artísticos y escuelas especiales: Colegio de Francia, Museo, donde los más ilustres sabios enseñaron las ciencias naturales, Museo del Louvre, Biblioteca y Archivos nacionales, Escuelas militares, etc.

No hay duda que la Convención vertió o dejó verter mucha sangre, y el gobierno revolucionario fué con harta frecuencia odioso; pero para ella, como antiguamente para el senado

de Roma, la salvación de la Patria fué ley suprema. Cuando se disolvió, sus mismos enemigos sintieron, según la expresión de un testigo, «como si alguna cosa grande se marchara y que la escena iba a parecer vacía».

II

LA CONSTITUCION DEL AÑO III

La Convención había votado en 1795 una nueva Constitución: la *Constitución del año III*. El gobierno del *Directorio*, instituido por esa Constitución, duró cuatro años, o sea de 1795 a 1799. Durante esos cuatro años, Francia continuó en guerra con una parte de Europa y turbada interiormente con la lucha de los partidos. Pero la opinión pública estaba ya cansada de tanta agitación. Cuando el Directorio se hubo desacreditado completamente por sus torpezas y violencias, un general victorioso, Bonaparte, no encontró ningún obstáculo para apoderarse del poder por medio de un *golpe de estado*, el 10 de noviembre de 1799 (*19 brumario*).

La Constitución del año III confiaba el poder ejecutivo a un *directorio*: de aquí el nombre del *Directorio*. Este directorio, compuesto de cinco miembros, era elegido por el Cuerpo legislativo y renovable por quintas partes cada año.

El Cuerpo legislativo se componía de dos Consejos: el de los *quinientos* y el de los *ancianos*. Los quinientos preparaban las leyes; los ancianos las adoptaban o las rechazaban. Los dos Consejos eran renovables por terceras partes anualmente.

No todos los franceses eran electores: para tener derecho al voto era preciso saber leer y escribir y pagar una contribución directa.

LAS CAUSAS
DE
LOS TRASTORNOS

El nuevo gobierno hubo de luchar constantemente con grandes dificultades, tanto de orden político como administrativo.

Políticamente, el Directorio tuvo en frente a los partidos extremos, o sea a los realistas y a los jacobinos demócratas, fueron reprimidas por la fuerza varias conspi-

raciones. Pero bien pronto la oposición conquistó la mayoría de los Consejos: entonces, los directores se defendieron con *golpes de estado*. En 1797 fué dirigido contra los realistas: la mayor parte de los diputados realistas fueron arrestados y cierto número deportados a Guayana. Hasta se pusieron en vigor las leyes de excepción contra los emigrados y los sacerdotes refractarios. En 1798 el golpe de estado fué dirigido contra los jacobinos, que habían vuelto a abrir sus clubs y hecho elegir un gran número de diputados: el Directorio anuló la elección de unos sesenta jacobinos.



UN DIRECTOR.
Fotografía de un dibujo de LE
DRU, representando a BARRÁS
(1755-1820).
Biblioteca Nacional.

Barrás, representado aquí en traje oficial, con casaca y capa de terciopelo bordado en oro, la espada al cinto y la mano izquierda apoyada en un mapa, fué director durante todo el régimen. Diputado en la Convención, contribuyó a la caída de Robespierre y dirigió la defensa de la Convención en el 13 vendimiario. Tipo acabado de los que se llaman los asegurados y cuya política consistía en mantenerse en el poder con el solo fin de gozar de todas las ventajas que puede dar, estuvo mezclado a todas las intrigas y, siendo Director, entabló negociaciones secretas con Luis XVIII. Favoreció el golpe de estado de 18 brumario que derribó al Directorio e inició a Napoleón en el éxito político.

cambio, audaces especuladores que se habían enriquecido de pronto, estaban rabiosos de placer, y su ostentación era un insulto a la miseria pública; entre los hombres políticos había mucho egoísmo y *corrupción*. De aquí que el Directorio dejase a los contemporáneos la impresión de un régimen de descomposición general.

INFLUENCIA
DE LA
REVOLUCION
FRANCESA

No es arbitrario señalar la Revolución francesa como el término de una época y el comienzo de otra. La Revolución señala el último término de una serie de revoluciones de diversa índole que forman la Edad Moderna: el Renacimiento que significó la libertad del arte; el movimiento que encabezan Bacon y Galileo, libertad de la ciencia; la Reforma, la libertad religiosa; la filosofía de Descartes introduce la razón y el criterio de evidencia; los fisiócratas la libertad económica, los Enciclopedistas y la Revolución, la libertad política. Todos estos movimientos tienden a exaltar el valor del individuo.

De todos ellos el más ruidoso fué la Revolución francesa, porque lleva a lo político y terreno el antiguo principio cristiano de la igualdad de todos ante Dios: ahora todos serán iguales ante la ley, ante una ley dictada por personas que emergen de entre todos, por voluntad de todos. De aquí la importancia concedida a la sesión del 4 de agosto que liquidó una estructura política, y a la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano que inicia una nueva.

El despotismo ilustrado había preparado el terreno social para las reformas que debían sacudirlo. El absolutismo real en lo político y los derechos feudales en lo social, supervivientes de la Edad Media, existían en toda Europa. Así, no es de extrañar que el mismo Goethe, en Alemania, haga decir a uno de los personajes de su *Herman y Dorothea* palabras de elogio para la Revolución que traía la libertad y la igualdad. Polonia se dictó en 1791 una constitución sobre el modelo francés. Bélgica se sublevó, pero ya en 1790 quedó dominada nuevamente.

Pero el verdadero transformador de Europa fué uno de los hombres surgidos durante la Revolución, el general vencedor de las coaliciones contra Francia, Napoleón: él sacudirá los tronos, al abatir a los reyes probará la endeblez del

derecho divino de éstos y al hacerse Emperador, sacudirá con sus campañas militares el estado social, llevará la desorganización a las naciones para que al reorganizarse se apliquen los nuevos principios. A pesar de su aparente derrota inmediata habían entrado demasiado hondo en todos los espíritus para que fuera posible un triunfo duradero de los principios antiguos.

MIRANDA Francisco Miranda, venezolano, nacido en 1750, fué el sudamericano que primero logró convertirse en una personalidad europea. Pero no lo logró por afán egoísta, sino al servicio de un ideal, la independencia americana, que lo llevaría a vivir en prisión muchos años y morir allí antes de ver realizado su sueño.

Recorrió Estados Unidos y casi todos los países de Europa; en unos, tratando de interesar a los gobiernos para que ayudasen a la independencia de América; en otros, forzado por la persecución de los españoles que le atribuyeron diversos delitos para obtener su entrega. Lo ayudó mucho su exterior y su talento: unía a una enorme cultura el más extraordinario don de gentes, que le abría todas las puertas sin excluir el despacho del primer inglés o la intimidad de la emperatriz Catalina de Rusia; su rapidez mental y su energía, su aptitud para discutir, su cuidado y elegancia en el vestir completaron a este hombre extraordinario que tuvo la mejor suerte en todo, menos en lo que fué el ideal de su vida.

La emperatriz se interesó por él y le entregó una carta circular para todos los embajadores de Rusia en que les ordenaba acoger a Miranda «con la misma distinción y aprecio que ella lo había hecho, hacerle todo género de atenciones, acordarle protección y asistencia necesaria cuando él la necesite y ofrecerle el asilo de la Embajada si llegara a requerirlo».

Estaba ya en sus prodromos la Revolución francesa cuando llegó a Londres. Las relaciones de España e Inglaterra estaban a punto de romperse a causa de un incidente ocurrido en California. Inglaterra podía cooperar en la independencia americana y así se lo prometió Pitt, pero como España satisfizo las exigencias inglesas, el momento favorable desapareció.

Llegó a París en plena Revolución francesa y resultó actor de ella: mariscal de campo de los ejércitos de la Convención contra los coaligados. Con suerte alternativa, el Directorio le fué menos favorable y debió salir para Londres. Volvió a negociar con Pitt, con probabilidades de éxito.

En esta época fundó en Londres las Logias Lautaro y de los Caballeros Racionales o Gran Reunión Americana cuyos miembros juraban defender la libertad de sus países y asegurar su organización democrática. Pitt temía una invasión y canceló las conversaciones. Las reanudó Miranda con Adington que reemplazó a Pitt; la paz en Amiens las interrumpió por catorce meses.

Vuelto Pitt al poder se planea el ataque a Buenos Aires que años después realizaría uno de los que intervinieron en el proyecto: sir Home Popham. Para esta fecha había cambiado el panorama de Europa: ahora Inglaterra se preparaba para repeler la futura invasión de Napoleón.

Miranda partió para los Estados Unidos. Allí pudo por fin armar una expedición con que desembarcó en Coro (Venezuela) pero fracasó por falta de elementos y de apoyo inglés (1806). Entre tanto algunos marinos ingleses, sin apoyo ni autorización de su gobierno habían conquistado a Buenos Aires. Popham escribió a Miranda invitándolo a ir al «mejor país del mundo». Cuando Miranda recibió la carta ya los ingleses habían sido expulsados de la ciudad.

La inminente conquista de España hizo temer a Inglaterra que las colonias americanas también pasaran a Napoleón y se pensó, como un remedio, en la Independencia. Miranda fué llamado a Londres y se reemplazó el plan de invasiones inglesas por el de ayudar la emancipación.

Entretanto, España cae en manos de Napoleón. Inglaterra abandona otra vez a Miranda para ayudar a la península invadida, pero la ayuda es fugaz e ineficaz.

Miranda no tuvo tiempo de indignarse contra Inglaterra. Caracas había fundado un gobierno propio (1811) y lo llamaba. Miranda colaboró en el movimiento, pero las tropas nativas fueron derrotadas, y sus jefes castigados. Miranda murió en la prisión, en Cádiz, en 1816.

REPERCUSION
DE LA REVOLU-
CION EN EL
RIO DE LA PLATA

Tan pronto como se produjo la Revolución francesa, España trató de impedir la llegada a América de noticias que pudiesen suscitar ideas nuevas en los americanos y ordenó la vigilancia de los franceses residentes en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, las noticias llegaron: así en Buenos Aires y en ciudades de la actual Bolivia, en 1791, se hallaron ejemplares de un escrito en que se narraban los hechos ocurridos en Francia. Declarada la guerra dos años más tarde, se intensificaron las medidas para evitar la influencia de la Revolución. Existen pruebas que documentan la inutilidad de todas las medidas. Los papeles manuscritos y cartas en que se hablaba de los sucesos de Francia, llegaban hasta las ciudades más mediterráneas, y en los puertos se añadían las noticias que traían los marineros. La Revolución parece haber sido bien recibida, excepto la decapitación de Luis XVI y la persecución del clero. Así se explica el cuantioso donativo con que el Virreinato cooperó en la guerra contra Francia: el temor que la Revolución inspiraba hacía exagerar las noticias y extremar el celo de las autoridades que frecuentemente no reunían pruebas suficientes para castigar a los presuntos sediciosos. A principios de 1795 se descubrió en Buenos Aires un importante complot atribuido a algunos franceses con la complicidad de otros habitantes. Algunos esclavos —a quienes se habría interesado en la tentativa, ya que todos serían libres en la nueva organización— hicieron la delación. La causa fué llevada con el mayor deseo de hallar culpables pero no se llegó sino a decretar algunas deportaciones y una prisión de diez años en las islas Malvinas. Hechos semejantes ocurrieron en algunas ciudades del interior.

Muy poco después se hizo la paz en Francia, pero los franceses siguieron dando motivo para los recelos de los españoles: marinos o marineros que divulgaban noticias o hacían prédica disolvente especialmente entre los esclavos reparto de impresos o pasquines. No puede decirse sin exagerar, que las noticias se hayan divulgado hasta crear una conciencia revolucionaria. Más exacto sería decir que, más que los hechos de la Revolución, fué su parte doctrinaria la que influyó: más Rousseau, por ejemplo, que la Revolución.

CAPITULO IV
DEL DIRECTORIO AL CONSULADO

I

LA LUCHA CONTRA EUROPA

Durante diez años consecutivos, desde 1792 a 1802, Francia luchó contra las principales potencias de Europa.

Los adversarios de Francia fueron: en 1792, *Austria y Prusia*; de 1793 a 1795, *Inglaterra, Austria, Prusia, Holanda, España y Cerdeña*; de 1795 a 1797, *Inglaterra, Austria y Cerdeña*; de 1798 a 1802, *Inglaterra, Rusia, Austria, Turquía* y el rey de Nápoles.

Los resultados fueron: el reconocimiento de la República Francesa por Europa entera; el cumplimiento del designio secular de la antigua monarquía, es decir: *Francia extendida hasta sus límites naturales y dueña de la orilla izquierda del Rin*; la mayor parte de Italia, Suiza y Holanda sometidas a la influencia francesa.

CAUSAS
DE LA GUERRA

En 1789, al principio de la revolución, nada permitía prever un próximo conflicto entre Francia y los estados vecinos. La mayor parte de los soberanos gozaba egoístamente al principio, al ver al gobierno francés paralizado por los trastornos revolucionarios. La Asamblea constituyente era pacífica y decretó en 1790 que *la nación francesa renunciaba a emprender ninguna guerra de conquista*.

Desde 1790 a 1792 se pasó insensiblemente de este estado de espíritu pacífico a disposiciones belicosas. Los mismos soberanos empezaron a sentirse amenazados por la propagan-

da revolucionaria. Los patriotas franceses estaban irritados por las provocaciones de los emigrados y las agrupaciones armadas que se formaban en los electorados del Rin. Se hablaba en París en los clubs «de hacer la guerra a los reyes para la emancipación de los pueblos».

La cuestión de las agrupaciones armadas de emigrados fué la que provocó el conflicto. Desde que los jacobinos entraron en el poder, hicieron votar por la Asamblea legislativa una declaración de guerra «al rey de Bohemia y de Hungría», es decir, al emperador Francisco II, jefe de la casa de Austria (1792).

VALMY Prusia se unió a Austria. Los ejércitos franceses, mal mandados y debilitados por la emigración de los oficiales sufrieron descalabros. Los austríacos invadieron a Francia por el norte y los prusianos por el este. Estos se encontraban ya en Champaña cuando el ejército francés, mandado por *Dumouriez*, los derrotó en *Valmy*.

El 20 de septiembre de 1792, los franceses, muchos de ellos voluntarios que por primera vez veían el fuego, se turbaron ante el ataque de la famosa infantería prusiana, pero repuestos, la hicieron retroceder y pronto los prusianos ganaron la frontera.

El encuentro de Valmy no había sido más que una escaramuza muy poco sangrienta, pero de inmensas consecuencias. Consiguió contener un ejército reputado invencible, exaltó los ánimos del joven ejército republicano y lo hizo apto para llevar a cabo las más audaces empresas.

LAS CONQUISTAS FRANCESAS Al día siguiente de Valmy, los ejércitos franceses tomaron por todas partes la ofensiva. Ocuparon al sudeste *Saboya* y *Niza*, posesiones del rey de Cerdeña; al nordeste los países alemanes de la orilla izquierda del Rin, hasta *Maguncia*. Al norte, los austríacos fueron rechazados de Bélgica en *Jemappes* (6 de noviembre). Los voluntarios franceses iban al combate cantando la *Marsellesa*, himno guerrero que acababa de componer para el ejército el joven oficial *Rouget de l'Isle*.

La Convención decretó que en todo país ocupado por las armas francesas serían abolidos los derechos feudales y to-

dos los privilegios. Después, a pesar de la declaración solemne de 1791, a principios de 1793, la Convención declaró aquellos países reunidos a Francia: para salvar las apariencias, hizo votar la anexión por convenciones locales en cada país.

LA PRIMERA COALICIÓN Las conquistas, los ensayos de propaganda revolucionaria y la ejecución de Luis XVI provocaron a principios de 1793 una coalición general contra Francia.

Inglaterra, entonces gobernada por el ministro *Pitt*, no quería a ningún precio dejar a los franceses dueños de Bélgica y del gran puerto de Amberes. Declaró la guerra en 1793 y tuvo por aliados, con *Austria* y *Prusia*, *Holanda*, *España*, los estados italianos y alemanes, y hasta *Rusia*, que, por lo demás, no tomó parte alguna en las operaciones militares. Parecía imposible que Francia no sucumbiera ante liga tan formidable. Los coaligados estaban decididos a desmembrar a Francia y a aplastar la revolución.

INVASIÓN DE FRANCIA Parecía, en primer lugar, que la coalición triunfaría con facilidad. Hasta octubre de 1793, Francia sufrió reveses casi continuos. Añadidos a las insurrecciones interiores, provocadas por realistas y girondinos, dieron por resultado, como hemos visto, el establecimiento del gobierno revolucionario y del Terror: al norte, los austríacos habían recobrado Bélgica; los prusianos volvieron a tomar *Maguncia* después de cuatro meses de sitio. Españoles, ingleses, austríacos y prusianos invadieron Francia por todas las fronteras, pero la salvaron sus prodigios de energía. La Convención lanzó el decreto heroico de *requisición*: «Desde este momento hasta que los enemigos hayan sido expulsados del territorio de la república todos los franceses quedan sujetos al servicio de las armas. Los jóvenes irán al combate; los hombres casados forjarán y fabricarán las armas, y transportarán las subsistencias; las mujeres harán las tiendas y los uniformes y servirán en los hospitales; los niños harán hilas de las ropas viejas; los ancianos, en fin, se harán conducir a las plazas públicas para excitar los ánimos de los guerreros, predicar el odio a los reyes y la unidad de la república». Gracias a esta leva en masa se pudieron

enviar a las fronteras nueve cuerpos de ejército, cuyo efectivo total montó a 750.000 hombres, cifra prodigiosa en aquella época. Jourdán hizo evacuar la frontera del norte; Hoche hizo lo propio en la frontera del este. A fines del año 1793, la invasión estaba rechazada por todas partes y las insurrecciones dominadas.

Los ejércitos franceses tomaron de nuevo la ofensiva. El principal esfuerzo fué dirigido sobre el norte, sobre Bélgica, defendida por los ingleses y los austríacos.

Jourdán batió a los austríacos en *Fleurus*, rechazándolos hasta el Rin, donde ocupó a Colonia y Coblenza, Pichegrú rechazó igualmente a los ingleses, hasta Amberes, y después hasta Holanda, donde los persiguió. En menos de tres meses, Holanda fué ocupada a su vez, y hasta la misma flota holandesa, bloqueada por los hielos, caía en poder de algunos escuadrones de húsares.

Las victorias francesas y los asuntos de Polonia provocaron en 1795, la primera *dislocación de la coalición*. El rey de Prusia, cuidadoso de no dejar a Rusia y Austria proceder por sí solas a un tercer reparto de Polonia, y el rey de España amenazado de una invasión francesa, firmaron la paz de *Basilea*.

Prusia admitió, mediante compensación, el dominio francés en la orilla izquierda del Rin. El rey de España se alió a Francia contra Inglaterra, y le cedió la parte española de Santo Domingo, en las Antillas.

Los holandeses trataron también en *La Haya*, cediendo a Francia sus provincias de la orilla izquierda del Rin y comprometiéndose a facilitarle contra los ingleses el apoyo de su flota. Por otra parte, las Provincias Unidas se declararon *República Bátava*, democrática, unitaria y centralizada a la francesa.

Gracias al decreto de la Convención, el ejército francés tuvo la superioridad del número y tuvo también en su favor la superioridad de la dirección y del mando. Estos generales improvisados tuvieron en el más alto grado el *espíritu de ofensiva*, apre-

surando las marchas, concentrando sus tropas, dejando de lado las plazas fuertes y buscando constantemente la batalla: «Atacad al enemigo todos los días, día y noche; sed atacantes, sin cesar atacantes», decía Carnot, presidente de la junta de defensa nacional.

Por último, los ejércitos de la revolución tenían en su favor la superioridad del entusiasmo. Estaban animados de un patriotismo ardiente y puro, fuerza moral incomparable.

Los soldados franceses con frecuencia harapientos, tenían un admirable buen humor, resistencia y abnegación. En Holanda, en el mes de diciembre de 1794, en la nieve, sobre el hielo, andrajosos, sin calzado y con las piernas envueltas en paja o en heno, y en el orden más perfecto, desfilaban cantando ante las poblaciones estupefactas.

LA GUERRA CONTRA AUSTRIA

Austria, sostenida por la mayor parte de los estados italianos e Inglaterra, continuó la lucha y Carnot intentó someterla sin lograrlo.

Sólo en Italia, *Napoleón Bonaparte* dió golpes decisivos.

NAPOLEÓN BONAPARTE

Napoleón Bonaparte había nacido en Ajaccio, en Córcega, en 1769, poco tiempo después que la isla fuera vendida por los genoveses a Luis XV. Educado como pensionado del rey, en Brienne, y admitido en la escuela militar de París, salió de ella a los dieciséis años con el empleo de subteniente de artillería. Entonces soñaba con devolver a Córcega su independencia; pero la revolución modificó sus sentimientos, y se mostró buen patriota y jacobino. Capitán en 1793, representó un papel importantísimo en el sitio de Tolón, y decidió la toma de la plaza apoderándose de un fuerte que defendía la entrada del puerto. Esta acción y la amistad de un hermano de Robespierre, le valieron el empleo de general de brigada a los veinticuatro años. Pero fué destituido en 1795 por no haber admitido el mando de las tropas que operaban en Vandea. Estaba casi reducido a la miseria, cuando en 1795 fué, como ya hemos dicho, encargado de defender la Convención contra los realistas. Nombrado general de división, recibió poco después el mando del cuerpo de ejército de Italia que, según uno de sus oficiales, «le abrió la puerta de la

inmortalidad». Entonces tenía veintisiete años. Como jamás había ejercido mando en jefe delante del enemigo, su nombramiento disgustó a los generales del ejército de Italia, que, de más edad que él, y algunos ya célebres, se irritaban a la idea de ser mandados por «un general de la calle». Sin embargo, desde la primera entrevista, aquel joven delgado, pequeño y de cara enfermiza, pero cuya brillante mirada se sostenía difícilmente, habló con tal tono de autoridad y con tal competencia, que forzó al respeto a todos sus subordinados. En algunos días tomó Napoleón Bonaparte este mismo ascendiente en todo el cuerpo de ejército. Casi desprovisto de todo, apenas alimentado y medio desnudo cuando tomó el mando, este cuerpo de ejército llevó a cabo bajo sus órdenes la más asombrosa serie de hechos de armas que registra la historia militar, conocida por la *campana de Italia*.

La campaña de Italia duró un año o sea desde el mes de abril de 1796 a abril de 1797. En su marcha de doce meses, el ejército francés libró dieciocho grandes batallas y sesenta y cinco combates. Compuesto apenas de 36.000 hombres, este ejército destruyó cinco cuerpos de ejército austríacos, de los que el menos numeroso contaba 45.000 hombres.

El Piamonte estaba ocupado por dos ejércitos, uno austríaco y otro sardo, formados en total por 70.000 hombres. Bonaparte se deslizó por entre los dos ejércitos enemigos, y rechazó hacia el este a los austríacos haciéndoles sufrir tres derrotas en tres días. Después volvió contra los sardos que se dieron prisa a tratar. El rey de Cerdeña cedió a Francia Niza y Saboya.

Sin detenerse, Bonaparte volvió a la persecución de los austríacos. Por la gran victoria de *Lodi* (11 de mayo), se hizo dueño del Milanésado. Asustados los príncipes italianos del norte y el Papa, trataron a su vez y tuvieron que pagar fuertes contribuciones de guerra.

Las operaciones ulteriores tuvieron por centro *Mantua*, plaza fuerte que dominaba las salidas de los caminos de los Alpes. Para salvar a Mantua, sitiada por Bonaparte, los austríacos enviaron sucesivamente cuatro cuerpos de ejército, que fueron destruidos uno después del otro. El primero, con un total de 70.000 hombres. El tercero, de 50.000 hombres, Bonaparte lo tomó de través en los pantanos de *Arcola* y lo



NAPOLEÓN BONAPARTE A LOS VEINTISIETE AÑOS.

Según el retrato pintado por GROS (1771-1835), Museo del Louvre. Fotografía.

Representa al general en la batalla de Arcola en el momento en que, con una bandera en la mano, se lanza sobre el puente barrido por la metralla y trata de arrastrar a sus soldados, hacia los que vuelve la cabeza. En esta larga y delgada cara de un color de marfil amarillento, rodeado de cabellos castaños en desorden, llama la atención su barba saliente, su nariz de una curva atrevida, la boca de un dibujo neto y firme, formando el todo un conjunto de energía y de voluntad; pero sobre todo sus ojos azules, cuya mirada "fulgurante" hacía, al decir de todos, doblar la cabeza a los más atrevidos. Bonaparte, el cuello envuelto en una corbata negra, lleva la casaca azul de alto cuello rojo con sobrebordados de oro, y la faja tricolor, insignia de los generales en jefe durante la Revolución.

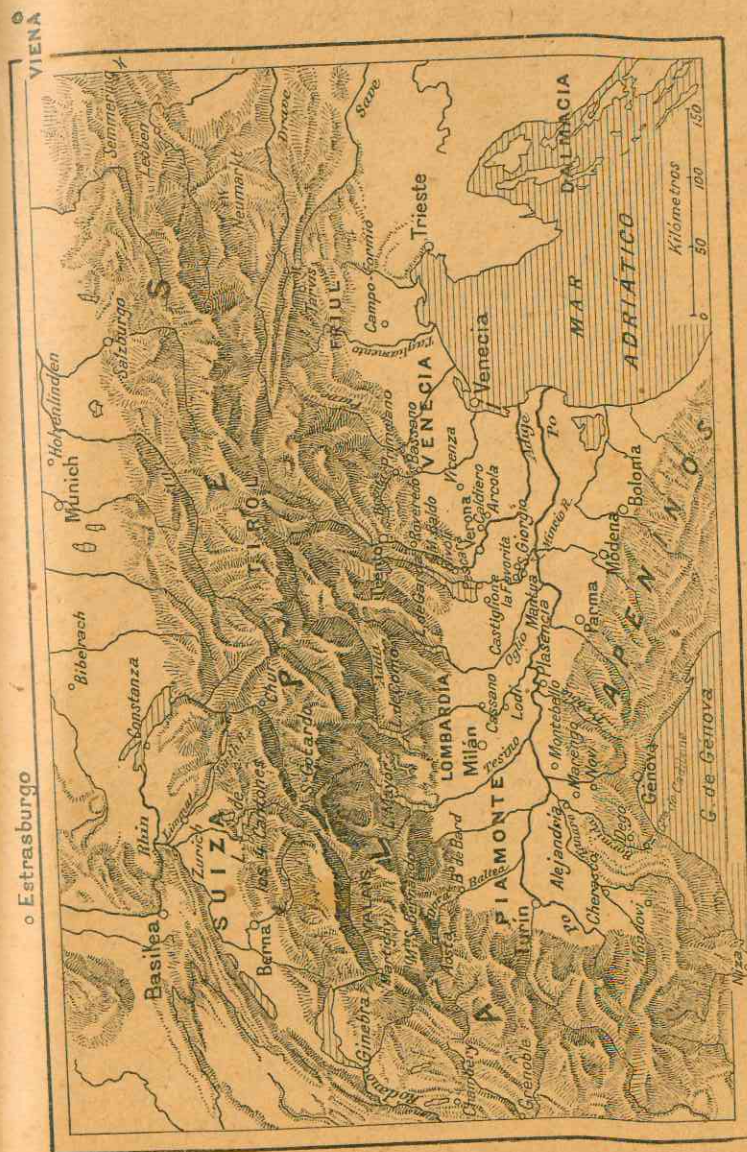
obligó a retirarse después de tres días de combate. Esta vez hubo de dar Bonaparte el ejemplo, y estuvo expuesto a perecer al querer arrastrar a sus hombres a pasar el puente de Arcola barrido por la metralla enemiga.

En enero de 1797 hicieron los austríacos su último esfuerzo. Esta fué para Bonaparte la ocasión de una victoria decisiva en *Rivoli*. Poco tiempo después, capitulaba Mantua. En adelante, dueño de toda Italia del norte, Bonaparte tomó la ofensiva y se puso en marcha sobre Viena, forzando para ello los pasos de los Alpes. Su vanguardia estaba a menos de cien kilómetros de Viena, cuando fué firmado el *armisticio de Leoben* (7 de abril).

CAUSAS DE LOS EXITOS DE BONAPARTE La campaña de Italia forzó la admiración hasta de los mismos adversarios de Bonaparte. En efecto, los resultados fueron considerables: había recogido más de cien mil prisioneros, y conquistado más de seiscientos cañones; había obligado a firmar la paz a los últimos enemigos de Francia en el continente y, sin embargo, no había dispuesto más que de medianos recursos. «Tenía muy pocos hombres, escribía uno de los oficiales del ejército de Italia, casi sin armas, sin pan, sin calzado, sin dinero y sin administración: no esperaba socorro de nadie. Fué necesario crearlo todo y todo lo creó».

El éxito le fué facilitado por las faltas de sus adversarios; jamás supieron utilizar su superioridad numérica, y marcharon constantemente dividiendo demasiado sus fuerzas. Esto permitió a Bonaparte *suplir su debilidad numérica con la rapidez de sus movimientos*. Su método consistió en maniobrar entre las columnas enemigas, atacarlas alternativamente y destrozalas una a una, antes de que tuvieran tiempo de reunirse.

Debió por último sus éxitos a la energía de sus divisionarios, y a la animación y resistencia de sus soldados. La división Massena se batía el 13 de enero en Verona, recorría en la noche siguiente, por caminos llenos de nieve, treinta y dos kilómetros, llegaba el 14 por la mañana sobre la meseta de Rivoli, y combatía todo el día. Volvía a partir aquella misma noche, marchaba todo el día 15, franqueaba más de setenta kilómetros en treinta horas, y el 16 decidía la victoria de la *Favorita*. Había hecho más de ciento diez kilómetros y tomado parte en tres batallas en cuatro días.



LOS CAMPOS DE BATALLA DE ITALIA.

Los preliminares de Leoben se transformaron en tratado de paz en *Campo-Formio* (octubre de 1797).

Francisco II reconoció a Francia la frontera del Rin y la posesión de Bélgica. Abandonó igualmente el Milanesado que resultó ser la *República Cisalpina*. En cambio, recibió la República de *Venecia* que Bonaparte trataba así para castigarla de haberse rebelado contra los franceses durante la marcha sobre Viena.

El tratado de Campo-Formio marcaba el fin de la primera coalición. Obra de Napoleón, señalaba también la iniciación de una nueva política, de aventuras y de expansión hasta mucho más allá de las fronteras naturales de Francia: es decir, nuevas conquistas y nuevas guerras.

LA EXPEDICIÓN DE EGIPTO

De todos los enemigos de Francia, sólo Inglaterra continuaba la lucha. Desde el principio de las hostilidades (1793) sus flotas eran dueñas de los mares. Todas las tentativas hechas para desembarcar un ejército en Irlanda habían fracasado. De aquí que Bonaparte, nombrado a su regreso de Italia comandante en jefe del *ejército de Inglaterra*, pensase en atacar a los ingleses en otra parte que en su isla. Siendo la *India* la fuente principal de la fortuna inglesa, resolvió conquistar *Egipto* que domina uno de los caminos tradicionales de la India. Conquistado Egipto serviría de base de operaciones para destruir la dominación y el comercio inglés en la India.

Bonaparte consiguió despistar las flotas inglesas, y con un ejército de 35.000 hombres se hizo dueño del Cairo (1798). Pero pocos días después la flota francesa era sorprendida y destrozada en *Aboukir* por el almirante inglés Nelson.

Bonaparte estaba desde luego aislado de Francia y prisionero en Egipto. Ocupó y organizó el país como si debiera permanecer en él para siempre: así empezó el *renacimiento de Egipto*, que debía resultar en el siglo diecinueve un estado rico y activo. Bonaparte había llevado consigo varios sabios ilustres que, constituidos en *Instituto de Egipto*, estudiaron el país, sus productos y sus monumentos. Sus trabajos fueron el origen de admirables descubrimientos que nos han revelado en nuestros días la historia y hasta la vida del antiguo Egipto.

FRACASO DE LA EXPEDICIÓN

Sin embargo, el sultán, instigado por los ingleses, había declarado la guerra a Francia. Bonaparte destruyó sucesivamente dos ejércitos turcos; pero, contenido por la resistencia de la plaza fuerte de *San Juan de Acre*, no consiguió hacerse dueño de Siria. Por otra parte, informado que la república estaba en peligro por una segunda coalición, deseaba volver a Francia. Se embarcó secretamente en 1799.

Kleber, uno de los mejores generales franceses, quedó al frente del ejército. Atacado por 70.000 angloturcos, los batió en *Heliópolis* (1800). Pero fué asesinado en el Cairo por un musulmán. Un año después, tuvo que firmar el ejército francés una capitulación, en virtud de la cual evacuó Egipto (1801).

LA SEGUNDA COALICIÓN

Durante la expedición de Egipto, Inglaterra consiguió de nuevo formar contra Francia una coalición europea. Esta *segunda coalición* comprendió a Nápoles, Austria, Turquía, y al zar de Rusia,

Pablo I, que odiaba a la revolución.

Los coaligados pusieron en línea 350.000 hombres, mientras que el directorio disponía apenas de 150.000 soldados y tenía que defender fronteras desmesuradamente extendidas. De aquí que sufriera en los primeros encuentros graves descalabros y Francia estaba de nuevo amenazada de una invasión.

Ésta fué evitada por la habilidad de *Massena* que atacó y destruyó sucesivamente dos secciones del ejército ruso (1799). Después de este desastre, Rusia se retiró de la guerra.

II

EL CONSULADO

ESTADO DE FRANCIA

El disgusto causado por la situación interior y las angustias provocadas por el peligro exterior contribuyeron a la caída del régimen. Se formó un grupo de hombres políticos a los cuales pareció indispensable una *revisión de la Constitución*; este grupo tuvo por jefe a Sieyes. Para poder cambiar la Constitución, incluso por un nuevo golpe de estado, Sieyes tenía ne-

cesidad del concurso de un general popular. Entonces pensó en Bonaparte, cuya popularidad era inmensa desde sus victorias de Italia.

En el mes de octubre de 1799, Bonaparte, vuelto de Egipto a toda prisa, desembarcaba en Francia. Su viaje fué un triunfo; por donde quiera que pasaba se hacían fiestas e iluminaciones. Cuando entró en París, el entusiasmo rayó en delirio.

Sieyes y Bonaparte prepararon inmediatamente el cambio de la Constitución. El plan de los conjurados era el siguiente: obtener la dimisión de los directores, de manera que el poder ejecutivo se encontrase vacante; hacer nombrar por los dos Consejos un comité ejecutivo provisional encargado de revisar la Constitución y, de hecho, preparar otra nueva. Por temor al pueblo de los arrabales, se decidió hacer votar por los ancianos, cuya mayoría seguía a Sieyes, el traslado de los Consejos a Saint-Cloud, a algunos kilómetros de París.

GOLPE DEL ESTADO DEL 18 BRUMARIO El 9 de noviembre de 1799 (18 brumario) el presidente de los ancianos, que era del complot, anunciaba a los diputados el descubrimiento de una gran conspiración dirigida contra los poderes públicos. Los ancianos decretaron dócilmente el traslado de los Consejos a Saint-Cloud, y dieron al general Bonaparte el mando de las tropas de París, con misión de vigilar por la seguridad del Cuerpo legislativo.

En Saint-Cloud, el 10 de noviembre (19 brumario), el complot estuvo a punto de fracasar. La mayoría de los quinientos era hostil. Desde el principio de la sesión, los diputados prestaron juramento de mantener la Constitución. Cuando Bonaparte se presentó en la sala del Consejo acompañado de cuatro granaderos, estallaron por todas partes gritos hostiles y actitudes agresivas, pero los granaderos le cubrieron con su cuerpo y se lo llevaron.

La aventura iba a degenerar para Bonaparte en catástrofe, cuando fué salvado por la presencia de ánimo de su hermano Luciano que presidía los quinientos. Cuando los diputados pidieron votación sobre la proposición de declarar a Bonaparte fuera de la ley, Luciano abandonó la presidencia y retardó de esta manera el voto durante algunos instantes. Salió, se presentó a las tropas, les contó que los

diputados habían querido asesinar al general, que la Asamblea estaba aterrizada por un puñado de bandidos «pagados por Inglaterra» y, de acuerdo con Sieyes, les dió orden, en calidad de presidente de los quinientos, de entrar en la sala y hacer salir de ella a los diputados. Los granaderos obedieron.

Por la noche, un grupo de diputados instituyó una comisión de tres *cónsules*, Sieyes, Roger-Ducós y Bonaparte. En realidad el general Bonaparte se encontraba dueño absoluto de la situación.

LA
CONSTITUCIÓN
DEL AÑO VIII

Al llamar a Napoleón Bonaparte para derribar al Directorio, Sieyes y sus amigos se crearon un amo. Desde el día siguiente del golpe de estado advirtieron que ellos no eran ya nada y que él lo era todo. Sieyes había elaborado un sabio proyecto de Constitución; Bonaparte no hizo caso de aquel trabajo y dictó él mismo los principales artículos de la *Constitución del año VIII*, que, bajo apariencias republicanas, establecía un verdadero régimen monárquico (1799).

El gobierno se había confiado por diez años a tres *cónsules*, designados por la Constitución (en lo sucesivo, los *cónsules* serían designados por el Senado). En realidad, todo el poder pertenecía al *primer cónsul*, es decir, a Bonaparte. Sus colegas no tenían más que voz consultiva.

El poder legislativo estaba ejercido por el primer cónsul y varios personajes constituídos en Asamblea. Sólo el primer cónsul tenía la iniciativa de las leyes. Los proyectos de ley eran redactados por el *Consejo de Estado*, discutidos por el *Tribunado* y votados por el *Cuerpo legislativo*, «asamblea de trescientos mudos» que no tenía el derecho de discusión. El *Senado* vigilaba el mantenimiento de la Constitución.

Pero estas asambleas no eran elegidas por el pueblo. Éste se contentaba con hacer *listas de notabilidades*, que comprendían varios miles de nombres. El Senado debía escoger en aquellas listas los miembros del *Tribunado* y del *Cuerpo legislativo*. En principio, él mismo debía elegir sus miembros; en realidad, los primeros senadores fueron nombrados por Bonaparte. El Consejo de Estado era un cuerpo de funcionarios. De esta manera todas las asambleas dependían del *primer cónsul*.

La Constitución debía ser sometida a un *plebiscito*, es decir, al voto del pueblo. Rechazada por menos de 1.600 votantes, fué aceptada por más de tres millones de sufragios.

LA REORGANIZACIÓN

El Directorio había dejado a Francia trastornada, arruinada y presa de la exacción y de la anarquía. Desde que Bonaparte se hizo dueño del gobierno, procedió con extraordinaria actividad a la reorganización del Estado, revelándose tan genial administrador como gran capitán.

Para administrar los departamentos y sus subdivisiones, es decir, las circunscripciones, el primer cónsul instituyó *prefectos* y *subprefectos*, funcionarios nombrados por él y revocables por él. Así fué restaurado en Francia el *régimen de omnipotencia del Estado y la centralización* que los reformadores de 1789 habían querido destruir.

La justicia fué también reorganizada desde 1800. Bonaparte conservó casi el sistema de los tribunales establecido por la Constituyente. Pero *los jueces, en lugar de ser elegidos, fueron nombrados por el gobierno*. Para asegurar su independencia, se estableció el principio de que serían *inamovibles*, es decir, que no podían ser revocados.

La situación financiera, sobre todo, era desastrosa: el 19 de brumario existían en el tesoro público 137.000 francos en total. Los impuestos no eran pagados o lo eran mal. El gobierno no tenía ningún crédito: la renta del Estado había caído hasta cotizarse a 12 por ciento. Bonaparte creó, once días después del golpe de estado, la *administración de contribuciones directas*, encargada de percibir los impuestos, y compuesta exclusivamente de funcionarios nombrados por él. Por su iniciativa, un grupo de banqueros fundó el *Banco de Francia*, que tuvo el privilegio de emitir billetes, papel moneda que bien pronto fué tan corriente como la moneda de oro y de plata. El país recobró rápidamente confianza, los impuestos entraron mejor, y la renta subió poco a poco hasta 68 por ciento.

Para estimular el celo de todos, militares y civiles, el primer cónsul instituyó la Orden de la *Legión de Honor* (1802), con una jerarquía de legionarios, oficiales, comandantes y grandes oficiales.

EL CONCORDATO

Cuidadoso de devolver a Francia la paz interior, Bonaparte deseaba poner fin a la crisis religiosa provocada por la constitución civil del clero. Por otra parte, estaba convencido de que la religión era el más precioso de los elementos de orden: «Una sociedad sin religión, decía, es como un barco sin brújula». Le interesaba pues, disponer de los curas como disponía de los gendarmes.

El papa Pío VII, espíritu conciliador, se prestó gustoso a la inteligencia. Las negociaciones dieron por resultado en 1801 la firma del *Concordato*. El papa consentía, «por el bien de la paz», en reconocer la incautación de los bienes del clero efectuada por el Estado en 1789. En cambio, el gobierno francés se comprometía a asegurar «un sueldo conveniente a los obispos y a los curas». En cuanto al nombramiento de los obispos, se haría a la vez por el gobierno y por el papa. El gobierno los designaría y el papa les daría su investidura espiritual, sin la cual no serían nada religiosamente. Todos estarían obligados a prestar juramento de fidelidad al jefe del Estado.

El nombramiento por el Estado, los sueldos, y el juramento, transformaban a los obispos en funcionarios y ponía al clero en manos del gobierno.

Bonaparte se ocupó en completar y coordinar la obra social de la revolución, haciendo reunir en una colección única o *código*, el conjunto de las leyes que reglamentan las relaciones de los particulares en la nueva sociedad.

La Convención había emprendido este trabajo, pero no pudo terminarlo. Se elaboró un nuevo proyecto y fué sometido al Consejo de Estado. El mismo primer cónsul tomó parte activa en las discusiones y sorprendió muchas veces a los juristas por el sentido jurídico y el conocimiento del derecho de que dió pruebas. El *Código Civil*, inspirado en el derecho romano y en reales órdenes tanto como en las leyes revolucionarias, fué acabado en 1804. En vigor en Francia, ha sido imitado y hasta literalmente copiado por la mayor parte de los estados europeos, y algunos de América y Asia.

CAMPAÑA
DE 1800

Inglaterra y Austria rechazaron la paz que Napoleón ya dueño del poder y primer cónsul les ofrecía. Éste preparó entonces una nueva campaña para 1800.

Dos ejércitos austríacos amenazaban a Francia: uno sobre la frontera del Rin y el otro sobre la frontera de los Alpes. Bonaparte mismo venció a éste en *Marengo* (1800) y los austríacos evacuaron toda Lombardía.

Pero fué en *Alemania donde se conquistó la paz*, con la victoria de *Hohenlinden* (fin de 1800). El camino de Viena estaba abierto para los franceses, y el emperador solicitó la paz.

PAZ DE
LUNEVILLE
Y DE AMIENS

La paz, firmada en *Luneville* (febrero de 1801), reprodujo simplemente el Tratado de Campo Formio y estipuló el restablecimiento de la República Cisalpina.

Inglaterra se vió bien pronto obligada a tratar a su vez, porque se sintió por el momento incapaz de vencer a Francia, y no esperaba ya encontrar ningún concurso en Europa. El 25 de marzo de 1802 fué firmada la paz de *Amiens*: Inglaterra devolvía a Francia y a sus aliados las colonias que les había tomado, excepción hecha de la isla de Ceilán en Asia y de la colonia española de la Trinidad.

La paz fué acogida con entusiasmo en Inglaterra y en Francia. En Londres, el pueblo delirante desenganchó y condujo por sí mismo el carruaje del enviado francés. La duración de esta paz no debía, sin embargo, llegar a un año.

TRANSFORMA-
CIÓN DEL
CONSULADO

En el momento del golpe de estado, los realistas habían pensado que Bonaparte podría trabajar en favor de Luis XVIII, hermano de Luis XVI, y le hicieron demostraciones amistosas. Pero lejos de pensar en restaurar a los Borbones, Bonaparte no intentaba sino perpetuarse en el poder, y en crear por sí mismo una dinastía.

Desde 1802, al día siguiente de la paz de Amiens, aprovechó la satisfacción general para hacerse otorgar, por plebiscito, el *consulado vitalicio*. Tomó en seguida el nombre de *Napoleón Bonaparte*. Como se le dió además el derecho de designar su sucesor, la monarquía hereditaria se encontraba de hecho restablecida.

Pronto, en 1804, sería emperador.

La monarquía napoleónica —consulado o imperio— fué un verdadero *despotismo*: Napoleón gobernó solo, sin admitir ninguna oposición. Suprimió progresivamente todas las libertades que la república había conquistado.

Pero, por otra parte, llevó a cabo una obra inmensa de *reorganización*. La mayor parte de las instituciones que fundó subsisten todavía.

LAS
CONSPIRACIONES

La dictadura de Bonaparte produjo sin embargo descontentos, sea entre los generales republicanos, sea entre los realistas burlados en sus esperanzas. Se tramaron varias conspiraciones contra «el usurpador», entre las cuales, la más importante, fué la de Cadoudal, organizada de acuerdo con el gobierno inglés, por realistas emigrados (1803).

La conspiración fué descubierta y la cólera de Bonaparte fué terrible: «¿Soy yo acaso un perro que se pueda matar en la calle?» decía. Para poner término a las intrigas realistas, resolvió asustar a los Borbones, haciendo arrestar al *duque de Enghien*, príncipe de la sangre, de quien sospechaba estar mezclado en lo ocurrido, que fué juzgado por un consejo de guerra, condenado y fusilado. Otros complotados fueron ejecutados y algunos desterrados.

CAPITULO V

NAPOLEON EMPERADOR

Napoleón ha sido la figura más poderosa de los tiempos cristianos, y quizás el hombre más extraordinario de la historia.

Su prodigiosa inteligencia, la más pronta y la más lúcida que pueda concebirse, estaba maravillosamente ordenada y disciplinada. «Los diversos asuntos, decía, están colocados en mi cabeza como en un armario. Cuando quiero interrumpir un asunto, cierro su cajón y abro el del otro. Así no se entremezclan, y jamás me molestan ni me fatigan». Espíritu positivo ante todo, no podía sufrir los teóricos ni los constructores de sistemas *a priori*, en los que nada reposa sobre la experiencia, y a los que llamaba «los ideólogos», o *una plaga*.

Sin embargo, la imaginación era en él tan prodigiosa como la inteligencia. Su reinado fué en gran parte consagrado a procurar realizar tanto como pudo los sueños de su imaginación. Estos sueños, revelados por él mismo en muchas conversaciones, hacían del imperio francés «la madre patria de las otras soberanías»; de Napoleón, el heredero de Carlomagno, el jefe supremo de Europa, que distribuía los reinos a sus generales, «que tenía por oficiales a los reyes», y por teniente espiritual al papa. París llegaría a ser «la ciudad única», donde «se reunirían las obras maestras de las ciencias y de las artes, así como todo lo que había ilustrado a los siglos pasados»; sería la capital de las capitales, y «cada rey de Europa estaría obligado a construir en ella un gran palacio» que vendría a habitar el día del coronamiento del emperador de los franceses.

A esta imaginación desbordante se añadía la pasión de la gloria y del poder, una pasión desmesurada que le hacía trastornar Europa, «una topera», donde no era posible nada grande. Sentía «haber llegado demasiado tarde» y no haber vivido en los tiempos antiguos en que

Alejandro, después de haber conquistado Asia, se anunciaba al pueblo como hijo de Júpiter y era creído por todo el Oriente. Quería el poder entero, sin participación alguna por parte de los demás; ni siquiera admitía que después de él hubiera alguno que pudiese pensar en codiciarlo. Esta celosa pasión del poder absoluto no cesó de aumentar hasta la catástrofe final. Y se puede decir que, en la última parte de su reinado, gobernó realmente la mitad de Europa.

Napoleón llevó a cabo esa tarea colossal gracias a un poder de trabajo casi sobrehumano. El mismo decía que no había podido conocer jamás el límite de su trabajo». Raramente trabajaba menos de dieciocho horas por día, casi sin descanso. Por la noche, pudiéndose dormir o despertarse a



NAPOLEÓN BONAPARTE, PRIMER CÓNsul.

Fotografía de un dibujo de INGRES (1781-1867). Colección de M. Germán Bapst.

Cuando este perfil, de poderosa belleza, fué dibujado, Napoleón tenía treinta y dos o treinta y tres años. La cara es ya menos delgada que en el retrato pintado por Gros (véase la pág. 47). La expresión de energía y de voluntad tenaz está aquí mucho más marcada. Se puede considerar este retrato como uno de los más exactos que se hayan hecho de Napoleón, porque es la obra de Ingres, el más escrupuloso dibujante de los grandes pintores del siglo XIX.

su voluntad, interrumpía las tres o cuatro horas que dedicaba al sueño para levantarse a trabajar. Marchando a grandes pasos por su gabinete, dictaba las órdenes con tono breve e imperioso, tan ligero, que los secretarios llegaban difícilmente a tomar nota de la mitad de lo que él dictaba. Fácilmente se comprenderá qué prodigiosa labor llevaba a cabo Napoleón si se considera que se han publicado, en treinta y dos volúmenes, *veintitrés* mil documentos de su correspondencia, y que quedan sin embargo todavía, dispersadas por los archivos, más de *cincuenta mil* cartas dictadas por él.

I

EL IMPERIO

La conspiración de Cadoudal precipitó la transformación del Consulado en monarquía hereditaria. El 18 de mayo de 1804, el Senado decretó que «el gobierno de la República era confiado al emperador *Napoleón*». El pueblo aprobó esta nueva transformación de la Constitución por más de tres millones y medio de sufragios, no habiendo más que unos tres mil votos de oposición.

Los hermanos del emperador llegaron a ser *príncipes franceses*. El emperador, como antiguamente el rey, estaba rodeado de una jerarquía de grandes dignatarios y de una corte imperial tan brillante como la antigua corte real. El emperador era personalmente muy sencillo. Pero en las Tullerías, su residencia ordinaria, se había restablecido en gran parte todo el antiguo ceremonial de Versalles; el traje de la antigua corte, la casaca, el pantalón corto, la espada, los zapatos con hebillas y los vestidos de larga cola eran de rigor.

En 1807, Napoleón instituyó una *nobleza imperial*. Esta nobleza fué una nobleza de funcionarios, correspondiendo la jerarquía de los títulos a la de las funciones. Así, los arzobispos fueron condes y los obispos *barones*.

La mayor parte de los mariscales y de los grandes dignatarios civiles recibieron títulos hereditarios de *duques* y *prín-*

NAPOLÉON I^o.

Fotografía del retrato pintado por DAVID, después de 1810, para lord DOUGLAS.

Napoleón en su gabinete de trabajo. Lleva su uniforme habitual de coronel de cazadores de la guardia: la casaca verde, de cuello vivos y puños rojos, charreteras de oro, pantalón corto y chaleco blancos, y el gran cordón rojo de la Legión de Honor bajo la casaca. La cara, antes delgada, se ha llenado; el Emperador, que tenía cuarenta años pasados, empezaba a estar obeso. Compárense los retratos anteriores, págs. 47 y 59.

cipes. Así, Talleyrand fué hecho príncipe de *Benevento*, Massena duque de *Rivoli*, después príncipe de *Esling*, etc. A cada uno de estos títulos añadía el emperador donaciones frecuentemente considerables.

EL REGIMEN
DESPOTICO

La monarquía imperial fué en realidad una *monarquía absoluta*. Napoleón suprimió el Tribunalado y concluyó por no reunir más el Cuerpo legislativo. En cuanto al Senado, formado con partidarios suyos, fué siempre el dócil instrumento de sus voluntades. El emperador llegó en 1813 hasta arreglar por sí solo el presupuesto y a establecer nuevos impuestos por su sola autoridad.

La libertad individual no era más respetada. La *policía*, dirigida por el antiguo jacobino *Fouché*, había tomado un desarrollo enorme; los ciudadanos sospechosos eran internados sin juicio «por medida de seguridad». En 1808, Napoleón daba orden a *Fouché* de enviar a la escuela militar, *de grado o por fuerza*, cierto número de jóvenes cuyas familias no parecían suficientemente adictas al régimen imperial. «Si hacen alguna objeción, añadía, no hay que darles otra respuesta sino que *tal es mi voluntad*». Esta era la fórmula de Luis XIV y de la monarquía absoluta.

Por la misma suprema voluntad *suprimió la libertad de la prensa*. En 1799 se publicaban en París 73 periódicos políticos; en 1811 no existían más que cuatro. Y aun ningún artículo podía publicarse sin haber sido sometido antes a un censor nombrado por el ministro de la policía. También se restableció la censura para los libros.

Napoleón había tenido empeño en dar al nuevo poder imperial una consagración religiosa: el papa Pío VII coronó al emperador en la catedral de París (1804). Por otra parte, el clero fué encargado de fortalecer los sentimientos de fidelidad a la dinastía. El catecismo, al lado de los deberes con Dios, enumeró los *deberes para con el emperador*, y faltar a ellos era hacerse «digno de la condenación eterna».

Pero en 1807 estalló un conflicto entre el emperador y el papa: Napoleón quería obligar a Pío VII a adherirse al bloqueo continental; el papa pretendía permanecer neutral. Na-

poleón hizo ocupar y después se anexó los Estados pontificios (1809). Excomulgado por el papa, le arrestó y lo retuvo como prisionero.

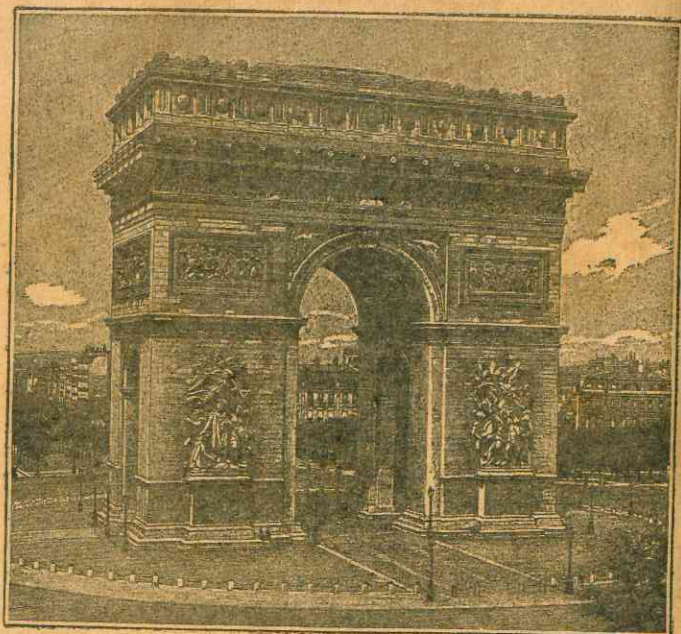
Estos acontecimientos tuvieron repercusión en Francia. El clero y los católicos, primero favorables a Napoleón, restaurador del culto, llegaron después a serle hostiles, y se encontraron ganados por adelantado a la causa de los Borbones, cuya restauración facilitaron en 1815.

EL DESCONTENTO GENERAL Napoleón, tan popular en tiempos del Consulado, terminó al fin por descontentar a la mayor parte de los franceses. Hacia 1809, la desafección empezó a manifestarse en todas las clases de la sociedad.

Los excesos del despotismo y la inquisición policiaca desconcertaron a la burguesía instruída. Si el bloqueo continental favoreció el desarrollo de ciertas industrias, paralizó en cambio el gran comercio. El restablecimiento de los *impuestos indirectos*, sobre las bebidas, sobre los carruajes, sobre la sal, impuestos abolidos por la revolución y cuyo recuerdo les era odioso, irritaron a todos los contribuyentes. Pero lo que, sobre todo, hizo impopular al imperio fueron *las quintas*.

Las guerras continuas necesitaban continuas levadas de soldados. De año en año el emperador se vió obligado a hacer llamamientos cada vez más numerosos. A partir de 1808, los jóvenes, por millares, trataban de sustraerse al servicio. En 1810 había 160.000 prófugos. Las quejas se elevaban de todas partes y se empezó a llamar en alta voz al emperador con un nombre en que se pintaba el horror de su sistema: *el Ogro*. Fueron necesarias las atrocidades cometidas por los aliados durante las invasiones de 1814 y 1815 para devolver a Napoleón su antigua popularidad.

LA OBRA ÚTIL A pesar de que el emperador fué un déspota, continuó la obra de reorganización empezada durante el Consulado. Añadió al Código Civil el Código de Comercio y el Código Penal. Creó el Tribunal de Cuentas, encargado de comprobar todos los ingresos y gastos de las administraciones públicas. Multiplicó los estímulos a la industria en forma de recompensas a los inventores y a los fabricantes, con pedidos importantes y a veces hasta con recursos financieros.



EL ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA.

Fotografía Levi.

El 18 de febrero de 1806, Napoleón ordenó la construcción de un arco colosal a la gloria de la Grande Armée; debía servir de puerta gigantesca a una avenida triunfal, la Avenida de los Campos Elíseos. Los planos fueron hechos por el arquitecto Chalgrin y retocados por el mismo Emperador. El arco ha sido llamado "Arco de la Estrella" por encontrarse en medio de doce grandes avenidas que lo rodean. Empezado en 1806, fué acabado en 1836. En 1814, a la caída de Napoleón, la construcción había llegado al nacimiento de la gran bóveda. El monumento mide, en su conjunto, 49.50 m. de altura, 45 m. de ancho y 22 de profundidad. La puerta central mide 29 m. de altura y 15 m. de ancho. Bajo las bóvedas están grabados los nombres de 390 generales y 196 combates. Los nombres de las 32 grandes victorias de la República y del Imperio están grabados sobre los escudos que se ven esculpidos por debajo de la cornisa superior. A la derecha, el admirable bajorrelieve de la Marsellesa de Rude, una de las obras maestras de la escultura francesa. A la izquierda el Triunfo de Napoleón, por Cortot: Napoleón en traje de emperador romano coronado por la Victoria. Las figuras de estos dos grupos tienen como unos 6 m. de alto. Los dos bajorrelieves colocados encima representan, el de la derecha, los funerales de Marceau; el de la izquierda, la batalla de Aboukir.

Por último, el emperador hizo proseguir los grandes trabajos públicos inaugurados durante el Consulado. Fueron abiertos canales, se habilitaron puertos y se embellecieron ciudades. A estos trabajos en Francia, se añadieron los emprendidos en Italia, en Milán, Venecia, Roma, y hasta en Dalmacia.

Todo esto fué la obra de menos de diez años, y tantas empresas llevadas a cabo en medio de guerras incesantes y durante correrías casi sin interrupción a través de Europa, demuestran, mejor que todo lo que de ello se pueda escribir, cuán prodigiosa fué la actividad del hombre y cuán flexible su genio.

II

LAS GUERRAS DE NAPOLEON

La historia del reinado de Napoleón es casi la de una guerra contra Inglaterra. La diplomacia inglesa consiguió formar varias coaliciones sucesivas contra Francia, encontrando siempre aliados entre las grandes potencias europeas, inquietas por las ambiciones y las usurpaciones de Napoleón.

Desde 1805 a 1809 hubo tres coaliciones: todas fueron vencidas. El año 1809 marca el apogeo del poder napoleónico. Hasta 1812, Napoleón fué el dueño de Europa.

Pero en 1812 empieza el período de decadencia y de la caída. La desastrosa retirada de Rusia provocó una coalición general ante la cual Napoleón terminó por sucumbir. Al terminarse esta larga epopeya, Francia se encontró más pequeña que antes de la Revolución.

La paz firmada en Amiens en 1802 fué rota en 1803. La ruptura tuvo sobre todo causas comerciales: fué querida por los ingleses cuando Napoleón se negó a concluir con ellos un tratado de comercio. El pretexto de la ruptura fué la cuestión de Malta, que los ingleses no querían evacuar a pesar de los compromisos firmados en Amiens.

Napoleón preparó una expedición a Inglaterra. Concentró un cuerpo de ejército de 150.000 hombres en el Paso de Calé, y para transportarlos se construyó una flotilla de 2.000 bar-

cazas. Pero la condición esencial de la expedición era llamar la atención lejos de la Mancha a las escuadras inglesas que allí se encontraban. Todas las maniobras ordenadas para alcanzar este fin fracasaron. La principal flota francesa, mal equipada y mal mandada, terminó por ser completamente destruida por el almirante inglés Nelson en *Trafalgar* (1805).

El ejército francés no se encontraba ya, en la expresada fecha, en el paso de Calé, sino en Alemania. En agosto de 1805, una coalición austro-rusa que iba en socorro de Inglaterra había obligado a Napoleón a hacer frente hacia el continente.

Bruscamente, sin declaración de guerra y cuando juzgó a los ejércitos rusos bastante cerca, el emperador Francisco II arrojó sus tropas sobre Baviera, aliada de Francia.

Los cálculos austríacos fueron frustrados por la gran rapidez de las maniobras de Napoleón. En menos de un mes transportó su ejército, la *Grande Armée*, desde la Mancha al Rin. En catorce días el ejército austríaco capituló en *Ulm* (20 de octubre de 1805).

Desde *Ulm*, Napoleón corrió sobre Viena que fué ocupada sin resistencia. Después, remontando hacia el norte, se presentó delante de Francisco II y del zar Alejandro, cuyos ejércitos se habían unido. Cerca de Brünn, en Austerlitz, fué donde, el 2 de diciembre de 1805, libró la más hermosa de sus batallas, «la batalla modelo», como ha dicho un historiador militar alemán.

El ataque austro-ruso que comenzó hacia las siete de la mañana, fué exactamente el que previó Napoleón.

Napoleón atacaba el centro. Aprovechando una niebla muy densa que ocultaba los fondos, la cañada del Goldbach y los flancos de la meseta de Pratzen, los regimientos franceses llegaron hasta la mitad de la subida de la meseta sin ser vistos. A las nueve coronaban la meseta, donde les siguieron bien pronto Napoleón y la guardia. Los austro-rusos echaron de ver entonces su falta y la inmensidad del peligro, e hicieron esfuerzos desesperados para recuperar a Pratzen. Empeñaron en el combate todas sus reservas, o sean los 10,000 hombres de la guardia rusa, dando lugar a furiosas peleas: en medio del torbellino de jinetes, caballeros-guardias, ulanos, cosacos, granaderos, mamelucos y coraceros, cargando y volviendo a cargar, las dos infanterías, fijadas en sus posiciones, se fusilaban a treinta pasos. A la una, los rusos eran definitivamente arrojados en las barrancas hacia Austerlitz.

Quedaba todavía terminar con la izquierda, y esta fué una segunda aunque corta batalla. Operando un cambio de frente a la derecha, y toman-

do los mismos caminos que los rusos la noche anterior, el ejército francés descendió a su vez de la meseta de Pratzen sobre Telnitz y Sokolnitz. Cogidos entre las tropas de Davout y de Napoleón como entre las mandíbulas de un torno, los rusos perdieron en una hora 10,000 hombres alrededor de Sokolnitz. A las cuatro, cuando vino la noche, en medio de una verdadera tempestad de nieve y agua, todo estaba terminado.

Entre muertos, heridos y prisioneros, los austro-rusos habían perdido 27,000 hombres y un inmenso material. La victoria costaba a Napoleón 7,000 hombres, de los cuales 2,000 muertos. Ni un solo instante hubo necesidad de acudir a las reservas, de suerte que, para triunfar de 90,000 enemigos, sólo había empeñado en la lucha 45,000 hombres.

Austerlitz fué el triunfo no de la fuerza brutal y del número, sino de la inteligencia calculada y premeditada.

EL EMPERADOR DE OCCIDENTE

El triunfo de Austerlitz permitió a Napoleón representar el papel de moderno Carlomagno y de emperador de Occidente, repartidor de reinos, en que se complacía su imaginación.

Dos días después de la batalla, Austria solicitó la paz. Por el tratado de *Presburgo*, fué apartada de Alemania y de Italia, perdió Venecia, Suabia y Tirol. Francisco II, que era emperador electo de Alemania, renunció a ese título y quedó siendo solamente *emperador hereditario de Austria*.

Venecia fué anexada al *Reino de Italia* —la antigua República Cisalpina— de la que Napoleón era rey. Por decreto, Napoleón quitó el *Reino de Nápoles* a los Borbones, aliados de los ingleses, y lo dió a su hermano mayor José. Como Piamonte y Génova habían estado antes anexados a Francia, Napoleón era el dueño de toda Italia.

Alemania fué transformada enteramente. Suabia y Tirol fueron dados a los electores de Wurtemberg y de Baviera, que recibieron el título de *reyes*. Hanóver, posesión del rey de Inglaterra, fué dado al rey de Prusia. Alemania se encontró simplificada por la supresión de un gran número de pequeños estados. El Santo Imperio Romano Germánico que existía desde 962, desapareció y fué reemplazado por la *Confederación del Rin* de la que Napoleón era el *protector*, es decir, el jefe. Los grandes Estados alemanes, Austria y Prusia, quedaron fuera.

Por último, el norte de la República Bátava fué erigido en *Reino de Holanda*, y Napoleón lo dió a su segundo hermano Luis.

CUARTA
COALICIÓN.
JENA

El rey de Prusia, Federico Guillermo III, príncipe de carácter débil e indeciso, firmó, con Inglaterra y Rusia, la cuarta coalición, presionado por el partido antifrancés que encabezaba la reina Luisa. A principios de octubre de 1806, Napoleón recibió un ultimátum de Prusia intimándole a pasar el Rin.

Las fuerzas prusianas (140.000 hombres), se habían trasladado a Sajonia, sobre la orilla izquierda del Saale, y esperaban sorprender y cercar a Napoleón establecido sobre el Meno, pero ocurrió todo lo contrario y fueron batidas por Napoleón en Jena y por Davout en Auerstaedt.

Los restos del ejército vencido se salvaron huyendo en afrentoso desorden.

Los franceses tomaron prisioneros a millares. *Un mes después de haber entrado en campaña, no quedaba nada del ejército prusiano.* Napoleón hizo en Berlín una entrada triunfal, muy respetuosamente saludado por la multitud.

CAMPAÑA
DE POLONIA

Quedaban los rusos, y Napoleón fué a buscarlos a Polonia. Pero en aquellas inmensas planicies de pueblecitos esparcidos y pobres, hubo grandes dificultades para aprovisionar al ejército. La escasez de caminos, los innumerables pantanos y los deshielos bruscos sucediendo a grandes nevadas, hacían imposible toda clase de maniobras rápidas. La guerra resultó, pues, lenta y penosa.

El primer encuentro tuvo lugar en *Eylau* (1807); en medio de una ofuscante tempestad de nieve, hubo una horrible carnicería sin resultados; 25.000 hombres de cada ejército quedaron fuera de combate. Las operaciones no volvieron a emprenderse ya hasta la primavera. Napoleón consiguió en fin alcanzar al ejército ruso en *Friedland*, en una posición desastrosa, adosada a un río, y allí lo destruyó. El zar se vió obligado a tratar.

PAZ
DE TILSITT

La paz fué firmada en *Tilsitt* del Niemen (julio de 1807). A la guerra franco-rusa sucedía la alianza franco-rusa. Napoleón quería tener un aliado entre las grandes potencias, a fin de impedir las coaliciones y las intromisiones inglesas en el continente. En cambio del apoyo del zar contra Inglaterra, le propuso el des-

membramiento del Imperio Turco, y Alejandro quedó seducido por estos grandiosos proyectos.

El rey de Prusia fué el que pagó los gastos de guerra. Napoleón le quitó Hanóver y los territorios de la orilla izquierda del Elba, de lo que formó el *Reino de Westfalia*, para su tercer hermano Jerónimo. El rey de Prusia perdió de esta manera sus provincias polonesas, que formaron el *Gran Ducado de Varsovia*. El elector de Sajonia fué hecho *rey de Sajonia* y gran duque de Varsovia. Por último, Prusia, humillada y mutilada, tuvo que pagar fuertes contribuciones de guerra.

Inglaterra, sola e inatacable en su isla, continuaba la guerra. No pudiendo Napoleón vencerla por las armas, resolvió arruinarla cerrando a su comercio los mercados europeos. Esto es lo que se ha llamado el *bloqueo continental*.

El gobierno inglés le había dado el ejemplo proclamando *bloqueados* todos los puertos franceses, lo cual equivalía a prohibir todo comercio marítimo con Francia (mayo de 1806). Napoleón respondió por el *decreto de Berlín* (noviembre de 1806) que declaraba a su vez los puertos ingleses en estado de bloqueo, prohibía a los franceses y a sus aliados todo comercio con Inglaterra, así como la venta de toda mercancía procedente de Inglaterra o de sus colonias.

Pero para que el bloqueo diese los resultados esperados, era preciso que se extendiese a Europa entera y que no hubiera ni el menor hueco por donde pudiesen pasar las mercancías acumuladas en Inglaterra. De aquí que Napoleón se viese obligado a una política de guerras y de anexiones perpetuas. En Italia anexó los *Estados de la Iglesia*. En el norte anexó *Holanda*, donde su hermano Luis no se mostraba bastante dócil, y después, la costa alemana del Mar del Norte con *Bremen* y *Hamburgo*. No queriendo Portugal conformarse estrictamente al bloqueo, fué ocupado por las tropas francesas, mientras que la familia real marchaba al Brasil. Por último, y en gran parte por el deseo de asegurar la aplicación completa del bloqueo, en 1808 se empeñó Napoleón en una criminal y desastrosa aventura en España.

ESPAÑA
EN 1808

España tenía por rey a Carlos IV que había reemplazado a Carlos III al morir éste en 1788. Tuvo una iniciación feliz, pero pronto la Revolución alteró su gobierno: los revolucionarios hacían propa-

ganda en España y la casa real española tenía deberes de familia con la realeza de Francia. Los mismos liberales españoles, con Floridablanca, el primer ministro, a la cabeza, temían a la Revolución porque eran sinceros monarquistas. Así se explica que al año siguiente de la Revolución un francés hiriera a Floridablanca de dos puñaladas, y que dos años más tarde lo substituyera el conde de Aranda: había triunfado la diplomacia revolucionaria, pero Aranda sólo durará un año. Manuel Godoy asumió el gobierno. Era éste un antiguo guardia de corps, ascendido rápidamente por empeño de la reina María Luisa, cuyo favorito era: a los ocho años de haber ingresado en la carrera militar, tenía el más alto grado, numerosas condecoraciones y era duque. Tocó a Godoy declarar la guerra —que Aranda había querido evitar— de 1793-1795, en que los triunfos de una y otra parte quedaron anulados por la paz de Basilea (1). Godoy obtuvo por este tratado, el título de Príncipe de la Paz.

Inglaterra se disgustó ante la paz por separado que firmaba España, lo que unido a la tendencia francófila existente en España a pesar de todo, provocó la guerra: España y Francia contra Inglaterra. Durante esta guerra, que lo fué también de intrigas, Francia obtuvo la destitución nominal de Godoy. Al organizarse la segunda coalición varias naciones trataron de alejar a España de Francia, pero sea que Carlos IV esperara ceñir la corona de Francia cuando pasara la Revolución, sea por el Directorio que lo tenía sojuzgado dada su pusilanimidad, todo fué inútil. Caído el Directorio, Napoleón trató de hacer la paz y lo logró con la de Luneville (1801). Por otro tratado España se comprometía a declarar la guerra, con ayuda francesa, a Portugal, si no abandonaba a Inglaterra. La guerra se declaró y Godoy, que no había dejado de influir decisivamente en los negocios públicos, fué jefe del ejército. Un fácil triunfo obligó a Portugal a cerrar sus puertos a los ingleses. Godoy, como consecuencia, fué nombrado generalísimo de los ejércitos de mar y tierra. La guerra continuó con Inglaterra hasta la paz de Amiens (1802).

Napoleón no confiaba plenamente en Godoy y esperaba obtener de España ayuda contra los ingleses: hizo firmar el tratado llamado de neutralidad (1803) por el que España entregaría a

NAPOLEÓN EN
ESPAÑA

(1) Véase pág. 44.

Francia una cuantiosa suma mensualmente, como indemnización por el no cumplimiento de cláusulas de tratados anteriores. Inglaterra cortó las negociaciones con que Godoy quiso explicar el tratado, atacando en el Atlántico a cuatro fragatas españolas de las que apresaron tres y hundieron una. Francia y España se vieron unidas, una vez más, contra Inglaterra (1805) (véase pág. 66). La derrota de Trafalgar cambió en Napoleón su interés por España: antes esperaba ayuda naval, ahora esperará la económica y militar. —Aquí comienza una densa serie de intrigas en que Godoy y Napoleón se engañan con fe púnica: Godoy trata simultáneamente con Napoleón y los ingleses; Napoleón trata simultáneamente con Godoy y con sus enemigos que encabeza el príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, «muy imbécil y muy malvado», según decía Napoleón, que era, sin embargo, popular, porque se sabía que era enemigo de Godoy, a quien el pueblo español detestaba—. Finalmente España se adhiere al bloqueo continental y ayuda con 15.000 veteranos al ejército francés. Después se firmó un tratado (1807) por el que se dividía Portugal en tres reinos, uno de los cuales sería, hereditariamente, para el Príncipe de la Paz. 28.000 franceses entrarían a España y con otros tantos españoles realizarían su plan contra Portugal.

El mismo día que se firmaba el tratado tenía lugar en el Escorial, donde residía la familia real, una escena violentísima. El príncipe de Asturias en las habitaciones del rey confesaba haber tramado un complot para destronar a su padre y acabar con Godoy, y daba a conocer sus cómplices; registradas las habitaciones del príncipe se hallaron papeles comprometedores. Fernando quedó preso e incomunicado en palacio.

Este episodio no tuvo el efecto esperado: exasperó más a los enemigos de Godoy. Entretanto la entrada de tropas francesas en España que inspiraron algún recelo al principio acabó por exasperar a la nación, que veía una traición en la conducta de Godoy. Napoleón quiso incorporar a Francia la región española comprendida desde los Pirineos hasta el Ebro, o bien el Portugal con un camino militar desde la frontera francoespañola hasta la hispanoportuguesa. España entera se opuso excepto los partidarios de Fernando creyendo todavía que la acción de Napoleón tenía por objeto coronar al príncipe de Asturias. El temor de Carlos IV le obligó a

pensar en pasar a América y el pueblo creyó que la salida para Aranjuez era el principio de la fuga. En esa ciudad ocurrió el motín de ese nombre, el 17 de marzo de 1808, donde Godoy fué preso, herido e injuriado por el pueblo. Carlos IV abdicó pocos días después y fué elevado al trono Fernando VII.

Pero casi inmediatamente, y por los consejos de Murat que había entrado en Madrid con tropas francesas, protestó Carlos IV de que la abdicación le había sido arrancada por la fuerza y pidió protección a Napoleón.

Napoleón desaprobó la abdicación, logró con muchos engaños y algo de intimidación llevar a Fernando VII hasta Bayona donde lo esperaba Napoleón. Allí llegaron también Carlos IV, su esposa y Godoy, Napoleón obligó a Fernando VII a renunciar a la corona y al principado de Asturias y a Carlos IV a abdicar en su favor. Éste recibía en cambio el palacio imperial de Compiègne, las tierras de Chamford y un pensión de treinta millones de reales al año, para él, para su esposa, Godoy y su séquito. Fernando recibía, en cambio, un millón de francos anuales, tierras y conservaba su dignidad de Príncipe.

A partir de este momento la historia de España se desvincula totalmente de sus reyes. Los choques aislados entre hombres del pueblo y soldados franceses alcanzaron su punto decisivo el 2 de mayo: se trataba de llevar a Francia al infante Francisco de Paula, de 13 años, que se resistía, llorando, a salir del palacio real. El pueblo excitado, cortó los tiros del carruaje que debía llevarlos; los soldados franceses dispararon sobre el pueblo, éste se sublevó, repeliendo el ataque. Así se inició la gran guerra de la independencia que durará hasta 1814.

Esta guerra que duró cinco años debía tener graves consecuencias para Napoleón. En efecto, GUERRA DE ESPAÑA los ingleses encontraron en España un campo de batalla, donde atrajeron y destruyeron a la larga los mejores soldados franceses. El emperador enterró allí más de 300.000 hombres, tropas escogidas que le faltaron en los momentos decisivos de 1813.

Por la primera vez también, se encontraba Napoleón ante una *resistencia nacional*. Todo el pueblo español se levantó para defender su independencia. Cada español era un soldado en el que el fanatismo patriótico fué, como en tiempos de

la lucha contra los árabes, aumentado por el fanatismo religioso. El clero español predicó una verdadera cruzada contra Napoleón que tenía en aquel momento prisionero al Papa. «—¿Qué son los franceses?— se leía en el catecismo que se enseñaba a los niños. —Antiguos cristianos heréticos—. ¿Es pecado matar a un francés?— No; se gana el cielo matando a uno de esos perros heréticos». Formados en *guerrillas* y ayudados por la topografía del país, montañoso y surcado de barrancos propios para emboscadas, los campesinos hosti-



GOYA (1746-1828): LOS FUSILAMIENTOS DE LA MONCLOA.
Museo del Prado. Madrid.

gaban las columnas, se apoderaban de los convoyes y mataban con refinamientos de barbarie a los aislados, rezagados, heridos o enfermos. «Durante todo el camino, escribía un sargento, no encontramos más que soldados asesinados. Los unos estaban medio quemados; a los otros les habían cortado los cuatro miembros; los había clavados en los árboles, o colgados en ellos por los pies». Estas atrocidades provocaron naturalmente represalias: «Teníamos orden, escribía el mismo sargento, de entrar a sangre y fuego en el primer pueblo que nos hiciese un disparo, sin perdonar ni a los niños en la cuna... Durante seis semanas consecutivas no hicimos diaria-

mente más que saquear y quemar». Todo el horror y todo el encarnizamiento de esta guerra se resume en el sitio de Zaragoza. Asaltados los muros, fué necesario tomar la ciudad casa por casa. La lucha duró casi cuatro meses (noviembre de 1808-febrero de 1809) y costó la vida a 40.000 personas.



LOS CAMPOS DE BATALLA DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

BAILÉN.
CAMPAÑA
DE 1808

Al principio mismo de la guerra, el ejército francés sufrió un grave descalabro. En julio de 1808, un cuerpo de ejército compuesto de soldados bisoños se dejaba envolver por los españoles cerca de Bailén, a la entrada de uno de los desfiladeros de Sierra Morena. Fatigados por el calor y la sed, los franceses depusieron las armas. Esta capitulación de soldados reputados invencibles tuvo una inmensa repercusión en Europa, despertó en los venecidos la esperanza de un desquite y quebrantó el prestigio del Imperio.

Para procurar reparar el mal, Napoleón fué en persona a tomar la dirección de la guerra en España. Una campaña

de menos de un mes, cuyo hecho de armas más brillante fué el combate de Somosierra, puso en su posesión el norte de España y le condujo a Madrid. Pero tuvo que entrar repentinamente en Francia (enero de 1809), para hacer frente a un nuevo ataque de los austríacos.

Después de Austerlitz, Austria había reconstituido su ejército. Tenía un buen general, el archiduque Carlos. Cuando Napoleón tuvo que ausentarse para ir a España, creyó la ocasión propicia, acordó con Inglaterra y España insurreccionada, la quinta coalición, y atacó bruscamente sin declaración de guerra.

Como en 1805, los austríacos se alababan por adelantado de poder sorprender a Napoleón; como en 1805, Napoleón frustró sus cálculos por la rapidez. El archiduque Carlos, estuvo a punto de caer prisionero bajo los muros de Ratisbona. Pero consiguió forzar el paso del Danubio y refugiarse en la orilla izquierda.

La campaña se prosiguió en las inmediaciones de Viena. Para llegar al archiduque Carlos, y a su vista, Napoleón intentó el paso del Danubio al este de Viena, en la isla de Lobau, en el pueblo de Essling, pero los puentes de barcas se rompieron, dividiendo en dos el ejército francés. A pesar de sus furiosos ataques — hubo más de 45.000 hombres fuera de combate — los austríacos no pudieron alcanzar la victoria (21-22 de mayo de 1809). Napoleón se atrincheró en la isla de Lobau. Cuarenta días después, a favor de una violenta tempestad, atravesó el Danubio durante la noche, y esta vez batió al archiduque Carlos en la llanura de Wagram, a la vista de Viena (5-6 de julio). Los austríacos perdieron 30.000 hombres, pero consiguieron retirarse en buen orden hacia Bohemia.

Sin embargo, el emperador Francisco pidió la paz. Por el tratado de Viena (octubre de 1809), tuvo que ceder al Gran Ducado de Varsovia su parte de Polonia, a Baviera el valle del Inn y a Napoleón las provincias del Adriático con Trieste; en total, casi cuatro millones de súbditos.

EL APOGEO DE NAPOLEÓN
La paz de Viena marcó el apogeo del poder de Napoleón. Durante dos años fué el dueño de Europa central y occidental. El emperador de los franceses, rey de Italia, mediador de la Con-

federación Suiza, protector de la Confederación del Rin y rodeado de reyes vasallos, mandaba sobre más de 70 millones de hombres, o sea la mitad de la población de Europa. Tenía por aliados voluntarios o forzados al zar, al emperador de Austria y a los reyes de Prusia y Dinamarca. Suecia, cuya dinastía estaba próxima a extinguirse, tomaba como príncipe real uno de sus mariscales, *Bernadotte*. El mismo Napoleón, que se había divorciado de la emperatriz Josefina, obtenía la mano de la *archiduquesa María Luisa*, hija del emperador de Austria. En la ceremonia del matrimonio, la cola del manto de la nueva emperatriz era llevada por cinco reinas (1810). El hijo que nació de esta unión tomó el título de *Rey de Roma*. Parecía que el porvenir de la dinastía estuviese asegurado y que Napoleón tenía cercana la hora de su triunfo definitivo.

Napoleón debía este poder y este triunfo a la vez a su propio genio y al valor de su ejército. El ejército imperial había permanecido organizado casi como el ejército republicano. Napoleón ponía el mayor cuidado en la constitución de los cuadros inferiores, oficiales y suboficiales: los quería formados de hombres acostumbrados al oficio de las armas; nadie podía ser promovido a sargento antes de los cuatro años de servicio ni a subteniente antes de los ocho. La *Escuela Militar de Saint Cyr* formaba los oficiales instruídos destinados a los cuadros superiores, que él quería jóvenes. Los coroneles y generales tenían por término medio treinta y siete años; muchos, menos aún.

Viejos veteranos que habían hecho las campañas de la Revolución o quintos enganchados la víspera, todos los soldados del ejército imperial servían al Emperador con pasión y con completa abnegación como los fieles sirven a su Dios. Sobre el campo de batalla de Jena «había, según contaba un sargento, quien con las dos piernas cortadas gritaba: ¡Viva el Emperador!» La abnegación fanática del soldado está toda entera resumida en el adiós de los oficiales de la guardia veterana al Emperador, después de la abdicación. Uno de ellos, hablando en nombre de todos, no pudo más que decir en medio de un sollozo: «¡Bien vemos que ya no podremos tener la dicha de morir a vuestro servicio!»

CAPITULO VI

EL FIN DEL IMPERIO

El poder de Napoleón era *más aparente que real* y no fueron necesarios más de *dos años para derrocarlo*.

CAUSAS DE LA
DECADENCIA
DEL IMPERIO

El inmenso Imperio Francés no había sido fundado más que por la fuerza y sólo por la fuerza se sostenía. Los pueblos anexados, belgas, holandeses, alemanes e italianos soportaban con impaciencia la dominación extranjera, el bloqueo continental, ruinoso sobre todo para los pueblos del norte, y la odiosa carga de las quintas. La misma Francia, harta de gloria, estaba fatigada: los mejores soldados habían caído en las guerras.

En cuanto a los aliados, rusos, prusianos y austriacos, habían sido todos conducidos a la alianza por la derrota, y no permanecían en ella más que por el miedo. Su único pensamiento debía ser y era el *desquite*, y cada uno de ellos se preparaba como mejor podía para alcanzarle.

Rusia tomó la iniciativa de las medidas de donde salió la guerra. La alianza francesa no había sido jamás popular en Rusia. El zar Alejandro se separó de ella cuando vió los efectos ruinosos del bloqueo continental, y cuando advirtió que Napoleón no le daría jamás Varsovia ni Constantinopla.

Alejandro se fué aproximando a Inglaterra desde 1810 y empezó sus preparativos de guerra. Habiendo anexado Napoleón en 1811 el Gran Ducado de Oldemburgo que pertenecía al cuñado del zar, se enconaron aún más las relaciones entre ambos emperadores. En abril de 1812, juzgándose Ale-

RUPTURA DE
LA ALIANZA
FRANCO-RUSA



ALEJANDRO Iº (1777-1825).

Fotografía de un dibujo de BOUL, según Geo. DAWE. — Biblioteca nacional.

Después de la entrevista de Tilsitt, Napoleón pintaba de esta manera al zar: "Es un guapo, bueno y joven Emperador; tiene más talento de lo que comunmente se cree". Napoleón se había dejado seducir por la gracia casi femenina y los modales atrayentes de Alejandro que, eslavo afinado, sabía desplegar, cuando era necesario, un raro poder seductor. Un poco de este poder aparece en la viveza de su mirada, y la semisonrisa de este retrato que, hecho hacia 1815, representa a Alejandro a los treinta y ocho años. Napoleón había creído seducirle; pero el zar fué quien sacó solo el provecho de su alianza. En 1815, para asegurar el mantenimiento de la paz tal como la establecieron los tratados de Viena, Alejandro imaginó la Santa Alianza, federación mística de los principales soberanos de Europa, cuyo objeto, muy práctico, era asegurarle el tranquilo goce de los beneficios adquiridos.

jandro dispuesto, dirigió un ultimátum a Napoleón. Tenía por aliados a los ingleses y a los suecos con Bernadotte, seducido por la promesa de Noruega.

Napoleón tenía por aliados al emperador de Austria y al rey de Prusia. Pero sus pretendidos aliados aseguran a b a n secretamente al zar sus simpatías.

| | |
|-------------|-----------|
| | Napoleón |
| LA OFENSIVA | atacó con |
| FRANCESA | 350.000 |
| | hombres. |

Entre estos 350.000 hombres se contaban austríacos y prusianos que formaban el ala derecha y el ala izquierda, polacos, italianos, daneses, croatas, y alemanes de la Confederación del Rin, etc. Los rusos llamaron muy justamente a este ejército, *el ejército de las veinte naciones*. El zar le oponía unos 300.000 hombres, entre los cuales se contaban 80.000 cosacos.

Napoleón quería primero destruir el

ejército ruso y después dictar la paz en Moscú. Pero no fué posible tener un encuentro con los rusos, pues el zar había adoptado la táctica siguiente: evitar las grandes batallas, atraer a los franceses al interior de sus tierras, y «dejar al tiempo, al desierto y al clima el cuidado de la defensa». Los labriegos quemaban ellos mismos sus pueblos y hacían el desierto en torno de los invasores.

Los franceses llegaron a seis días de marcha de Moscú, sin haber librado la batalla decisiva, pero habiendo ya perdido varios millares de hombres por la enfermedad o las deserciones. Sin embargo, el pueblo ruso se indignaba de que se dejase al enemigo ocupar a Moscú, la «Ciudad Santa». Koutousof, con 130.000 hombres y 640 cañones fué encargado de interceptar el camino a Napoleón, que no disponía de fuerzas superiores. Una furiosa batalla se empeñó al sur de *Borodino*, junto al Moskowa, el río de Moscú (7 de septiembre de 1812). Al llegar la noche, los franceses habían perdido 30.000 hombres, y los rusos 40.000. Éstos se batieron en retirada, pero en buen orden y de ninguna manera desmoralizados.

| | |
|----------------------|---|
| NAPOLÉON EN MOSCÚ | El ejército francés entró en Moscú. Napoleón esperaba que la toma de la antigua capital terminaría a Alejandro a tratar. Por lo menos él podría pasar el invierno en aquella gran ciudad, aprovisionarse y de allí marchar sobre San Petersburgo. |
|----------------------|---|

Pero el patriotismo ruso echó por tierra todos estos designios. No solamente Alejandro no pidió la paz, sino que al día siguiente de la entrada de Napoleón en Moscú, los rusos *incendiaron la ciudad*. Sin embargo, Napoleón se obstinó en permanecer en ella. No se decidió a partir hasta el 18 de octubre de 1812, después de haber perdido cuatro preciosas semanas.

| | |
|-------------|--|
| LA RETIRADA | La retirada se convirtió en desastre por consecuencia de un invierno precoz y de un excepcional rigor. En noviembre, el termómetro descendió a -18° ; al principio de diciembre, a -37° centígrados. El frío mataba a los cuervos en pleno vuelo, así como mató a los mismos rusos casi la mitad de sus efectivos a pesar de estar acostumbrados a aquel clima. En cuanto al ejército francés, |
|-------------|--|

hostigado por Koutousof y perseguido por nubes de cosacos, fué bien pronto un tropel de desgraciados que morían de hambre y frío, sembrando el camino de grupos de cadáveres, armas, carruajes y cañones abandonados.

A orillas del *Beresina*, río de 80 metros de ancho, los franceses fueron atacados por 140.000 hombres. Ellos eran 65.000, de los cuales sólo 28.000 estaban apenas armados, pero pudieron abrir brecha por entre el ejército ruso y continuar su retirada.

El 16 de diciembre de 1812, 18.000 hombres haraposos pasaban el Niemen. Las pérdidas totales subían a 330.000 hombres.

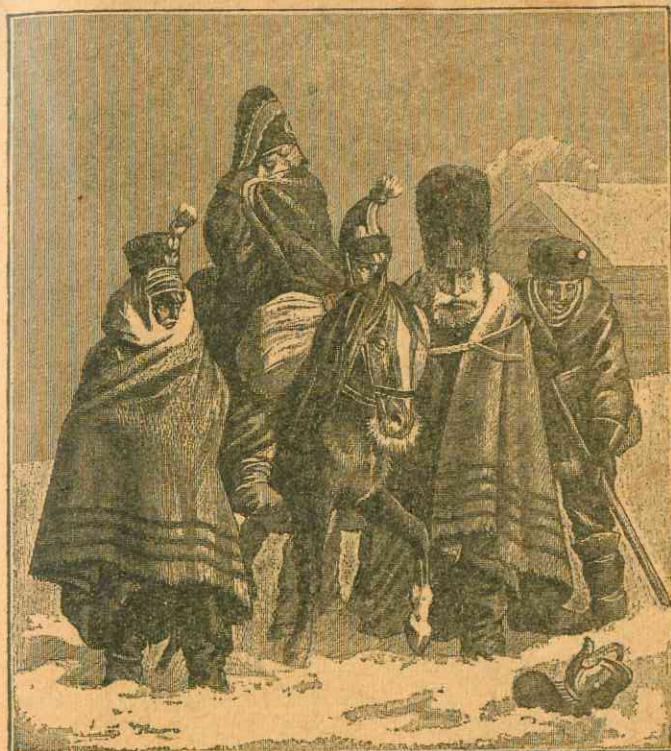
El desastre de Rusia fué para Napoleón «el principio del fin». Todos los vencidos se estremecían de esperanza. *Prusia*, que había sido la más cruelmente humillada, fué la primera en unirse a los rusos contra Francia. Austria permaneció neutral algún tiempo aún, para completar sus armamentos insuficientes.

Napoleón, sin embargo, para reparar el desastre, desplegó una actividad prodigiosa. En algunas semanas reconstituyó un ejército de 300.000 hombres, pero todos eran jóvenes reclutas que tenían menos de veinte años, y no tuvo tiempo de formar una caballería suficiente.

Desde la primavera de 1813 volvió a tomar la ofensiva: rechazó a los prusos más allá del Elba, y después a la orilla opuesta del Oder, pero poco después se unió Austria a la coalición.

Entonces fué cuando se empeñó la lucha decisiva entre Napoleón y Europa. Los aliados disponían de 500.000 hombres y tres ejércitos: uno austríaco, otro prusoruso y otro suecoruso.

Con 70.000 hombres, en *Dresde*, Napoleón consiguió aún rechazar los 150.000 austríacos. Pero sus lugartenientes eran batidos en Silesia y en Brandeburgo. Para no dejarse rebasar, se retiró sobre *Leipzig*. Adosado al Elster, sostuvo durante cuatro días con 155.000 hombres, el asalto de 300.000 coaligados. Aquella fué la batalla más colosal del Imperio, llamada por los alemanes la *batalla de las naciones*. El 18 de octubre, por la noche, falto de municiones, Napoleón tuvo que



DURANTE LA RETIRADA DE RUSIA. 3 DE DICIEMBRE DE 1812.

Fotografía de un dibujo de FABERT DU FAUR. Biblioteca Nacional.

Un general, las piernas y los pies envueltos en mantas y la cabeza hundida en un capote. Los soldados, apretados alrededor de su jefe, se han envuelto en mantas de caballos. A la izquierda un soldado de infantería; a la derecha un granadero con una gran barba cubierta de nieve. El vapor de la respiración del caballo se ha congelado en las cerdas del labio inferior y forma como una aureola blanca alrededor de la boca. Detrás, un coracero y un soldado sin ningún resto de uniforme. Todos van desarmados. "Se marchaba como prisioneros sin armas ni morrales", cuenta un soldado de la guardia veterana. A lo lejos, una casa cuyo techo está cubierto con una espesa capa de nieve. A principios de diciembre, el termómetro había bajado a 37° centígr. bajo cero. Este dibujo está sacado de una serie de dibujos hechos según los croquis que había tomado durante la campaña el comandante de artillería de la Grande Armée Fabert du Faur, del contingente wurtembergués. Por él puede formarse una idea del aspecto de la Grande Armée al fin de la retirada.

ordenar la retirada. Pero no había más que un puente sobre el Elster y se le hizo volar por error antes de haber pasado por él todo el ejército. Los aliados pudieron tomar 20.000 prisioneros, pero tuvieron 60.000 hombres fuera de combate.

Toda Alemania se unió a los vencedores. En Leipzig, durante la batalla, sajones y wurtembergueses se pasaron a los aliados. Después de Leipzig, el ejército bávaro quiso cortar la retirada a Napoleón pero los franceses pudieron en fin pasar a la orilla izquierda del Rin.

Al mismo tiempo que Napoleón perdía Alemania, sus mariscales acababan de perder España.

ESPAÑA
DURANTE
LA GUERRA

Durante el tiempo que duró la guerra de la independencia hubo en España dos gobiernos: el *gobierno intruso*, es decir, el de José Bonaparte y el *gobierno nacional* constituido al principio por Juntas locales o regionales, y después por la Junta Central, el Consejo de Regencia y las Cortes.

El *gobierno intruso* fué ejercido originariamente por una Junta de Gobierno que dejó Fernando al salir y que trató de obtener la sumisión del país al nuevo régimen. Se convocaron Cortes, constituidas a capricho, que reunidas en Bayona cubrieron malamente la apariencia legal reconociendo como rey a José Bonaparte, hermano del Emperador, a quien éste había designado rey. También sancionaron las Cortes de Bayona una Constitución, inspirada en el derecho constitucional napoleónico, no absolutista pero sí centralista, con algunas concesiones al antiguo derecho español. De acuerdo con ella las Cortes debían reunirse por lo menos cada tres años y sólo ellas podían fijar impuestos.

Aunque la Constitución fué jurada no pudo ser cumplida a causa del estado de guerra en que se hallaba la península. Y la situación hizo tan insostenible que Bonaparte abandonó Madrid: las juntas locales o regionales resolvieron mandar delegados a una que se llamaría Junta Suprema Central Gubernativa del reino, que se reunió el 25 de septiembre de 1808 en el palacio real de Aranjuez. Pero pocos meses después caía otra vez Madrid en poder de los franceses ahora dirigidos por el propio Napoleón que llegó desde la frontera en una rápida y brillante marcha. Pero debió abandonar

Madrid requerido por la situación europea y quedó nuevamente en el trono José I. Buena parte de España consideró irremisiblemente perdida la independencia y muchos se apresuraron a reconocer al usurpador, que por su parte hacía cuanto le era posible para conquistar la buena voluntad de sus súbditos. Pero las juntas regionales, la Junta Central y las Cortes de Cádiz supieron resistir. La Junta, que dirigía la guerra, trasladó su sede a Sevilla al lograr Napoleón tan decisivos triunfos. Ella no contaba con el apoyo unánime del pueblo: muchos resistían sus tendencias reformistas; carente de tacto político realizó actos o expresó opiniones cuyas consecuencias no preveía, y hasta se la calumnió imputándole delitos que no cometió. Al trasladarse a Sevilla comenzó a trabajar con nuevo brío, quizá alentado por la alianza con Inglaterra que por esos días se celebró. Por ese tratado se comprometían ambos gobiernos a no hacer la paz por separado con Francia. España no cedería a ésta ningún territorio en ninguna parte del mundo. Inglaterra se comprometía a auxiliar a España y a no reconocer más rey que el legítimo. Ambas naciones se hacían mutuas concesiones comerciales, que, naturalmente, sólo Inglaterra podía aprovechar. Era tal la simpatía que la lucha heroica de los españoles suscitaba en todo el mundo, que en Londres el espectáculo de la Opera debió suspenderse por una hora a causa de la ovación que se hacía a los representantes españoles que fueron a España a gestionar la mencionada alianza.

NUEVO
ATAQUE
A ESPAÑA

En octubre de 1810 España parecía nuevamente asegurada para los franceses, que recibieron re- fuerzos después de triunfar en otros frentes. Sevilla fué invadida, la Junta se disolvió, nombrando para sucederla un Consejo de Regencia de pocos miembros, con funciones ejecutivas, que debió funcionar en la isla de León. Chocó la Junta con las Cortes que se reunieron en Cádiz y de ello sobrevino debilitamiento de ambas autoridades que se hacían reproches mutuos.

Las Cortes de Cádiz eran la resurrección de una institución del derecho medioeval. Se reunieron el 24 de septiembre de 1810, estando representadas las provincias de España y América, y sancionaron dos años después una constitución. Era ésta de índole liberal — reconocía la soberanía del pueblo

como fundamento del gobierno, establecía la reunión anual de Cortes, la igualdad ante el impuesto y el servicio militar obligatorio — pero concedía excesivas atribuciones al rey a quien no reconocía responsabilidad.

Estas Cortes nombraron jefe del ejército a Wellington, que disponía de más de 100.000 hombres, casi la mitad ingleses, el resto por mitades portugués y español. Este ejército le haría perder España a Napoleón.

PÉRDIDA DE ESPAÑA

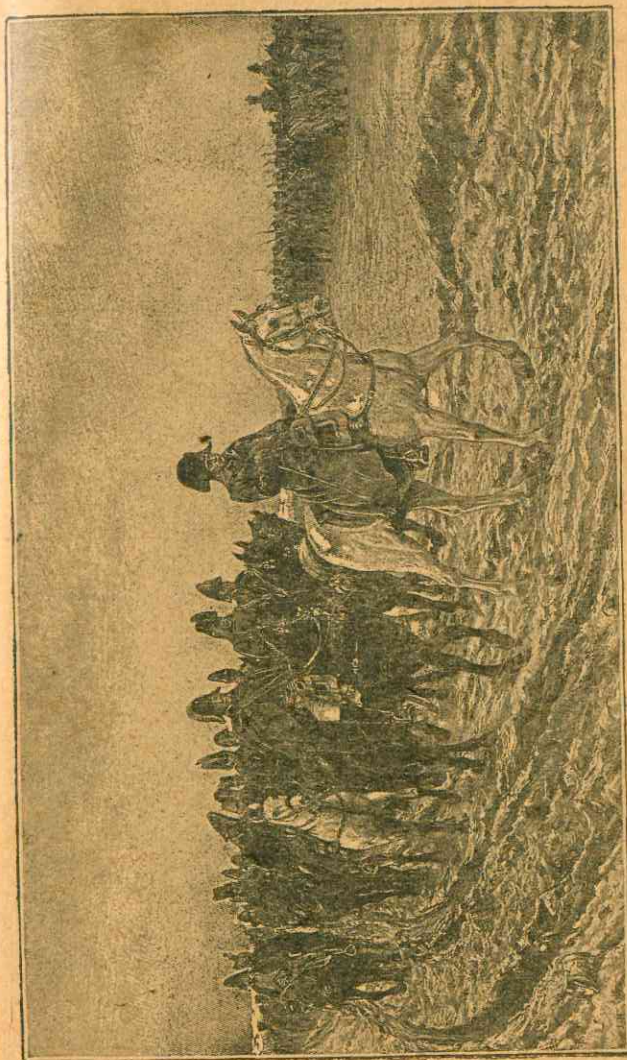
Los esfuerzos hechos durante cinco años para someter a los españoles no habían dado resultado, en primer lugar, por falta de unidad en el mando, y, además, porque los jefes de los diferentes cuerpos de ejército se tenían envidia y no se sostenían los unos a los otros. Los ingleses, mandados por *Wellington*, no pudieron ser desalojados de las líneas de *Torres-Vedras*, en Portugal. Partidos de allí, tomaron a Madrid (mayo de 1812), rechazaron a los franceses hacia el norte, y por la victoria de *Vitoria* (junio de 1813), les hicieron introducirse en Francia. En el momento en que Napoleón tenía que hacer frente a la invasión por la frontera del Rin, ya la frontera de los Pirineos necesitaba defensa. Napoleón, demasiado tarde, se decidió a devolver su corona a Fernando y a enviarle a España (diciembre de 1813).

CAMPAÑA DE FRANCIA

En enero de 1814, los aliados invadieron Francia y Bélgica. Sus fuerzas reunidas sumaban 250.000 hombres. Napoleón no tenía más que 80.000 que oponerles, pero por su genio y por la rapidez de sus movimientos iba, por decirlo así, a multiplicar sus fuerzas. El Emperador, según su expresión, «calzó las botas del general del ejército de Italia».

Los aliados se alababan de que llegarían a París en ocho días, y les fueron necesarios más de dos meses para conseguirlo. El ejército marchó sobre París, dividido en dos partes. Napoleón se colocó entre ellos, y volando de un lado para otro, y atacándolos sucesivamente, se esforzó en contener en su marcha a ambos ejércitos.

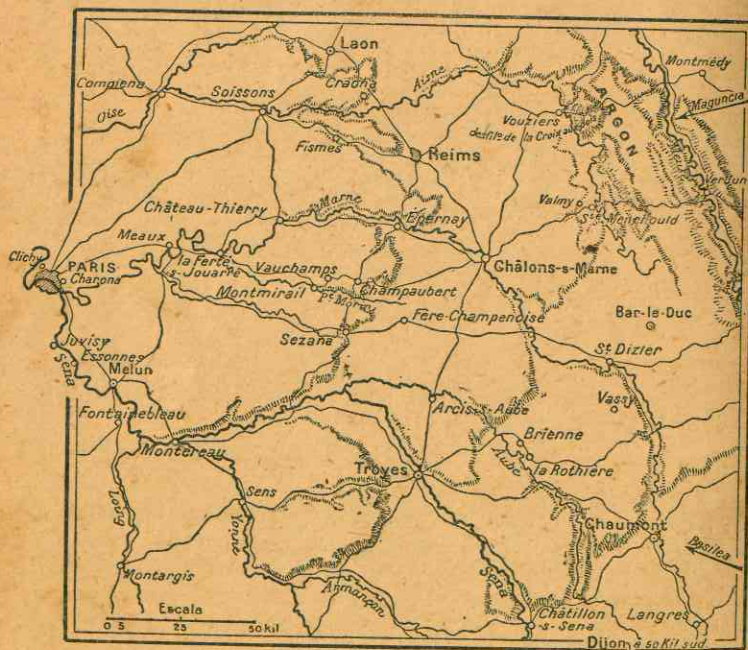
En ocho días (10 - 18 de febrero), libró y ganó siete batallas y obligó a los aliados a retroceder a las posiciones que ocupaban un mes antes, al principio de la campaña.



1814, por MEISSONIER (1811-1891). — Colección Chauchard, fotografía LECADRE.

La más justamente célebre de las obras de Meissonier, uno de los grandes pintores franceses del siglo XIX. Bajo un triste cielo de invierno y sobre el camino cenagoso, donde las ruedas de los cañones han dejado profundas señales, el Emperador va pensativo. Va vestido con su famoso capote gris. Detrás de él, Ney, con un capote sobre los hombros. En el fondo una columna de infantería.

Pero en marzo, habiendo vuelto los aliados a tomar la ofensiva, Napoleón fué menos feliz. Uno de los ejércitos, a quien esperaba batir junto al Aisne, consiguió escaparse por el puente de la plaza de Soissons, que acababa de capitular. Se atrincheró sobre la meseta de *Laón*, de donde Napoleón no pudo desalojarle. Vuelto a toda prisa para atacar al otro ejército, Napoleón se encontró con sólo 28.000 hombres contra 100.000 y tuvo que retroceder.



CAMPANA DE FRANCIA, 1814.

En este mapa se han indicado los principales caminos del este en 1814.

ABDICACION DE NAPOLEÓN

En esta situación desesperada, Napoleón concibió un plan audaz: marchó sobre Lorena para recoger allí las guarniciones de las plazas fuertes, cortar las líneas de aprovisionamiento de los aliados y forzarlos de esta manera a retroceder. Los aliados se disponían a retroceder hacia Metz, cuando supieron

por un correo interceptado, que París no estaba en estado de defenderse y que existía allí un fuerte partido en favor de los Borbones. El zar hizo entonces decidir la marcha en masa sobre París.

París no estaba fortificado y, sin embargo, los aliados no se hicieron dueños de la ciudad sino después de una sangrienta batalla. Por la tarde se firmó la capitulación. Al día siguiente, 31 de marzo, los aliados hicieron su entrada en París, evacuado por las tropas de línea francesas.

Pero no habían contado con Napoleón, que se encontraba en Fontainebleau, a 50 kilómetros de París, con 60.000 hombres. Desde que supo la marcha de los aliados sobre París, volvió a galope tendido. Todavía se preparaba a combatir, pero sus mariscales, fatigados de la guerra, no quisieron seguirle. Uno de ellos, Marmont, abandonó sus posiciones, llevando consigo las tropas. Después de esta defección, Napoleón se decidió a *abdicar* (6 de abril): los aliados le concedieron la soberanía de la *isla de Elba*, entre Córcega e Italia. 1814

LA RESTAURACION DE LOS BORBONES

Los aliados, a instigación de Talleyrand, el antiguo ministro de Napoleón, habían decidido restaurar en Francia a la familia de los Borbones. El conde de Provenza, hermano de Luis XVI, fué reconocido como rey, con el nombre de Luis XVIII.

Derrribado Napoleón, se trató la paz cuyas condiciones fueron arregladas por el *Tratado de París* (30 de mayo). De todas sus conquistas, Francia no guardaba más que Saboya y Aviñón. Con su material, que representaba muchos millones de francos, devolvía 53 plazas fuertes de Alemania, Italia y Bélgica, que ocupaban aún fuertes guarniciones. El reparto de los territorios que abandonaba debía ser arreglado por un congreso convocado en Viena.

Este tratado sublevó de indignación al pueblo, y se olvidaron los rencores contra Napoleón. No se vió ya en él más que al defensor de Francia invadida, y en Luis XVIII un rey «traído en los furgones del extranjero». Por otra parte, los Borbones multiplicaban las medidas torpes que debían herir e irritar a los franceses. La escarapela tricolor se había prohibido, pero los soldados la ocultaban en sus morrales. Se daba el retiro o quedaban en situación de medio sueldo a más de 20.000 oficiales colocados así en una situación difícil y

frecuentemente en la miseria. Los mandos de las plazas se daban a los emigrados. Los Borbones fueron bien pronto impopulares en la mayor parte de Francia.

LOS
CIENTOS DÍAS

En la isla de Elba, Napoleón estaba al corriente de los movimientos de la opinión en Francia, y resolvió intentar el destronamiento de los Borbones.

El 1º de marzo de 1815, habiendo escapado a la vigilancia de las flotas inglesas, desembarcaba en las costas de Provenza con un millar de soldados veteranos; el 20 estaba en las Tullerías. Su marcha había sido un prodigioso triunfo. Todas las tropas enviadas para arrestarle se habían unido a su pequeño ejército con transportes de entusiasmo. Cuando el 20 de marzo por la tarde apareció Napoleón en el vestíbulo de las Tullerías, llenas de una multitud de sus fieles, la alegría tocó al delirio. El Emperador fué pasado de mano en mano hasta los salones del primer piso: «Creí, cuenta un testigo, asistir a la resurrección de Cristo. Los transportes fueron tales que se hubiera dicho que los techos se hundían; después de aquella explosión semejante al trueno, cada cual se hallaba como en éxtasis y balbuciente de entusiasmo». Luis XVIII se había escapado la víspera a Bélgica.

Napoleón debía permanecer en el poder casi unos *cien días*, o sea hasta el 22 de junio de 1815.

WATERLOO

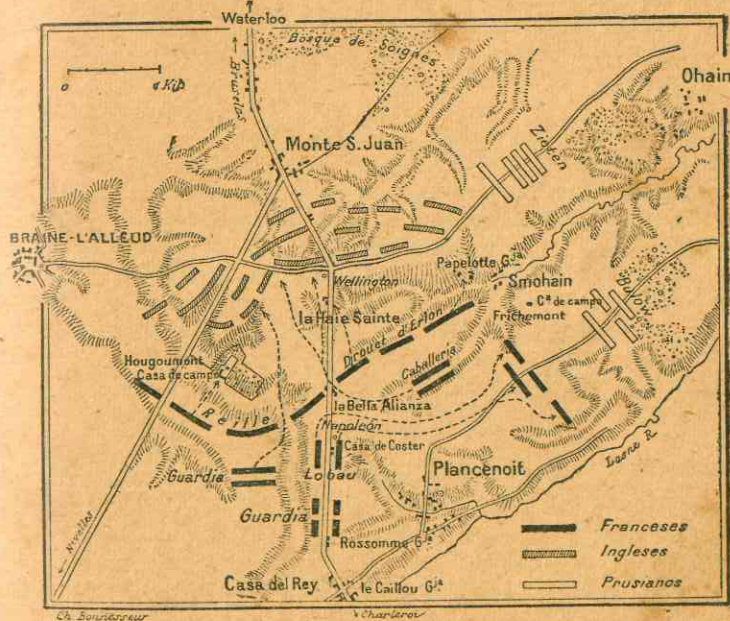
Napoleón deseaba la paz; pero los soberanos no quisieron ni aun negociar con él: le habían declarado «fuera de ley, como enemigo y perturbador del reposo del mundo», y después se habían comprometido a poner en pie de guerra 800.000 hombres y combatir hasta el completo exterminio del Emperador.

Un ejército inglés mandado por Wellington y otro ejército prusiano formaban la vanguardia de la coalición en Bélgica. Sus fuerzas reunidas se elevaban a 220.000 hombres. Napoleón resolvió ir a buscarlos, arrojarlos entre ellos y destruir al uno después del otro.

Reunió 124.000 hombres, atravesó el Sambre y, el 16 de junio, batió al ejército prusiano, en *Ligny*, pero sin conseguir destruir completamente el ejército prusiano.

Wellington se había atrincherado fuertemente al sur del pueblo de *Waterloo*, sobre la meseta del *Monte de San Juan*, interceptando el camino de Bruselas.

El 18 de junio se libró la batalla. La víspera se había desencadenado una violenta tempestad. El suelo estaba empapado; los hombres calados de agua y «arrastrando, según dice un testigo, dos o tres libras de barro en sus zapatos». Para dejar a sus tropas, rendidas de fatiga, un poco más de re-



BATALLA DE WATERLOO, 18 de junio de 1815.

pos, y sobre todo para que el suelo, por el que la artillería no podía maniobrar, tuviese tiempo de afirmarse un poco bajo los rayos del sol, fué preciso retardar el principio de la acción hasta por la tarde. Este retraso perdió a Napoleón, porque dejó tiempo a los prusianos de llegar al campo de batalla antes que el ejército inglés fuese roto.

En efecto, los prusianos, habían logrado escapar a un ejército francés que los perseguía, y desde las dos de la tarde

30.000 prusianos atacaban la derecha napoleónica. Agotadas las fuerzas de hombres y caballos, fué preciso abandonar la meseta. Napoleón había tenido que emplear contra los prusianos casi toda su reserva de infantería.

Rechazados los prusianos, el Emperador intentó el ataque supremo con los batallones de la guardia. A pesar de su intrepidez y su tenacidad, los infantes ingleses parecían estar a punto de ceder. Pero en este momento entró en línea un segundo cuerpo prusiano. El ejército francés, extenuado y cargado constantemente por la caballería prusiana, se sobrecogió bruscamente de pánico, se declaró en derrota, y fué perseguido y acuchillado por los prusianos. Solamente, y formada en cuadros, la guardia veterana permaneció inquebrantable en medio de aquella tempestad. Cuatro de sus cuadros, sordos a todas las intimaciones de rendición, fueron completamente deshechos. Los dos últimos, dos batallones de granaderos, «los distinguidos entre los distinguidos» — casi la mitad de los hombres estaban condecorados — situados a cada lado del camino de Bruselas, hicieron frente a los dos ejércitos. Ninguna carga consiguió romper las filas de aquellos valientes; alrededor de ellos se elevaba un terraplén de hombres y caballos muertos. Cuando a las nueve de la noche se batieron en retirada, la caballería prusiana se limitó a seguirlos fuera de tiro de fusil.

Cuatro días después de Waterloo, el 22 de junio, Napoleón, desalentado e impotente, abdicaba por segunda vez.

EL FIN
DE NAPOLEÓN

Después de su abdicación ganó el puerto de Rochefort, creyendo embarcarse allí para los Estados Unidos, pero la costa estaba bloqueada por los ingleses. Entonces Napoleón resolvió pedir asilo al gobierno inglés y la autorización de vivir libre en Inglaterra. Al efecto, se embarcó a bordo del navío inglés *Belerofonte*. Los ingleses le consideraron como prisionero de guerra y lo hicieron transportar a *Santa Elena*, roca perdida bajo los trópicos, en medio del Océano Atlántico. Allí vivió con algunos fieles, dictando sus *Memorias*, sometido a penosas vejaciones, guardado de vista por soldados y estrechamente vigilado por los comisarios de los aliados. Murió a los cincuenta y dos años, el 5 de mayo de 1821, de resultas de un cáncer en el estómago.

SEGUNDA
RESTAURACIÓN

El 7 de julio, los anglo-prusianos habían ocupado a París. El 8, Luis XVIII, vuelto detrás del ejército de los aliados, entraba de nuevo en las Tullerías.

Pero la caída de Napoleón y el regreso de Luis XVIII no suspendieron la marcha de los ejércitos de la coalición. Casi un millón de soldados, entrando por todas las fronteras, invadieron a Francia y se vengaron por medio de miles de exacciones de las derrotas sufridas durante veinte años. Los prusianos declaraban que no abandonarían Francia «hasta que no estuviese como si el fuego del cielo hubiera caído sobre ella». Este régimen duró más de cuatro meses, hasta la conclusión del *segundo Tratado de París* (20 de noviembre de 1815).

El tratado reducía a Francia a sus límites de 1790; se le quitaba la Saboya y varias plazas fuertes en la frontera del nordeste. Debía, además, pagar una gran indemnización de guerra —700 millones— y sufrir durante cinco años la ocupación extranjera: 150.000 hombres—. Tal fué la desastrosa conclusión del regreso de la isla de Elba: *Francia se encontraba más pequeña que en vísperas de la Revolución.*

CAPITULO VII LA RESTAURACION

I

EL CONGRESO DE VIENA.

Después de su victoria, en 1814, los soberanos aliados se ocuparon en reformar el mapa político de Europa: ésta fué la obra del *Congreso de Viena*.

El Congreso estuvo reunido desde octubre de 1814 hasta junio de 1815.

Las conferencias dieron por resultado la firma de varios tratados parciales que fueron después reunidos y aceptados por las grandes potencias con el nombre de *Acta Final del Congreso de Viena* (9 de junio de 1815). Los estados secundarios fueron simplemente invitados a dar su adhesión.

Completados los tratados de Viena por el segundo tratado de París, liquidaron los veintitrés años de guerra de la Revolución y del Imperio.

Los aliados se habían apropiado la parte del león. *Inglaterra*, dueña de los mares, conservaría *Malta* y las *islas Jónicas* en el Mediterráneo; *Guayana*, *Tabago* y *Trinidad* en América; *el Cabo* en Africa; *Ceilán* en Asia; la *isla de Francia* en el Océano Indico: — todas colonias tomadas a Francia y a sus antiguas aliadas, Holanda y España.

Prusia ganaba unos dos millones de súbditos. Había adquirido una parte de *Polonia* y la *tercera parte de Sajonia*; además *Westfalia*, a la orilla derecha del Rin; en la orilla izquierda, *Tréveris* y la mayor parte de los territorios to-

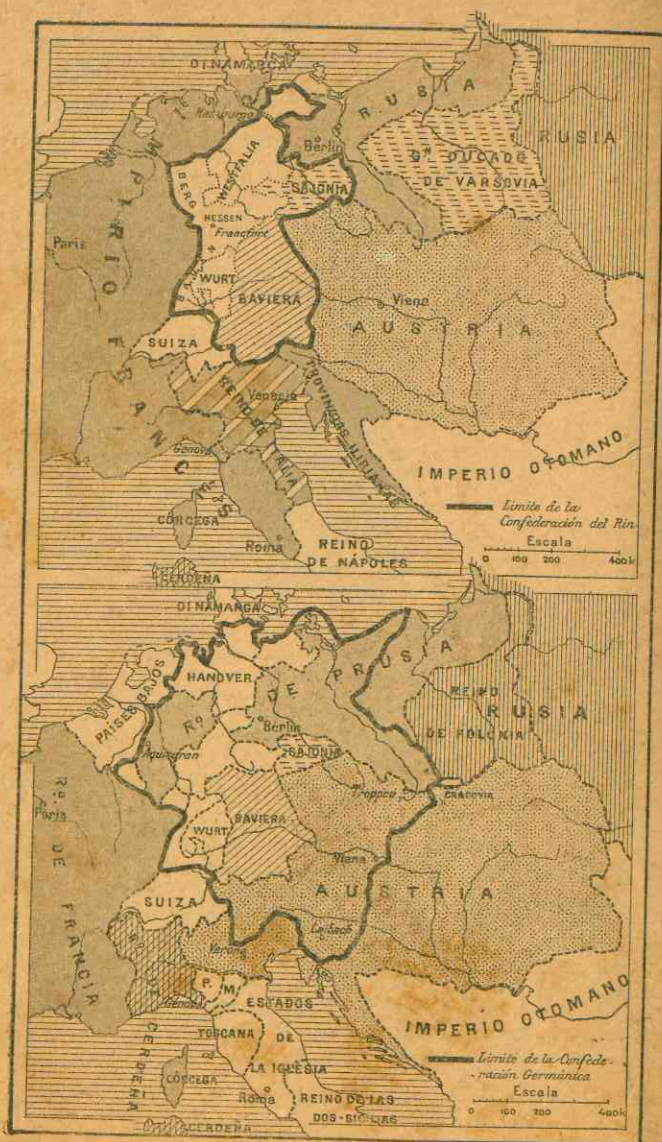
mados a Francia. Era como una segunda Prusia, la *Prusia renana*, colocada en la frontera de Francia y encargada de vigilarla.

Austria ganaba cuatro millones de súbditos. Había adquirido



EL PRINCIPE DE TALLEYRAND (1754-1838).
Retrato pintado por Prud'hon (1758-1823).
Fotografía Braun.

En este retrato, pintado en 1809, cuando Talleyrand contaba 55 años, expresa perfectamente todo lo que había de flexible, sutil y aguda inteligencia de aptitud en llevar una intriga, de espíritu satírico, en Talleyrand. Muestra también un tono de impertinencia altanera que demostraba el hombre de antaño, convencido de su superioridad nativa. — De muy antigua nobleza, obispo de Autun en 1789 y diputado a la Constituyente, propuso la incautación de los bienes del clero. Obispo «juramentado», terminó por salir de la iglesia. Fue ministro de negocios extranjeros bajo el Directorio, el Consulado y el Imperio, hasta 1807. Incitó a Napoleón en los asuntos de España. Napoleón lo había hecho gran chambelán, vice gran elector y le había dado el principado de Benevento. Estos favores no impidieron que hiciese traición a Napoleón y le precipitase en su caída en 1814. Ministro de negocios extranjeros bajo Luis XVIII, supo, en el Congreso de Viena, sacar a Francia del aislamiento en que querían tenerla los aliados. En 1830, bajo Luis Felipe, y a los ochenta y cuatro años, fué todavía de embajador a Londres. Pocos hombres han carecido tan completamente de sentido moral y de respeto a sí mismos como este admirable diplomático. Juró fidelidad a todos los regímenes y a casi todos hizo traición. — Si se considera que por su traición en 1808 arruinó la política oriental de Napoleón, preparó la guerra de 1809 y la ruptura de la alianza franco-rusa, se puede decir que es uno de los hombres cuya influencia fué capital en la historia y por quien los destinos de Europa han sido seguramente modificados.



I. — EUROPA CENTRAL EN 1810.
 II. — EUROPA CENTRAL EN 1815.

en Alemania, el Salzburgo; en Italia, Lombardía y la antigua República de Venecia, que reunidas formaron el reino Lombardo-Veneciano; en la costa de la península balcánica, Dalmacia. La adquisición de Lombardía y de Venecia hacían de ella la potencia dominante en el valle del Po y parecía prometerle la dominación de Italia entera, sueño secular de los príncipes de la casa de Austria.

Rusia ganaba de cuatro a cinco millones de súbditos. Había adquirido, en el Báltico, Finlandia, tomada a Suecia; en el Danubio, Besarabia, tomada a Turquía; en el Vístula, el Gran Ducado de Varsovia que llevaba su frontera hasta las inmediaciones del Oder. De este gran ducado hizo Alejandro un Reino de Polonia, yuxtapuesto, y no anexado al Imperio de Rusia.

Alrededor de Francia se había constituido una barrera de estados secundarios, destinada a aislarla. Esta barrera se componía del Reino de los Países Bajos, estado nuevo, formado por la reunión de Bélgica a Holanda; de la Confederación Suiza, formada de diecinueve cantones neutros, cuya neutralidad estaba garantida por Europa; del Reino de Cerdeña, que volvía a tomar Saboya, Niza y Piamonte, y que adquiría Génova y su territorio.

Excepto el reino de Hanóver, en Alemania, no se restablecieron ninguno de los estados que la Revolución y Napoleón habían hecho desaparecer. Los estados subsistentes (en 1792 existían 360) formaron la Confederación Germánica presidida por Austria. La Confederación era una asociación de soberanos independientes y no una unión de los pueblos en un pueblo.

En Italia, los antiguos soberanos, el rey de Cerdeña, el Papa, los Borbones de Sicilia, los príncipes austríacos de Parma, Módena y Toscana, fueron restablecidos en sus estados. Sólo las repúblicas de Venecia y de Génova habían desaparecido definitivamente.

En la península ibérica, España y Portugal volvieron a sus antiguos soberanos.

Al norte de Europa, Noruega, quitada a Dinamarca, había sido anexada a Suecia, y la península escandinava formaba de esta manera un reino único.

Si los tratados de 1815 daban satisfacción a la mayor parte de los soberanos, éstos desconocían las aspiraciones de los pueblos. Soportados de mala gana por ellos, dieron una corta paz, pero fueron el punto de partida de trastornos interiores graves, el origen de varias revoluciones, particularmente en Alemania e Italia, y la causa lejana de las grandes guerras de la segunda mitad del siglo XIX.

Vuelta Europa a la paz en 1815, se pudo juzgar de la importancia de la Revolución. Después de la Reforma, la Revolución es el hecho más importante de la historia. Una y otra han tenido el mismo carácter universal: no han transformado solamente, una la organización religiosa y la otra la organización política de los países donde nacieron, sino que ambas han ejercido su influencia en Europa casi entera. Por la Revolución y el Imperio, el mapa político de Europa fué más profundamente modificado en veintitrés años

FIRMA DE NAPOLEÓN EN 1805 (Fotografía).

Esta firma se encuentra debajo de una famosa proclama que Napoleón dirigió a la Grande Armée al día siguiente de la victoria de Austerlitz, y que empezaba por estas palabras: "Soldados, estoy contento de vosotros".

que lo había sido durante los dos siglos anteriores. La Revolución y Napoleón precipitaron la unidad alemana e italiana que se realizó cincuenta años más tarde.

Al mismo tiempo, la Revolución y el Imperio prepararon la transformación política y social de Europa. Por ellos fueron difundidas fuera de Francia las nuevas ideas resumidas en la Declaración de los Derechos del Hombre: ideas de libertad, de igualdad, e idea de la soberanía de los pueblos.

Por todas partes, donde durante esos veintitrés años estableció su dominación, se hizo prevalecer su influencia, y en Bélgica, en Holanda, en la orilla izquierda del Rin, en las partes de Alemania anexadas al Imperio, en ciertos estados de la Confederación del Rin, en Piamonte, en Lombardía, en Venecia, Francia abolió el régimen de los privilegios y de los derechos feudales e impuso el código civil. Por todas partes también la Revolución despertó en los pueblos la voluntad de limitar la arbitrariedad de los soberanos, el deseo de participar en el gobierno y de fijar por constituciones los derechos y los deberes recíprocos de los gobernantes y los gobernados.

II

LA RESTAURACION

Los soberanos coaligados habían vencido a Napoleón y a Francia: les quedaba por vencer las ideas francesas difundidas por toda Europa, ideas de libertad, de igualdad y de soberanía del pueblo. Después de 1815, un largo conflicto se empeñó entre la reacción y la Revolución.

Desde 1815 hasta 1850, se cuentan tres principales crisis de agitación revolucionaria.

Las primeras revoluciones estallaron en 1820, en España y en Italia, las cuales fueron reprimidas fácilmente por la intervención de las grandes potencias monárquicas, unidas todavía por la Santa Alianza.

La revolución francesa de 1830, que dió por resultado el destronamiento de los Borbones, provocó una nueva crisis europea, marcada por levantamientos en Bélgica, en Polonia y en Italia. Sólo Bélgica consiguió conquistar su independencia. Poco tiempo después (1833), España y Portugal se transformaron a su vez en monarquías constitucionales.

En 1848, de nuevo se desencadenó con violencia la revolución en toda Europa, o sea en Italia, Francia, Alemania y Austria. Después de haber parecido triunfar por un momento, fué de nuevo vencida, pero fué igualmente la última gran victoria de la reacción.

Ya se ha visto anteriormente (1) la obra territorial elaborada por el Congreso de Viena. Los aliados se habían preocupado sobre todo en ensanchar sus estados con arreglo a su conveniencia: mientras que Inglaterra extendía su dominio colonial, Prusia, Austria y Rusia se anexaban en el continente importantes territorios poblados de varios millones de almas. *No se había tenido ninguna cuenta de las aspiraciones nacionales de los pueblos*: Polonia era de nuevo repartida entre Prusia, Austria y Rusia; Bélgica había sido dada al rey de Holanda, y Venecia con Lombardía al emperador de Austria.

En la mayor parte de los estados, y por odio a la Revolución Francesa, causa primera de sus desgracias pasadas, los soberanos establecieron el *absolutismo* más riguroso, el régimen de la *censura*, de la *religión del estado* obligatoria y de las *prisiones de estado*. Algunos de los príncipes restaurados se opusieron, con encarnizamiento pueril, a todas las instituciones que databan de la antigua ocupación francesa: así fué que la vacuna quedó prohibida en los Estados de la Iglesia, así como el rey de Cerdeña hizo destruir el jardín botánico de Turín. En Francia, Luis XVIII no se atrevió a restablecer el antiguo régimen; pero proclamándose soberano por derecho divino, concedió a sus súbditos una Constitución, la *Carta de 1814*, que instituía un Parlamento como en Inglaterra. Pero los realistas, exasperados por los Cien días, organizaron el *terror blanco* en el Mediodía, donde hubo verdaderas matanzas de bonapartistas y republicanos; el mariscal Ney y varios generales de Napoleón fueron condenados a muerte y fusilados; todos «los regicidas», es decir, los antiguos convencionales que habían votado la muerte de Luis XVI, fueron desterrados.

LA OPOSICIÓN
LAS SOCIEDADES
SECRETAS

El principio de la soberanía popular, es decir, el derecho de los pueblos a gobernarse libremente y a disponer libremente de ellos mismos, quedaba derrotado con la Revolución y con Napoleón. Esto provocó un doble movimiento de oposición, liberal y nacional. Los *liberales* reclamaban una constitución y las libertades fundamentales, o sean libertad individual, libertad de conciencia, libertad de la prensa y libertad de reunión. Los

(1) Véanse págs. 92-95.

partidos nacionales reivindicaban ora la independencia de la nación, en países como Polonia, Hungría y Bélgica sometidos a una dominación extranjera, ora la unidad nacional en los países divididos, como Alemania e Italia.

Perseguidos por los gobiernos, los partidos liberales y nacionales se organizaron por todas partes en forma de *sociedades secretas* que conspiraban para derribar los gobiernos o para imponerles las reformas a viva fuerza. La más célebre fué la sociedad italiana de los *carbonarios*, llamados así porque los afiliados se habían refugiado al principio en los bosques y en las cabañas de los carboneros. Todo afiliado juraba ejecutar ciegamente las órdenes de sus jefes. En Francia, los opositores organizaron una sociedad secreta semejante que tenía por objeto el destronamiento de los Borbones.



METTERNICH (1773-1850).

Según el retrato pintado por Th. LAWRENCE (1769-1830).

LA SANTA ALIANZA.
METTERNICH

Contra esta doble oposición, que ellos llamaban «la revolución», los soberanos hicieron desde un principio causa común y se formó una sociedad de los reyes contra los pueblos, la *Santa Alianza*.

Al principio la Santa Alianza fué un

Fué *canciller de Austria* durante cuarenta años, hasta 1848. Su gran papel comenzó en 1815. Fué entonces el jefe de la reacción absolutista en Europa, y enemigo encarnizado de las ideas de libertad y de igualdad difundidas por los ejércitos de la República y del Imperio. Todos los movimientos liberales y constitucionales en Alemania y en Italia, hasta 1848, fueron reprimidos por él.

pacto religioso —iniciativa de Alejandro I, zar de Rusia— destinado a establecer entre los soberanos y entre sus pueblos los lazos de una verdadera fraternidad cristiana. Pero bajo la influencia del canciller de Austria, *Metternich*, llegó a ser bien pronto un instrumento de lucha contra las aspiraciones liberales y nacionales de los pueblos.

Metternich fué el alma de la Santa Alianza. Partidario irreductible de la monarquía absoluta, aborrecía la Revolución y se consideraba como el «teniente de Dios» que tenía la misión especial de combatir el azote de las nuevas ideas. Para conseguirlo, puso en práctica el *sistema de los congresos de intervenciones*: los soberanos unidos por la Santa Alianza debían reunirse periódicamente en congreso para examinar la situación internacional; intervendrían por las armas en dondequiera que la autoridad monárquica se viera amenazada por la revolución.

El «sistema Metternich» funcionó regularmente durante algunos años (1815-1823), y bastó para reprimir las primeras tentativas de los partidos revolucionarios.

LOS MOVIMIENTOS LIBERALES

Los primeros trastornos se produjeron en Alemania, en Italia y en España.

En *Alemania*, el descontento era tanto más vivo, cuanto que en 1813, al ser llamados sus súbditos a las armas contra Napoleón, los soberanos les habían prometido constituciones, y que el grito de guerra general había sido: «¡Viva Teutonia!», lo cual significaba viva la fusión de todos los pueblos alemanes en un solo estado alemán. La agitación, era a la vez *unitaria y liberal*; se pedía la organización de un régimen constitucional que apresurase la unidad de Alemania.

En *Italia*, la oposición quería también destruir el absolutismo y realizar la unidad nacional, pero le era preciso además *hacer desaparecer a los austríacos* que ocupaban la mayor parte de Italia del norte. En 1820 estalló una revolución que un número de oficiales intentaron, la cual se produjo primero en el Reino de Nápoles, donde un antiguo oficial de Murat, el general *Pepe*, se puso a la cabeza del movimiento y obligó al rey a aceptar una constitución. Se extendió al Piamonte, y el rey de Cerdeña fué forzado a aceptar una constitución, a tomar el título de rey de Italia y a hacer la guerra a los austríacos (1821).

En *España*, se vera (1) en qué circunstancias algunos oficiales del ejército reunido en Cádiz tomaron la iniciativa de la sublevación contra Fernando VII, «déspota incapaz e incurable» (enero de 1820). Asustado el rey, se apresuró a poner en vigor la Constitución de 1812.

A cada uno de estos movimientos siguió un congreso o una intervención de la Santa Alianza: a los acontecimientos de Alemania los Congresos de Carlsbad y de Viena; a la revolución italiana, el Congreso de Laybach, y, a la revolución de España, el Congreso de Verona.

Los *Congresos de Carlsbad y de Viena* (1819-1820), decidieron una serie de medidas antiliberales. Las universidades hubieron de ser estrechamente vigiladas; los periódicos y los libros fueron sometidos a la censura; se prohibió dar ninguna Constitución que limitase los poderes del soberano.

Los cinco países que firmaron la Santa Alianza — la *Pentarquía*, como se les llamó — se reunieron en el congreso de Aix-la-Chapelle (o Aquisgrán) (1818). La Pentarquía resolvió asumir un papel de *Directorio* que se asignó la función de intervenir en todos los países donde la sublevación de los súbditos pudiera hacer peligrar la situación de los monarcas. El zar de Rusia quería llevar la atención de las potencias hacia la reconquista de las colonias ultramarinas de España porque creía que con esto, distraída la atención general, quedaría él en libertad para actuar en el Cercano Oriente. La batalla diplomática fué difícil y larga y fué interrumpida por la revolución de Cádiz de 1820: quedaban anulados los esfuerzos que Fernando VII hizo, sin apoyo de la Pentarquía, para reducir a sus súbditos sublevados en el Nuevo Mundo.

Pero el posterior estallido de una revolución semejante en Nápoles contra Austria obligó a la nueva reunión de un congreso de las potencias, esta vez en Troppau. La habilidad de los diplomáticos, especialmente de Metternich derrotaron al zar que esperaba una amplia intervención en América, en España y en Italia. Sólo ésta fué reducida totalmente en provecho de Austria.

(1) Véase pág. 111.

El Congreso de Laybach (1821) encargó a Austria restablecer al rey de Nápoles en su plena autoridad. Por toda Italia se persiguió inexorablemente a cuantos eran sospechosos de liberalismo. El poeta patriota *Silvio Pellico*, preso en Milán y encerrado por los austríacos en la fortaleza del Spielberg, ha escrito un relato de su cautividad, *Mis Prisiones*, que ha llegado a ser popular en Italia.

Entretanto Fernando VII conspiraba contra su propio gabinete liberal y se anulaba así el triunfo de los pacifistas: parecía triunfar el zar al verse obligadas las naciones de la Pentarquía a ayudar al rey de España a librarse de la constitución que le habían impuesto sus súbditos.

El Congreso de Verona (1822) dió al gobierno de Luis XVIII, rey constitucional, la misión de destruir la Constitución española. Un cuerpo de ejército francés de 100.000 hombres, mandado por el duque de Angulema, sobrino de Luis XVIII, consiguió fácilmente vencer la resistencia de los liberales (1823). El gobierno, refugiado en Cádiz, capituló después de la toma del fuerte del *Trocadero*. Fernando VII, vuelto de nuevo a ser rey absoluto, cometió y dejó cometer tales atrocidades, que el duque de Angulema volvió a Francia asustado de su obra.

El congreso de Verona atendió también a los problemas de la Grecia sublevada y de España y sus colonias. Los planes parecían claros y seguros pero representaban para Inglaterra la ruina de su obra de muchos años y la sombra sobre su porvenir: Fernando VII quedó en el trono, garantido por la presencia de tropas francesas.

El Congreso de Verona fué el último de los congresos de la Santa Alianza. Esta se disolvió en menos de cuatro años. Inglaterra fué la primera que se retiró de ella, aun antes del Congreso de Verona, porque siendo país de régimen parlamentario, no podía trabajar en el mantenimiento o la restauración de las monarquías absolutas. El ministro inglés *Canning* se presentó como adversario de Metternich. Protestó violentamente contra la intervención francesa en España y consiguió impedir una intervención de la Santa Alianza en las colonias españolas de América, sublevadas contra Fernando VII.

Ya el presidente Monroe había protestado, en uno de sus mensajes al Congreso, contra toda intervención europea en

América, y formuló en estos términos la política de la Unión: «Mi administración ha establecido como un principio... que los continentes americanos no deben considerarse ya como pudiendo servir en lo sucesivo de dominio de colonización a una potencia europea cualquiera... En lo sucesivo, consideraremos toda tentativa de las potencias europeas para extender su sistema político a una porción cualquiera de este hemisferio, como peligrosa para nuestra tranquilidad y nuestra seguridad. En lo que concierne a las colonias o dependencias actuales de los estados europeos, no intervenimos ni intervendremos tampoco. Pero en cuanto a los gobiernos que han declarado y mantenido su independencia, no podríamos considerar toda intervención europea, que tenga por objeto establecer sobre ellos una dominación o una inspección cualquiera, sino como una manifestación hostil con respecto a Estados Unidos».

Los principios enunciados en esta altanera declaración han permanecido siendo los principios fundamentales de la política de la Unión. Por otra parte, habiendo abandonado la Santa Alianza sus proyectos, Monroe no tuvo para qué intervenir; pero su mensaje tenía el valor de un acto. La emancipación de América era en adelante un hecho consumado.

FIN
DE LA SANTA
ALIANZA

Los asuntos de Oriente acabaron la disolución de la liga monárquica. El zar Nicolás I, sucesor de Alejandro, más ortodoxo que antirrevolucionario, apoyó a los rebeldes griegos contra Turquía, cuya desmembración esperaba para establecerse en los Balcanes.

Se puso de acuerdo con Canning y con el gobierno francés para intervenir en Oriente (1826), y Austria quedó sola con Prusia. Esto significó el fin de la Santa Alianza.

CAPITULO VIII

LAS MONARQUIAS CONSTITUCIONALES

LA RESTAURACIÓN La monarquía constitucional duró en Francia desde 1814 hasta 1848, exceptuados los Cien Días. La constitución de 1814 dió el poder a una aristocracia de las fortunas, cerrada antes de julio de 1830, más abierta después y desaparecida con la monarquía de 1848.

Los principios de la constitución eran opuestos a los de la Revolución, aunque en apariencia se inspiraban en ellos. Así, se estatuyó que la «autoridad reside en el Rey» y no en el pueblo, y, como consecuencia, la constitución misma era una concesión real.

Luis XVIII aceptó, sin embargo, algunas reformas revolucionarias, tales como la igualdad ante la ley, la admisibilidad de todos en los empleos civiles y militares, la libertad de cultos, la libertad individual garantida por los tribunales, la colaboración de los representantes de la nación en la preparación de las leyes, etc., pero en cuanto a la libertad de prensa había restricciones inquietantes. El artículo 8 decía: «Los franceses tienen el derecho de publicar y hacer imprimir sus opiniones, ateniéndose a las leyes que deben reprimir los abusos de esta libertad».

El gobierno estaba organizado en consonancia: el rey elegía los ministros, que podían ser miembros de la cámara de diputados o de la de los pares, pero no tenían responsabilidad ante el parlamento. Éste carecía de poder: podía suplicar al rey que propusiera una ley y no podía modificar una ley si la modificación no era propuesta o consentida por el rey.

La Cámara de Diputados representaba a los departamentos, pero estaba contrapesada por una asamblea aristocráti-

ca, los *pares de Francia*, nombrados por el rey con carácter vitalicio, y cuyo número no estaba fijado. Los diputados duraban cinco años y tenían *inmunidades*.

Eran electores los franceses de 30 años de edad por lo menos, y que pagaban un mínimo de 300 francos de contribuciones directas. Para ser elegido, se debía tener 40 años, y pagar una contribución mínima de 1.000 francos. El derecho del voto sólo pertenecía a 90.000 ciudadanos: la aristocracia del dinero, entre la que estaban los nobles pero también los burgueses enriquecidos.

Por esto la política económica fué proteccionista — para evitar la competencia extranjera — y puede afirmarse que Francia se encontró en manos de una aristocracia de nobles y burgueses. Las clases inferiores padecían por falta de libertad — sólo existían sociedades secretas —, por las duras condiciones del trabajo — se trabajaba hasta 15 o 16 horas por 1.50 ó 2 francos — y por la carestía de la vida — un pan de 1.800 gramos valía de 0.60 a 0.80 francos. En el campo la población proletaria soportaba resignadamente su suerte.

SITUACIÓN DEL PAÍS Las condiciones del comercio y de la vida nacional en general se resentían del aislamiento resultante de la falta de caminos o de la deficiencia de los que existían. El correo postal, el más rápido, hacía siete kilómetros por hora, pero no podía llevar más de 4 pasajeros. Los periódicos, que podrían haber contribuido a mejorar la situación, no tenían el carácter noticioso actual, eran caros, de escasa circulación y sólo se vendían por suscripción.

La educación política del país era, pues, imposible: los libros y folletos que se imprimían en abundancia no llegaban sino a pocas manos. La vida intelectual misma declinó, salvo en París, donde algunos profesores obtenían éxitos de público — como Guizot en su clase de historia, Villemain en la de literatura, o Cousin en la suya de filosofía — etc., y algunos tenían influencia sobre la juventud, al punto de llegar a inquietar al gobierno.

EL PERÍODO ULTRARRAEREA-LISTA Luis XVIII tenía 60 años en 1815. Obeso y gotoso, le era difícil moverse; nunca había sido hombre de acción; era dado a las humanidades, pero su afición principal era la genealogía.

De ahí la importancia que tuvieron los ministros, si bien ninguno de ellos se distinguió, a excepción de los de hacienda, que lo fueron el conde de Decazes (1816-1820), y después el conde de Villèle (1821-1828). El primero se apoyó en los partidos de izquierda y el segundo en los de derecha. Ninguno de ellos, sin embargo, logró imponerse a las camarillas de palacio y a las intrigas de los partidos.

Eran éstos: el *ultrarrealista*, que se manifestó sólidamente organizado desde 1815; como consecuencia surgió el *constitucional* en 1816, y en 1818 el de los *independientes*, que representaba la extrema izquierda.

El partido ultrarrealista se dió a conocer por el *terror blanco*, impuesto a raíz de Waterloo, del que fueron víctimas numerosos partidarios de Napoleón, sin que las autoridades tuvieran poder suficiente para evitarlo.

Las elecciones parlamentarias realizadas durante el terror blanco dieron los mejores resultados para la restauración. Sobre 400 diputados, sólo 30 eran dudosos. El rey, entusiasmado ante ese resultado, la llamó la *cámara sin par*, y el nombre ha quedado. Pero su celo fué excesivo. Se votaron leyes que castigaban con la deportación a los que publicaran escritos o profirieran gritos sediciosos; otras suspendían las libertades individuales, y hubo un *terror legal* a semejanza del terror blanco.

Durante este tiempo hubo *cortes prebostales*, mitad civiles, mitad militares, que juzgaban sin apelación, y cuya sentencia debía cumplirse dentro de las 24 horas.

Este terror duró diez y ocho meses, y como consecuencia del mismo, fueron ejecutados 17 generales bonapartistas, entre ellos el mariscal Ney. Al día siguiente de la muerte de este último, el gobierno, temiendo haberse excedido, propuso una ley de amnistía.

El partido ultrarrealista, encabezado por el conde de Artois, hermano del rey, que era el comandante general de las guardias nacionales, llegó a constituirse en un verdadero gobierno, que controlaba y azuzaba al legal.

La fuerza de este partido se acrecentó cuando tuvo el apoyo de la Iglesia, organizando lo que se llamó la *Congregación*, institución de propaganda religiosa creada durante el imperio y que ahora adquiriría un gran incremento en todo el país.

Como el partido llegó a ser más realista que el rey, éste se vió en la necesidad de disolver la cámara (5 de septiembre de 1816).

EL PERIODO LIBERAL El partido constitucional, que reemplazó al ultrarrealista, dió al país ministros como Guizot y el mencionado conde Decazes, cuyo programa se basó en la aplicación honesta de la Carta de 1814.

Las elecciones dieron ese año mayoría a los constitucionales, mayoría que aumentó en los años siguientes. Esta época de la Restauración se caracteriza por el liberalismo del gobierno y por haber sido ejercido éste en su mayoría, por jóvenes. Comenzaron su obra con gran entusiasmo. Su primer punto debía ser una reorganización general, especialmente financiera.

Con toda honestidad y coraje, el gobierno tomó a su cargo el pago de las deudas pendientes del Imperio y de los Cien Días, de la invasión y de la ocupación. Este esfuerzo restableció el crédito de Francia a costa de grandes sacrificios, pues la deuda ascendía a 2.000 millones de francos.

Se complementó el saneamiento de las finanzas con el establecimiento del presupuesto, y con la prohibición de hacer gastos sin autorización de las Cámaras, — sea por presupuesto o por créditos suplementarios. — Además se resolvió que las Cámaras aprobarían cada año las cuentas del anterior.

En 1817 se dictó una nueva ley electoral. Hasta entonces se había votado *por grados*. En lo sucesivo, los electores elegirían *directamente* todos los diputados del departamento. Como los ciudadanos se reunían en las cabezas de departamentos, este régimen electoral vino a favorecer a los habitantes de las grandes ciudades, industriales y comerciantes generalmente liberales, que podían ejercitar sin dificultades sus derechos políticos.

Dentro del mismo espíritu se sancionó una nueva ley de prensa (1819) en reemplazo de la de 1815, que había suspendido toda libertad en ese sentido. En lo sucesivo, sólo se reprimiría la incitación al crimen y los delitos de carácter común. Los periódicos se multiplicaron y aumentó su circulación.

Este clima favorable a las ideas liberales, que se traducía en panfletos, canciones, etc., terminó conduciendo a la for-

mación de un partido más radical aún, donde se fusionaron diversos elementos republicanos, liberales, bonapartistas, etc. Este partido se llamó independiente, y su fuerza parlamentaria creció desde el principio.

LA
REACCIÓN

Este auge de la extrema izquierda ya inspiraba temores, cuando en la noche del 13 de febrero de 1820, un obrero asesinó al duque de Berry, en la puerta del teatro de la Opera. El asesino declaró que su propósito era aniquilar a la Casa de Borbón, ya que después del rey y del duque de Angulema, la corona correspondía al duque de Berry, que no tenía hijos.

La reacción de los ultrarrealistas fué enérgica. Decazes fué acusado de complicidad. La caída de Decazes, el 20 de febrero, señala el fin de los cuatro años de liberalismo de la Restauración.

Pero Francia había adquirido para siempre el aprendizaje del gobierno representativo. Había conocido la importancia de la prensa y quedaban constituidos los partidos.

El duque de Richelieu, gran señor, honesto y concienzudo, fué encargado del gobierno. Una de sus primeras medidas fué modificar la ley electoral, dando el predominio dentro del cuerpo de electores a los ciudadanos más ricos, que votaban dos veces.

Las exigencias de su partido lo llevaron a renunciar antes de dos años (1821), y fué reemplazado por el conde Villèle, que fué presidente del consejo hasta 1828.

Para contrarrestar la propaganda liberal, Villèle hizo votar una nueva *ley de prensa* que abolía la de 1819.

El triunfo de las derechas se explica por circunstancias generales a todo el continente y por otras particulares de Francia. En efecto, en España se había producido la sublevación de Riego, y en Nápoles la de las guarniciones. Estos hechos llevaron la zozobra al ánimo de muchos franceses.

Por su parte, la oposición se organizó para actuar. A imitación de los grupos de «carbonarios» italianos, se habían organizado «ventas», es decir, grupos de diez miembros, en toda Francia. Los afiliados se comprometían a guardar riguroso secreto, a cumplir las órdenes de los jefes y a tener siempre listos un fusil y veinticinco cartuchos.

Los «carbonarios» fueron intelectuales, jóvenes pertenecien-

tes al comercio y a las escuelas, militares en actividad, etc., pero no pueblo. Entre 30.000 ó 40.000 afiliados no hubo quien delatara la organización. El gobierno, por otra parte, no la temía porque sabía que carecía de arraigo popular.

En 1821 y 1822 los «carbonarios» habían preparado conspiraciones militares, pero todas fracasaron y hubo numerosos condenados a muerte. En 1823, cuando salían las tropas que debían sostener a Fernando VII, se intentó otra sublevación, que tampoco tuvo éxito.

Estos desórdenes asustaron a muchos y las votaciones fueron favorables al gobierno, al punto que, disuelta la Cámara, se llamó a elecciones y sólo entraron 15 diputados de izquierda. La Cámara mereció bien su nombre de *Cámara recobrada*. Para hacer más duradero el éxito, Villèle hizo prolongar a 7 años la duración de cada legislatura.

La represión fué excesiva: hasta Guizot, Cousin y Villemain debieron suspender sus cursos. Se suprimieron instituciones de enseñanza, otras fueron clausuradas reiteradamente y se dió al clero una preeminencia inusitada, hasta el punto de ponerse a la Universidad bajo su control.

Los últimos años del reinado de Luis XVIII se caracterizaron por el acuerdo entre las distintas ramas del gobierno. El rey, para no chocar con su hermano el conde de Artois, se desentendió por completo de la política.

En 1824, muerto Luis XVIII, el conde de Artois, que tenía 68 años de edad, fué coronado rey con el nombre de Carlos X. El nuevo rey se vanagloriaba de no haber cambiado en nada desde 1789. La exaltación de su devoción a causa de un duelo privado, contribuyó a aumentar su realismo.

Dos disposiciones del nuevo rey coordinaron las resistencias: mediante la imposición de nuevos gravámenes se indemnizó a los emigrados cuyos bienes habían sido vendidos como bienes nacionales durante la revolución; otra ley estableció dos partes para el hijo mayor — salvo disposición testamentaria de igualdad — con lo que se debilitaba el propósito de la ley de supresión del mayorazgo.

Pero la indignación alcanzó su punto máximo cuando se trató de aniquilar la prensa política: hasta la Academia Francesa protestó solemnemente. El proyecto disponía que

cada número del periódico debía ser depositado cinco días antes de su publicación, cada ejemplar debía pagar un derecho de diez céntimos por hoja, etc.

El proyecto sobre herencias de primogénitos fué rechazado por la Cámara de los Pares. El de la prensa, aprobado por los diputados, iba a ser rechazado por los pares cuando fué retirado por el ministerio. Esta actitud de los pares se debió a que el pueblo había sido bien expresivo.

En esos momentos, Chateaubriand, el gran escritor romántico, eliminado de mala manera del ministerio, emprendió una fuerte campaña contra Villèle y un cierto número de sus amigos le siguió. Buena parte de los católicos se pusieron por otra parte en contra de la Compañía de Jesús. Por su parte, la oposición se organizó en una institución llamada *Ayúdate y el Cielo te ayudará*.

Villèle restableció la censura, creó una «hornada» de 76 pares y disolvió la Cámara de Diputados. Las elecciones fueron un triunfo de la oposición y Villèle debió renunciar a principios de 1828.

Carlos X entregó el gobierno al conde de Martignac que renunció pocos meses después, y luego al príncipe de Polignac. Este nombramiento fué un desafío, pues con él aparecieron La Bourdonnaye, el hombre del Terror Blanco que siguió a Waterloo, y Bourmont, traidor a Napoleón después de la derrota.

El discurso del trono encerraba una amenaza de golpe de Estado; la Cámara replicó negando su confianza al Ministerio por 221 votos. La Cámara fué disuelta.

Polignac afrontó las elecciones con la esperanza del triunfo, creyendo que su enérgica política en Argel le aseguraba la gratitud de sus conciudadanos, pero éstos desatendían las cuestiones coloniales y sólo prestaban atención a la política. La oposición triunfó: de 221 diputados que había tenido, poseía ahora 274.

Ya la oposición hacía cuestión de dinastía, pero mientras los republicanos pedían un cambio radical, otros pedían el mantenimiento de la monarquía con el duque de Orleans en el trono. El pueblo se fortificaba leyendo la historia de la revolución francesa, escrita por un joven periodista llamado *Thiers*. El diario *El Nacional* comentó la revolución inglesa de 1688.

La situación decidió al rey a ser enérgico: el 25 de julio dictó cuatro ordenanzas, que eran un verdadero golpe de estado. Dos de estas ordenanzas eran una violación flagrante de la constitución de 1814. La primera suspendía la libertad de prensa, restableciendo la necesidad de la previa autorización. La otra modificaba la ley electoral, declarando que la lista de electores se formaría exclusivamente de propietarios.

La tercera ordenanza disolvía la Cámara recientemente electa y todavía no reunida, y la cuarta señalaba la fecha de nuevas elecciones.

FERNANDO VII RESTAURADO EN EL TRONO ESPAÑOL

El 22 de marzo de 1814 Fernando VII entró en la península de acuerdo con el tratado de Valençay, comprometiéndose a retirar las tropas siempre que los ingleses hicieran lo mismo. Las Cortes le señalaron el itinerario que debía seguir hasta Madrid donde le recibirían el juramento de la Constitución de 1812, sin lo cual no podía ejercer el poder real. Pero teniendo la seguridad de contar con apoyo militar suficiente para resistir tal imposición, declaró nulos los actos legislativos de las Cortes y en especial la Constitución. Mucha parte de la Nación sostenía al rey y en Madrid parte del pueblo llegó a gritar ¡*Muera la libertad y viva Fernando!* Los liberales fueron apresados o desterrados y en el afán de evitar reformas se anularon algunas de Fernando VI y Carlos III. Nunca el nivel político, administrativo y social de España se halló más bajo que en esta época aciaga. Los intrigantes que se reunían en la cámara real fueron designados con el nombre de *la camarilla* que desde entonces se ha generalizado, no sólo en castellano, para designar grupos similares.

El desorden del gobierno, su error y su carácter arbitrario produjeron levantamientos militares que fracasaron hasta el 1º de enero de 1820. En este día se sublevó el comandante del batallón de Asturias, don Rafael del Riego, cuyas tropas integraban el ejército que debía salir al mando de Murillo para restablecer el dominio español en América. Generalizado el movimiento, el rey cedió, y el 7 de marzo dictó un decreto en que el rey decía: «Siendo la voluntad general del pueblo, me he decidido a jurar la Constitución promulgada por las Cortes generales y extraordinarias de 1812». El 9 de marzo se creó la Junta consultiva que aplicaría el

Decreto del día 7, y al día siguiente publicó un manifiesto del que se han hecho famosas las palabras finales — «marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional» — como expresión de doblez de espíritu. España cambió de aspecto y retornaron al país todos los exilados voluntarios o forzosos.

Nadie se forjó ilusiones sobre la buena fe del rey. Vivió en constantes incidentes con sus ministros y el pueblo no le devolvió el respeto. En noviembre del mismo año 1820, con motivo de haber pretendido destituir al capitán general de Madrid, al volver a Madrid el rey oyó otra vez la canción popularizada durante el absolutismo:

Trágala o muere
Tú, servilón
Tú, que no quieres
Constitución.

Este incidente y muchos otros cómicos, dramáticos o trágicos revelan la dificultad con que Fernando VII se desenvolvía cuando se ponía un freno a sus torpes arbitrariedades.

Solo dos años duró, pues, este período constitucional. Por una parte los absolutistas españoles trataron de cambiar la organización del gobierno. Por la otra Francia, Rusia, Austria y Prusia, en el Congreso de Viena habían acordado intervenir, para obtener la abolición de la Constitución y para librar a Fernando VII secuestrado, según ellos, por los liberales.

PORTUGAL Portugal, después de la guerra encarnizada que sostuvo contra las tropas francesas invasoras, fué olvidada completamente en el congreso de Viena. Al año siguiente, muerta la reina viuda María I, fué proclamado rey Juan VI, que residía en el Brasil desde la invasión napoleónica y que no se avino a abandonar la colonia. Ésta pasó a ser metrópoli y Portugal fué la colonia, donde siguió gobernando con el beneplácito del rey, el embajador Berresford, que había organizado la resistencia contra Napoleón. Todos los puertos portugueses se abrieron a los ingleses.

En 1820 Berresford se dirigió al Brasil. Llegaron noticias de la sublevación de Riego, y a su ejemplo, la guarnición de

Oporto se sublevó. El país reasumió su soberanía: se organizó una junta provisional y tomando por base la constitución de Cádiz, se dictó una. Presionado por Inglaterra, el rey fué a Lisboa y juró la constitución.

La constitución, que concedía libertades a los portugueses, las escatimaba a los brasileros, y el Brasil se declaró independiente. La economía portuguesa quedó gravemente resentida. Entretanto la reina Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, rey de España, y su hijo Miguel, al frente del partido absolutista, trabajaban contra el régimen constitucional, mientras los estadistas liberales trataban de adaptar el país a las duras condiciones nuevas.

Cuando las tropas francesas restablecieron el absolutismo en España, una sublevación militar abolió la constitución y se dispuso a dictar otra inspirada en principios ingleses. Los absolutistas la resistieron y fueron deportados, siendo confinada la reina.

CAPITULO IX

LAS REVOLUCIONES DE 1830 Y 1848

I

FRANCIA
CONTRA
LOS BORBONES

Dos veces restaurada por el extranjero, en 1814 y en 1815, la dinastía de los Borbones no podía ser popular en Francia. Tenía contra ella casi toda la burguesía de las clases liberales, abogados, médicos, etc.; los estudiantes; todos los que permanecían fieles al recuerdo de Napoleón, oficiales puestos a medio sueldo, soldados veteranos, etc.; los republicanos; los patriotas exasperados por los tratados de París; los labriegos compradores de bienes nacionales inquietos por las amenazas y la arrogancia de los antiguos emigrados: elementos todos muy distintos pero que se reunían en torno de un mismo símbolo, la *bandera tricolor* proscripta desde 1815, «como un emblema sedicioso».

Luis XVIII, sin embargo, después de los excesos del terror blanco, había conseguido confener la oposición por medio de un gobierno relativamente liberal y moderado. Pero en 1824, por la muerte de Luis XVIII, la corona fué a parar a su hermano el conde de Artois, que tomó el nombre de *Carlos X*, enemigo de la Revolución, que declaraba «que quería mejor aserrar madera que reinar a la manera del rey de Inglaterra».

LA REVOLUCIÓN
DE
JULIO DE 1830

Para quebrantar la oposición que había conseguido conquistar la mayoría en la Cámara, el nuevo rey se resolvió a dar un verdadero golpe de estado. Mientras la Carta imponía, para todo acto legislativo, la colaboración de las Cámaras, él, por

su sola y propia autoridad, suprimió la libertad de la prensa y modificó el régimen electoral por *Ordenanzas* que fueron publicadas el 26 de julio de 1830.

La publicación de estas *Ordenanzas* desencadenó inmediatamente la *revolución*. El 27 de julio, París comenzó a erizarse de barricadas y hubo tres días de batalla.

Después de una mortífera lucha, el mariscal Marmont, encargado de reprimir la insurrección, se vió obligado a batirse en retirada y abandonar París a la insurrección victoriosa.

Un gran número de liberales se había agrupado alrededor de un príncipe de la sangre, reputado por sus opiniones liberales: *el duque de Orleans, Luis Felipe*. Lo hicieron proclamar por una comisión de diputados *teniente general del reino* (31 de julio). Los republicanos, poco numerosos, no se atrevieron a protestar, y, algunos días más tarde, después de haber jurado observar fielmente la Carta Constitucional revisada por la Cámara de Diputados, el duque de Orleans fué proclamado «rey de los franceses», con el nombre de *Luis Felipe I* (9 de agosto). En cuanto a Carlos X, sin ensayar siquiera resistir, se embarcó para Inglaterra.



LUIS FELIPE I (1830-1848).

Según el cuadro de WINTERHALTER (1806-1873), en el museo de Versalles.

La cara, de nariz muy brusca y el labio inferior un poco abultado, es completamente de los Borbones y recuerda la fisonomía de Luis XIV, el tatarabuelo de Luis Felipe.

LA REVOLUCIÓN
EN EUROPA

Las jornadas de julio de 1830 tuvieron en toda Europa un eco profundo. Los éxitos de los revolucionarios franceses reanimaron por todas partes las esperanzas de los partidos liberales y

nacionales, y bien pronto estallaron nuevos levantamientos en Bélgica, Polonia e Italia.

Los *belgas*, franceses de origen y de lengua, y de religión



CONSTRUCCIÓN DE UNA BARRICADA, 27 DE JULIO DE 1830.
Fotografía de una litografía de BELLANGÉ (1800-1866).

Es el principio de la insurrección, el martes 27 de julio. Se trata de cerrar una gran calle, y la barricada es importante. A la derecha, obreros sacan los adoquines con picos y azadones. Mujeres y niños llevan los adoquines que se amontonan en toneles; otros llevan una mesa y una escalera; una diligencia — el ferrocarril de aquel tiempo — es la pieza principal de la barricada. Dos hombres amarran en el imperial del carruaje una inmensa bandera tricolor en la que se lee: «La Carta o la muerte». Por encima se ve la cuerda de un farol, roto la noche anterior. En el fondo, por un estrecho pasadizo, desfilan los insurrectos, con bandera a la cabeza. Este grabado, muy vivo, interpreta bien el ardor con que toda la población parisiense se arrojó a la lucha en defensa de las libertades públicas violadas por las Ordenanzas.

católica, habían sido anexados en contra de su voluntad, en 1815, a Holanda, país germánico y protestante. Inflammados por el ejemplo de la revolución de julio, se sublevaron con-



EN LA CALLE DE SAN ANTONIO, 28 DE JULIO DE 1830.
Fotografía de una litografía de ADAM (1801-1866).

El miércoles 28 de julio, Marmont ensayó tomar la ofensiva y ocupar el Ayuntamiento y la Plaza de la Bastilla, las dos plazas de armas de la insurrección. La marcha de las tropas fué de las más rudas. Aquí, un destacamento de carabineros acaba de franquear una de las barricadas de la calle de San Antonio. Pero una vez pasada la caballería, aparecen los insurrectos a la izquierda, detrás de la barricada, invertida. Desde las ventanas y los techos se arrojan sobre los carabineros muebles, una cómoda, una butaca, un banco, piedras y botellas.

tra los holandeses, y el 4 de octubre de 1830, un gobierno provisional proclamaba la independencia de Bélgica. Poco tiempo después, los polacos se sublevaban a su vez

contra la dominación rusa (1830). Habiendo negado el zar Nicolás toda concesión a los insurrectos, la Dieta polaca proclamó su destitución y la *independencia de Polonia* (1831). Entonces empezó una encarnizada guerra entre rusos y polacos.

A fines de 1830, la revolución se extendía igualmente por Italia, donde la insurrección triunfaba en los ducados de *Parma* y de *Módena*, y después en los *Estados de la Iglesia*. Los insurrectos organizaron por todas partes gobiernos provisionales (febrero de 1831).

LOS
RESULTADOS

En esta crisis revolucionaria, las grandes potencias no se encontraron ya unidas como en 1820. A las tres monarquías absolutas, Prusia, Austria y Rusia, se oponía ahora el grupo de monarquías liberales, Francia e Inglaterra. De aquí que ni la reacción ni la revolución pudieran triunfar completamente.

La revolución triunfó en Bélgica, gracias al apoyo de Francia y de Inglaterra, y gracias a la intervención de los ejércitos franceses que arrojaron de aquélla a los holandeses y les tomaron a Amberes. Después de numerosas complicaciones diplomáticas, todas las potencias reconocieron la independencia y garantizaron la *neutralidad de Bélgica*. Por este hecho resultó ser un reino constitucional, cuya corona fué dada a un príncipe alemán, *Leopoldo de Sajonia Coburgo* (1831).

Por el contrario, en *Polonia* y en *Italia* la revolución fué vencida. Los insurrectos contaban con una intervención de Francia, pero Luis Felipe estaba decidido a no empeñarse temerariamente en una guerra europea; se limitó pues a negociaciones diplomáticas que quedaron sin efecto. En *Polonia*, la insurrección fué vencida después de una resistencia heroica, y los insurrectos tomados con las armas en las manos fueron deportados a Siberia. En *Italia*, las armas austríacas intervinieron, como en 1821, y restablecieron fácilmente el absolutismo.

ESPAÑA
Y PORTUGAL Sin embargo, bajo la influencia de Inglaterra y de Francia, el liberalismo obtuvo bien pronto nuevos éxitos en Europa occidental. Casi al mismo tiempo y en circunstancias análogas — una crisis de su-

cesión — las monarquías absolutistas de España y Portugal se transformaron en monarquías constitucionales.

En *Portugal*, la crisis había estallado desde 1826, a la muerte del rey Juan VI. Mientras que su hijo mayor *don Pedro*, emperador del Brasil, otorgaba una Carta a los portugueses y después abdicaba en favor de su hija *doña María*, *don Miguel*, hermano de don Pedro, era proclamado rey por el partido absolutista. Éste triunfó primero; los liberales fueron por millares ejecutados, deportados o presos; pero, después de los acontecimientos de 1830, don Pedro, vuelto a Europa y socorrido por los gobiernos francés e inglés, consiguió derribar a don Miguel (1832-1834). El antiguo régimen fué abolido en Portugal, y la Carta Constitucional de 1826 puesta en vigor.

En *España*, Fernando VII, que no tenía más que hijas, había promulgado en 1831 una *pragmática* que restablecía el derecho de sucesión de las mujeres, y reconoció como heredera a su hija *Isabel*. Pero su hermano *don Carlos* mantuvo sus derechos al trono. A la muerte de Fernando VII (1833), la reina madre *María Cristina* se hizo cargo de la regencia en nombre de Isabel, que no tenía entonces más que tres años. Como don Carlos tenía de su parte a los absolutistas, ella se apoyó en los liberales y promulgó en 1834 una Constitución — con el nombre de *Estatuto Real* — análoga a la Carta francesa de 1814. Pero el partido carlista fué destrozado después de una sangrienta guerra civil que duró cinco años (1834-1839).

LA GUERRA
CARLISTA

Don Carlos tenía repartidos sus partidarios por toda España, pero el foco principal del carlismo fué la región montañosa del norte, o sean las *provincias vascas y Navarra*. Los insurrectos creían combatir, no solamente por el rey legítimo, sino por la religión católica, como en tiempos de Napoleón I.

Además se batían por la defensa de sus tradicionales fueros, privilegios tradicionales que equivalían a una verdadera autonomía, la que temían que el nuevo régimen aboliera. Así se explica el encarnizamiento de la lucha, que bien pronto tomó un carácter atroz, llevándose a efecto actos odiosos tales como la ejecución, por los cristinos, de la anciana madre del general carlista Cabrera, que se había mostrado parti-

cularmente sanguinario; para vengarse, Cabrera hizo fusilar treinta mujeres de oficiales liberales.

Hasta 1837, la lucha estuvo indecisa. Los carlistas, hacían sobre todo la guerra de guerrillas, en la que se distinguen los montañeses vascos. Pero don Carlos, mal aconsejado, poco inteligente y sin energía, dejó escapar todas las ocasiones de alcanzar un éxito definitivo; la expedición de 1837, en la que llegó hasta las puertas de Madrid, retirándose después sin atreverse a atacar, acabó de desacreditarlo aun entre sus mismos partidarios. Mientras que la discordia se difundía por el campo carlista, *Espartero*, a la cabeza de tropas liberales, desalojaba a los insurrectos de varias posiciones importantes. Desanimados los carlistas, se resignaron a capitular por el *Convenio de Vergara* (1839).

II

EXTENSIÓN DE LA PROPAGANDA REVOLUCIONARIA

Los tratados de 1815 y la obra de la Santa Alianza habían quedado parcialmente incumplidos por los acontecimientos de 1830. En los años siguientes, la propaganda revolucionaria, estimulada por aquellos primeros éxitos, redobló en actividad y audacia. Unas veces subterránea y oculta, y otras manifestándose al aire libre, la agitación nacional y liberal no cesó de aumentar hasta la crisis de 1848 que trastornó a casi toda Europa.

Este período está caracterizado, de una parte, por el desarrollo de los partidos republicanos y la aparición de las primeras agrupaciones socialistas. Las doctrinas republicanas reclutaron numerosos adherentes sobre todo en Francia y en Italia. En Francia, agrupados los republicanos en una vasta sociedad secreta, los *Derechos del Hombre*, ensayaron por dos veces, en 1832 y en 1834, derribar a Luis Felipe, pero fueron anonadados. En Italia, el movimiento republicano tuvo por jefe a *Mazzini*, que organizó la sociedad secreta la *Joven Italia*; después se esforzó en agrupar los republicanos de todos los países en una asociación internacional, la *Joven Europa*, dividida en secciones nacionales llamadas *Joven Francia*, *Joven España*, *Joven Polonia*, etc. En estos grupos revolucionarios empezaron a difundirse las flamantes ideas socialistas: excitados por la espantosa miseria que reinaba en

los medios obreros desde el desarrollo de las grandes industrias, los socialistas proponían no solamente reformas políticas sino reformas sociales; es decir, una organización nueva de la sociedad y del trabajo.

Por otra parte, en este mismo período, *las aspiraciones nacionales se manifestaron con nueva fuerza*, sobre todo en Alemania e Italia, divididas en pequeños estados. En Italia se produjo el gran movimiento conocido con el nombre de *Resurgimiento*, es decir, la resurrección de la conciencia nacional bajo la influencia de escritores patriotas, que predicaban las ideas de emancipación y de unificación. En Alemania, el movimiento unitario se desarrolló sobre todo a partir de 1840, cuando surgió la amenaza de una guerra con Francia, a propósito de los asuntos de Oriente ⁽¹⁾.

LA REVOLUCIÓN EN ITALIA Y EN FRANCIA

Llegó un momento en que los gobiernos no pudieron ya contener a aquellas fuerzas revolucionarias. El estado de los espíritus era tal en toda Europa, que la *Revolución*, ganando cada día terreno, como inmenso incendio, se propagó de capital en capital con rapidez desconcertante.

La insurrección empezó en Italia, en el *Reino de las Dos Sicilias*, en enero de 1848. Sucesivamente, el rey de las Dos Sicilias Fernando II, el Papa, el gran duque de Toscana y el rey de Cerdeña Carlos Alberto, tuvieron que conceder a sus pueblos *Constituciones* y la *bandera tricolor*, verde, blanco y rojo, símbolo de la unidad italiana (3-10 de febrero).

Algunos días más tarde estalló bruscamente una formidable insurrección en París (23-24 de febrero). Luis Felipe, que había llegado a ser impopular a causa de su política conservadora y de su pertinaz oposición a toda reforma, era destronado y obligado a huir, como Carlos X en 1830. Un gobierno provisional, formado de republicanos y socialistas, proclamaba la *República* y decretaba la reunión de una Asamblea Constituyente elegida por *sufragio universal*.

LA REVOLUCIÓN EN EUROPA CENTRAL

La victoria de los revolucionarios franceses tuvo una inmensa repercusión en toda Europa. De París, la Revolución pasó bien pronto a la monarquía austríaca. Metternich, la roca del orden

(1) Véase más adelante, pág. 163.

y la encarnación del absolutismo, se vió reducido a huir de Viena, ante aquel motín, oculto en el coche de una lavandera. Al mismo tiempo se producían *movimientos nacionales* en Bohemia y Hungría, Lombardía y Venecia.

El emperador Fernando se vió obligado a ceder en todos los puntos. Por todas partes parecía triunfar la revolución.

Después de París y después de Viena, *Berlín* tuvo sus «jornadas» de motín, cuyo resultado fué la elección, por sufragio universal, de un *Parlamento Constituyente*, encargado de elaborar la nueva Constitución Federal de Alemania. Como el rey de Cerdeña en Italia, el rey de Prusia pareció querer tomar la dirección del movimiento unitario: recorrió con gran pompa las calles de Berlín, llevando un brazal tricolor, negro, rojo y oro, colores nacionales alemanes.

Estas victorias fulminantes de la Revolución no fueron más que del momento. En efecto, eran debidas menos a la fuerza real de los partidos revolucionarios que al desorden de los gobiernos, sorprendidos e irresolutos en los primeros momentos. Se rehicieron bien pronto, y favorecidos sobre todo por las divisiones y la inexperiencia de sus adversarios, no tardaron en recobrar la ventaja. Empezado desde mediados del año 1848, el movimiento de *reacción* se desarrolló en 1849 y se terminó en 1850-51 por el aniquilamiento de los partidos liberales y nacionales en toda Europa.

El gobierno austríaco fué el primero en volver a tomar la ofensiva, con el concurso del ejército que le había permanecido fiel. Atacó en primer lugar a Bohemia: se retiraron todas las concesiones hechas a los checos. Hungría se levantó como un solo hombre porque ya se había declarado la igualdad de todos los magiares y suprimido los derechos feudales. El auxilio del ejército ruso aseguró la dura represión.

Durante esta guerra Viena se sublevó para impedir la partida de tropas que iban a combatir a los húngaros. Se llegó a colgar de un farol al ministro de guerra. Fernando debió abdicar, pero su sucesor, su sobrino Francisco José, anuló las concesiones liberales de aquél. Así se restableció el absolutismo y la centralización en todo el imperio.

LA REACCIÓN EN
ITALIA

Las armas austríacas fueron también las que dominaron la revolución en Italia. Carlos Alberto fué proclamado *rey de Italia* por sus tropas victoriosas. Pero su falta de decisión permitió que reconquistaran toda Lombardía, mientras que, en Nápoles, el rey Fernando II se daba prisa en restablecer el absolutismo.

Los italianos intentaron un nuevo esfuerzo, dirigido por los republicanos mazzinistas. La *República* fué proclamada primero en Venecia (1848), después en *Roma*, de donde el Papa había huído a consecuencia de un sangriento motín, y en *Florencia*. En Roma perteneció el gobierno a un triunvirato cuyo principal miembro era Mazzini. El rey de Cerdeña, bajo la presión de la opinión pública, rompió entonces las hostilidades contra Austria, pero, vencido de nuevo en *Novara* (1849), perdió toda esperanza y abdicó en favor de su hijo Víctor Manuel II.

La derrota de los piemonteses en Novara fué seguida prontamente de la *destrucción de las repúblicas*. Los austríacos se apoderaron de buena parte de la península, y el gobierno francés restableció al Papa (1849). Sólo Víctor Manuel se negó a restablecer el absolutismo en su reino, y Piemonte permaneció siendo un estado liberal a cuyo alrededor se agruparon en lo sucesivo los patriotas italianos.

LA REACCIÓN EN
ALEMANIA

Los patriotas liberales de Alemania no habían sido más felices. En Prusia, como en Austria, el ejército permaneció fiel a los soberanos, y fué el instrumento de la reacción (1848). Sin embargo, no se atrevió a restaurar completamente el antiguo régimen, y otorgó a su pueblo una Constitución que, por otra parte, mantenía la preponderancia del poder real. «En Prusia, declaró Federico Guillermo, es preciso que el rey gobierne, y yo gobierno porque es la orden de Dios».

La derrota de los liberales de Viena y de Berlín llevó consigo el fracaso del movimiento unitario. El Parlamento Constituyente se había reunido en Francfort y trabajaba con ardor en la organización de un imperio alemán federal. Austria quedó excluida y se eligió *emperador hereditario al rey de Prusia* (1849). Pero Federico Guillermo rechazó la corona que se le ofrecía, porque temía la hostilidad de Austria,

y porque no quería una corona democrática, ofrecida en nombre del pueblo por un Parlamento: «una corona de fango y de madera» según decía. Y el Parlamento desapareció (1849).

Casi inmediatamente ensayó el rey de Prusia volver a emprender, con los príncipes, la obra de unificación. Aprovechando que el emperador de Austria estaba todavía ocupado en luchas contra los italianos y los húngaros, Federico Guillermo formó una confederación nueva, sin Austria, con el rey de Prusia a la cabeza en la que sólo los soberanos de los pequeños estados entraron (*Unión restringida*, 1850).

Vencidos los italianos y los húngaros, el emperador de Austria impuso al rey de Prusia la humillante *Convención de Olmutz*, por la que se comprometió a disolver la Unión (1850). La antigua organización fué restablecida, y Alemania se encontró a fines de 1850 exactamente en el mismo punto en que se hallaba antes de la revolución de 1848.

Si la reacción había podido triunfar tan fácilmente en todos los países fué porque en Francia también, con cuyo apoyo contaban los liberales de toda Europa, la Revolución estaba vencida. La *Segunda República* no había tenido sino una existencia efímera: tres años apenas después de las jornadas de febrero de 1848, se había desmoronado por el golpe de estado de Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón I (2 de diciembre de 1851).

Desde 1848, el partido republicano se había debilitado por sus divisiones. Moderados apoyados por la burguesía y socialistas apoyados por la clase obrera, se combatían con encarnizamiento. Habiendo adquirido los moderados, en la Asamblea Constituyente, una inmensa mayoría, los socialistas intentaron varios golpes de fuerza para recobrar el poder. Los conflictos, en que se gastaba el nuevo régimen, se terminaron por las sangrientas *jornadas de junio* de 1848, y la disolución del partido obrero socialista.

Estos acontecimientos dividieron en dos la sociedad francesa, y opusieron los unos a los otros: de un lado los obreros, y del otro los burgueses y labriegos. Mientras dejaban en el obrero prolongados rencores, asustaban al bur-



24 DE JUNIO DE 1848. — EN EL PANTEÓN. BARRICADA DE LA CALLE CLOVIS. — Fotografía de una litografía de Eugenio CICERI.

En París, el conflicto entre los moderados y los socialistas dió por resultado una formidable insurrección obrera del 23 al 26 de junio de 1848. El Panteón fué una de las ciudadelas de los insurrectos: todas las calles que conducen a él estaban cerradas por barricadas. En primer término, a la derecha, cubriendo un destacamento de infantería, el ángulo de una de las escalinatas laterales del Panteón. Detrás de la balaustrada, un muro de adoquines. París estaba entonces alumbrado por faroles suspendidos en cuerdas que atravesaban las calles.

gués y al labriego. Estos empezaron a separarse de la república y a desear un gobierno fuerte y capaz de asegurar el orden y la tranquilidad interior. *El Segundo Imperio salió de este estado de espíritu.*



LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE (1808-1873)

Fotografía BRAUN, CLEMÉNT.

El futuro Napoleón III a los cuarenta y cuatro años, en 1852, al día siguiente del golpe de estado del 2 de diciembre. El gran bigote de color castaño como los cabellos y la perilla, — se le llamó la imperial desde 1852, — ocultan completamente la boca y la barba. Lo que más llama la atención en esta fisonomía son los ojos azul claro que, en lugar de mirar derecho miran a lo alto, muy lejos, como la vista perdida en lo vago. La fisonomía, muestra de cierta dulzura y melancolía, es firme e impenetrable: refleja bien el carácter de un soñador, penetrado de ideas humanitarias, misterioso y ocultando largamente sus designios, que realiza por decisiones bruscas: el hombre de los golpes de estado.

EL DOS DE DICIEMBRE La Asamblea Constituyente había votado una Constitución que confiaba el poder ejecutivo a un presidente de la República y el poder legislativo a una sola Asamblea, elegidos el uno y la otra por sufragio universal. *Luis Napoleón* resultó elegido presidente por cinco millones y medio de votos: los labriegos habían votado en masa por el sobrino del «gran emperador». En la *Asamblea Legislativa*, los monárquicos y los católicos — unidos con el nombre de *partido del orden* — fueron los que obtuvieron la mayoría.

Desde luego, en esta república paradójica, todos los poderes pertenecieron a los enemigos de la República. Hasta 1851, el presidente y la Asamblea trabaja-

ron de acuerdo con igual encarnizamiento en destruir la obra y el partido republicano. Pero la Asamblea proyectaba una restauración monárquica, mientras que el presidente no tenía más que una ambición tenaz: el restablecimiento del imperio. Apoyado en el ejército y la policía, Luis Napoleón resolvió desembarazarse de la Asamblea por un *golpe de estado*: la Asamblea fué disuelta y los principales diputados arrestados y presos (1851). Sólo los republicanos ensayaron organizar la resistencia al golpe de estado, pero fácilmente fueron puestos fuera de combate, despiadadamente perseguidos, proscriptos y deportados a Argel o a Guayana.

Un año después del golpe de estado, el *príncipe presidente* era proclamado *emperador hereditario de los franceses*, con el nombre de *Napoleón III*.

CAPITULO X

LAS REFORMAS EN INGLATERRA

Con libertades políticas muy completas y un gobierno parlamentario, Inglaterra había conservado una organización completamente *aristocrática*, fundada en la desigualdad y el privilegio.

En el siglo diecinueve, por reformas sucesivas y sin revolución, se transformó progresivamente en *estado democrático*. Las reformas más importantes fueron las *leyes electorales* de 1832, 1867 y 1884-1885, que extendieron el derecho de sufragio a la mayoría de los ciudadanos. Por otra parte, en interés a la vez económico y popular, Inglaterra adoptó para el comercio el *sistema del libre cambio* (1846-1860), al que permaneció fiel hasta 1932.

Pero la vida política inglesa no ha cesado de ser turbada por la *cuestión de Irlanda* que puede considerarse como resuelta.

LOS SOBERANOS Inglaterra ha tenido cuatro soberanos en el siglo diecinueve. El primero, *Jorge III*, rey desde 1760, se volvió loco en 1811. Su hijo mayor, Jorge, fué regente hasta 1820, y después rey con el nombre de *Jorge IV* (1820-1830). No habiendo dejado hijos, tuvo por sucesor a su hermano *Guillermo IV* (1830-1837). Muerto a su vez éste sin heredero directo, pasó la corona a su sobrina *Victoria*, hija del tercer hijo de Jorge III. El reinado de Victoria es el más largo y el más glorioso de la historia de Inglaterra: duró sesenta años (1837-1901). El sucesor de la reina Victoria, su hijo *Eduardo VII* no reinó más que nueve años (1901-1910), durante los cuales llegó a su apogeo el poder inglés. *Jorge V*, hijo de Eduardo VII, reinó a su



LA REINA VICTORIA (1819-1901).

Fotografía del retrato pintado por WINTERHALTER, Museo de Versalles.

La princesa Victoria sucedió en 1837 a su tío Guillermo IV. Era extremadamente inteligente y de temperamento bastante autoritario, como indica un poco, su mirada firme en una fisonomía de líneas puras y netas. Aun respetando estrictamente las reglas del régimen parlamentario y dejando gobernar a los jefes de la mayoría, no por eso dejó de ejercer, sobre todo en materia de política exterior, una influencia real. Hasta su muerte, gozó de inmensa popularidad.

vez hasta 1936 y después de un corto reinado de Eduardo VIII, ocupa ahora el trono Jorge VI.

Los primeros reyes de la dinastía de Hanóver reinaban pero no gobernaban. El poder era ejercido por el jefe de la mayoría de los diputados en la *cámara de los comunes*, invariablemente, encargado por el rey de formar y presidir el ministerio. El poder oscilaba así de las manos de los *whigs* a las manos de los *torys*, los primeros *liberales*, reclutados sobre todo entre los industriales y ricos comerciantes, y partidarios de la limitación cada vez mayor del poder real en provecho de la soberanía del pueblo, representada por los comunes; los segundos, *conservadores*, en general grandes propietarios, hacendistas y partidarios de una intervención enérgica de la voluntad real en el gobierno. La revolución francesa y las violencias que la acompañaron, causaron tal alarma entre los ingleses que *durante veinticinco años eligieron casi constantemente mayorías conservadoras*.

En la sociedad inglesa, como en la sociedad francesa antes de 1789, existían *no privilegiados* y *privilegiados*. Estas desigualdades eran sobre todo chocantes en la organización electoral.

En los comunes existían dos clases de diputados: los *diputados de los condados*, que representaban las poblaciones rurales, y los *diputados de las ciudades* que representaban las poblaciones urbanas. Pero el derecho de voto no pertenecía en los condados sino a los propietarios rurales y en las ciudades, sólo a los miembros de corporaciones. De veinte millones de habitantes, poco más o menos, no existían, en 1815, ni 435.000 electores de los condados, que representaban la mayor parte del cuerpo electoral; más de 420.000 electores no elegían más que 186 diputados, mientras que los electores de las ciudades, la minoría, unas 15.000 personas, elegían 467, o sea dos veces y media más. Un gran número de poblaciones, llamadas *poblaciones de bolsillo*, no contaban más de cincuenta electores; otras, que se llamaban «burgos podridos», y reducidas a una casa, cuando la había — como la población de Dúnwich, desaparecida bajo las aguas — no dejaban por eso de continuar nombrando cada una dos di-

putados. Estas poblaciones pertenecían, generalmente, a grandes propietarios: algunas de ellas disponían de diez y otras hasta de doce asientos en la cámara. Disponían de ellos, sea para sí mismos, sea en favor de los que ofrecían por ellos el precio más elevado.

Así un pequeño número de ricos propietarios y hacendistas era dueño de las elecciones. Una vez diputados, su principal cuidado era asegurar la venta de sus trigos al precio más elevado posible. Terminadas las guerras de Napoleón en que habían hecho su agosto para mantener los conservadores sus elevados rendimientos, votaron (1815) una *ley sobre los cereales* — llamada por los obreros la *ley del hambre*, — que prohibía la entrada de trigos extranjeros mientras el trigo inglés no subiera a 35 francos el hectolitro.

LA AGITACIÓN REFORMISTA

Instituído en tiempos en que Inglaterra era un país agrícola, este régimen no podía subsistir después que Inglaterra llegó a ser un país industrial. Las nuevas ciudades, nacidas de la industria en el siglo dieciocho, tales como *Mánchester* y *Liverpool*, que contaban cada una 100.000 habitantes, no tenían ni siquiera un representante en los comunes. Por otra parte, la ley sobre los cereales que aseguraba la fortuna de los grandes propietarios y les permitía quintuplicar sus rentas, reducía al hambre a la población obrera. Así es que, en las regiones industriales, fué donde empezó, en 1816, la agitación reformista.

La iniciativa fué tomada por un grupo de hombres políticos a quienes se llamó *radicales*, porque querían reformar hasta la raíz de la organización electoral. Pedían el *sufragio universal*, la *elección de la cámara de los comunes por un año* (en lugar de siete años), *hecha por escrutinio secreto* y la *abolición de la ley sobre los cereales*.

Durante diez años, todos los esfuerzos fueron vanos; *Wellington*, presidente del consejo (1828-1832), respondía, a nombre de los *torys*, que la organización electoral inglesa era la más perfecta que pudiera imaginar el espíritu humano. Pero en 1830

la revolución de julio, triunfo de los liberales en Francia, provocó por contragolpe la caída de los torys en Inglaterra. El ministerio Wéllington fué reemplazado por un ministerio whig, el primero después de casi cuarenta años. Su jefe, lord Grey, disolvió la cámara de los comunes, y las nuevas elecciones dieron la mayoría a los whigs. La reforma fué inmediatamente votada (1832). Pero fueron precisos quince meses para obtener el asentimiento de la cámara de los lores, donde dominaban los torys.

La reforma de 1832 tuvo un doble carácter: *modificó la distribución de los asientos de los diputados y aumentó el número de los electores*. Se dejó subsistir la distinción de las poblaciones y de los condados. Pero los «burgos podridos» fueron suprimidos, se redujo a 16 el número de los representantes de las ciudades y se hizo la «nueva distribución» de los puestos así ganados: una parte fué atribuida a los condados y la otra a las veintisiete ciudades que hasta entonces no habían tenido representantes.

Por otra parte se aumentó el número de los electores concediendo la franquicia electoral a cualquiera que pagara en las poblaciones un alquiler de 250 francos y en los condados un alquiler que variaba de 50 a 1.250 francos. La reforma introdujo pues en Inglaterra el sistema censual. Tuvo por resultado hacer pasar el número de electores de 435.000 a más de 800.000.

El carácter de la cámara de los comunes se encontró por consecuencia profundamente modificado. Hasta entonces sólo tenía representación una aristocracia de propietarios hacendistas y de ricos industriales; desde 1832, la tuvo, además de esta aristocracia, la burguesía de la clase media. A partir de 1832, se cesó también de emplear las antiguas denominaciones de torys y de whigs, que se substituyeron por las expresiones de *conservadores* y de *liberales*.

La reforma de 1832 no daba ningún puesto a los obreros en el cuerpo electoral. De aquí que los radicales continuaran su campaña en favor del sufragio universal.

En 1867, el ministro conservador, *Disraeli*, hizo votar una segunda reforma que bajó el censo y, por consecuencia, añadió al cuerpo electoral más de un millón cien mil personas.

Pero este aumento era todavía insuficiente. Otra reforma posterior emprendida por el ministro liberal *Gladstone* (1884-1885) elevó en dos millones el número de electores pero la franquicia electoral continuó siendo privilegio de los que poseían domicilio a su nombre y le ocupaban desde hacía un año por lo menos, de manera que los obreros que vivían como huéspedes, los sirvientes y los hijos de familia que habitaban en casa de sus padres, quedaban todavía privados del derecho a votar. En 1872, se había establecido el voto secreto, un gabinete donde el elector, al abrigo de toda curiosidad malévola, preparaba su papeleta de voto.

Es de notar que la transformación del régimen electoral inglés se hizo sin sacudidas violentas, por *mejoras progresivas y metódicas*: se llegó hasta el *sufragio universal*, pero después de terminada la guerra (1918). Así se pasó de una organización aristocrática a un sistema democrático. *Todos los partidos concurrieron a esta evolución*. Los conservadores ingleses, al contrario de los conservadores de otros países, no se obstinan en la resistencia a la opinión y, en fin de cuentas, se han mostrado tan reformadores como los liberales. Su gran sentido político les inspiró las concesiones oportunas, de manera que los ingleses evitaron las revoluciones que, en la misma época, fueron en Francia la condición de todo progreso político.

Paralelamente a la reforma electoral se operó la *reforma económica*, que, por otra parte, no era sino la consecuencia de aquélla. La reforma económica *dió libre acceso a los productos extranjeros* en el mercado inglés, cerrado hasta entonces, como los mercados de los otros estados, por derechos de aduanas demasiado elevados. Esta reforma tuvo un triple objeto: *mejorar la condición de los obreros* — muchos ganaban apenas 14 francos por semana y no tenían por habitación sino sótanos — bajando el precio de las mercancías de primera necesidad; *favorecer el desarrollo de la industria*, permitiendo a los industriales procurarse a mejor precio las materias primeras que tenían que comprar en el exterior, y *favorecer el desarrollo del comercio*, asegurando a los comerciantes, por vía de reciprocidad, la apertura de los mercados del continente.

El primer acto de la reforma fué la abolición de la ley sobre los cereales: como la reforma electoral, ésta debióse a los liberales y a los conservadores.

Poco después (junio de 1849), abolióse el *acta de navegación*, que durante dos siglos había reservado a la marina inglesa el monopolio casi completo del comercio exterior de Inglaterra. Después, en 1860, se firmó un *tratado de comercio* con Francia, seguido de tratados análogos con otras potencias, que marcó el triunfo del sistema del *libre cambio* al que desde entonces *hasta la Gran Guerra* ha permanecido fiel Inglaterra y que le ha valido su prodigiosa prosperidad comercial.

No obstante, hacia fines del siglo XIX, la prosperidad del comercio inglés pareció amenazada por los progresos de la competencia alemana. Entonces se vislumbró una reacción, sobre todo en determinados elementos industriales, en favor del proteccionismo. La mayoría del partido conservador se adhirió a éste, pero la mayor parte de los liberales permanecieron partidarios del libre cambio.

Durante el período 1931-1935, de resurgimiento económico, Inglaterra adoptó una serie de medidas para asegurarlo, entre las que figuró el proteccionismo. Los dominios habían desdeñado acuerdos económicos con la metrópoli y por esto se buscó una solución interna: las tarifas protectoras permitieron a los ingleses reconquistar el mercado de su patria que estaba en gran parte en manos de Francia y Alemania.

LA CRISIS CONSTITUCIONAL

Durante el mismo período, desde el final del siglo XIX, la vida parlamentaria inglesa se había transformado por la aparición de un nuevo partido: el *partido del trabajo*, de tendencias socialistas. En 1906, este partido obtuvo 54 puestos en la elección para la cámara de los comunes. Con su apoyo, los liberales se lanzaron a las más audaces reformas, lo que suscitó un conflicto entre la cámara de los comunes, donde dominaba la coalición de los liberales con los *laboristas* y la cámara de los lores, fortaleza del partido conservador. Esta oposición produjo, en 1909, una verdadera *crisis constitucional*.

Siendo la constitución inglesa más bien un conjunto de costumbres, de tradiciones y de convencionalismos, que una ley escrita, los poderes respectivos de las dos cámaras, la de los lores y la de los comunes, no habían estado nunca bien claramente delimitados. En virtud de usos antiguos, era de



UNA SESIÓN EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES.

Reproducción de un dibujo del natural publicado por *L'Illustration*.

Las sesiones de la cámara de los comunes se celebran en el palacio de Westminster. El salón de sesiones, de forma rectangular, está provisto de bancos en tres de sus lados; pero como es demasiado pequeño para 670 diputados, muchos están obligados a permanecer de pie. Sólo los ministros o antiguos ministros tienen derecho a un puesto fijo. Los debates parlamentarios no tienen en Inglaterra el carácter teatral que tienen en Francia: cada orador habla desde su puesto; allí no se aplaude. El presidente o speaker está sentado en el fondo del salón con su vestido tradicional, o sea ropón negro de seda y peluca. La sesión que representa el grabado es la en que Mr. Balfour, jefe del partido conservador, entonces primer ministro, lee el tratado de paz concluido con las repúblicas boers de Transvaal y de Orange (1902).

práctica, que todas las leyes votadas por los comunes podían ser rechazadas por los lores, *salvo las leyes económicas* — el presupuesto — para las que el voto de los lores no era más que una simple formalidad. Pero en 1911, el gobierno liberal, sostenido por los obreros, impuso al partido conservador y a los lores una verdadera reforma constitucional, llamada *veto bill*. En virtud de este proyecto, el derecho de veto de lores quedó completamente abolido en materia financiera; en las cuestiones legislativas no han conservado más que el *veto suspensivo*, es decir, que todo proyecto votado por los comunes en tres sesiones consecutivas obtiene fuerza de ley, aun cuando haya sido rechazado por los lores.

La guerra precipitó la evolución democrática inglesa. El sufragio universal, con voto femenino, establecido en 1918, favoreció al partido laborista, principal adversario del partido conservador. Este, sin embargo, ha vuelto al poder, después que el señor Mac-Donald jefe del laborismo fuera primer ministro, en dos ocasiones, como consecuencia del triunfo de su partido.

LA CUESTIÓN DE IRLANDA Mientras Inglaterra veía aumentar constantemente su riqueza durante el siglo diecinueve, la miseria no cesaba, al mismo tiempo, de aumentar en Irlanda. La cuestión de *Irlanda* ha sido la gran preocupación del gobierno británico en el interior.

Los irlandeses, como los bretones de Francia y los escoceses, son de raza céltica. Irlanda, después de haber sido, al principio de la edad media, uno de los más brillantes focos intelectuales y religiosos de Europa, cayó en el siglo XII bajo la dominación inglesa. Los irlandeses fueron perseguidos por ser católicos, no pudiendo ejercer ninguna función pública; se les quitó sus tierras, que debieron cultivar para los ingleses, prohibiéndoseles tener ninguna, debían pagar el diezmo al clero protestante y aun se suprimió, ya en 1800, una especie de parlamento que legislaba en Irlanda.

De estos acontecimientos resultó en Irlanda un triple problema: *problema religioso* de la emancipación de los católicos; *problema agrario* de la restitución de las tierras a los labriegos de Irlanda; y *problema político* de la autonomía de Irlanda.

La cuestión de la emancipación de los católicos fué la primera que se resolvió. Por otra parte, esta cuestión no inte-

resaba solamente a Irlanda. En Inglaterra había católicos, y las leyes votadas en el siglo XVII les hacían imposible el acceso a las funciones públicas. El ministro *Robert Peel*, hizo votar, en 1829, el *acta de emancipación*, por la que suprimía toda distinción entre protestantes y católicos.

LA CUESTIÓN AGRARIA La cuestión agraria, mucho más difícil de resolver, dió lugar a violentos conflictos y a una agitación que se ha prolongado hasta nuestros días.

Los labradores irlandeses figuraban entre los más miserables que haya habido en Europa. Vestidos de malas telas, tanto en verano como en invierno, se alimentaban casi exclusivamente de patatas y coles. Si la cosecha llegaba a faltar, estaban sujetos a terribles hambres: en 1846, unos 500.000 irlandeses murieron de hambre. Sin embargo, al menor retraso en el pago de sus censos o arriendos, los propietarios ingleses, generalmente implacables, hacían proceder a la expulsión o evicción del labrador, habiendo llegado a haber en ciertos años hasta 50.000 evicciones.

El exceso de la miseria exasperó los odios, traduciéndose en atentados contra los bienes de los propietarios, mutilación del ganado, incendio de las cosechas y, a veces, hasta de las casas. También dió por resultado la formación de una potente sociedad secreta, la *fraternidad feniana* — del nombre de Fenius, un rey legendario de Irlanda — que preparó una insurrección general. En 1867 hubo tentativas de levantamiento seguidas de pronta y rigurosa represión: los irlandeses fueron reducidos a prisión por millares, y muchos condenados a muerte y ejecutados.

Sin embargo, los liberales ingleses trataron de apaciguar, por medio de reformas, la agitación irlandesa. Gladstone hizo votar una ley que suprimía el diezmo pagado por los católicos al clero protestante (1869), y después otra que obligaba al propietario, en caso de evicción, a pagar una indemnización al labrador por las mejoras aportadas a sus tierras (1870).

EL HOME RULE Esta última ley fué muy mal aplicada: por otra parte, no daba satisfacción a los irlandeses, que querían entrar en posesión de sus tierras. La agitación continuó, pero los diputados irlandeses empezaron a reclamar, con la reforma agraria, el *Home Rule*,

es decir, la autonomía irlandesa y el derecho, para Irlanda, de gobernarse por sí misma con su parlamento particular.

El Home Rule tuvo primero por adversarios a todos los ingleses, tanto conservadores como liberales.



GLÁDSTONE (1809-1898).

Retrato por John Hámilton. Fotografía Lévy.

Gládstone es, con Robert Peel, el tipo de esos grandes políticos ingleses que han sabido hacer abstracción de sus opiniones anteriores e imponer a sus partidos reformas que ellos mismos habían combatido antes, pero cuya necesidad les hizo comprender su prudencia previsora. Gládstone fué en sus principios la esperanza del partido conservador y terminó por ser el jefe del partido liberal. Fué ministro a los 27 años y por cuatro veces presidente del consejo. Su nombre está unido a la reforma electoral, y el honor de la vida del "Gran Anciano" ha sido buscar la manera de resolver equitativamente la escabrosa cuestión de Irlanda. El pintor lo ha representado en medio de los libros que le eran preferidos: Gládstone fué, en efecto, al mismo tiempo que un hombre de acción, un humanista apasionado por las letras antiguas, y sobre todo por Homero.

Gladstone, primer ministro en 1886, se resolvió de pronto a intentar arreglar toda la cuestión irlandesa. Al efecto, presentó dos proyectos de ley: uno organizaba el Home Rule, y el otro estipulaba que el estado compraría las tierras a los propietarios ingleses y las entregaría a los agricultores irlandeses contra pequeños reembolsos anuales.

La cámara de los lores lo rechazó. Muy viejo y cansado de la política, Gladstone abandonó el poder a consecuencia de este fracaso (1894).

Los unionistas, fundidos en un solo partido, volvieron a ser, durante doce años (1894-1906), los dueños del poder. Ya no se trató más del Home Rule. Sin embargo, en 1903, el parlamento votó el *Land act*, es decir, la compra de las tierras, de manera que la cuestión agraria pasó a ocupar un plano secundario, no quedando sino el problema de la autonomía.

EL Este problema era el más difícil de resolver. El
 ULSTER proyecto de Home Rule, reproducido por los li-
 ▽ EL berales inmediatamente después de la crisis cons-
 SINN-FEIN. titucional, era resistido por los protestantes de
 origen inglés, que constituían la mayoría en la provincia irlandesa de Ulster, quienes declararon que a ningún precio aceptarían un gobierno católico irlandés, y cuando la cámara de los comunes votó de nuevo el *Home Rule bill* (1912), se dispusieron a resistir la reforma.

La guerra europea impidió que la civil estallase en Irlanda. Obligado a consagrarse por completo a la guerra, el gobierno decidió aplazar el Home Rule; este aplazamiento disgustó a Irlanda, y durante el curso de la guerra los revolucionarios irlandeses provocaron una revuelta, que fué reprimida por las armas (1916). Todos los partidarios de la independencia irlandesa, terminaron por agruparse en una vasta organización, el *Sinn Fein*, — que en dialecto irlandés quiere decir «Nosotros mismos». — Todopoderoso en Irlanda, constituyó el *Sinn-Fein* un verdadero gobierno oficioso que anuló a las autoridades oficiales inglesas. Tuvo su parlamento — el *Dail-Eirean* —, su ejército y sus tribunales. De hecho la mayor parte de Irlanda se sustrajo a la dominación inglesa.

La lucha encarnizada y sangrienta terminó con la autonomía completa de Irlanda similar a la que gozan los dominios de Canadá y Australia, pero sigue siendo miembro del

Imperio Británico bajo el nombre de *Estado Libre de Irlanda* (1921). Así la cuestión de Irlanda parecía resuelta, pero el señor de Valera, presidente de Irlanda, no ha querido reconocer vínculos con el imperio y no se hace representar en las ceremonias británicas: el Ulster forma un estado autónomo, distinto, estrechamente unido a la Gran Bretaña pero los irlandeses del Estado Libre no se resignan a este fraccionamiento.

FORMACIÓN DEL IMPERIO INGLÉS

A fines del siglo XVIII, el imperio colonial inglés comprendía: en América, el antiguo *Canadá* francés, *Jamaica* y algunas otras islas; en Asia, algunas partes de la costa de la India; en Oceanía, una parte de la costa oriental de Australia, con *Sidney*.

Las guerras de la Revolución y del Imperio permitieron a los ingleses aumentar el número de sus colonias a expensas de Francia y de su aliada Holanda: así, la Colonia del Cabo en Africa, la Guayana inglesa en América, Ceylán en Asia, Malta en Europa. Durante este mismo período, habían conquistado nuevos territorios en India.

A partir de 1815, el imperio inglés se desarrolló por dos procedimientos: por *conquista*, y por *expansión pacífica* y regular sobre territorios vacantes. Por conquista, Inglaterra ha adquirido, en Asia, la *India*, cuya sumisión fué acabada en 1856, *Birmania* desde 1826 a 1855; en Africa, *Egipto* ocupado en 1882 y el *Sudán egipcio* (1896-1908); *Natal* (1843) y las repúblicas sudafricanas de *Orange* y de *Transvaal* (1899-1902); en Oceanía, *Nueva Zelandia* (1840-1869). Por expansión pacífica, ha establecido su dominación en América, sobre los países situados al norte de Estados Unidos, del Atlántico al Pacífico, y creado la *Federación Canadiense* (1867-1871). En Oceanía, creó las colonias del continente austral (1824-1859) y la *Federación Australiana* (1901)

Para asegurar la libertad constante de comunicaciones con sus colonias y afirmar su supremacía marítima, ha ocupado sistemáticamente los desfiladeros de todas las grandes vías navales y, así como ya había tomado *Gibraltar* y *Malta* en el Mediterráneo, tomó *Singapur* (1819) y la península de *Malaca* (1826) en el camino de India a China, y *Aden* (1839) en el de Europa a India.

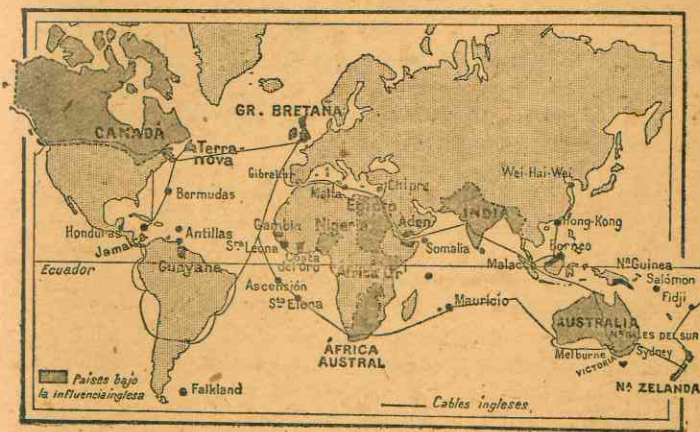
En suma, Inglaterra poseía, a principios del siglo XX un imperio de unos veintinueve millones de kilómetros cuadra-

dos, con casi trescientos cincuenta millones de habitantes, o sea más de la quinta parte de la superficie del globo y la cuarta parte de su población.

LA CONQUISTA DE INDIA

La conquista de la India fué hecha, no por el gobierno inglés, sino por la *Compañía de las Indias*, la misma que en el siglo XVIII, durante la guerra de los Siete Años, había vencido a la compañía francesa (1). Por lo demás, triunfó empleando los procedimientos de Dupleix, es decir, mezclándose en las querellas de los príncipes indios y reclutando sus ejércitos entre los indígenas o *cipayos*.

Entre los príncipes, los unos fueron inducidos a aceptar el protectorado de la compañía, que les dejó, en apariencia,



EL IMPERIO COLONIAL Y LOS CABLES INGLÉS EN 1914.

la soberanía, pero colocó junto a cada uno de ellos un *resistente*, verdadero dueño del estado protegido; los otros fueron reducidos por la fuerza, y su país pasó bajo la dominación directa de la compañía.

REVUELTA DE LOS CIPAYOS

En 1857, una insurrección militar puso en peligro la dominación inglesa en el norte de India. La causa profunda de la insurrección fué el odio de los hindúes contra los vencedores, y la espe-

(1) Véanse los *Tiempos modernos*, páginas 255 a 261.

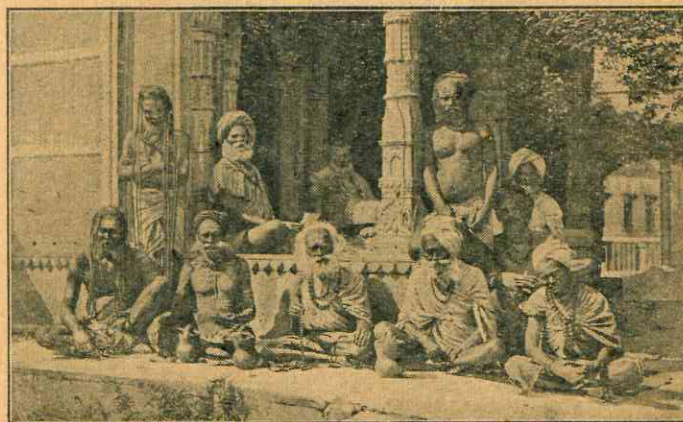
ranza de poner fin a una dominación que, según una profecía difundida por todas partes, debía terminar en 1857. El pretexto fué la distribución a los cipayos de cartuchos untados con grasa de vaca, animal sagrado para los hindúes. Un regimiento de caballería se negó a recibir las nuevas municiones. Todos los cipayos de las provincias del Ganges se sublevaron. Fué preciso más de año y medio para reducirlos (1857-1858).

A consecuencia de la insurrección, el parlamento pronunció la disolución de la compañía, que no había sabido prever; considerada la India como «colonia de la corona», pasó bajo la autoridad del gobierno inglés. En 1876, la colonia fué erigida en imperio, y la reina Victoria tomó el título de *emperatriz de las Indias*.

Desde entonces los ingleses han hecho los mayores esfuerzos para dar valor a la India. Por todas partes han asegurado el orden, construido ferrocarriles y carreteras, multiplicado los trabajos de irrigación para disminuir el peligro del hambre, azote tradicional de India, e intentado organizar la instrucción de los indígenas. Un ejército de 220.000 hombres, de los cuales 73.000 europeos, basta para contener 320 millones de hindúes. Pero éstos continúan siendo hostiles al vencedor. Los más instruidos piden no ser ya tratados como vasallos. Han creado un partido nacional muy activo, cuyas aspiraciones se resumen en esta fórmula: *La India para los hindúes*.

En 1919 se creó una Asamblea legislativa elegida por sufragio restringido, con el propósito de iniciar a los nativos en la vida política, si bien dejando en el hecho y en el derecho, la decisión final en manos de la metrópoli. Pero los hindúes no estaban contentos con ella por insuficiente y los ingleses no se resignaban a ser mandados por funcionarios nativos. El ilustre *Mahatma Gandhi* encabezó el movimiento llamado de no cooperación o de la resistencia pasiva, que desea obtener el *Swaradj*, es decir, una autonomía, dentro del imperio británico, semejante a la del Canadá o de Sud Africa. Después de vicisitudes diversas, en 1935 Inglaterra sancionó una constitución que reunió los once «países» de la India en una Confederación con amplia autonomía. El 27 o/o de los adultos incluídas las mujeres pueden votar en las elecciones de las Cámaras de cada «país» que son una o dos. Un par-

lamento federal elegido por los príncipes, las cámaras de los «países» y en mínima proporción el gobierno inglés, colabora con el gobernador general nombrado por la Corona. Este conserva plenos poderes para asegurar la tranquilidad y en materia económica, pudiendo en caso de necesidad proclamar la dictadura.



PENITENTES HINDÚES EN BENARÉS.
Según una fotografía.

En la India, donde domina el brahmanismo, como en los países musulmanes, la religión forma una barrera infranqueable entre los colonos y los indígenas. Benarés, a orillas del Ganges, es la ciudad santa del brahmanismo: en las márgenes del río sagrado, se levantan multitud de templos de extraña y complicada arquitectura, e innumerables conventos donde los penitentes hindúes van a hacer retiro para tener la dignidad de Sanyassis, o apóstoles de la renuncia, ascetas dedicados desde entonces a la contemplación del Ser supremo. Los unos están vestidos con el traje de algodón que debe servirles de mortaja; los otros casi desnudos, no llevan al cuello sino un rosario de huesos de fruta para contar en voz baja las estrofas de sus letanías. Los penitentes que se encuentran a la izquierda en el grabado tienen en los brazos, la frente y los lados del vientre, tres rayas blancas paralelas que indican que se consagran a la adoración de Shiva, el dios de la destrucción.

CONQUISTAS
ALREDEDOR
DE LA INDIA

India es uno de los principales mercados de Inglaterra; el valor de sus ventas y de sus compras pasa hoy de dos mil millones. De aquí que los ingleses procuren con extremado celo conservar la India y, para guardarla contra todo ataque precedente

del exterior, se han esforzado en ocupar todas sus avenidas. Al noroeste, quisieron apoderarse de *Afganistán*, por donde los rusos, dueños de Turquestán, podrían desembocar en India. Un primer ensayo de conquista fracasó pero, después de una segunda guerra, los ingleses llegaron a hacer aceptar a los afganos una especie de protectorado (1878). Por otra parte han ocupado *Beluchistán* (1880) y han tratado de adquirir en *Persia*, y muy particularmente en las orillas del golfo Pérsico, influencia preponderante. Al este han ido más allá, sobre Indochina, ocupando *Birmanía* (1826-1852).

OCUPACIÓN DE EGIPTO

El deseo de afirmar la seguridad de India contribuyó en gran parte a determinar a los ingleses a ocupar *Egipto*; el canal de Suez debía encontrarse de esta manera colocado bajo su inspección.

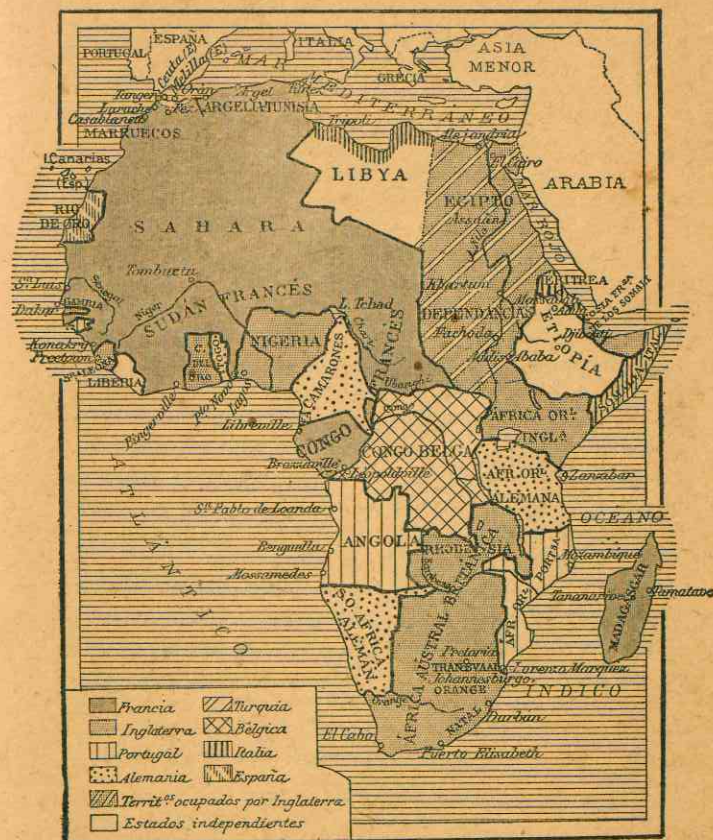
Durante seis años (1876-1882) Inglaterra y Francia ejercieron un condominio de carácter financiero para asegurarse el pago de las deudas egipcias. Las medidas de economía que impusieron los funcionarios europeos, provocaron una insurrección reprimida a mano armada por los ingleses, que quedaron, después, ejerciendo el protectorado, lo que Francia aceptó a cambio de su libertad de acción en Marruecos.

Como medida de economía, los inspectores exigieron el retiro de unos 2.000 oficiales. De aquí la formación de un partido nacional hostil a los extranjeros y que quería *Egipto para los egipcios*. En un motín, en Alejandría (1882), fueron acuchillados varios europeos. Los ingleses bombardearon Alejandría, desembarcaron tropas a lo largo del canal de Suez, ocuparon el Cairo y la insurrección quedó vencida.

LOS INGLESES EN AFRICA DEL SUR

Cuando los ingleses se apoderaron del Cabo (1806), la colonia no ocupaba sino la punta extrema de Africa. La población blanca se componía de colonos — se les ha llamado *boers*, es decir, labradores — hombres enérgicos, descendientes de los colonos holandeses y de los protestantes franceses que partieron a Africa del Sur después de la revocación del edicto de Nantes. Al lado de los boers se establecieron los emigrados ingleses. En 1833, Inglaterra abolió la esclavitud en todas sus colonias. Ahora bien, los boers tenían numerosos esclavos, y para escapar a la interdicción, abandonaron el Cabo,

y crearon sucesivamente tres estados: *Orange*, *Natal*, ocupado por los ingleses en 1843, y después, al otro lado del Vaal, *Transvaal*. Este último país, considerado desde hacía mucho tiempo como de escasa importancia, tomó repentinamente un



AFRICA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.

enorme valor por el descubrimiento de ricas minas de oro (1885). De aquí un influjo de inmigrantes, sobre todo ingleses y, en el centro del territorio minero, la formación de una ciudad de extranjeros, *Johannesburgo*, cuya población subió en algunos años a más de 100.000 habitantes.

Hacia el mismo tiempo, el primer ministro de la colonia del Cabo, el inglés *Cecil Rhodes*, concebía el ambicioso proyecto de un imperio británico que atravesara Africa de sur a norte, del *Cabo al Cairo*.

Fácil fué para Inglaterra apoderarse del territorio que se llamó Rhodesia en homenaje a Rhodes.

Desde entonces, Orange y Transvaal quedaban envueltos por todos lados por las posesiones inglesas. Embarazando sus comunicaciones y por otra parte, excelentes presas a causa de sus minas, estaban destinados a perder su independencia. La ocupación inglesa se fundó en el exceso de impuestos y el excesivo nacionalismo en el gobierno. Después de una lucha cruenta y larga se pudo obligar a los boers a reconocer la soberanía del gobierno inglés (1902).

Las posesiones de Inglaterra en Africa del Sur se extienden hoy desde el Cabo al lago Tanganica, en un espacio tan grande como la República Argentina. Tienen como población unos siete millones de habitantes. La sola explotación de las minas de oro y de diamantes da un producto anual de más de mil millones, y ya sube hasta más allá del Zambeza una vía férrea de 5.000 kilómetros de largo, trozo meridional de la línea transafricana del Cabo al Cairo.

En 1905 se organizó la Unión Sudafricana formada por las colonias del Cabo, Natal, Transvaal y Orange. La antigua capital de Transvaal, Pretoria, sirve de capital a la Unión, pero el Parlamento reside en Cape Town, antigua capital del Cabo. La Unión es uno de los siete estados autónomos de la Confederación Británica, de acuerdo con el Estatuto de Westminster, que les concede capacidad legislativa local.

A principios del siglo XIX, los territorios poseídos por Inglaterra en América del Norte formaban cuatro colonias: *Nueva Escocia*, *Nuevo Brunswick*, *Bajo Canadá*, y *Alto Canadá*. El *Bajo Canadá*, a lo largo del San Lorenzo, con las capitales de Quebec y de Montreal, era el país francés. El *Alto Canadá* había sido constituido por desmembramiento del *Canadá francés*: era inglés. Cada colonia tenía su gobierno particular. Durante mucho tiempo hubo oposición entre los dos *Canadá*.

y en cada colonia entre ingleses y franceses. En 1840, las dos colonias fueron reunidas en una, a la que Inglaterra concedió extensa autonomía, un gobierno parlamentario con dos cámaras y ministros responsables. Bajo este nuevo régimen, franceses e ingleses se reconciliaron. En 1867, temiendo los canadienses la ambición de Estados Unidos, propusieron a Nueva Escocia y Nuevo Brunswick reunirse en una federación. De aquí salió el *Dominio de Canadá*, cuya capital es *Ottawa*. Con sus ocho millones y medio de habitantes, de los que más de tres millones son canadienses franceses, el *Dominio de Canadá* forma una potente república. Un *gobernador general*, reducido a funciones puramente honoríficas, es el único representante de Inglaterra. Todo el poder está en manos de los ministros responsables y del parlamento, compuesto de un senado y de una cámara de diputados. Bajo este régimen de independencia, la lealtad de los habitantes, cualquiera que sea su origen, aleja todo peligro para Inglaterra, y la prosperidad de Canadá se ha desarrollado rápida y notablemente.

Cuando los ingleses se establecieron en 1878, en la costa oriental de Australia, reconocida desde *FEDERACIÓN AUSTRALIANA* hacía apenas algunos años, fué para crear en Botany-Bay — bahía del Botánico — el establecimiento de *Sydney*, un depósito de *convictos* o de forzados. Pero se descubrió que el país era a propósito para la cría del carnero, y colonos libres fueron a establecerse allí en bastante gran número para organizar con ellos la primera colonia, que se llamó *Nueva Gales del Sur*. Sucesivamente, desde 1829 a 1859, se crearon en la costa de Australia otras cuatro colonias, de las que cada una tuvo su gobierno particular. El aumento de población fué lento hasta el día en que en la colonia *Victoria* se descubrieron minas de oro (1851): en cuatro años llegó allí medio millón de inmigrantes. De aquí vino la fortuna de Australia. Hoy se cuentan allí cinco millones de habitantes, y *Sydney* y *Melbourne* figuran entre las grandes capitales del mundo. A ejemplo de Canadá, las colonias australianas han formado una *Federación* o *Commonwealth*, cuya organización está calcada en la de aquel *Dominio* (1901).

Nueva Zelandia se encuentra fuera de esa federación. Los ingleses tomaron posesión de ella en 1840. Tuvieron que lu-

char mucho tiempo contra los indígenas, los *Maoris*, pueblo inteligente y enérgico. Nueva Zelandia, rica por la cría de ganados, la agricultura y las minas, es particularmente interesante por sus experiencias de gobierno socialista.

EL
IMPERIALISMO
INGLÉS

El rasgo que llama más la atención en la organización de las colonias inglesas es la *autonomía administrativa* completa, la casi independencia de que gozan casi todas. Así Canadá, Australia,

Nueva Zelandia y la misma África Austral tienen sus parlamentos particulares y sus ministros; se gobiernan por sí y ellas mismas dictan sus leyes. Solamente en las colonias donde el elemento indígena predomina, las colonias de explotación, permanecen estrechamente sometidas al gobierno inglés. Algunas colonias han aceptado de buen grado esas reformas. Pero la India y Egipto no han depuesto su acentuado nacionalismo, deseosa la primera de llegar a ser «dominio».

Por los recientes estatutos de Westminster el Parlamento británico no legisla para los Dominios, se les reserva a éstos el derecho de guerra y paz, el de negociar los tratados que les conciernan. El lazo que mantiene Gran Bretaña y sus dominios, es el Rey, de quien dependen los primeros ministros de los dominios. Inglaterra ejerce la representación diplomática y las funciones judiciales, financieras y defensivas de los dominios.

A fines del siglo XIX, algunos políticos ingleses han pensado, aun respetando los derechos de las colonias autónomas, ligar estrechamente la metrópoli y las colonias, y, sea por el establecimiento de un *parlamento común*, sea por la conclusión de una *unión aduanera*, asociarlas de tal manera que formen como un solo país «*la Gran Bretaña Mayor*», un solo estado el *Imperio Británico*. A este proyecto se ha dado el nombre de *imperialismo*, que tiene numerosos partidarios en Inglaterra, pero al que las colonias son generalmente poco favorables. Sin embargo, se ha dado un paso en esta vía mediante la creación de una «*Conferencia Imperial*» en la cual, los primeros ministros de las colonias autónomas deliberan presididos por el primer ministro inglés, y discuten las cuestiones de interés común, tales como la defensa del imperio.

CAPITULO XI

SEGUNDA REPUBLICA Y SEGUNDO IMPERIO
EN FRANCIA

LA
AGITACIÓN
SOCIAL

Cuando el 24 de febrero de 1848 Luis Felipe huyó, se estableció un gobierno provisional — formado por representantes de los dos partidos revolucionarios — que proclamó la República y decretó la convocatoria de una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal. El gobierno provisorió suprimió además, todas las restricciones a la libertad de prensa y de reunión y la pena de muerte por motivos políticos. La República fué recibida con gran entusiasmo y se esperó una era de paz social y de fraternidad.

Pero pronto chocaron los dos partidos revolucionarios: los republicanos burgueses no querían sino reformas políticas; los socialistas querían una transformación del régimen social. Fué así, más que una lucha de partidos, una lucha de clases: obreros contra burgueses.

En el primer momento triunfaron los socialistas: como consecuencia del derecho que se reconoció al trabajo, se fundaron los Talleres Nacionales, se creó una comisión encargada de preparar otras reformas sociales, etc. Pero en las elecciones de la Constituyente fueron derrotados.

La cuestión de los Talleres Nacionales provocó el choque. La idea inicial que era buena, fué aplicada con mala fe: todos los obreros desocupados — muchos, por la crisis económica y las huelgas — se ocupaban en terraplenamientos, con 2 francos por día, que después bajaron a 8 por semana. Así, rebajados los salarios costaban, sin embargo, 150.000 francos diarios al gobierno.

Era necesario terminar con los Talleres y se resolvió que

los obreros solteros de 17 a 25 años debían enrolarse en el ejército y los otros ir a provincias a terraplenar.

La represión de la sublevación fué sangrienta y duró cuatro días, durante los cuales murieron miles de personas. Así vino a quedar la República entre los gobiernos reaccionarios y a acentuarse la división del país en obreros de un lado y burgueses del otro. Los primeros no apoyaban ya al gobierno que se había portado tan agresivamente con ellos. Los burgueses deseaban un gobierno más fuerte y enérgico, capaz de asegurar el orden. Con el cambio se deseaba un gobierno que asegurase la propiedad y no aumentase los impuestos.

LA
SEGUNDA
REPÚBLICA

La constitución elaborada por la Asamblea Constituyente fué promulgada a fines de 1848. Establecía el principio de la soberanía popular y estableció por lo tanto, el sufragio universal.

El poder legislativo estaba delegado en una *Asamblea* elegida por voto universal y secreto, por todo francés de 21 años. Esta Asamblea votaba las leyes, los impuestos, el presupuesto; no podía ser disuelta o prorrogada sino por sí misma.

El poder ejecutivo estaba delegado en un Presidente de la República elegido por sufragio universal y directo; no era reelegible, nombraba y destituía los ministros, disponía de la fuerza armada sin poder mandarla en persona.

Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón I fué elegido presidente por 5.400.000 votos. El candidato derrotado que obtuvo más votos no llegó al millón y medio. El milagro se había operado gracias al nombre: no sólo votaron por él los distintos partidos realistas y los católicos, que formaban el partido del orden, sino también los campesinos y los obreros porque era «el sobrino del gran Emperador». La oposición fué fácilmente reducida y se comenzó a reformar la legislación acomodándola a las nuevas ideas del gobierno. Se estableció la libertad de enseñanza, pero se concedió al clero una superintendencia distinta en los varios ciclos.

Como era imposible suprimir abiertamente el sufragio universal, se exigió para votar una residencia de tres años en la comuna. Así quedaban excluidos los obreros, que debían cambiar frecuentemente de domicilio para encontrar trabajo.

Finalmente se impusieron condiciones a los diarios y muchos de ellos, republicanos y socialistas, dejaron de aparecer.

Dos fuerzas esperaban aprovechar los resultados de estas leyes: los partidarios de restaurar la monarquía desaparecida en 1848 y Luis Napoleón Bonaparte que próximo a terminar su período aspiraba a quedarse en el poder y deseaba hacerse coronar emperador.

Bonaparte decidió hábilmente la situación propiciando el restablecimiento del voto universal, que la Asamblea, ya bastante impopular, rechazó.

El 2 de diciembre de 1851, aniversario de la batalla de Austerlitz, se realizó el golpe de estado: la Asamblea fué disuelta, los jefes políticos y militares de la oposición fueron arrestados y Napoleón dió una proclama propiciando una constitución similar a la de 1799 y daba a optar al pueblo, — como único soberano que él reconocía en Francia — entre la Asamblea y él. Para esto ordenaba un plebiscito.

Las tentativas contrarias al golpe fueron pronto anuladas con excesiva energía en nombre del orden social: pero a fines de 1851 el plebiscito dió más de 7.000.000 de votos por la continuación de Bonaparte y poco más de medio millón en contra.

EL SEGUNDO IMPERIO

El plebiscito autorizó a Bonaparte a sancionar una Constitución, que fué calcada sobre la de 1799, de tal modo que daba al Príncipe-Presidente todo el poder.

Éste era elegido por diez años, era responsable ante el pueblo y ejercía a la vez el poder ejecutivo y la mayor parte del legislativo. En efecto, él tenía la iniciativa de las leyes, declaraba la guerra, firmaba los tratados y los ministros no dependían sino de él.

El Senado tenía en cambio una situación privilegiada, pero los senadores, vitalicios, —cardenales, mariscales, almirantes, etcétera—, eran nombrados por el presidente y su función se reducía a legislar sobre lo que no estuviera previsto en la Constitución.

El Cuerpo Legislativo que se añadía a las instituciones de la Constitución de 1799 era el que discutía y votaba los impuestos y los proyectos enviados por el Presidente, pero éste es el que lo convoca, cita, prorroga y disuelve; además el Cuerpo no puede hacer enmiendas sin el asentimiento del

del Consejo de Estado, ni puede reunirse durante más de tres meses al año.

Esta monarquía dictatorial disfrazada de República perdió el disfraz a fines del mismo año 1852: casi ocho millones de votos contra 253.000 ratificaron la voluntad nacional de «restaurar la dignidad imperial en la persona de Luis Napoleón», que tomó el nombre de Napoleón III. Una decisión del Senado aumentó su poder autorizándolo a disponer gastos por sí mismo.

Tan brillante carrera era contemplada con hostilidad, con indiferencia o con desprecio por la mayoría de los hombres eminentes de Francia. El emperador se dedicó a cuidar la masa electoral adicta: para evitar que le fuera birlada, cercenó las libertades de la prensa, se estableció un sistema de elecciones controladas por el gobierno, completada después con el encargo a los funcionarios provinciales de que hicieran saber al electorado «qué candidatos considera el gobierno de Luis Napoleón como más propios para ayudarlo en su obra de reparación».

Así, en un régimen dictatorial, vivió Francia hasta 1860: período de servidumbre política, de auge económico y de guerras triunfantes.

Pero la vida de la Corte, brillante como no se veía desde 1789 y la represión excesivamente dura de la oposición, crearon un sordo ambiente hostil: así fué que en las elecciones de 1857, sin ser posible hacer campaña, fueron elegidos siete diputados republicanos. Al año siguiente el emperador fué víctima de un atentado — perpetrado por el carbonario Orsini — y aunque éste se debió a la acción del emperador en Italia cuando ejercía la Presidencia, dió lugar a represalias que acentuaron la oposición.

De este atentado nació, parece, una nueva orientación del Imperio: ahora será liberal y de concesión en concesión, pasará del régimen dictatorial al parlamentario para derrumbarse, finalmente, con los desastres preparados por su política exterior.

En efecto, Napoleón se alió a Cerdeña para combatir a Austria, lo que lo hizo popular; pero como quedaba en peligro el poder temporal del Papa, perdió el apoyo de los católicos. Hacia la misma época firmó con Inglaterra un tratado que ocasionó pérdida a los industriales: los derechos de aduana

habían sido considerablemente rebajados y como los artículos ingleses podían venderse a bajos precios, los industriales franceses redujeron sus ganancias para poder competir. Napoleón resistió el apoyo de la izquierda para compensar el de los católicos y de los industriales que había perdido.

Comenzó con una ley de amnistía a los condenados políticos; se concedieron algunos derechos a las cámaras — podían votar, por ejemplo, cada año una respuesta al discurso del Emperador en la inauguración de las sesiones, el acta de éstas podía ser reproducida por los diarios, etc. — pero la oposición se mantuvo y en las elecciones de 1863 triunfó en París resultando elegidos ocho diputados republicanos, entre ellos Thiers, el ilustre adversario del Imperio.

Napoleón democratizó la enseñanza y la hizo laica, reconoció a los obreros el derecho de asociación y de huelga, pero no concedió libertades políticas. «Francia teme más los excesos de la libertad que los excesos del poder» decía en el discurso de 1865.

INTERVENCIÓN
DE NAPOLEÓN
III EN MÉJICO

Deseoso de dar satisfacción a los católicos de Francia y al Papa, y aprovechando de las guerras civiles que continuaban dividiendo a los mejicanos, el emperador concibió el extraño proyecto de *restaurar la monarquía en Méjico* en la persona del *archiduque Maximiliano*, hermano del emperador de Austria. Su objeto era constituir de esta manera en América del Norte *un vasto imperio de civilización latina, destinado a contrabalancear el poder de los Estados Unidos anglosajones*. Hacia 1861 fué cuando tomó forma el proyecto de intervención y la hora parecía tanto mejor escogida cuanto que en aquel momento mismo estallaba en Estados Unidos la terrible guerra de secesión que debía paralizarlos por largo tiempo. *La empresa tuvo también el carácter de una cruzada católica*, puesto que los liberales mejicanos en el poder, habían provocado las protestas de la Santa Sede al despojar al clero de sus privilegios: el deseo de hacer olvidar su política italiana fué uno de los motivos que impulsaron a Napoleón III a empeñarse en aquella funesta aventura.

La ocasión del conflicto fué una reclamación financiera. Llegado al poder después de la derrota del partido conservador y católico, Juárez se había visto obligado a decretar *la quiebra provisional del estado mejicano*.

El pago de la deuda interior fué primero suspendido, y después, durante dos años, el pago de la deuda exterior (junio - julio de 1861). Estas medidas, que atacaban sobre todo a los financistas extranjeros, acreedores de Méjico, provocaron inmediatamente una intervención europea: *Inglaterra, España y Francia* ocuparon el puerto de Veracruz (1861).

Pero en 1862, mientras Inglaterra y España pactaban con el presidente, Napoleón III, arrastrado por los enemigos de Juárez, decidía, por el contrario, la marcha sobre Méjico. *Francia se encontraba sola, empeñada en Méjico* en una empresa equívoca y quimérica.

GUERRA DE
MÉJICO PUEBLA

La guerra fué mucho más larga, más difícil y más mortífera de lo que se esperaba en Francia. Se había contado con el apoyo de los católicos mejicanos pero no se encontraron sino en ínfima minoría para combatir por Maximiliano. La *masa del pueblo mejicano se agrupó alrededor de Juárez* para la defensa de la independencia nacional. Por otra parte, la naturaleza montañosa del país, facilitaba la resistencia y se prestaba a una *guerra de emboscadas* en la que se distinguían los guerrilleros mejicanos.

Poco después fué atacada la ciudad de Puebla, que domina el camino de Méjico. Después de dos ataques (1862 y 1863), cayó en poder del ejército francés. Antes de rendirse, los mejicanos habían quemado las banderas, roto los fusiles, mojado las pólvoras y aserrado las cureñas de los cañones.

PROCLAMACIÓN
Y CAÍDA DE
MAXIMILIANO

La toma de Puebla abría al ejército francés el camino de Méjico. Juárez abandonó la capital para organizar la resistencia en las provincias. Las tropas francesas entraban en Méjico y fué proclamado *emperador el archiduque Maximiliano*. No sin vacilación aceptó Maximiliano la corona que se le ofrecía: el 28 de mayo de 1864, el nuevo emperador de Méjico, bajo la protección de las bayonetas francesas, tomó posesión de la capital.

Sin embargo, la ocupación de Méjico no había puesto fin a la guerra. Como los españoles en tiempo de Napoleón I, los mejicanos, formados en guerrillas, no cesaban de hostigar

a las tropas francesas. Inaccesible al desaliento, Juárez dirigía la resistencia.

La aventura tocaba ya a su fin. Francia estaba fatigada de aquella guerra estéril que no había aprobado jamás, y de aquella empresa ruinosa y sin provecho. Las tropas se batían sin entusiasmo y disgustadas de la causa que sostenían. La situación se complicó cuando, en 1865, libres Estados Unidos de la guerra civil, reprodujeron la protesta hecha en 1862 contra la ocupación y amenazaron con intervenir. Francia ofreció retirar el ejército si los Estados Unidos reconocían a Maximiliano como lo habían reconocido casi todas las naciones europeas, pero el gobierno de los Estados Unidos se negó categóricamente aduciendo que la monarquía impuesta a Méjico era un peligro para las instituciones de aquel país. Napoleón debía, o declarar la guerra a los Estados Unidos o retirar su ejército. En el mismo momento, la rivalidad de Prusia y de Austria parecía a punto de desencadenar una nueva crisis europea y Napoleón III se decidió a llamar a sus tropas de Méjico.

Inmediatamente se sublevó todo Méjico contra Maximiliano. Las bandas juaristas recobraron por todas partes la ventaja. Abandonado de todos, el desgraciado emperador fué apresado en *Querétaro*, condenado a muerte y fusilado (1867).

LOS
RESULTADOS

Por el relato que antecede se ve que los cinco años de guerra no dieron, en apariencia, otro resultado más que el restablecimiento puro y simple de la república mejicana: no ocurrió ninguna transformación territorial, ni se firmó ningún tratado. Sin embargo, la guerra francomejicana tuvo para Francia, para Méjico y para América entera, importantísimas consecuencias.

En lo que concierne a Francia, si las pérdidas materiales, en hombres y dinero, fueron penosas, y menos graves que lo que se dijo durante mucho tiempo, la guerra de Méjico no dejó por eso de dar un golpe funesto al segundo imperio. El aborto total de una empresa tan grande debilitó enormemente el prestigio de Napoleón III, que la había concebido; y si el honor de las armas francesas había quedado a salvo, el honor del soberano se encontraba herido por la ejetución de Maximiliano, a quien había hecho emperador de Méjico.

En lo que concierne a Méjico, por el contrario, las pérdidas materiales, inmensas, fueron compensadas por el resultado moral. Después de la guerra, empezó la regeneración de Méjico.

Por último, el fracaso de la empresa francesa había manifestado la fuerza de la doctrina de Monroe, que Europa se obstinaba todavía en no reconocer. Había demostrado que ya no se podía atacar impunemente a la libertad de América, y había revelado la existencia de un sentimiento de solidaridad americana que encontró su expresión en el congreso de Lima en 1864.

El fracaso de Méjico, los problemas que nacían de la cuestión romana y del éxito creciente de Prusia, la oposición parlamentaria encabezada por el inexorable Thiers, el estado de su salud revelaban el final de un régimen. Napoleón III lo precipitaba con sus concesiones — libertad de interpelación parlamentaria, libertad de prensa, libertad de reunión —, porque ya no eran suficientes y comenzó la agitación revolucionaria.

El *Tercer Partido*, formado poco antes y ya triunfante en 1869 redujo a la minoría a los partidarios del Emperador. Éste se apresuró a hacer concesiones que dieran la impresión de la espontaneidad: hizo conceder al Cuerpo Legislativo la iniciativa de las leyes, la libertad de enmiendas, el derecho de discutir en detalle el presupuesto. Aunque no se cambió el régimen de gobierno personal, Napoleón formó un ministerio integrado por representantes de la mayoría parlamentaria.

Poco después el Senado completó la transformación quitándose su poder constituyente para convertirse en una segunda cámara legislativa, pero el Emperador seguía siendo responsable, por sí solo, ante su pueblo.

En París seguía la agitación agravada por haber dado muerte un pariente del Emperador a un periodista republicano. Luis Bonaparte recurrió al plebiscito: 7 millones y medio de votos contra 1 millón y medio. París y las grandes ciudades votaron en contra, pero los campesinos lo habían apoyado.

Sin embargo, la guerra francoprusiana, declarada tres meses más tarde, hundiría su imperio.

CAPITULO XII

LA CUESTION DE ORIENTE

Se entiende por *Cuestión de Oriente* el conjunto de problemas políticos que resultaban de la existencia del Imperio Turco en el contorno del Mediterráneo oriental, en Europa, en Asia y en Africa.

Desde el siglo XVIII, el Imperio Turco, en decadencia, estaba amenazado por las codicias de los estados vecinos, Austria y Rusia. En el siglo XIX, el renacimiento, las sublevaciones y las rivalidades de las pequeñas naciones cristianas de los Balcanes han suscitado incesantes complicaciones.

Los episodios principales han sido:

- 1º La *insurrección serbia* (1804-1815) y la formación de un principado vasallo de Serbia (1830);
- 2º La *insurrección griega* (1821-1829) y la *guerra ruso-turca* (1828-1829), terminadas por el tratado de Andrinópolis;
- 3º El *conflicto turco-egipcio* (1831-1841) que dió por resultado la autonomía de Egipto;
- 4º La *guerra de Crimea* (1854-1856) que se terminó por la derrota de los rusos y el tratado de París;
- 5º La *guerra de los Balcanes* (1877-1878), terminada por el tratado de Berlín y el desmembramiento parcial de Turquía europea; y
- 6º *Las dos guerras balcánicas* de 1912-1913, cuyo resultado fué un nuevo desmembramiento de Turquía de Europa, y el preludeo de la *Gran Guerra* que desmembró por completo el Imperio Turco.

EL IMPERIO
TURCO A
PRINCIPIOS DEL
SIGLO XIX

A principios del siglo XIX el Imperio Turco era todavía inmenso. Comprendía, en Europa: toda la península de los Balcanes; en Asia: Asia Menor, Siria, Mesopotamia y Arabia; en África: Egipto y Tripolitania: total, un magnífico dominio, con grandes capitales como Constantinopla, Esmirna, Damasco, Bagdad, Alejandría y el Cairo.

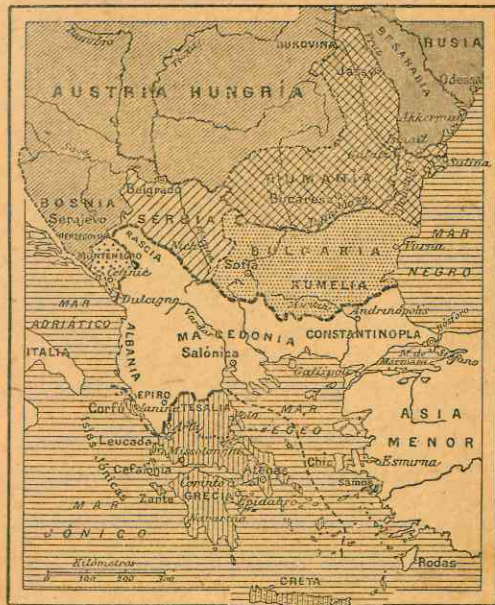


EL IMPERIO TURCO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.

Pero este imperio no estaba organizado como un estado moderno: los ministros del sultán o *visires*, sus gobernadores de provincias o *bajás*, eran deplorables administradores. El ejército mismo, antes temible, estaba en decadencia; los soldados vivían frecuentemente del pillaje.

Las principales causas de la debilidad y de la anarquía eran los odios de raza y de religión. Desde la conquista, no hubo fusión alguna entre musulmanes y cristianos, vencido-

res y vencidos. Los musulmanes tenían todos los derechos. Los cristianos formaban la *raïa*, es decir el rebaño, el ganado despreciable y despreciado. Pagaban pesados impuestos y debían obedecer toda orden dada por un musulmán; les estaba prohibido montar a caballo y, bajo pena de muerte, poseer armas. Sin embargo, los turcos les habían dejado sus lenguas nacionales, su religión, — el cristianismo ortodoxo —



EL IMPERIO TURCO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.

sus leyes particulares y hasta su antigua organización municipal. Así se conservaron en los Balcanes varias nacionalidades cristianas a las que no faltaba sino la independencia: *rumanos, búlgaros, serbios y griegos*.

COMPLEJIDAD DE
LA CUESTION
DE ORIENTE

En el siglo XIX, todos estos pueblos se sublevaron y ensayaron libertarse de la tiranía turca. Pero como todas las grandes potencias se interesaron en su suerte, cada una con sus miras par-

ticulares, la Cuestión de Oriente llegó a ser de una extremada complicación.

Las dos potencias vecinas, Austria y Rusia, querían desmembrar en su provecho al Imperio Turco. Desde fines del siglo XVIII habían negociado un tratado de reparto. En el siglo XIX estuvieron frecuentemente en antagonismo: Rusia, buscando llegar a Constantinopla, se esforzó en debilitar a los turcos, creándose, por un concurso abiertamente dado, una clientela entre los pueblos insurrectos; estado eslavo y ortodoxo, se presentó como protectora de los eslavos y los ortodoxos de Turquía, Austria, por el contrario, potencia germánica y católica, con el secreto deseo de extender su dominación hasta las bocas del Danubio y hasta Salónica, y contando, por otra parte, entre sus súbditos numerosos hermanos de los insurrectos serbios, se esforzó en contrarrestar la acción de Rusia mostrándose generalmente hostil a las insurrecciones de los cristianos.

Francia e Inglaterra practicaron una doble política favorable a la vez a los cristianos y a los turcos. Por generosidad, sostuvieron a los cristianos contra los turcos; por interés político y para impedir la extensión de la potencia rusa hasta el Mediterráneo, sostuvieron durante mucho tiempo a los turcos contra los rusos.

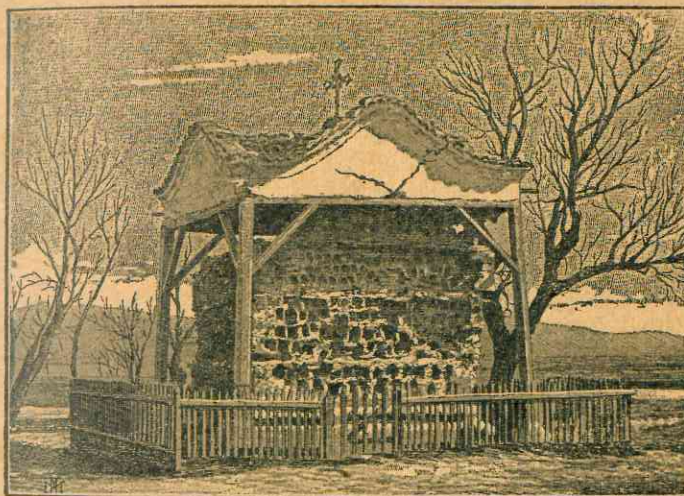
A fines del siglo XIX, la cuestión de Oriente se complicó también por la intervención de dos nuevas grandes potencias, Alemania e Italia; Italia interesada, por su situación, en todas las cuestiones mediterráneas, y Alemania deseosa de extender su influencia económica sobre el rico dominio de los sultanes.

LA INSURRECCIÓN SERBIA

El primer levantamiento se produjo en 1804 entre los serbios de Belgrado, que se encontraban en condición particularmente miserable, y tiranizados por la milicia turca de los genizaros.

Los insurrectos llevaron a cabo maravillosas hazañas, pero después de diez años de lucha, sucumbieron al número. Los turcos reconquistaron Serbia y ejercieron horribles represalias (1813-1814), que provocaron, en 1815, una nueva sublevación: los turcos, por todas partes, fueron completamente batidos. Temiendo el sultán una intervención del zar, al que la caída de Napoleón dejaba en libertad de obrar, prefirió tra-

tar con los insurrectos, dándoles autonomía. Los turcos no conservaron ya más que algunas guarniciones en Serbia.



LA TORRE DE LOS CRÁNEOS EN NICH.

Fotografía.

En la llanura, a algunos kilómetros al nordeste de Nisch, se levanta el horrible monumento conocido con el nombre de Torre de los Cráneos. Data de 1809. No lejos de allí, un millar de serbios ocupaban el reduto de Kamenitsa. Sitiados por los turcos, se hicieron saltar en el momento en que el enemigo penetraba en el reduto (31 de mayo). Los turcos decapitaron todos los cadáveres. Después, para conmemorar su triunfo, edificaron una torre cuyo revestimiento estaba enteramente hecho con las cabezas de los vencidos. La torre estaba todavía intacta en 1878 cuando los serbios tomaron a Nisch. Sacaron entonces los cráneos, los depositaron en un osario y construyeron un techo grosero por encima de la torre. Cada una de las cavidades que se ven en la fotografía marca el sitio de una cabeza. Todavía se ven algunas cabezas entre la mezcla de la mampostería. Este monumento dice elocuentemente el salvajismo de los turcos en la lucha contra los serbios.

LA INSURRECCIÓN GRIEGA

Entre los pueblos cristianos de los Balcanes, los un papel importante después de la conquista turca. El patriarca, los arzobispos y todo el alto clero de los Balcanes eran griegos. En los puertos y en las

islas, muchos griegos se habían enriquecido por el comercio o por la banca: a principios del siglo XIX, los armadores y los negociantes griegos poseían más de 600 barcos, montados por unos 30.000 marineros. En todas las ciudades comerciantes de Europa existían importantes colonias griegas. Los griegos ricos, libres e instruidos, conservaban el recuerdo de las glorias pasadas de su pueblo, y su patriotismo soñaba con restaurar un día la antigua independencia de los *helenos*.

La insurrección, estalló en 1821. La lucha debía durar nueve años. Por una y otra parte fué feroz. Habiendo tomado los griegos a *Tripolitza*, en Morea, degollaron a sangre fría 12.000 musulmanes. Los turcos respondieron poniendo a sangre y fuego la alegre isla de *Quío*: de sus 90.000 habitantes, 23.000 fueron pasados a cuchillo y casi 5.000 vendidos como esclavos. El sultán estaba a punto de terminar con la insurrección cuando intervinieron las grandes potencias (1827).

Desde el principio de la lucha, los insurrectos griegos habían encontrado vivas simpatías en Europa. Numerosos voluntarios franceses, ingleses y de otras naciones habían ido a unirse a sus bandos. Pero los gobiernos permanecían indiferentes u hostiles.

Por iniciativa de Rusia, a que se unieron Francia e Inglaterra, las potencias resolvieron imponer por la fuerza la cesación de las hostilidades. La flota turcoegipcia fué destruída por sus flotas reunidas en *Navarino* (1827). En 1829, el ejército ruso atravesó los Balcanes y, por un audaz golpe de mano, se apoderó de Andrinópolis. El camino de Constantinopla estaba abierto, y el sultán pidió la paz.

El *Tratado de Andrinópolis* (1829) consagró la *independencia de Grecia*. Además, Turquía cedía al zar la embocadura del Danubio y le reconocía el derecho de ocupar las provincias rumanas hasta el pago completo de una pesada indemnización de guerra. *Rusia victoriosa y protectora de los cristianos, llegaba a ser la potencia preponderante en los Balcanes.*

LA PRIMERA GUERRA TURCO-RUSA
 CRISIS EGIPCIA

Dos años apenas después del fin de la crisis griega, se presentó una nueva en el Imperio Turco. Fué provocada por el bajá del Egipto *Mehemet Ali*.

Como premio de su intervención contra los griegos, Me-

hemet reclamó el gobierno de Siria. El sultán Mahmud se negó a ello, y este fué el origen de la *primera guerra turco-egipcia*. El sultán obtuvo ayuda del Zar que esperaba influir en Turquía para impedir la acción rusa. Inglaterra, Francia y Austria forzaron al sultán a ceder Siria a Mehemet Ali. Los rusos no se retiraron sin beneficios: por el *tratado secreto de Unkiar-Skelessi* (1833), habían concluído con el sultán una estrecha alianza que le ponía en realidad bajo su dependencia.

Cinco años más tarde (1839), Mahmud intentó

LA SEGUNDA GUERRA EGIPCIA

recobrar Siria pero fué derrotado. La situación era entonces mucho más grave que en 1832, pero la paz fué mantenida: Mehemet Ali fué obligado a restituir Siria, pero conservó Egipto a título hereditario (1841), es decir, se reconocía la *independencia de hecho de Egipto*.

También se concluyó entre las grandes potencias y Turquía una convención que debía permanecer en vigor hasta 1914, la *Convención de los Estrechos*, en virtud de la cual el *paso del Bósforo y de los Dardanelos estaba prohibido a todo barco de guerra* (1841): esta era la ruina del tratado de Unkiar-Skelessi; las escuadras rusas quedaban desde entonces prisioneras en el mar Negro.

LA GUERRA DE CRIMEA

El zar Nicolás I, sin embargo, se creía destinado a acabar la obra de Catalina II y a recoger la sucesión del *hombre enfermo*, como se designaba al Imperio Turco. En 1853 envió al sultán un embajador extraordinario para ofrecerle su alianza: en cambio le pedía un *derecho de protectorado sobre todos los cristianos ortodoxos del Imperio turco*. A la negativa del sultán, Nicolás I hizo entrar sus tropas en Rumanía.

Inglaterra y Francia, a las que se unió más tarde *Piamonte*, fueron en socorro de Turquía (1854). La guerra tuvo por teatro esencial la península de Crimea, en el mar Negro — de donde viene el nombre de *guerra de Crimea* — y se resumió en un sitio colosal, el *sitio de Sebastopol*. Los rusos habían creado en la punta sur de la península, en *Sebastopol*, un potente arsenal marítimo que era una amenaza constante para Constantinopla: se trataba de destruirlo.

El sitio fué uno de los más prodigiosos de la historia. Sebastopol, fué tomado después de once meses (1855).

CONGRESO DE PARÍS Durante el sitio de Sebastopol, Nicolás había muerto de desesperación por sus derrotas (1855). Después de la toma de la plaza, el nuevo zar, Alejandro II, se resignó a tratar.

Un congreso, en el que tomaron parte los representantes de Francia, Inglaterra, Rusia, Turquía, Austria, Piamonte y Prusia, se reunió en París y dictó las condiciones de la paz. Se decidió *neutralizar el mar Negro*: se prohibía a Rusia y a Turquía tener allí barcos de guerra ni arsenales. Las potencias garantizaban la autonomía de las provincias rumanas y de Serbia. Pero garantizaban también *la integridad territorial del Imperio turco*. Así es que, colocada oficialmente Turquía bajo la salvaguardia de Europa, parecía estar en adelante al abrigo de todo peligro ruso.

LA GUERRA DE LOS BALCANES Pero Rusia aprovechó la derrota francesa de 1870 para tomar inmediatamente la ofensiva en los Balcanes. Se apresuró a *denunciar el tratado de París* y reconstituir su poder militar en el mar Negro (1871). Bien pronto, la sublevación de los servios de Bosnia Herzegovina duramente dominada por los turcos (1875) y las matanzas de Bulgaria le facilitaron la ocasión de una nueva guerra contra los turcos.

Las *atrocidades búlgaras* sublevaron la indignación de Europa entera. Las potencias no pudieron impedir al zar Alejandro declarar la guerra al sultán (1877). Rusia tuvo por aliados a los *rumanos* y a los *serbios*.

La *guerra de los Balcanes* (1877-1878) tuvo el carácter de una verdadera guerra santa, de una *cruzada eslava contra el Islam*. Los turcos hicieron una resistencia inesperada, pero los rusos llegaron a *San Stéfano*, a las puertas de Constantinopla (31 de enero de 1878).

CONGRESO DE BERLÍN El *tratado de San Stéfano* impuesto por Rusia victoriosa al sultán (1878) representaba el *desmembramiento de Turquía europea*.

Pero las potencias, sobre todo Inglaterra y árbitro de la situación, forzó a Rusia a someter sus cláusulas. Austria, no aceptaron el tratado de San Stéfano. Bismarck,

las a la ratificación de un congreso europeo, que se reunió en Berlín bajo su presidencia. El *Congreso de Berlín* (junio-julio de 1878) arregló del modo siguiente la Cuestión de Oriente:

1º *Montenegro, Serbia y Rumanía* quedaban completamente independientes;

2º *Macedonia* fué colocada de nuevo bajo la autoridad del sultán; *Bulgaria* quedaba siendo un principado vasallo, eligiendo ella misma su príncipe;

3º Rusia recibía Besarabia y algunos territorios de Asia, y *Austria obtenía el derecho de ocupar y de administrar Bosnia Herzegovina*.

El tratado de Berlín es el más nefasto del siglo XIX. Inspirado por la avaricia y el egoísmo, en lugar de ser una obra de paz, no hizo sino perpetuar las dificultades existentes, creando además otras nuevas.

LA EVOLUCIÓN DE LA CUESTIÓN DE ORIENTE

Por esto, desde 1878, la Cuestión de Oriente fué para Europa causa permanente de disturbios, y al mismo tiempo evolucionó y se hizo sin cesar más compleja a causa de la intervención de las nuevas potencias europeas y del rápido crecimiento de los estados balcánicos.

En efecto, las riquezas del Imperio Turco sobreexcitaban la codicia de las grandes potencias, deseosas de abrir a su comercio y a su industria nuevos mercados. Y al lado de Austria, de Rusia, de Inglaterra y de Francia, dos nuevas potencias europeas, Italia y Alemania, tardaron poco en intervenir en Oriente. Italia, que aspiraba a la dominación del Adriático y del mar Jónico, aumentó su clientela con Montenegro, y pudo rivalizar en influencia con Austria en Albania; mientras Inglaterra se establecía en Egipto (1882) y Francia en Túnez (1881), arrancó a Turquía los restos de su imperio africano: Trípoli (1911-1912). Las ambiciones de Alemania, menos aparentes, eran harto mayores: aspiraban nada menos que a la tutela del Imperio Turco y al acaparamiento del hermoso dominio de Turquía en Asia. Para ello puso su capital, sus técnicos y sus militares de servicio de ella.

Por otra parte, todos los estados balcánicos se consideraban lesionados. De ahí crisis múltiples — guerra, revolu-

ciones, conflictos diplomáticos — las principales de las cuales fueron la *formación de la unidad búlgara, la guerra greco-turca, la revolución turca, las dos guerras balcánicas de 1912-1913, y finalmente la Gran Guerra*, de la cual ha salido el mundo completamente transformado.

LA UNIDAD BÚLGARA
LA GUERRA
GRECO-TURCA

Los primeros que desconocieron el tratado de Berlín fueron los búlgaros que lograron su unidad nacional. En 1897, los cristianos de Creta se sublevaron contra los turcos y proclamaron su unión a Grecia, lo que dió origen a una guerra greco-turca, desastrosa para los griegos, que terminó con una intervención de las potencias. El sultán vió obligado a reconocer la *autonomía de Creta*, pero los cretenses continuaron reclamando su unión a Grecia.

LA REVOLUCIÓN
TURCA

En 1908-1909, la *revolución turca* originó una nueva crisis cuyas repercusiones debían ser particularmente graves para el sostenimiento de la paz en Europa.



ABD-UL-HAMID II (1842-1918).

Fotografía.

Lo que sobre todo llama la atención en este rostro de tipo oriental, de nariz encorvada y barbilla ancha y corta, es la mirada que, surgiendo de unos párpados entreabiertos, deslízase de reojo, con expresión de sin igual hipocresía. Esta fotografía, uno de los raros retratos auténticos que se poseen de Abd-ul-Hamid, fué hecha poco antes de su advenimiento al trono (1876). El sultán, alzado al poder por los Jóvenes Turcos, y poco después su enemigo mortal y el más encarnizado de sus perseguidores, vivió durante casi todo su reinado encerrado en el palacio de Yıldiz, presa de terrores perpétuos y creyendo ver asesinos por doquier. Desposeído del poder absoluto en 1908, fué destronado en 1909. Sometido desde entonces a estrecha vigilancia, murió en 1918.

El sultán Abd-ul-Hamid, abominable déspota a quien la organización metódica de las matanzas de cristianos habían dado reputación siniestra, fué derribado por el partido re-



LOS BALCANES DESPUÉS DEL TRATADO DE BUCAREST, 1913.

formista «Joven turco» y Turquía fué, en apariencia por lo menos, una monarquía constitucional. Aprovechándose de esta situación, Austria juzgó el momento favorable para *anexarse definitivamente Bosnia y Herzegovina*, a pesar de las

protestas de los serbios y de Rusia; Bulgaria, de acuerdo en secreto con Austria, proclamó su *independencia*; Italia se apoderó de Trípoli y ocupó varias islas del mar Egeo; el círculo de codicias iba estrechándose en torno del Imperio Turco debilitado, al mismo tiempo que, por su política opresora para con los cristianos, el nuevo gobierno turco se alienaba a su vez las simpatías de las potencias occidentales.

LAS DOS
GUERRAS
BALCÁNICAS

Las dos guerras balcánicas de 1912-1913 tuvieron su origen en la cuestión de Macedonia, encrucijada de nacionalidades donde chocaban las ambiciones. En 1912, los estados cristianos de los Balcanes — Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro — se coaligaron para obligar a Turquía a reconocer la autonomía de Macedonia. Negóse Turquía, y estalló la guerra. Los turcos sufrieron una serie de desastres y sólo lograron salvar Constantinopla y la región de los estrechos: Turquía europea había dejado de existir.

Pero cuando se trató de repartir los despojos, se despertaron todas las rivalidades europeas y balcánicas. Se creó un artificial *Principado* de Albania que comprendía una parte del Epiro griego, para alejar del Adriático a Serbia y Grecia. Bulgaria empujada por Austria, reivindicó la mejor parte de los países conquistados en detrimento de serbios y griegos, e intentó aplastar a sus aliados. De ahí una *segunda guerra balcánica* (1913) que terminó con la victoria de los serbios y griegos a los cuales se unieron los rumanos. *El tratado de Bucarest* dió Salónica a los griegos, Monastir a los serbios, Silistria a los rumanos y los búlgaros conservaron una parte de Tracia, con acceso al mar Egeo. Los turcos, sin embargo, habían recobrado y guardaron Andrinópolis.

A pesar de tanta sangre derramada, la Cuestión de Oriente hallábase lejos de poder ser considerada como resuelta, y la paz era más precaria que nunca. Al agrandarse Serbia con su triunfo de 1913 y fortificar su prestigio, parecía indicar la bancarrota de la política austriaca; agitábanse los serbios de Bosnia; el camino de Salónica estaba cerrado. De acuerdo con Alemania, Austria comenzó a preparar su desquite. El antagonismo germanoeslavo, ya irreductible, llevará a Europa a la Gran Guerra.

CAPITULO XIII

LA UNIDAD ITALIANA

La amplitud, la intensidad y la duración de la crisis revolucionaria de 1848-1850 daban testimonio de la fuerza creciente de las ideas liberales y nacionales. La victoria de la reacción no debía, pues, tener efectos durables. En la segunda mitad del siglo XIX, casi todas las monarquías absolutas tuvieron que transformarse en monarquías constitucionales; muchas nacionalidades consiguieron emanciparse o unificarse.

El acontecimiento capital de este período en Europa fué la formación de la *unidad italiana* y de la *unidad alemana*, comenzadas y terminadas casi al mismo tiempo (1859-1871), a costa de *sangrientas guerras* que modificaron profundamente la situación internacional.

ITALIA
DIVIDIDA

Desde la desaparición del Imperio Romano, Italia no era más que una *expresión geográfica*. Casi unificada por Napoleón I, había sido de nuevo desmembrada en 1815, por los tratados de Viena. Desde entonces quedó dividida en *siete estados*: Reino de Cerdeña, Reino Lombardo-Veneciano, Ducados de Parma y de Módena, Gran Ducado de Toscana, Estados de la Iglesia y Reino de las Dos Sicilias. El Reino Lombardo-Veneciano pertenecía al *emperador de Austria*, cuya influencia se ejercía aún sobre los ducados de Parma, de Módena y de Toscana, posesiones de príncipes austriacos.

LA UNIDAD
ITALIANA

Italia fué unificada por los reyes de Cerdeña, en provecho suyo. Esta unidad se efectuó en dos etapas: en la primera, los austriacos fueron expulsados de sus posesiones; en la segunda, los diversos estados se agregaron al Reino de Cerdeña y se fundieron en un solo reino.

El primer esfuerzo dirigido contra los austríacos por el rey Carlos Alberto, en 1848-1849, había fracasado. Vuelta a emprender la obra de unificación, en 1859, fué llevada a buen término en once años, bajo el reinado de Víctor Manuel II. Los principales fundadores de la unidad italiana fueron Víctor Manuel, su ministro Cavour, el patriota republicano Garibaldi y Napoleón III. La historia de la unidad comprende cuatro grandes episodios:

- 1º La guerra de Italia, en 1859, que dió por resultado la paz de Zurich y la anexión de Lombardía al reino sardo;
- 2º La conquista del Reino de las Dos Sicilias, en 1860, por Garibaldi;
- 3º La guerra de 1866, con la paz de Viena y el abandono de Venecia por los austríacos; y
- 4º La ocupación de Roma por los italianos, en 1870.

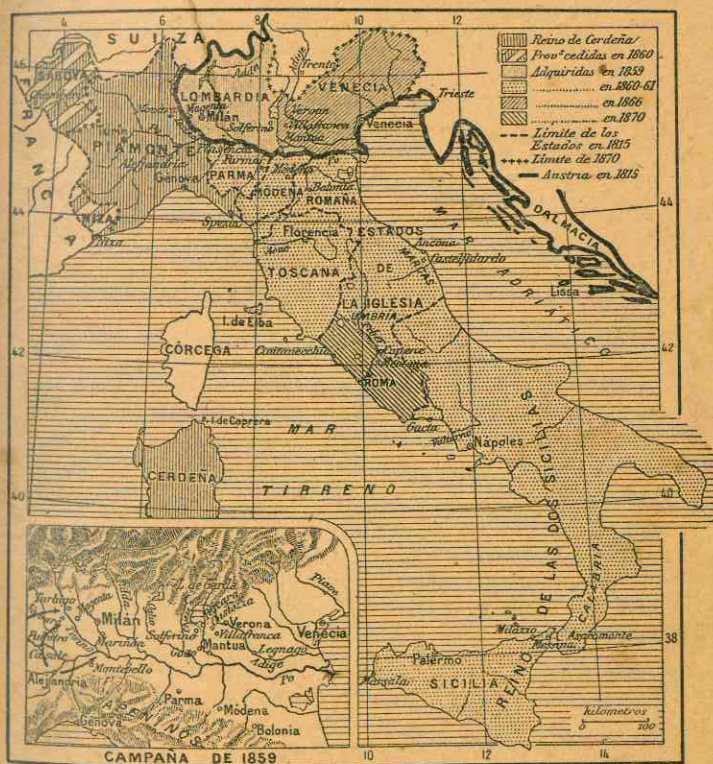
Al ser coronado Víctor Manuel en 1849, el Reino de Cerdeña parecía próximo a perecer. Veintiún años más tarde, sin embargo, Víctor Manuel era rey de Italia y su capital Roma, fortuna que debió sobre todo a su incomparable ministro el conde de Cavour.

Cavour pertenecía a la antigua nobleza piamentesa. Oficial en sus primeros años de carrera, había presentado la dimisión porque sus opiniones liberales le hicieron adquirir mala nota, y desde entonces se había dedicado a la agricultura. Patriota y liberal convencido, tomó parte muy activa en el movimiento de 1848. La derrota redobló su odio contra Austria y, en su gabinete de trabajo, guardado en una vitrina, conservaba el uniforme, agujereado a balazos, de su sobrino, muerto por los austríacos. Miembro del Parlamento sardo primero, fué luego ministro, y bien pronto jefe del ministerio (1852). El rey Víctor Manuel, bravo soldado y buen hombre, le dejó gobernar a su gusto. En medio de las mayores dificultades, con una audacia, una prudencia y una elasticidad admirables, Cavour iba a realizar el programa que se había fijado, cual era hacer la unidad italiana en provecho de Piamonte. Instruido, sin embargo, por la dura experiencia de 1848, se propuso primero una doble tarea: dentro, *rehacer y aumentar las fuerzas del reino sardo*; fuera, *encontrarle un aliado*.

REORGANIZACIÓN DE PIAMONTE

En una y otra tarea Cavour dió pruebas de genio superior, revelándose a la vez como gran hombre de estado y como diplomático sin igual.

En algunos años consiguió levantar la hacienda de Piamonte; hizo construir una red de ferrocarriles,



ITALIA EN EL SIGLO XIX.

concluyó provechosos tratados de comercio, y a pesar de la violenta oposición del clero y del Papa, suprimió la mayor parte de las órdenes monásticas cuyos dominios, llegados a ser bienes nacionales, fueron vendidos en provecho del estado. Así se tuvieron los recursos necesarios para el armamento

del reino sardo. El ejército llegó a tener un efectivo de 90.000 hombres en pie de guerra.

La tarea más delicada y más indispensable era la de asegurar, contra los austríacos, el concurso del ejército francés. Cavour maniobró con rara habilidad para ganar a su causa a Napoleón III.

La causa italiana era, por otra parte, simpática a Napoleón III: primero, porque era *partidario decidido del principio de las nacionalidades*, es decir, del derecho de los pueblos a disponer libremente de ellos mismos, y segundo, porque él mismo, en su juventud, había combatido por la libertad de Italia. De aquí que en 1852 prometiera formalmente a un enviado de Víctor Manuel «hacer alguna cosa por Italia» desde el momento en que hubiera «consolidado la autoridad y el crédito de Francia» en Europa.

Seis años más tarde, en 1858, fueron acordadas las condiciones de la *alianza franco-sarda* y de la guerra contra Austria. Víctor Manuel recibiría el Reino Lombardo-Veneciano y una parte de los Estados de la Iglesia; él cedería a Francia Saboya y el Condado de Niza; los estados italianos se reunirían en una confederación bajo la presidencia del Papa.

Cavour multiplicó las provocaciones para obligar a Austria a tomar la iniciativa de la guerra, lo cual consiguió. En 1859, el emperador de Austria intimaba a Víctor Manuel el desarme en el término de tres días, y el ultimátum fué rechazado. El ejército austríaco invadió Italia y el mismo día una parte del ejército francés atravesaba los Alpes, mientras que el resto desembarcaba en Génova. Al llegar Napoleón a tomar el mando de las tropas, anunció en una proclamación que haría *a Italia libre, desde los Alpes hasta el Adriático*.

La guerra de Italia duró apenas dos meses; las operaciones estaban terminadas el 8 de julio. El 4 de junio se libró la primera gran batalla de la campaña: *Magenta*; los austríacos perdieron 10.000 hombres, y los franceses 4.500. *La victoria de Magenta puso en posesión de los franco-sardos toda Lombardía*: los austríacos retrocedieron hasta el Mincio.

Tres semanas más tarde, y al mando del emperador Francisco José, los austríacos volvían a tomar la ofensiva. En la



CAVOUR (1810-1861).—Fotografía BRAUN y Cia.

El conde Camilo de Cavour hacia 1856. Elegido diputado al Parlamento sardo en 1848, Cavour era ministro desde 1850. Víctor Manuel había adivinado en él el espíritu dominador: "Os echará a todos por tierra con las piernas al aire, decía al ministro que le proponía confiar a Cavour el ministerio de comercio, y tomará todas vuestras carteras". Cavour fué, en efecto, muy pronto primer ministro y siguió siéndolo sin interrupción hasta su muerte. A pesar de increíbles dificultades, consiguió realizar la unidad italiana, obra a la que había consagrado su vida. Sencillo, de carácter familiar y de buen humor — así es como aparece en la fotografía — el hombre era extremadamente seductor y simpático. Se ha dicho de él que tenía "la política alegre", y el pueblo piemontés, cuya afeción se había ganado, le llamaba "papá Camilo".

acción de *Solferino*, los austriacos tuvieron que batirse de nuevo en retirada. La batalla costaba 17.500 hombres a los franco-sardos y 22.000 a los austriacos.



SOLFERINO. EL CENTRO DEL CAMPO DE BATALLA.

Fragmento de un cuadro de MEISSONIER, en el Louvre. - Fotografía.

Meissonier, el más minucioso de los pintores del último siglo, asistió a la batalla de *Solferino*, en el estado mayor de Napoleón III. Su cuadro tiene la exactitud de una fotografía y permite darse cuenta de lo que es un campo de batalla con las armas de largo alcance. En último término, la colina y la torre de *Solferino*, centro de la acción que se desarrollaba sobre un frente de veinte kilómetros, más que la distancia de París a *Versalles*. A la izquierda, y por debajo de los cipreses que dirigen sus puntas al cielo, una serie de líneas negras y regulares: son las columnas de asalto francesas que marchan sobre *Solferino*. En primer término, separada de la cuesta por ancho valle lleno de árboles, una batería armada de cañones rayados que Napoleón había contribuido a inventar, y que alcanzaban a más de dos kilómetros. Los artilleros sacan los proyectiles de los arzones.

ARMISTICIO DE VILLAFRANCA
Solferino parecía ser el primer acto de la conquista de Venecia. Bruscamente, Napoleón ofreció la paz a Francisco José: Austria cedía Lombardía a Piamonte, pero conservaba Venecia. Italia debía formar una confederación, bajo la presidencia honoraria del Papa (1859).

De aquí resulta que Napoleón no había mantenido su promesa de *la Italia libre desde los Alpes al Adriático*. Los italianos se creyeron burlados y juzgaron aquel acto como una traición. Sin embargo, este cambio del emperador obedecía a causas múltiples, algunas de ellas de extremada gravedad: el ejército austriaco no estaba destruido y la entrada de Venecia estaba cubierta por varias ciudadelas cuya toma hubiera necesitado largos y difíciles sitios. Pero sobre todo, Francia estaba amenazada de una segunda guerra sobre el Rin: las victorias de Napoleón habían despertado todos los odios alemanes; Prusia había comenzado a movilizarse, y Napoleón no quería correr el riesgo de una doble guerra.



GARIBALDI (1807-1882).

Fotografía de la colección MIRABAUD.

Garibaldi, nacido en Niza, fué el más sorprendente aventurero del siglo XIX. Sirvió primero en la marina sarda. Comprometido en una conspiración de la Joven Italia, pasó a América del Sur, hizo el comercio de ganado y mandó sucesivamente una pequeña escuadra del Uruguay y un cuerpo franco en las guerras de las repúblicas del Plata. En 1848 volvió a Italia y mandó en jefe el ejército de la República Romana. Volvió a partir a América, y fué fabricante de bujías en Nueva York, capitán mercante en Perú y después en China. Reapareció en Italia cuando la guerra de 1859, organizó un cuerpo de voluntarios y no cesó ya de trabajar en la unidad italiana. En 1860, dió Sicilia y Nápoles a Víctor Manuel. Ocupadas las Dos Sicilias, su idea fija fué la conquista de Roma. Había tomado por divisa: "Roma o la muerte", e intentó por dos veces, en 1862 y 1867, apoderarse de ella. En 1870 vino a Francia a combatir contra Alemania, por la causa de la "república universal".

Por lo demás, las estipulaciones de la *Paz de Zurich* (1859) quedaron como letra muerta. Sin tener en cuenta las decisiones de los emperadores, el pueblo italiano acabó por sí mismo la obra de la unidad.

En primer lugar, Italia central — *Módena, Parma, Toscana y Romaña pontifical* — sublevada desde el principio de la guerra, votó por plebiscitos su anexión al Reino de Cerdeña (1860).

Algunas semanas más tarde, el audaz aventurero *Garibaldi*, que había reunido un cuerpo de voluntarios que se llamó los *Mil* o los *camisas rojas*, a causa de su uniforme, se hacía dueño de *Sicilia*, y de allí pasaba al estado napolitano sublevado contra su rey Francisco II. El ejército sardo intervino entonces, ocupó los Estados de la Iglesia, excepto Roma, y después, uniéndose a *Garibaldi*, batió al ejército napolitano y conquistó toda *Italia meridional*. A fines de 1860, los Estados de la Iglesia y el antiguo Reino de las Dos Sicilias votaron a su vez la anexión a Piamonte.

El 13 de marzo de 1861, Víctor Manuel era proclamado *rey de Italia* por un Parlamento Nacional reunido en Turín. Cavour murió poco tiempo después.

SABOYA Y NIZA
ANEXADAS A
FRANCIA

La formación del Reino de Italia valió a Francia la anexión, ya convenida, de *Saboya y del Condado de Niza*.

Esta doble cesión, no fué reclamada por Napoleón sino después de la anexión de Italia central al reino sardo (1860). La demanda estaba justificada por razones de *seguridad nacional*. Desde que Piamonte se transformara en un poderoso estado militar, la seguridad de Francia exigía que cesara de ser dueño de los pasos de los Alpes. Sin embargo, Napoleón manifestó el deseo de que las poblaciones de Saboya y de Niza fuesen llamadas a *decidir ellas mismas de su suerte*. El plebiscito fué abrumador. Allí, como en Italia, por la voluntad de los pueblos, se encontró destruída la obra del Congreso de Viena y de los tratados de 1815.

ADQUISICIÓN DE
VENEZIA

Faltaba todavía al nuevo Reino de Italia su verdadera capital, *Roma*, y *Venecia*, que había permanecido austríaca. *Venecia* fué adquirida la primera, en 1866, gracias a la *alianza prusiana*. El

rey de Prusia perseguía entonces la unificación de Alemania, como Víctor Manuel perseguía la unificación de Italia. En Alemania, como en Italia, la expulsión de Austria era la condición primera de la unidad. Un acuerdo entre Prusia e Italia era, pues, enteramente natural, y fué concluído en 1866. Dos meses después era declarada la guerra a Austria.

Militarmente, esta guerra fué nefasta para Italia, pero los prusianos habían destrozado a los austríacos en *Sadowa*. A fin de obtener la mediación de Napoleón III, el emperador Francisco José le cedió Venecia para que la traspasara a Víctor Manuel. La cesión de Venecia fué confirmada por el *Tratado de Viena* (1866).

LA CUESTIÓN
ROMANA

La posesión de Roma era mucho más deseada por los italianos que la posesión de Venecia. Y, sin embargo, no debían ser dueños de ella sino en 1870. Y es que *Roma era una ciudad aparte: la capital de los católicos*. Ahora bien, muchos católicos juzgaban entonces que la libertad espiritual del Papa no estaba asegurada si no seguía siendo un soberano temporal, plenamente independiente en sus estados.

En 1866 Napoleón retiró de Roma la guarnición francesa que se encontraba allí desde 1849, y el gobierno italiano se comprometía «a no atacar el territorio pontificio y hasta impedir por la fuerza todo ataque contra dicho territorio».

Inmediatamente *Garibaldi*, sostenido por todo el pueblo, preparó un golpe de mano sobre Roma, y en 1867 se arrojó sobre el territorio romano. Entonces, pareciendo que el gobierno italiano faltaba a la Convención de septiembre, Napoleón III hizo ocupar de nuevo a Roma, y una brigada francesa batió a *Garibaldi*, en *Mentana*, sangriento hecho de armas que irritó profundamente la opinión italiana.

ROMA
CAPITAL

Tres años después, en 1870, las victorias de Prusia sobre Francia daban *Roma* a Italia, como le habían dado antes Venecia. El ejército italiano entró en Roma aprovechando las derrotas francesas ante los alemanes el 10 de septiembre de 1870. *La unidad italiana estaba conseguida*. Pero Pío IX y sus sucesores se han negado siempre a reconocer los hechos cumplidos: los papas vivieron encerrados en el Vaticano, donde se consideraban co-

mo moralmente prisioneros hasta 1929, en que por el tratado de San Juan de Letrán se les reconoce la soberanía temporal en la Ciudad del Vaticano.

CARACTER DE LA UNIDAD ITALIANA La unidad italiana presenta los mismos caracteres que la unidad francesa. El Reino de Italia, como la República Francesa, es *un estado único*, donde todas las partes obedecen a la acción de un gobierno central único, y donde no hay más que una capital, una bandera, un Parlamento y un soberano. Nada subsiste de las antiguas divisiones políticas: todos los estados se han fundido en el estado.

En segundo lugar, *la unidad italiana se hizo conforme al principio de la soberanía del pueblo*, por la voluntad de todos libremente expresada en plebiscitos. Cada una de las anexiones fué precedida de un voto de los futuros anexados.

Por último, *la unidad italiana se hizo sin lesionar a nadie en el exterior*: el Reino de Italia no contiene en sus fronteras más que italianos. Por el contrario, todos los países de lengua italiana no estaban comprendidos en el reino de Italia; Austria conservaba todavía el *Trentino*, en los Alpes, y *Trieste*, en el Adriático. Esto es lo que los patriotas italianos llamaban la *Italia irredenta*, que no debía incorporarse a la patria italiana sino cincuenta años más tarde, después de la Gran Guerra (1918).

CAPITULO XIV

LA UNIDAD ALEMANA. — LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

Paralelamente a los estados italianos, los estados de la Confederación Germánica han atravesado, durante el mismo período, por una crisis terminada por la unificación de Alemania. *Alemania fué unificada por los Hohenzollern, reyes de Prusia, en provecho propio.*

LAS ETAPAS DE LA UNIDAD

El primer movimiento unitario fué intentado en 1848 por el mismo pueblo alemán, fuera de sus soberanos. Había fracasado porque el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, elegido emperador, rechazó la corona imperial, tanto por temor a Austria, cuanto por no querer reconocer el principio revolucionario de la soberanía del pueblo. La oposición de Austria había hecho fracasar igualmente la tentativa prusiana de *Unión restringida* (1850).

La obra de la unificación fué emprendida de nuevo por Guillermo I, hermano y sucesor de Federico Guillermo IV. Ayudado por su canciller *Bismarck* y por su jefe de estado mayor *Moltke*, la llevó a feliz término en menos de cinco años, por medio de dos guerras: una contra Austria en 1866, y otra contra Francia en 1870-1871.

La guerra contra Austria dió por resultado la ruina de la Confederación Germánica, con exclusión de los austríacos de Alemania; el ensanchamiento de Prusia que anexó varios estados alemanes, y el establecimiento bajo su dirección de una *Confederación de Alemania del Norte*.

La guerra contra Francia permitió concluir la unidad agrupando a todos los alemanes alrededor de Prusia en el odio común contra los franceses. Dió por resultado la proclama-

ción del Imperio Alemán y la anexión violenta al nuevo imperio de las provincias francesas de *Alsacia y Lorena*.

El «retroceso de Olmutz» había producido cruel sensación en los patriotas prusianos, que conservaron el ardiente deseo «de devolver con usura» a Austria la humillación que ella les había infligido. En



GUILLERMO I (1797-1888).
Fotografía LOESCHER y PETSCH.

Esta fotografía, posterior a 1870, representa a Guillermo I cuando ya tenía más de setenta años. A pesar de la calvicie, el bigote blanco y las profundas arrugas, la fisonomía, con los ojos muy vivos, es enérgica y casi joven. Había sido siempre de un extraño vigor y se irritaba cuando en los relatos de la guerra franco alemana se le llamaba «el heroico anciano». «En el servicio, decía, espero que nadie se dará cuenta de mi edad». Desprovisto de cualidades brillantes, pero reflexivo y tenaz, fué, mucho antes de ser rey, penetrado por la idea de que la unidad alemana debía hacerse por Prusia y que no podría ser hecha sino por la guerra: de aquí sus esfuerzos obstinados por aumentar la fuerza del ejército prusiano. La guerra de 1866 contra Austria le hizo presidente de la Confederación de Alemania del Norte. La guerra de 1870 contra Francia le hizo emperador alemán.

1861, cuando por la muerte de su hermano llegó *Guillermo I* a ser rey, preparó pacientemente el desquite prusiano.

Guillermo I tenía sesenta y un años en la fecha de su advenimiento. Era laborioso, económico y, por encima de todo, soldado. Su primer cuidado fué la reforma del ejército, porque veía en él el instrumento indispensable de la grandeza prusiana y de la unificación de Alemania. Esta reforma del ejército, provocó un violento conflicto en la Cámara prusiana. Guillermo debió llamar en su auxilio a Bismarck.

El barón Otón de *Bismarck*, había sido elegido diputado en 1849, señalándose por el ardor de su realismo y por su violento lenguaje contra «la ignominiosa democracia». El rey le llamó al ministerio en

1862, después de haberse experimentado en la política y en la diplomacia, porque veía en él al hombre de combate, audaz y resuelto. Era también de un talento claro, preciso y práctico, enemigo de las teorías, sin prejuicios y sin escrúpulos, no cuidándose más que de las realidades, y no mirando más que a la fuerza. Enemigo temible porque permanecía siempre dueño de sí mismo y veía de lejos, engañando frecuentemente a sus adversarios



BISMARCK (1815-1898).

Fotografía LOESCHER y PETSCH.

El príncipe de Bismarck hacia los cincuenta y seis años, poco después de la guerra de 1870, con uniforme de diario de coronel de coraceros blancos. Lo que llama sobre todo la atención de esta cabeza tan poderosamente enérgica, son sus grandes cejas revueltas, los ojos penetrantes — eran muy azules y luminosos — y su mirada audaz y dura. El hombre, un coloso de 1 m. 88, era sin embargo, en sus relaciones, de una encantadora cortesía, muy natural y de perfecta amabilidad. Como Víctor Manuel respecto a Cavour, Guillermo I vaciló primero en tomar a Bismarck como ministro: se asustaba de su audacia y temía que «lo volviera todo de arriba abajo». Después siguió su impulsión y, hasta la muerte de Guillermo I (1888), Bismarck, canciller de la Confederación del Norte después de 1866 y canciller del Imperio Alemán después de 1870, dirigió casi soberanamente, durante veintiseis años, la política europea. Una ruidosa desgracia puso fin a la vida política del «Canciller de Hierro». Casi al principio de su reinado, el joven emperador Guillermo II, despidió brutalmente a Bismarck en 1890.

por una brutal franqueza, tenía el genio de la duplicidad, y nadie hubiera sabido mejor que él preparar pacientemente la intriga donde hacer caer a los que deseaba perder.

Como Guillermo I, pensaba que «las grandes cuestiones no se resuelven ni con discursos, ni con votos, sino *por el hierro y la sangre*»; por tres guerras en seis años: contra Dinamarca, contra Austria y contra Francia, las dos últimas quedadas por él, preparadas por él y que estallaron a su hora, resolvió la «gran cuestión» por excelencia, o sea la unificación de Alemania.

LA REFORMA DEL EJÉRCITO A pesar de la oposición de la mayoría de la Cámara y la agitación provocada por los partidos liberales, Bismarck consiguió en primer lugar sacar a buen puerto la *reforma militar*.

La reforma consistía en incorporar cada año la totalidad de los reclutas, y tenerlos en el servicio activo durante *tres años*, y *cuatro años* en situación de reserva. De aquí que el ejército prusiano en pie de guerra debía alcanzar al efectivo formidable de 450.000 hombres.

Pero la opinión pública en Prusia era hostil a la reforma. Para reducirla Prusia fué gobernada durante cuatro años, hasta 1866, como si no hubiera existido la Constitución de 1850; pero gracias a la tenacidad de Bismarck Prusia tuvo, a pesar de ella, el instrumento de su grandeza próxima.

LA GUERRA DE LOS DUCADOS Forjada el arma, Bismarck no tardó en emplearla. Como no había olvidado la lección de Olmutz, una guerra contra Austria le parecía indispensable condición para la unificación de Alemania en provecho de Prusia.

La ocasión se presentó en 1863 con motivo de haberse anexionado Dinamarca el ducado de Schleswig que el rey de Dinamarca poseía a título personal. So pretexto de asegurar la autonomía de los ducados, Bismarck se entendió con Austria para hacer *la guerra a Dinamarca*. Un ejército austro-prusiano ocupó en algunas semanas casi todo Jutlandia. Dinamarca tuvo que renunciar a los tres ducados (1864).

Quedaba por arreglar la suerte de los ducados: largas y confusas negociaciones empezaron entre los dos vencedores. Bismarck arrancó por fuerza al gobierno austríaco la firma

de una convención que estipulaba el reparto del botín: uno de sus puntos ponía el ducado de Holstein, tomado a Dinamarca, bajo la administración de Austria. Pero la convención no era para Bismarck más que el medio de llegar a la guerra con ésta; y so pretexto de que Austria no administraba Holstein con arreglo a lo acordado en la convención, Bismarck lo hizo ocupar bruscamente por las tropas prusianas (1866).

LA GUERRA DE 1866 Prusia estaba preparada. El jefe del gran estado mayor prusiano, de *Moltke*, había acabado de organizar el ejército y de transformar el armamento. Bismarck había adquirido las alianzas y se había asegurado la neutralidad del zar y sobre todo la de Napoleón III. Pero su política le había enajenado la opinión pública en Alemania: *casi todos los estados alemanes y la Dieta federal se declararon por Austria contra Prusia*. Mas su organización militar era mediocre y la rapidez de la ofensiva prusiana impidió a los aliados concentrar sus fuerzas.

Las operaciones se llevaron a cabo con prontitud fulminante, tal como no se había visto otro ejemplo desde Jena: en mes y medio, todo estaba terminado. Los golpes decisivos se dieron en Bohemia, donde los austríacos sufrieron, en *Sadowa*, una derrota completa (3 de julio).

Los prusianos no encontraron ya por ninguna parte gran resistencia; y pronto las fuerzas estaban a las puertas de Viena. Se firmó la paz definitiva en *Praga*.

LAS CONSECUENCIAS DE SADOWA En Sadowa se decidió la suerte de Alemania, y se modificó profundamente la situación internacional en Europa.

1º Por el Tratado de Praga, Austria tuvo que aceptar la disolución de la Confederación Germánica y renunciar definitivamente a formar parte de Alemania.

2º Prusia se ensanchaba considerablemente: sin consultar las poblaciones, se anexó Schleswig y Holstein, el Reino de Hannóver, Hesse electoral y Francfort del Main: en una palabra, un total de cuatro millones y medio de habitantes.

3º Alemania del Norte se unió bajo la hegemonía prusiana. En la *Confederación de Alemania del Norte*, cada estado conservaba su soberano particular y la independencia de

su gobierno interior, pero todos los poderes militares y diplomáticos fueron confiados al rey de Prusia, presidente hereditario de la Confederación y jefe de un ejército de 800.000 soldados.

Quedaba por concluir la *unidad política* de Alemania. La repugnancia de los alemanes del sur a aceptar la ruda hegemonía de Prusia y de sus tendencias particularistas hacían la obra difícil: la guerra contra Francia, tres años más tarde, debía facilitar los medios de triunfar de las repugnancias y determinar la unidad.

4º Por último, la victoria de Sadowa marcó el fin de la preponderancia francesa y fué el punto de partida de un *antagonismo entre Francia y Prusia* que debía dar por resultado la guerra de 1870.

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA La guerra franco-alemana tuvo por causa esencial la *voluntad de Bismarck de acabar la unidad alemana* por la accesión de los estados del sur en la Confederación del Norte: para conseguirlo, juzgó necesario y resolvió ahogar entre los alemanes del sur la antipatía contra Prusia bajo un sentimiento más fuerte, o sea el odio contra Francia, «el enemigo hereditario». La ocasión del conflicto fué la *candidatura de un príncipe de Hohenzollern*, primo del rey de Prusia, al trono de España; el pretexto, el incidente creado por Bismarck con el *telegrama de Ems*.

LA CANDIDATURA HOHENZOLLERN A consecuencia de una revolución (1), el trono de España estaba vacante desde 1868. Los españoles buscaban un rey. Bruscamente, el 2 de julio de 1870, surgió la candidatura del príncipe *Leopoldo de Hohenzollern*, primo del rey de Prusia.

La opinión pública en Francia cayó en el lazo y se perdió inmediatamente la serenidad. Parecía a todos que, reinando un príncipe prusiano en España, Francia se encontraría tomada entre dos fuegos, hablándose también de la *reconstitución del Imperio de Carlos Quinto*. Napoleón III, agotado por la enfermedad que sufría, no quería la guerra y el rey Guillermo tampoco la deseaba; una presión diplomática bas-

(1) Véase página 205.

tó para que *el príncipe de Hohenzollern retirase pocos días después su candidatura*.

Francia pidió al rey Guillermo *el compromiso de oponerse a toda candidatura ulterior del príncipe Leopoldo*.

Entonces se produjo el incidente de Ems, de donde salió la guerra: el rey se negó a todo compromiso, y de Ems, donde se encontraba en las aguas, telegrafió su negativa a Bismarck. Bismarck publicó el *telegrama de Ems* mutilándolo de manera que pareció insultante para el embajador francés (1). «¡Esto decía, va a producir, en el toro galo, el efecto de un capote rojo!» Sus cálculos eran justos. El pueblo de París se levantó al grito de «¡A Berlín!» El gobierno imperial ordenó la movilización, y *declaró la guerra* (18 de julio).

LA GUERRA Las hostilidades duraron seis meses, hasta el 1º de enero de 1871. En esta lucha — una de las guerras más encarnizadas y sangrientas de la historia — hubo dos períodos bien distintos:

1º El período de la *guerra imperial* — en que los ejércitos regulares de Francia fueron sucesivamente destruidos, bloqueados o tomados prisioneros — que termina en el desastre de Sedán que dió por resultado la caída del imperio por la *revolución de septiembre*.

2º El período llamado de la *Defensa Nacional* en que el gobierno republicano resistió a la invasión con ejércitos improvisados. Este período se caracteriza principalmente por el *sitio de París* (19 de septiembre 1870 - 28 enero 1871), por la *capitulación de Metz* (27 de octubre), y por los impotentes esfuerzos sea del ejército de París para romper el sitio, sea de los ejércitos de provincia para obligar a levantarle.

LOS EJÉRCITOS Las disposiciones de los ejércitos alemanes estaban tomadas desde 1868. Desde fines de julio, 500.000 hombres se habían *concentrado* en masas profundas sobre un frente de menos de 120 kilómetros, entre

(1) He aquí el texto del famoso telegrama de Ems: "El embajador francés ha pedido a S. M. el rey que le autorice a telegrafiar a París que S. M. el rey se comprometía para siempre a no dar su consentimiento si los Hohenzollern se empeñaban en volver a presentar su candidatura. En vista de esto, S. M. se ha negado a recibir al embajador francés y le ha hecho decir por el ayudante de servicio, que S. M. no tenía otra cosa que comunicarle."



NAPOLÉON III A FINES DE SU REINADO.
Fotografía APPERT.

Esta fotografía de Napoleón III fué hecha en 1870, la víspera de la declaración de guerra a Prusia. El emperador tenía sesenta y dos años. No hay documento más elocuente. Esta cara destrozada, estas mejillas y esta nariz que se hundían y estos ojos vidriosos como los de un muerto, presentan al hombre agotado por crueles sufrimientos. Desde 1866, Napoleón estaba atacado de la enfermedad de la piedra, de la que debía morir el 9 de enero de 1873. Ante esta ruina, se comprende la política vacilante de los últimos años del reinado y la impotencia de tomar un partido y atenerse a él, que causó finalmente la caída del emperador y los desastres de Francia en 1870. — Compárese con el retrato de Napoleón en 1852, pág. 126.

El segundo gran choque, en Rezonville y Saint Privat (16 y 18 de agosto) el más encarnizado y sangriento, significó la pérdida de Lorena y decidió la suerte de la guerra. El me-

el Sarre y el Rin. El rey Guillermo comandaba nominalmente en jefe; la dirección real pertenecía a Moltke.

Por parte de los franceses, el ministro de la guerra afirmaba que en quince días tendrían 350.000 hombres en campaña, y apenas si pudo reunir 200.000, que fueron *diseminados* en un frente de más de 300 kilómetros, desde Basilea a Thionville. Formando primero un ejército único bajo el mando de Napoleón III, fueron divididos después en dos cuerpos de ejército, el ejército de Alsacia, 67.000 hombres, y el ejército de Lorena, 130.000 hombres,

En el primer choque importante, en Froeschwiller, todo el ejército de Alsacia quedó destrozado (6 de agosto): Alsacia quedó perdida para los franceses y el mismo día los alemanes invadieron Lorena.

El ejército francés seguía, sin embargo, sitiado en Metz; Napoleón fué en persona a auxiliarlo pero su ejército sufrió una verdadera matanza en Sedán (1º de septiembre) y se vió obligado a enarbolar la bandera blanca.

La capitulación de Sedán tuvo por

consecuencia inmediata la caída del Imperio por la *revolución parisiense del 4 de septiembre* de 1870.

La situación parecía insoluble. Francia no tenía ya ejército, excepto el de Lorena, bloqueado en Metz. El 19 de septiembre, los alemanes cercaban a París. Estrasburgo, después de un terrible bombardeo, capituló el 28 de septiembre. Sin embargo, el gobierno francés, después de haber ensayado negociar, decidió la lucha sin cuartel. Uno de sus miembros, joven abogado republicano, Gambetta, fué



GAMBETTA (1838-1882).
Fotografía CARJAT.

León Gambetta en 1870, a los treinta y dos años. La cabeza está echada hacia atrás como en un movimiento de desafío. La cara es cobriza, largos los cabellos, y la barba negra y abundante. Hijo de un tendero de Cahors, abogado repentinamente célebre por una valiente defensa contra el Imperio y diputado por París en 1869, Gambetta desempeñó papel preponderante el 4 de septiembre: proclamó el destronamiento de Napoleón III en el Cuerpo Legislativo y la república en el Ayuntamiento. Delegado del gobierno de la Defensa Nacional en Tours, fué durante cuatro meses el alma de la lucha en provincia. Después de la guerra fué el más poderoso de los oradores del partido republicano, y ninguno contribuyó tanto como él al establecimiento definitivo de la república en Francia. Murió lamentablemente, de un accidente de arma de fuego, en pleno vigor de la edad, a los cuarenta y cuatro años.

en aquellas terribles circunstancias el verdadero jefe del país: animado de ardiente patriotismo e incapaz de desaliento, puso en obra todos los medios para devolver a Francia la esperanza, la fuerza y la voluntad de vencer. Mientras que París armaba hasta 500.000 hombres para su defensa — marinos, soldados de línea y guardias nacionales, — Gambetta se escapó en globo y llegó a Turs para organizar la defensa en las provincias. Improvisó cuerpos de ejército «con una rapidez increíble» (la palabra es de Moltke). En cuatro meses organizó, armó, equipó y lanzó a la batalla 600.000 hombres, con más de 1.400 cañones.

Pero estas cifras eran una ilusión. Careciendo de oficiales, faltos de instrucción y de costumbre, tales ejércitos improvisados no podían tener sino un mediocre valor militar. Metz fué entregada a Bismarck por un ambicioso que esperaba sobresalir con la caída del imperio. El ejército alemán pudo gracias a esta infamia, reforzar los otros frentes.

Sin embargo, el ejército de París y otro organizado en las provincias, el *ejército del Loira*, se preparaban para hacer un vigoroso esfuerzo a fin de darse la mano, rompiendo la línea del cerco alemán.

A principios de noviembre, el ejército del Loira tomaba la ofensiva, y volvía a tomar Orleáns a los alemanes. Pero en aquel momento preciso, llegaba el ejército que había sitiado a Metz y llegó precisamente a tiempo para contener y rechazar al ejército del Loira. Los alemanes entraron en Orleáns.

Al mismo tiempo fracasaba la *salida* del ejército de París. El 30 de noviembre pasaba el Marne y se apoderaba de *Champigny*, donde se mantuvo durante tres días, pero le fué imposible pasar más adelante. El 3 de diciembre, extenuado por dos días de encarnizada lucha y por un frío horrible, tuvo que refugiarse de nuevo bajo los muros de París, después de perder 10.000 hombres.

FIN DE LA GUERRA Sin desesperar, Gambetta organizó una nueva tentativa. Constituyó tres cuerpos de ejército: un *ejército del norte* y un segundo cuerpo de *ejército del Loira*, que debían tener por objetivo París, y un *ejército del este* que debía levantar el bloqueo de Belfort, cortar la línea de abastecimiento de los alemanes y forzarlos de esta manera a trasladar la guerra a Alsacia.

Todos estos esfuerzos fueron vanos: a pesar de la tenacidad de sus jefes los ejércitos del norte y del Loira fueron ven-



SITIO DE PARÍS. — LA COLA ANTE UNA CARNICERÍA.

Litografía de ANDRIEUX. — Biblioteca Nacional. Fotografía.

Bajo la lluvia y con un viento helado, mujeres, niños y ancianos esperan a la puerta de una carnicería municipal, guardada por dos soldados con bayoneta calada, la distribución de la carne, — 30 gramos de caballo por persona, en el mes de enero. — Empezada antes del alba — las calles no estaban alumbradas por falta de gas — la espera se prolongaba frecuentemente durante horas. La población lo soportaba todo animosamente. El dibujo está acompañado de esta leyenda: "Por un poco de caballo; ¡qué oficio de perros!". Todo el mundo se esforzaba en reír a pesar del sufrimiento. El pan se distribuía en las mismas condiciones.

cidos. El cuerpo de ejército del este tuvo suerte más desastrosa aún: tomado entre dos cuerpos de ejército alemanes,

no escapó a una capitulación sino metiéndose en Suiza, donde fué desarmado (1° de febrero de 1871).

Para precipitar la rendición de París, los alemanes, inquietos por la prolongación de la resistencia, habían emprendido el bombardeo de la gran ciudad: hicieron llover en algunos días sobre París 15.000 proyectiles. El bombardeo no sirvió, por otra parte, sino para exaltar más aún a la población. Pero ésta estaba bajo la amenaza — todavía más horrible — del hambre: se comía de todo — las ratas valían dos francos la pieza; — para uno de los inviernos más rigurosos del siglo y cuando hasta el vino se helaba en los toneles, no había ni leña ni carbón. El gobierno de la Defensa se resignó a soportar las condiciones del vencedor: por el *armisticio de Versalles* (28 de enero), Bismarck impuso una verdadera *capitulación*, el desarme de las tropas de línea y la ocupación de todos los fuertes.

LA PAZ
DE FRANCFORT

Durante el armisticio, se procedió a la elección de una *Asamblea Nacional* que decidió negociar la paz. Los preliminares, firmados el 26 de febrero, fueron ratificados el 1° de marzo por la Asamblea, reunida en Burdeos.

Francia perdía *Alsacia*, menos Belfort, el norte de *Lorena* con *Metz*, lo cual formaba un total de 1.600.000 franceses. Debía, además, pagar a Alemania *cinco mil millones* de francos de la época. Un ejército de ocupación se mantendría en el norte y en el oeste, a costa de Francia hasta el pago completo de la indemnización de guerra.

Estos preliminares fueron transformados en paz definitiva por el *Tratado de Francfort*, el 10 de mayo de 1871. Los alsacianos y loreneses habían protestado en vano solemnemente en la Asamblea Nacional, por boca de sus diputados, contra la cesión de su país a Alemania: «Tomamos a nuestros conciudadanos de Francia, a los gobiernos y los pueblos del mundo entero, como testigos de que consideramos por adelantado como nulos todos los actos y tratados, voto o plebiscito que consientan el abandono, en favor del extranjero, de todas o parte de nuevas provincias de Alsacia y Lorena. Proclamamos, por la presente, inviolable para siempre el derecho de los alsacianos y loreneses de permanecer miembros de la nación francesa, y juramos, tanto por nosotros como por

nuestros comitentes, nuestros hijos y sus descendientes, reclamarlo eternamente y por todas las vías para, con y en contra de todos los usurpadores».

EL IMPERIO ALEMÁN *Durante esta misma guerra se había acabado la unidad alemana.* Los príncipes de Alemania del sur entraron en la Confederación que recibió el título de *Imperio Alemán*. El imperio fué proclamado en Versalles el 18 de enero de 1871. Los príncipes confederados proclamaron emperador alemán al rey de Prusia, Guillermo I, y a sus herederos.

Acabada al mismo tiempo que la unidad italiana, la unidad alemana difería profundamente de ella en su principio.

En Alemania, en ninguna parte fueron los pueblos directamente consultados: jamás se hizo plebiscito; los soberanos decidieron de la suerte de sus pueblos, por otra parte partidarios determinados de la unidad.

No hubo, además, fusión completa de los estados alemanes en un solo estado: *cada estado conservó su gobierno particular*, su soberano, su parlamento y su independencia administrativa en todas las materias que no eran de interés directo para el imperio. Italia llegó a ser un reino unificado, Alemania un *imperio federal*.

Por último, partes del imperio, tales como Schleswig y Alsacia-Lorena, eran alemanas contra su voluntad formalmente expresada. *La unidad alemana se acabó violando el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos.* Se acabó lesionando a Francia, cuyo territorio quedaba desmembrado, desmantelada la frontera, la seguridad en perpetuo peligro. De aquí que el Tratado de Francfort fuese una tregua y no una paz durable; de aquí que en los comienzos del siglo XX, la fuerza de las armas debiera deshacer lo que la fuerza de las armas había hecho.

CAPITULO XV

EL IMPERIO RUSO

Durante todo el siglo diecinueve, los zares consiguieron mantener en Rusia el régimen de la monarquía absoluta, la *autocracia*. Rompieron por la fuerza todas las tentativas de los *polacos* para recobrar su autonomía (1830-1863), y las de los rusos para obtener una reforma política y un régimen constitucional. Hasta el *terrorismo revolucionario* (1875-1881) quedó sin resultados.

Durante todo el siglo diecinueve, no se cuenta en Rusia sino una gran reforma social: la *emancipación de los siervos* (1861), decretada por Alejandro II para calmar la opinión irritada por las derrotas de la guerra de Crimea.

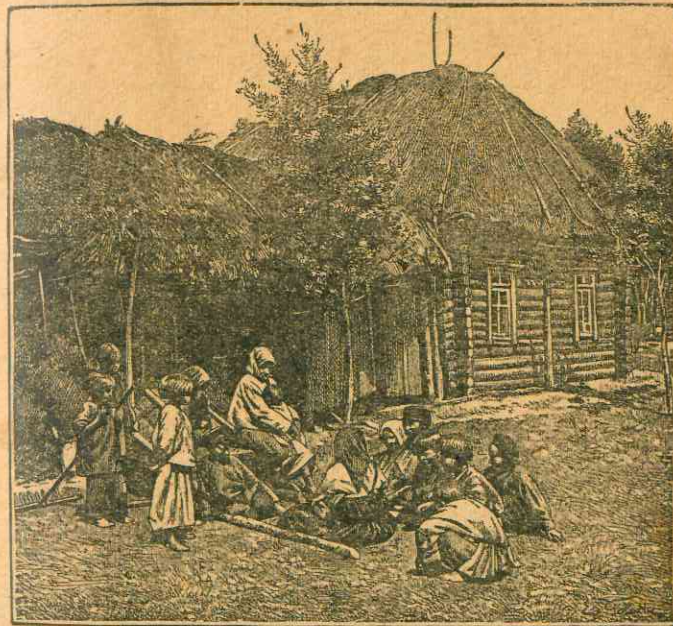
Solamente al principio del siglo veinte fué cuando quedó quebrantado el autocratismo con motivo de las derrotas de Manchuria, causa de la *crisis revolucionaria de 1905*.

LA
POTENCIA RUSA
EN 1815

En 1815, la potencia rusa comprendía el *imperio ruso*, el *gran ducado de Finlandia*, y el *reino de Polonia*.

Finlandia conservaba su autonomía y su Dieta, Polonia tenía una Constitución, Rusia, por el contrario, quedaba sometida al régimen más despótico. El zar *autócrata*, «que no tenía su poder sino de sí mismo», era dueño absoluto y disponía a su antojo de la fortuna, de la libertad y de la vida de sus súbditos. Gobernaba por decretos o *ukases*. Una potente policía, la *cancillería secreta*, que penetraba por todas partes y estaba colocada por encima de las leyes, era el instrumento del absolutismo imperial. El imperio estaba dividido

en *gobiernos*, subdivididos en *provincias* o *distritos*, dirigidos por una jerarquía de funcionarios, los «*burócratas*», que,



CASA DE CAMPESINO EN RUSIA.

Fotografía de M. J. Cahen.

Delante de un cobertizo, un grupo de mujeres y niños; la abundante cabellera de algunos de ellos simula un turbante redondo. En el fondo, a la derecha, la casa, la *isba*, construída con troncos de abedul apilados y cubierta de rastrojo sujeto por tiras de madera. La casa y la tierra que la rodea, «el cercado», son de la propiedad personal del labriego. Los campos que cultivaba eran, hasta estos últimos años, de la propiedad común del pueblo. Se sorteaban entre los miembros de la comunidad, el *Mir*, y los restituían los ocupantes al cabo de un período de tres a doce años.

representando al zar autócrata, se conducían como autócratas también. En todos los grados de la jerarquía reinaba la arbitrariedad y la corrupción.

El pueblo ruso estaba dividido en cuatro clases: nobleza, clero, burguesía y labriegos. El clero ortodoxo, generalmente ignorante y grosero; la burguesía, aun poco numerosa y compuesta sobre todo de comerciantes, no tenía sino una importancia secundaria. La clase dominante era la nobleza, que contaba un poco más de 100.000 familias, y que poseía la mayor parte del suelo ruso. Pero la masa del pueblo ruso se componía de campesinos, que constituían casi las *nuéve décimas partes* de la población: en 1857, de *sesenta y un millones* de rusos, había *cincuenta millones* de labradores, todos *siervos* que vivían exactamente como los labriegos franceses en el siglo XII. Los siervos de la tierra vivían agrupados en poblados. Cada uno de ellos habitaba una pobre casa de madera, la *isba*, rodeada de un jardín o huerta, el *cercado*, propiedad del señor, lo mismo que las tierras. Por el uso de éstas, el siervo no pagaba censo, pero debía cultivar gratuitamente los campos que el señor conservaba para su uso.

La muerte de Alejandro I dió en Rusia motivo para una tentativa de revolución militar (1825) fácilmente reprimida, que no tuvo otro resultado que el de aumentar en Nicolás I, absolutista por temperamento, el horror a las ideas y a las instituciones liberales.

Cinco años después (1830) los polacos quisieron tener la efectividad del gobierno constitucional y llegaron a constituir un gobierno provisional. No sólo fueron derrotados y castigados: se anuló también la Constitución, y Polonia fué anexada a Rusia.

Para impedir la difusión de las ideas liberales, el zar hubiera querido poder aislar totalmente su imperio de Europa. Por lo menos, se esforzó en hacer las relaciones tan raras y tan difíciles como le era posible. La entrada de extranjeros y la salida de rusos era entorpecida en distintas formas y se limitó la instrucción pública.

A pesar de todos los esfuerzos de Nicolás, muchas personas entre los nobles y entre los instruidos — los rusos dicen la «clase inteligente», la *inteligencia* — deseaban reformas, como las deseaba más todavía la masa ignorante de la nación después

de los desastres de la guerra de Crimea, «inmensa bancarrota de la autocracia». Así es que, cuando murió Nicolás (1855), su hijo, el zar *Alejandro II*, humano y de claro talento, renunció ante todo al régimen de opresión aplicado por su padre, y adoptó una política reformadora.

La primera gran reforma fué una reforma social, la *emancipación de los siervos* (1861) que declaró a los campesinos libres y propietarios de la tierra que cultivaban, mediante una indemnización al propietario; el estado hacía el adelanto de esta indemnización.



ALEJANDRO II (1818-1880).
Fotografía.

Alejandro II sucedió a su padre Nicolás I en 1855, durante la guerra de Crimea. Los desastres de la política exterior habían fortificado al partido liberal y el nuevo reinado pareció inaugurar una era de libertad y de reforma. Los siervos fueron emancipados, la justicia y las universidades reorganizadas y se instituyeron asambleas provinciales. Pero el zar, de carácter bastante indeciso, vacilaba en comprometerse a más y en conceder a su pueblo una constitución. Los acontecimientos de Polonia y varios atentados dirigidos contra su persona le arrojaron del lado de la reacción. Entonces empezó un duelo encarnizado entre el gobierno y los terroristas revolucionarios; Alejandro II, "condenado" por los terroristas, fué muerto por una bomba en 1880, el mismo día en que, por una nueva veleidad, se había decidido a firmar un decreto estableciendo en Rusia el régimen constitucional. Un poco de esa debilidad y de esa fatal indecisión de carácter aparece en la fisonomía del zar en la expresión bondadosa, pero inquieta, y cuyos rasgos carecen de firmeza. Uniforme de general ruso, tánica verde oscuro, y al cuello, el gran cordón azul claro de la orden de San Andrés.

Vino en seguida una *reforma administrativa*, satisfacción dada a la «inteligencia» (1864). Alejandro II instituyó una jerarquía de consejos, los *Zemstvos*, consejos de distrito y consejos de gobierno, compuestos de diputados elegidos por los nobles, los burgueses y los labriegos. Estos consejos debían deliberar sobre las cuestiones económicas; podían establecer impuestos para la construcción o mantenimiento de los caminos, escuelas, etc. Los rusos eran admitidos a participar en cierta medida en la administración de sus asuntos, que los burócratas habían dirigido hasta entonces despóticamente.

SEGUNDA
INSURRECCIÓN
DE POLONIA

Los polacos también esperaban mejoras y las manifestaciones fueron cada vez más enérgicas hasta estallar la *segunda insurrección polaca* (1863) que tuvo un carácter especialísimo. Los polacos no pudieron constituir sino bandas muy débiles y tuvieron que limitarse a una guerra de guerrillas.

La represión fué sangrienta y después se empezó a *rusificar* a Polonia. Para arruinar a los nobles se prohibió a sus colonos que les pagasen los arriendos. Sobre las tierras confiscadas se establecieron colonias de labradores rusos. El uso de la lengua polaca se prohibió en los actos oficiales; se impuso el alfabeto ruso, y, finalmente, se llegó a prohibir que se hablara el polaco en ningún sitio público, incluso en los comercios (1868). Pero la nacionalidad polaca, muy arraigada, se sobrepuso a todas las persecuciones y conservó la esperanza de librarse de un yugo detestado.

NIHILISTAS Y
TERRORISTAS

Después de la insurrección polaca, Alejandro II, no solamente rechazó toda nueva reforma, sino que persiguió a los liberales. Habiendo pedido los nobles de Moscú la convocación de una asamblea elegida por la nación, se impuso dos meses de prisión al que presentó la petición al zar (1865).

Entonces se formó, entre las personas instruidas, un grupo que se llamó de los *nihilistas*, que sostenían la necesidad de una transformación total de Rusia. Su propaganda tomó bien pronto el carácter socialista revolucionario. Perseguidos por el gobierno, presos y deportados, se convirtieron en *terroristas*: es decir, que quisieron imponer sus ideas por el terror.

Desde entonces se estableció un verdadero duelo entre los opositores y el gobierno. Los atentados, incluso contra el zar, menudearon. Una noche hicieron saltar, en San Petersburgo, el comedor del palacio de invierno, pero el zar no estaba en él todavía (1880). En 1881, una bomba destrozó el carruaje de Alejandro II, pero éste salió ileso. Tomaba informe sobre las víctimas, cuando una segunda bomba arrojada a sus pies le destrozó las piernas, y moría una hora después. Aquella misma mañana había firmado una constitución que llevaba consigo un principio de régimen representativo.

LA CRISIS
REVOLUCIONARIA
DE 1905

La constitución no fué promulgada y bajo los zares Alejandro III (1881-1894) y Nicolás II (1894-1917), Rusia volvió al régimen de Nicolás I, régimen de despotismo, de intolerancia religiosa y de *rusificación* a toda costa. El descontento aumentó, y a la larga, el régimen autocrático, comparado con el régimen constitucional que prevalecía en todo el resto de Europa, pareció intolerable.

Fué quebrantado en 1905 por la primera crisis revolucionaria.

Una transformación económica y una guerra desdichada, determinaron esta crisis. A fines del siglo XIX, Rusia, que había sido hasta entonces casi exclusivamente agrícola, comenzó a ser un país algo industrial, gracias al influjo de capitales franceses. Se formó entonces en las ciudades y en las regiones fabriles una *población obrera*, menos pasiva que los campesinos y más accesible a la propaganda socialista. Por otro lado, *los desastres de la guerra de Manchuria* (1) (1904-1905) produjeron el mismo efecto que cincuenta años antes los desastres de Crimea, y revelaron todos los defectos del régimen autocrático, haciendo que disminuyese su fuerza de resistencia.

No puede decirse, propiamente, que fuese una revolución, es decir, la sublevación en masa del pueblo ruso; pero el año 1905 se caracterizó por una sucesión de *grandes huelgas*, de *disturbios* en las ciudades, de *algaradas* en los campos y de *sediciones militares*. El gobierno trató entonces de cortar el movimiento revolucionario por el terror. El 22 de junio de

(1) Véase págs. 277 y 278.

1905, fué ametrallada la multitud de manifestantes que avanzaba sin armas hacia el palacio de invierno para entregar al zar una petición. Nicolás II se decidió, después, a hacer algunas concesiones y publicó el *manifiesto de octubre*, en



LA BOLSA DE LOS OBREROS EN MOSCÚ.
Fotografía SCHERER.

Bajo el reinado de Alejandro III (1880-1894), Rusia, hasta entonces país agrícola, llegó a ser, gracias al aflujo de capitales franceses, un gran país fabril. El más importante de los centros industriales era la antigua capital, la ciudad santa, Moscú, situada en las inmediaciones de una cuenca hollera. De aquí que Moscú haya sido en estos últimos años uno de los principales focos de agitación revolucionaria; una verdadera insurrección estalló allí en diciembre de 1905, pero el gobierno consiguió dominarla. Nótese el tipo y el vestido — bastante uniformes — del obrero ruso: la gorra plana hundida hasta los ojos, el bigote y la barba abundantes e incultos, la blusa sujeta por un cinturón y el pantalón gris metido en las botas.

el que prometía a su pueblo las libertades fundamentales y el establecimiento de un régimen representativo. La asamblea de representantes del pueblo ruso (*Duma*), se reunió por primera vez el 10 de mayo de 1906 y pudo creerse que desde ese día comenzaba el fin del absolutismo en Rusia.

LA REACCIÓN

Pero al contrario, fué el principio de un nuevo período reaccionario que no debía terminar hasta 1917 con la caída del zarismo y la más terrible revolución. Nicolás II era un príncipe honrado, como el rey de Francia Luis XVI en 1788, pero como éste, de una gran debilidad de carácter. Sometido a detestables influencias, no se decidía sino contra su voluntad a emprender el camino de las reformas y se esforzaba después en anular poco a poco todas las concesiones que había hecho. La Duma, que apenas elegida tuvo un conflicto con el gobierno, fué disuelta dos veces (1906-1907); por su propia autoridad el zar modificó el régimen electoral de tal modo, que los partidos liberales, en minoría, quedaron reducidos a la impotencia. De este modo, Rusia tuvo solamente un simulacro de régimen constitucional, volviendo de hecho al antiguo régimen autocrático en el que toda la realidad del poder estaba en manos de la burocracia, fiel a sus tradiciones de corrupción y de arbitrariedad.

Esta política de ciega reacción constituía un verdadero desafío a la opinión pública y no podía conducir más que a una nueva explosión revolucionaria, tanto más violenta cuanto la compresión había sido más fuerte, y se prestó inmediatamente a múltiples resistencias. En las nacionalidades oprimidas: Finlandia, las provincias bálticas y Polonia, los sentimientos rusófobos se difundían. En la misma Rusia meridional — la vieja *Ucrania*, de la que Kiev es la metrópoli — nació un movimiento nacionalista que aspiraba a la autonomía. En la Duma, a pesar de la presión gubernamental, los partidos liberales volvieron a reorganizarse y conseguir la mayoría (1912). En las grandes ciudades, Moscú y San Petersburgo, los socialistas, convertidos en jefes de las masas obreras, organizaron las formidables huelgas de 1913 y 1914. La agitación estaba en su apogeo y una crisis parecía inminente, cuando estalló la guerra europea que abrió una tregua en las luchas políticas y sociales. Pero el zar no supo aprovechar la ocasión que se le presentaba para una reconciliación durable con sus pueblos. Su debilidad, la inepticia y la perversidad de sus consejeros, condujeron finalmente al abismo a la monarquía y al mismo imperio ruso.

CAPITULO XVI

ESPAÑA

Desde la muerte de Fernando VII, España siguió siendo una monarquía constitucional. Pero el régimen constitucional no ha funcionado regularmente en España: durante cuarenta años, desde 1834 a 1874, la historia española no es sino una continuación de crisis, de guerras civiles, de revoluciones, de golpes de estado y de sublevaciones militares llamadas *pronunciamientos*.

La última crisis y la más importante ha sido la *revolución* de 1868, que dió por resultado, primero la reorganización de la monarquía bajo un príncipe de origen italiano, *Amadeo*; después el establecimiento de la *república* (1873) y finalmente la *restauración* de los Borbones (1874-1875).

Bajo los reinados de *Alfonso XII* (1875-1885) la política se hizo más regular, como en los comienzos del reinado de *Alfonso XIII* (1885-1931).

LAS CAUSAS
DE LOS
TRASTORNOS

Ya se ha visto cómo el régimen constitucional en España nació de la crisis de sucesión que siguió a la muerte de Fernando VII (1) (1833).

Desde entonces hasta 1891, España ha seguido siendo — salvo algunos meses de república — una monarquía constitucional.

Pero el régimen constitucional no ha sido, frecuentemente, sino apariencia, por lo menos en el período que va desde 1833 a la restauración de 1874. *De hecho, y con una decoración parlamentaria, las camarillas, frecuentemente militares, son las que dispusieron del poder.* La vida política fué

(1) Véase pág. 119.

continuamente turbada por la intervención del ejército, y la mayor parte de las crisis políticas han tenido por origen un levantamiento militar. Como el general que se sublevaba tenía la costumbre de publicar un manifiesto o *pronunciamiento* donde exponía sus agravios y sus reclamaciones, se apellidó este régimen de trastornos el *régimen de los pronunciamientos*.

La causa principal de estos trastornos debe buscarse, según parece, en el hecho de que *la masa del pueblo seguía siendo muy ignorante e indiferente a la vida política*, sin contar, en general, su miseria y sometida casi por todas partes a la *influencia de un clero fanático*.

Por otra parte, desde 1833, la cuestión dinástica había dividido a los españoles en dos fracciones mortalmente enemigas, los *cristinos* y los *carlistas*. Vencidos en una primera guerra, encarnizada y sangrienta, que duró siete años (1833-1840), los carlistas no han desmayado jamás completamente y de 1872 a 1876 sostuvieron una segunda y última guerra que terminó por su derrota.

LOS CAMBIOS DE RÉGIMEN

En razón de los trastornos continuos, de los pronunciamientos, de las insurrecciones y de las guerras civiles, la historia contemporánea de España es de una extremada complicación.

Desde 1833 a 1843, bajo la minoría de edad de Isabel II, se cuentan *dos regencias sucesivas*: la de *María Cristina* (1833-1840) y la de *Espartero* (1840-1843), ambas derribadas por insurrecciones militares.

El *reinado personal de Isabel II* (1843-1868) no es, en realidad, sino un reinado de generales o de camarillas palaciegas. La política cada vez más absolutista e intolerante de la reina provocó dos revoluciones sucesivas: la *revolución* de 1854, sin resultado decisivo, y la *revolución* de 1868 que derrocó la dinastía.

La crisis que empezó en 1868 fué marcada sucesivamente por el voto de una constitución monárquica y democrática (1869), la elección del rey *Amadeo*, hijo del rey de Italia (1870), su abdicación y el establecimiento de la *república* (1873), la *segunda guerra carlista* (1872-1876), y, por último, la *restauración de Alfonso XII*, hijo de Isabel (1874-1875).

El reinado de Alfonso XII duró diez años (1875-1885). La

constitución votada en 1876 ha seguido siendo hasta 1931 la carta política de España. Alfonso XII tuvo por sucesor a su hijo Alfonso XIII, con quien terminó la monarquía, en 1931.

Obligada, para luchar contra los carlistas, a apoyarse en los liberales, la regente María Cristina promulgó en 1834 el *real estatuto* que establecía en España un régimen análogo al de la carta de 1814 en Francia. El voto de las leyes y de los impuestos estaba reservado a un parlamento que debía conservar el nombre tradicional de *cortes*, y componerse de dos cámaras. Pero los ministros no eran responsables ante las cortes y el gobierno tenía sólo la iniciativa de las leyes. De esta manera se encontraba fuertemente establecida la preponderancia de la corona.

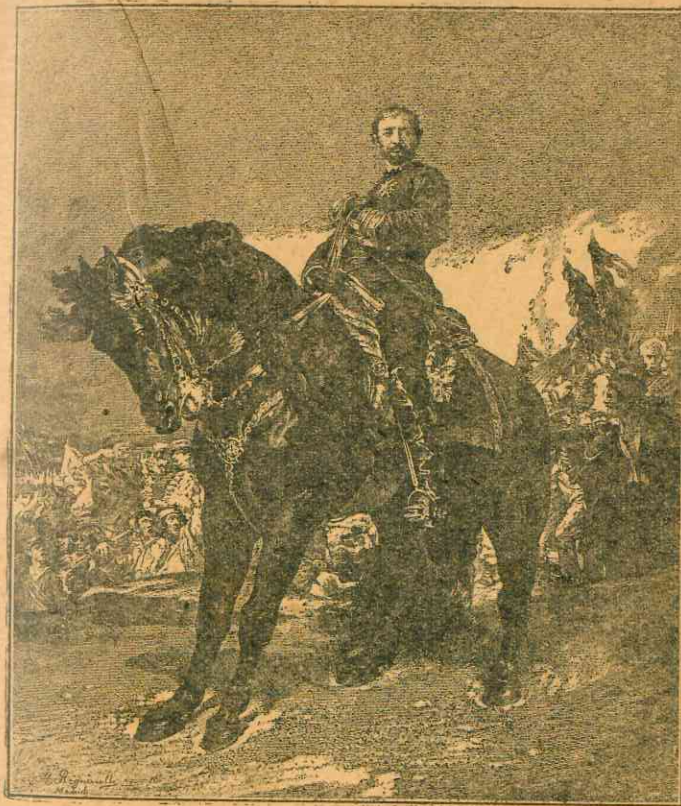
María Cristina ensayó gobernar con partidarios del estatuto, llamados moderados. Pero en las grandes capitales, Madrid, Barcelona, etc., estallaron insurrecciones marcadas por violencias contra el clero, incendios de conventos y matanzas de frailes. Los partidarios de un régimen más liberal, llamados progresistas, tenían en su favor muchos militares; y el estatuto de 1834 fué reemplazado por una carta más liberal, la *constitución de 1837* que establecía la responsabilidad de los ministros y daba a las cortes la iniciativa de las leyes.

En realidad, ni el estatuto de 1834, ni la constitución de 1837, fueron regularmente aplicados.

Bajo apariencias constitucionales, se organizó el *gobierno de los generales*. En efecto: para triunfar de sus adversarios los partidos políticos acudieron al ejército, sola fuerza real en un país donde la mayoría no tenía interés por las cuestiones políticas.

El más popular era entonces *Espartero*, a cuya energía debíase la derrota y la sumisión de los carlistas; llegó a ser *regente* en 1840 en lugar de María Cristina que abdicó antes de ceder a las exigencias liberales. El rigor con que dominó las continuas insurrecciones y sediciones militares le hizo impopular: en 1843 se vió obligado a fugarse a Inglaterra.

Dueños del poder, los moderados proclamaron mayor de edad a la joven reina Isabel — no tenía entonces más que



EL GENERAL PRIM.

Retrato por Henri Regnault. Museo del Louvre, fotogr. Hachette.

El pintor ha representado a Prim en el momento de su entrada triunfal en Madrid, el 7 de octubre de 1868, después de la revolución que destronó a Isabel II y de la que había sido el principal actor. En segundo término, las tropas revolucionarias desfilan aclamando a su jefe. Su popularidad era tal, que se gritaba entonces: "¡Viva Prim, emperador!". Dos años más tarde, después de haber hecho del duque de Aosta, Amadeo, rey de España, Prim moría asesinado en condiciones que han permanecido misteriosas.

trece años — y *Narváez*, jefe de aquéllos, durante siete años, desde 1844 a 1851 dispuso soberanamente del poder. Este fué el *período de la reacción*: la constitución se modificó en 1845 en un sentido monárquico y aristocrático; la influencia del clero siguió preponderante en la corte y todas las insurrecciones — carlistas o progresistas — fueron despiadadamente reprimidas.

REVOLUCIÓN
DE 1854.
O'DONELL

Poco a poco se iba retrocediendo hacia el antiguo régimen, absolutista e intolerante. El mismo *Narváez* pareció demasiado moderado y debió abandonar el poder.

Otro general, cuya influencia iba a resultar bien pronto preponderante, *O'Donell*, fué el que dió la señal de la vuelta liberal (1854). La reina cedió a los insurrectos y *Espartero* volvió a ser jefe del gobierno, con *O'Donell* como ministro de la guerra. Unas cortes constitucionales elaboraron la *constitución de 1855* que se aproximaba al régimen de 1837.

En 1858, *O'Donell* volvió a hacerse cargo del poder por cinco años (1858-1863); su gobierno impulsó el *desarrollo económico* y grandes trabajos públicos — construcción de ferrocarriles y transformación de los puertos — al mismo tiempo que una *política exterior activa* — intervención en Méjico, expedición a Marruecos y reanexión de Santo Domingo —. Pero *O'Donell* se mostraba casi tan autoritario como *Narváez*; atacado con violencia por la izquierda y mal sostenido por los moderados que no le perdonaban el pronunciamiento de 1854, terminó por caer en 1863.

REVOLUCIÓN
DE 1868

Alrededor de la reina revivió una camarilla, que la inducía a manifestaciones católicas y absolutistas mal recibidas por la nación.

Llamado *Narváez* al poder para combatir la oposición, hasta 1868 mantuvo el orden por medio de medidas draconianas. Pero con su muerte, acaecida el 23 de abril de 1868, la monarquía perdió en él su único defensor. En pocos días España se adhirió a la revolución que pedía un gobierno provisional y el sufragio universal. La reina *Isabel*, abandonada por todos, no tuvo otro recurso que retirarse a Francia.

El gobierno provisional, constituido en Madrid, **CONSTITUCIÓN DE 1869** fué reconocido por las juntas revolucionarias de las 49 provincias y estableció por decreto el sufragio universal, la libertad de la prensa y el derecho de reunión y de asociación.

El nuevo régimen se organizó lenta y penosamente en medio de crecientes dificultades. Las cortes constituyentes, elegidas por sufragio universal, tenían una mayoría progresista: dichas cortes votaron, en junio de 1869, una constitución que establecía la *monarquía democrática*: las cortes se formarían de un congreso elegido por *sufragio universal*, y de un senado elegido por electores especiales. Por la primera vez, y a pesar de las innumerables peticiones hechas por los católicos, la *libertad de cultos* se inscribió en la constitución. Provisionalmente, las cortes nombraron a *Serrano* — uno de los jefes militares de la revolución de 1868 — *jefe del poder ejecutivo*, y después *regente*.

Mientras *Serrano* luchaba contra la agitación republicana, carlista y clerical, el general *Prim* buscaba un rey. El *duque de Aosta, Amadeo*, hijo del rey de Italia, aceptó la candidatura y *quedó elegido rey de España* por las cortes (noviembre de 1870). El mismo día que desembarcó en Cartagena, fué asesinado *Prim* (30 de diciembre).

REINADO DE
AMADEO

El reinado de *Amadeo* duró apenas dos años (1870-1873). Joven, bravo y lleno de buena voluntad, el nuevo rey no consiguió sin embargo hacerse popular. Ignorante de las tradiciones y de las costumbres españolas, hizo ostentación de una sencillez burguesa que pareció excesiva y chocó tanto al pueblo como a los grandes. Permaneció en España *como un extranjero*.

Amadeo se esforzó honradamente en gobernar como rey parlamentario. Pero las divisiones eran tales, aún en la mayoría, que ningún ministerio consiguió hacer durar ni mantener el orden. En 1872, estalló en el norte la insurrección carlista. Los republicanos se presentaban cada vez más hostiles. Muchos monárquicos que seguían siendo partidarios de los Borbones se declaraban por *Alfonso*, el hijo aún menor de *Isabel*, y en cuyo favor había abdicado ésta. El 4 de febrero de 1873 *Amadeo* firmó la *abdicación*.

LA REPÚBLICA Los republicanos se aprovecharon inmediatamente del desorden y de las divisiones de los monárquicos para arrastrar a la mayoría de las cortes a proclamar la *república* (12 de febrero de 1873). Pero en realidad, no eran sino una pequeña minoría, y aún esta minoría se dividió bien pronto: los unos, que se agrupaban alrededor del gran orador *Castelar*, querían una república unitaria y democrática; los otros, con *Pi y Margall*, eran partidarios de una república federal y socialista. Al cabo de algunos meses todo estaba en plena anarquía: habían aparecido las ambiciones regionalistas. El general *Pavía* disolvió las cortes por el *golpe de estado del 3 de enero de 1874*, y dió el poder a *Serrano*.

GUERRA CIVIL Y RESTAURACIÓN La dictadura era necesaria para el restablecimiento del orden, pero no podía ser tampoco un régimen durable. En realidad, no significó más que el prólogo de la restauración alfonsina.

El gobierno pudo dar fin a la guerra regionalista (1874), pero las bandas carlistas resistían pertinazmente a los esfuerzos de los generales liberales.

La proclamación del rey *Alfonso XII* minó las esperanzas de don Carlos. Como la revolución de 1868, esta proclamación fué obra del ejército. La mayor parte de los generales no querían ya la república y cuando el general *Martínez Campos*, por el *pronunciamiento de Sagunto*, hubo proclamado rey de España al hijo de Isabel, casi todo el ejército se unió a la causa alfonsina y Alfonso XII entraba en Madrid en medio del mayor entusiasmo (1875).

ALFONSO XII El nuevo rey era apenas mayor de edad —tenía diez y siete años—. De salud delicada, no reinó más que diez (1875-1885). Pero este corto reinado tiene gran importancia en la historia contemporánea de España: es el punto de partida de una era de *pacificación* y de *reorganización* interior.

Más feliz que los gobiernos republicanos, el gobierno alfonsino, presidido por un hábil hombre de estado, *Cánovas del Castillo*, consiguió desembarazarse del carlismo. En 1876, don Carlos volvía a Francia, no llevando a su lado más que un puñado de fieles. Después, el gobierno abolió los *fueros* de

Navarra y de las provincias vascas, sometiéndolas a la ley común. La unificación de España se encontró así completamente terminada.

En la misma época, la monarquía constitucional quedó organizada por la *constitución de 1876*. La cuestión religiosa, la más delicada de todas, fué arreglada por un compromiso: el artículo I de la constitución reconoció la religión católica como *religión del estado*, prohibió toda manifestación pública de otros cultos, pero declaró que «nadie podía ser molestado por sus opiniones religiosas, ni por el ejercicio de su culto, bajo reserva del respeto debido a la moral cristiana». Desde el punto de vista político, la constitución instituía el *régimen parlamentario*: el rey gobierna, asistido de ministros responsables ante las cortes. Estas se componían de un *congreso* de diputados elegidos por sufragio censual, y de un *senado* formado por altos dignatarios, por miembros vitalicios y por miembros elegidos por los consejos provinciales.

ALFONSO XIII Este régimen ha funcionado así, hasta 1923; la sola reforma política importante ha sido, durante la minoría de edad de *Alfonso XIII*, la ley electoral de 1870, que reemplazó el sufragio censual por el *sufragio universal*. La vida política había tomado un carácter un poco más regular, en apariencia al menos, y dos partidos principales, los *conservadores* y los *liberales*, alternaban en el poder. Pero si el carlismo parecía bien debilitado y poco temible, subsistían aún en España un partido *republicano*, y un partido *socialista revolucionario*, particularmente activo en Cataluña. *Barcelona* había sido varias veces ensangrentada por el motín.

De hecho, la monarquía constitucional no vivía sino con vida precaria: republicanos, sindicalistas, anarquistas, etc., continuaban su propaganda verbal y escrita. Un gran político, don *Antonio Maura*, fué la garantía de la tranquilidad, mantenida a pesar de las impopulares guerras de Marruecos. El ejército, sin embargo, logró imponerse y Maura debió retirarse de la vida política. Las crisis de gobierno recrudecieron, contenidas después por la enérgica dictadura del general *Miguel Primo de Rivera* (1923-1925), seguida después por una corta dictadura civil, que no hizo más que alterar el apego a la monarquía y acelerar su ruina. En 1931 el Rey abandonó España y se creó la segunda República española.

Pero los partidos de extrema izquierda, al querer obtener la preeminencia a que se sentían acreedores por su propaganda y su obra contra la monarquía, hirieron de muerte a la naciente república. La rica zona de Cataluña agravó en todo momento la incierta situación llegando hasta a declararse independiente, si bien pronto fué reincorporada a España. El presidente *Niceto Alcalá Zamora* logró mantener el equilibrio político, pero su destitución, votada por las Cortes después de cinco años de presidencia, desencadenó muy pronto la guerra civil: los elementos de extrema izquierda que habían propiciado la destitución se sintieron fuertes y esperaron poder operar una transformación fundamental del Estado; los elementos de derecha con la revolución (1936) que, después de más de un año, continúa con una violencia que no ha tenido ninguna guerra civil ni internacional en nuestros días. La participación extranjera en apoyo de uno y otro bando ha llegado a poner en peligro la paz de Europa.

CAPITULO XVII

LA COMUNA PARISIENSE Y LA TERCERA
REPUBLICAFRANCIA AL
COMENZAR LA
GUERRA

Al día siguiente del armisticio, Francia —ocupada en un tercio de su territorio por tropas alemanas— se encontraba abatida material y moralmente: crisis económica, 400.000 prisioneros en Alemania, 100.000 internados en Suiza, 140.000 muertos, otros tantos heridos.

Era urgente proceder a la reconstrucción del país, pero esto demoró cinco años por la exasperación de las pasiones políticas y el fraccionamiento de los partidos.

La primera consulta al pueblo fué sobre si la guerra debía seguir o no; la gran mayoría quiso la paz. La segunda, elección de la Asamblea Nacional, mostró el divorcio de París con las provincias: éstas dieron la mayoría a los partidos realistas, mientras París prefirió los partidos revolucionarios.

La Asamblea se reunió en Burdeos y Thiers fué proclamado «jefe del poder ejecutivo de la República Francesa». Se ratificó la paz con Prusia y después se trasladó a Versalles.

Las disposiciones tomadas por la Asamblea ahondaron la separación con el pueblo de París: la principal fué el levantamiento de la moratoria que desde el sitio de París suspendía los pagos: 150.000 parisienses se vieron así expuestos, en cuatro días, a las persecuciones de los acreedores. La noticia de que las preliminares de paz toleraban que los alemanes

ocuparan el barrio de los Campos Elíseos, determinó al pueblo a armarse y se formó una «federación republicana de la guardia nacional» dirigida por miembros de los partidos revolucionarios, que tenían gran influencia sobre los obreros de París.

El intento de Thiers de quitarles los cañones precipitó la sublevación. El presidente entonces abandonó París, y se comprobó que el espíritu revolucionario de París no era compartido por el resto del país.

París organizó su gobierno mediante un Consejo Comunal, que con el nombre de Comuna de París pretendió gobernar toda Francia. La diversidad de partidos que integraban el movimiento y la lucha sin cuartel que debió mantener, le impidieron realizar las transformaciones políticas y sociales que todos preconizaban.

La guerra duró dos meses y fué sangrienta como pocas: la Comuna dispuso ejecutar tres partidarios del gobierno de Versalles por cada partidario suyo que éste ejecutase. El Sena corría entre dos muros de fuego: entonces ardió el palacio de las Tullerías y una parte del Louvre.

Los sucesos de la Comuna y el triunfo de los republicanos en las elecciones de 1871 consolidaron la situación de Thiers, que quedó confirmado por una ley de la Asamblea con mayor autoridad y con el título de Presidente de la República Francesa.

La tarea esencial de Thiers era obtener la evacuación del territorio y para esto era necesario pagar la indemnización de guerra. Con dos empréstitos ampliamente cubiertos a causa de sus condiciones liberales (el segundo fué cubierto catorce veces), en septiembre de 1873, un año y medio antes de la fecha señalada, Francia quedaba evacuada.

Pero el pago de estos empréstitos y los gastos de reconstrucción abultaban el presupuesto y era indispensable aumentar los impuestos. El país los soportó perfectamente. También se sancionó la ley de servicio militar obligatorio que pondría a Francia a cubierto de situaciones semejantes a las que acababa de soportar.

Tan pronto como el país quedó encaminado hacia la reconstrucción, renacieron las luchas políticas. Thiers fué su primera víctima: primero se limitó estrictamente su interven-



THIERS (1797-1877).
Retrato de Nelie Jacquemart. Fotografía Pamard.

Adolfo Thiers fué uno de los grandes estadistas franceses del último siglo. Comenzó a actuar en 1830, pero su gran papel político tuvo lugar después de 1870. Elegido presidente de la república, se consagró apasionada y activamente, a pesar de sus años, al restablecimiento "de este noble herido que se llama Francia". El retrato, que data de 1872, representa a Thiers pasados los 74 años. Era pequeño, despierto, vivo e infatigable. El tupé de cabellos blancos que coronaba su frente, las gafas que llevaba casi constantemente y tras las cuales sus redondos ojos chispeaban de malicia, le daban una fisonomía muy particular.

ción en los debates parlamentarios, después se le invitó a dar a su gobierno una orientación «resueltamente conservadora». El presidente renunció.

Por un momento pareció que el *Conde de Chambord*, nieto de Carlos X, sería rey. Pero éste rehusó el trono porque no quiso aceptar la bandera tricolor, que era el símbolo de la Revolución.

El partido realista resuelto a esperar otra oportunidad hizo elegir a uno de los suyos, el mariscal *de Mac Mahon*, como presidente de la República por siete años. Se esperaba que muerto el conde Chambord, podría ser rey el conde de París, nieto de Luis Felipe, que reconocía la bandera tricolor, símbolo de la Revolución y de la soberanía popular. Todos estos esfuerzos y recursos se estrellaron contra el incontenible avance del partido republicano. Esto lo debía a Gambetta, que dió una serie de conferencias por todo el país, obteniendo, gracias a su elocuencia, éxitos extraordinarios.

Por su parte la coalición monarquista estaba desbaratada; y la misma Asamblea que preparaba la restauración monárquica negó primero la supresión de la palabra República en los textos legales y al día siguiente se resolvió, con un solo voto de mayoría, que el presidente sería elegido por el Senado y la Cámara de Diputados reunidos en Asamblea Nacional, por siete años y sería reelegible.

Comenzaba a existir, ya, la Tercera República.

LA TERCERA REPÚBLICA

La constitución de 1875 ha confiado el poder ejecutivo a un *presidente de la república*. Este presidente es elegido por siete años por el senado y la cámara de los diputados. Es reelegible. Dispone de la fuerza armada, nombra todos los empleos y negocia y ratifica los tratados. Conjuntamente con el parlamento, tiene la iniciativa de las leyes, que promulga después que han sido votadas por ambas cámaras. Puede disolver la cámara de los diputados después del informe favorable del senado. Es *irresponsable*, salvo en los casos de alta traición. De hecho, el presidente de la república, jefe oficial del estado, no es el jefe real del gobierno. Su papel ha llegado a ser simplemente representativo. *El gobierno lo ejercen los ministros*, solidarios y responsables ante las cámaras, bajo la dirección de uno de ellos, el *presidente del consejo*. El parla-

mento es, pues, en Francia, como en Inglaterra, el que tiene el poder preponderante.

Aunque, teóricamente, el régimen parlamentario francés ha sido copiado del régimen parlamentario inglés, en la práctica existen numerosas diferencias. La principal consiste en la *división de los partidos políticos* en Francia, de donde resulta la *inestabilidad ministerial*.

Como ninguno es bastante fuerte para constituir por sí solo una mayoría, los ministerios se apoyan en *mayorías de coalición*, y su existencia es naturalmente precaria, pues las coaliciones de que tienen necesidad para vivir son tan pronto formadas como dislocadas. Desde 1871, ningún ministerio ha durado en Francia más de tres años: Gambetta, a pesar de su popularidad y de su influencia, no llegó a tres meses de poder.

Sin embargo, a pesar de estas divisiones, la evolución política está netamente indicada. Desde 1870 hasta 1914, el país ha ido *cada vez más hacia la izquierda*. El poder ha sido ocupado durante largo tiempo por los republicanos moderados. Desde 1899, lo ha ejercido una coalición de los grupos de la izquierda: hasta socialistas han sido ministros.

Y LA OBRA DE LOS REPUBLICANOS

A pesar de las luchas de partido y de los trastornos políticos provocados por la oposición reaccionaria, los gobiernos republicanos han llevado a cabo una obra considerable. En el exterior, han practicado una *política de expansión colonial*, al mismo tiempo que, por la conclusión de la *alianza franco-rusa* (1892) y de la *armonía francoinglesa* (1904) han establecido el equilibrio europeo que amenazaban las pretensiones alemanas a la hegemonía. En el interior y por medio de numerosas reformas, han dado a Francia una *organización completamente democrática*, y, para disminuir la influencia del clero, en su mayoría hostil a la república, han tenido que practicar una política de *reacción anticlerical*.

Las principales reformas han sido las leyes de 1881-1882 —*leyes de Julio Ferry*— que instituyeron la *enseñanza primaria gratuita, obligatoria y laica*; las leyes de 1881 que establecieron de manera completa la *libertad de la prensa* y la



UNA SESIÓN EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS. Fotografía de un cuadro pintado por ROUSSEAU-DECELLE. En una sala completamente llena y en una atmósfera apasionada es donde los reputados oradores de la oposición desarrollan las interpelaciones que ponen en juego la existencia del ministerio. Están obligados a dominar las interrupciones y a veces hasta los clamores de sus adversarios, pero son sostenidos por los aplausos repetidos de sus partidarios.

libertad de reunión; la ley de 1884 que estableció la libertad de las asociaciones profesionales o *sindicatos*; la ley de 1901 que suprimió todas las restricciones a la *libertad de asociación* —excepto para las congregaciones religiosas—; la abolición del concordato napoleónico y la *separación de la iglesia y del estado* (1905), y, en fin, las leyes militares de 1905 y 1913 que han establecido la *igualdad completa de las cargas militares* y fijado el servicio activo en dos años primero y después en tres uniformemente para todos los franceses.

FORMACION DEL IMPERIO COLONIAL DE FRANCIA

FORMACIÓN DEL IMPERIO FRANCÉS

En 1815, Francia poseía: en América, la *Guayana* y algunas islas; en Africa, en el Atlántico, la costa de *Senegal*; en Asia, en India, cinco ciudades aisladas, o sean *Pondichery, Chandernagor, Karikal, Mahé* y *Yanaón*; en el océano Indico, la *isla de Borbón*, hoy de la Reunión. Abstracción hecha de Guayana, cuya superficie igualaba casi a la quinta parte de la de Francia, pero casi vacía de habitantes, el conjunto de las posesiones francesas medía apenas unos 10.000 kilómetros cuadrados.

Hoy, el imperio colonial francés es veinte veces mayor que Francia. En sus once millones de kilómetros cuadrados se cuentan unos sesenta millones de habitantes; más de *seis mil* kilómetros de ferrocarril están en explotación en todos esos territorios, y el valor de su comercio exterior ha pasado de 6.800 millones de dólares en 1929. La formación de este imperio empezó en 1830, bajo el reinado de Carlos X, por la expedición a *Argelia*, que, proseguida durante todo el reinado de Luis Felipe, no se terminó sino bajo el reinado de Napoleón III, en 1857, después de veintisiete años de luchas. Luis Felipe hizo ocupar varias islas del océano Pacífico, entre otras *Tahití* (1842). Durante el reinado de Napoleón III, se tomó *Nueva Caledonia* (1853), y se comenzó en Asia la conquista de *Indochina* por la ocupación de *Cochinchina* (1859-1867) y el establecimiento del protectorado francés sobre *Cambodge*

(1863); en Africa, se empezó la conquista del Sudán occidental por la ocupación del valle del *Senegal* (1854-1865). Bajo el gobierno de la tercera república y en los últimos veinte años del siglo XIX es cuando se han hecho sistemáticamente las adquisiciones más extensas: en Africa, *Túnez* (1881-1882), el *Sudán occidental* (1881-1900), *Dahomey* (1892), *Congo* y los *Territorios del Tchad* (1880-1900), *Marruecos* (1907-1912); en el océano Indico, *Madagascar* (1895); en Asia, *Tonquín* y *Annam* (1882-1885).

EXPEDICIÓN
A ARGEL

Argelia — que se llamaba en 1830 *Regencia de Argel* — estaba nominalmente bajo la soberanía turca que designaba un *dey*, encargado de la regencia. Un incidente, ocurrido en 1827 entre el *dey Hussein* y el cónsul de Francia, decidió al gobierno francés, en 1830, a enviar una expedición contra Argel. El ejército turcoárabe fué batido en *Staueli* por los franceses que bien pronto forzaron a Argel a capitular.

La toma de Argel fué el primer episodio de una larga y penosa guerra de veintisiete años.

El más temible adversario de los franceses fué el emir árabe *Abd-el-Káder*. Procedía de gran familia y de familia santa: pasaba por ser descendiente de Mahoma, y, sobreexcitando el sentimiento religioso, se esforzó en agrupar las poblaciones argelinas en el odio común contra los «infiel» para llevarlas a la *guerra santa*.

Vencido el *Abd-el-Káder* en 1843, se refugió en Marruecos y consiguió armar al sultán en su favor, pero fué vencido y se rindió.

TÚNEZ Y
MARRUECOS

La ocupación de Túnez fué fácil y rápida: se verificó durante el gobierno de la tercera república, en 1881. So pretexto de castigar —por sus incesantes pillajes en territorio argelino— a los montañeses *Krumirs*, un ejército francés entró en Túnez: el bey —representante del gobierno turco que nominalmente gobernaba Túnez— se vió obligado a firmar el *tratado del Bardo* (1881), por el que se colocaba bajo el *protectorado de Francia*.

La cuestión marroquí fué provocada a principios del siglo XX. Marruecos, más extenso y más rico que Argelia, y más

importante por su situación en un recodo de Africa, había quedado, hasta fines del siglo XIX, casi completamente cerrado a los europeos, a excepción del puerto de *Tánger*. Como antiguamente el *dey* de Argel, el *sultán de Marruecos* no mantenía bajo su autoridad real sino una parte de las tribus, dispuestas siempre, por otra parte, a rebelarse. En 1904, Inglaterra y Alemania abandonaron Marruecos a la influencia francesa, salvo una parte del Marruecos septentrional reconocida como zona de influencia española. Pero Alemania, cuyas empresas económicas empezaban a desarrollarse en Marruecos, intervino entonces para oponerse a los proyectos de Francia. La cuestión marroquí provocó entre las dos potencias un largo y violento conflicto (1905-1911) que estuvo a punto de dar por resultado una guerra. Sin embargo, Alemania, mediante concesiones territoriales en Congo, terminó por aceptar el establecimiento del *protectorado francés sobre Marruecos* (1911).

CONQUISTA
DE SUDÁN

En Africa occidental, Francia se ha constituido otro gran dominio, que comprende: en la costa, *Senegal*, *Guinea*, la *Costa de Marfil* y *Dahomey*; en el interior, los *Territorios del Níger*. El conjunto, de siete a ocho veces más grande que Francia, ha recibido el nombre de *Sudán francés*.

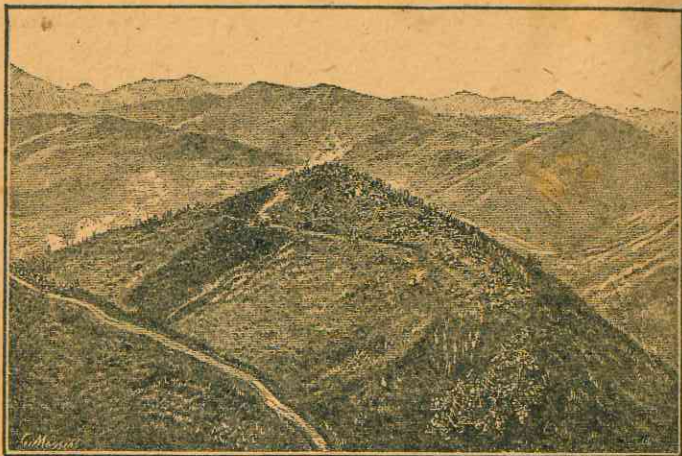
Su conquista, empezada bajo el reinado de Napoleón III, hacia 1855, duró cuarenta y cinco años, hasta 1900: fué realizada lentamente, con pequeños ejércitos, a veces de nativos.

EL
CONGO
FRANCÉS

Sin disparar un tiro, por tratados con los jefes indígenas, por la suavidad y la diplomacia de un audaz explorador, el *alférez de navío de Brazza* dotó a Francia, en Africa ecuatorial, a la orilla derecha del Congo y de su afluente, el *Ubanghi*, de inmensos y ricos territorios (1875-1885). Posteriormente se incorporó al Congo su *hinterland*, con la reunión, a orillas del Tchad, de las tropas de tres misiones, llegadas de las tres partes del Africa francesa: una que descendió de Argelia a través del Sahara, otra que llegó de Senegal y la tercera llegada de Congo.

La reunión de las tres misiones a orilla del Tchad fué políticamente un hecho muy importante. El éxito de su marcha

a través de los territorios situados detrás de las grandes colonias francesas, transformó en derechos reales los derechos



AVANZANDO EN EL LANG-SON.
Fotografía del Dr. HOCQUART.

Esta fotografía da un aspecto característico del alto Tonquín y hace comprender las dificultades encontradas por los franceses desde que salieron del delta, tan difícil ya a causa de las capas de agua de los arrozales. La fotografía ha sido tomada durante uno de los ruidos combates que marcaron la marcha sobre el Lang-son (3-13 de febrero de 1885). Las tropas tuvieron que desalojar varias veces a los chinos de las crestas sucesivas en que se atrincheraban. En primer término a la derecha, en un flanco de la cuesta, la infantería de reserva; más arriba, detrás de la cresta, líneas de infantes acostados o sentados con los fusiles en pabellones delante de ellos; en la cúspide, y sobre la vertiente, a la izquierda, la artillería disparando: el humo se ve por encima del pico. Sobre la tercera línea de alturas, a la derecha, y por debajo de las crestas que se recortan sobre el cielo, siluetas de soldados chinos que ocupan una especie de meseta.

teóricos reconocidos a Francia sobre dichos territorios por Inglaterra y Alemania.

MADAGASCAR Los primeros establecimientos de Francia en Madagascar databan del siglo XVII. Sin embargo, hasta fines del siglo XIX, y después de una larga lucha de influencias con Inglaterra, Francia no se deci-

dió a conquistar la isla entera. Después de una expedición que las fiebres hicieron mortífera — perecieron unos 5.000 hombres — Madagascar fué declarado colonia francesa (1895-1896).

FRANCIA EN INDOCHINA Expulsada de la India por los ingleses en el siglo XVIII Francia consiguió ser potencia asiática en el período contemporáneo por la ocupación de *Indochina oriental*. Los países conquistados por los franceses corresponden casi todos al imperio de Annam, antiguamente vasallo de China: de aquí que Francia haya tenido que sostener luchas, no solamente contra los annamitas, sino contra China.

La primera expedición, enviada por Napoleón III para vengar la matanza de misioneros católicos (1859), dió por resultado la anexión de *Cochinchina* (1863) y el establecimiento del protectorado francés en el pequeño reino vecino del *Cambodge* (1863). Posteriormente, un atrevido oficial, *Francisco Garnier*, emprendió la conquista de Tonquín a la cabeza de 120 soldados (1873).

Diez años más tarde, en 1883, una expedición francesa obligó a Annam a aceptar definitivamente el protectorado francés. Pero *Tonquín* no fué conquistado sino después de ruda guerra contra los chinos (1884-1885). China tuvo que firmar el *tratado de Tientsín* por el cual abandonaba a Francia, Annam y Tonquín.

CAPITULO XVIII
LOS IMPERIOS DE LA EUROPA CENTRAL

I

ALEMANIA

En los tres imperios que ocupaban en 1914 el centro y el este de Europa — Alemania, Austria-Hungría y Rusia — las tradiciones autoritarias habían permanecido más potentes que en la Europa occidental. Los tres imperios eran monarquías constitucionales, pero donde el soberano poseía todavía el poder preponderante, creyéndose de *derecho divino*.

Los hechos principales de la historia interior de Alemania desde 1871 y la terminación de su unidad, hasta 1914 han sido, además de su extraordinario *desarrollo económico*, la *formación de dos potentes partidos políticos*, el partido *católico* y el partido *socialista*, y las luchas inútilmente emprendidas contra ellos por el gobierno imperial. Por otra parte, los alemanes se esforzaron en *germanizar las provincias francesas de Alsacia y de Lorena*, anexadas al imperio contra su voluntad. Estos esfuerzos tropezaron con la resistencia pacífica y obstinada de los alsacianoloreneses.

LA
CONSTITUCION
DEL
IMPERIO

La constitución del imperio alemán, adoptada en 1871 inmediatamente después de terminada la guerra con Francia, reproducía sencillamente la constitución adoptada en 1867 por la confederación de Alemania del norte: el imperio era una *monarquía federal hereditaria*. Cada estado conservaba su constitución

y arreglaba soberanamente sus negocios interiores. Pero todas las cuestiones de interés general, — comercio, aduanas, vías de comunicación, correos y telégrafos, política exterior, ejército y marina, — dependían del gobierno federal.

El gobierno tenía por jefe al *emperador*, que era el rey de Prusia. El emperador era general en jefe y almirante en jefe. La administración militar toda entera dependía directamente de él solo. Declaraba la guerra con el asentimiento del consejo federal. Convocaba, prorrogaba y podía disolver el parlamento. Estaba asistido por un *canciller*, nombrado por él y revocable por él; el canciller tenía bajo su dirección los seis ministros o secretarios de estado. Los ministros y el mismo canciller no dependían sino del emperador. *De esta manera la monarquía fué constitucional, pero el gobierno no fué parlamentario.*

Existían dos asambleas federales, el consejo federal o *Bundesrat* y el parlamento o *Reichstag*.

El *Bundesrat representaba los estados federados*: se componía de 58 *plenipotenciarios* nombrados por los jefes de los estados — diecisiete por Prusia —. Los plenipotenciarios no tenían ningún poder personal, ni emitían ningún voto sino después de haber dado cuenta a sus gobiernos respectivos.

El *Reichstag representaba la nación alemana*: se componía de 397 diputados, elegidos por sufragio universal, por cinco años, a razón de un diputado por cada 100.000 habitantes. Pero estos poderes no fueron tan extensos como los de la cámara de los comunes en Inglaterra, o la cámara de diputados en Francia. Votaba las nuevas leyes en común con el consejo federal. No votaba sino una parte del presupuesto de ingresos y los nuevos impuestos; los impuestos anteriormente establecidos eran percibidos de derecho. Votaba el presupuesto de gastos: sin embargo, el voto de ciertos créditos se adquiría por una serie de años; los créditos de guerra, por ejemplo, eran votados por siete años.

LOS
SOBERANOS

Fundado por el gobierno prusiano y en beneficio suyo, el imperio alemán tuvo de este origen prusiano su carácter especial; fué una *monarquía militar*, en la que el emperador, jefe del ejército, permaneció dueño del poder y *soberano de derecho divino*.

Desde 1871 hasta la revolución de 1918, Alemania ha



GUILLERMO II. Fotografía SCHAARWACHTER.

Nacido en 1859, Guillermo II llegó a ser emperador en 1888. En la posición de la cabeza, la mirada, el bigote y hasta en las puntas de éste cuidadosamente levantadas, se revela el temperamento autoritario y orgulloso de Guillermo II. En la fotografía, que data de 1888, el emperador lleva uniforme de general de húsares de la guardia, dormán rojo, pantalón azul oscuro y pelliza azul Prusia ribeteada de astracán blanco y bordados de oro y plata. Colbac negro con pluma blanca. Más militar que guerrero, Guillermo II manifestó siempre un gusto excesivo por los brillantes uniformes y las ostentaciones de todas clases.

tenido tres emperadores: Guillermo I, Federico III y Guillermo II. Bajo el reinado del viejo emperador *Guillermo I*, que se prolongó hasta 1888, el poder estuvo en manos del canciller *Bismarck*. *Federico III*, hijo de Guillermo I, moribundo a su advenimiento, reinó tres meses (marzo-junio de 1888). Su hijo *Guillermo II*, de veintinueve años de edad a su advenimiento, muy activo y de carácter autoritario, quiso ser el jefe real del gobierno. «No existe en el país, declaró en uno de sus primeros discursos, más que un solo dueño y ese dueño soy yo. A mi lado, no soportaré ningún otro.» En 1890, después de dos años de conflictos, obligó a *Bismarck* a presentar su dimisión. Desde entonces los cancilleres no fueron más que servidores dóciles de su política.

LA OPOSICIÓN
CATÓLICA.
EL
KULTURKAMPF

Bismarck conservó como canciller del imperio la «manera violenta» que había empleado como ministro prusiano. Combatía brutalmente todas las oposiciones.

Bismarck detestaba a los católicos a los que reprochaba haberse puesto siempre de parte de Austria contra Prusia: «Catolicismo y enemigo de Prusia, decía, son términos sinónimos» y aprovechó una ocasión que se le presentó para combatirlos: una parte de los católicos alemanes rechazó el dogma de la infalibilidad pontificia, proclamada por el Concilio de 1870, por lo que fueron atacados por los otros católicos. Pidieron ayuda al gobierno imperial y éste se la prestó. En primer lugar, prohibió el acceso a las funciones de la enseñanza a todo miembro de una congregación; los jesuitas y varias otras órdenes fueron expulsadas (1872). Habiendo protestado el papa, se suprimió la embajada alemana ante el Vaticano.

Estas y otras violencias no dieron ningún resultado. Los católicos se organizaron en partido político, notablemente disciplinado, y cuyos rápidos progresos desconcertaron a sus adversarios.

Del Kulturkampf «combate por la civilización» — como se llamó a la lucha anticatólica — no quedó nada de importante, como no fuera la fuerza adquirida por el partido católico que, desde entonces, y gracias a su disciplina, no ha cesado de ser en Alemania, en su mayoría protestante, el elemento político preponderante.

LA
OPOSICIÓN
SOCIALISTA

El desarrollo del partido socialista ha sido más extraordinario aun que el del partido católico. El extraordinario desarrollo de la industria alemana, el aflujo de los obreros a las fábricas y los salarios de hambre que se les venía pagando desde hacía mucho tiempo —

algunos ganaban 9 francos por semana, con doce horas de trabajo por día — explican los progresos del partido socialista.

Los primeros grupos socialistas alemanes se formaron hacia 1863 en la región del Rin, alrededor de *Fernando Lassalle*. En Sajonia, la región donde la miseria obrera era más profunda, aparecieron,



BEBEL (1840-1913).
Fotografía.

Augusto Bebel fué, con *Liebknecht*, el principal fundador del partido socialista alemán. Nacido en Colonia en 1840, fué primero obrero tornero y después maestro en *Leipzig*. Por su energía, su irreprochable honradez y su valor, adquirió rápidamente una gran popularidad en los medios obreros. Su carrera parlamentaria empezó en 1867. En 1870, después de *Sedán*, protestó públicamente contra la continuación de la guerra y contra toda anexión que violase las leyes de los pueblos. Renovó su protesta en 1871; en 1872, se le condenó con *Liebknecht*, bajo la inculpación de alta traición, a dos años de fortaleza. Bebel tuvo hasta su muerte (1913), su puesto en el *Reichstag* donde los gobiernos temieron siempre su palabra sarcástica, y en los congresos del partido socialista alemán, donde representó a la vez el papel de patriarca y de dictador.

hacia 1869, nuevas agrupaciones socialistas formadas por un periodista, *Liebknecht*, y un obrero tornero, *Bebel*. Los sajones habían adoptado las doctrinas «colectivistas» del alemán *Karl Marx*, que predicaba la confiscación por el estado de las minas, de las fábricas, de la tierra, y la unión internacional de los obreros, a fin de preparar la revolución social. Lassallianos y marxistas primero en lucha, se unieron a partir de 1875 y formaron el *partido social-democrático*. La fuerte organización del nuevo partido, y su rigurosa disciplina, le valieron rápidos éxitos que alarmaron a *Bismarck*.

LUCHA
CONTRA LOS
SOCIALISTAS

Dos atentados dirigidos por un loco y un anarquista contra *Guillermo I* (1878) facilitaron al canciller la ocasión de pedir al parlamento *leyes de excepción contra los socialistas*, inocentes de este doble crimen. En virtud de estas leyes, las reuniones socialistas fueron prohibidas, las asociaciones disueltas, los periódicos «subversivos del orden social» suspendidos o suprimidos y los sospechosos expulsados de las ciudades donde el gobierno establecía el «estado de sitio moderado».

Al mismo tiempo que aplicaba las leyes represivas, *Bismarck* ensayó cortar los progresos del socialismo por medio de medidas destinadas a mejorar la suerte de los obreros: «El estado — decía en 1881 un manifiesto del emperador — tiene la obligación de ocuparse, más que lo ha hecho hasta aquí, de sus miembros necesitados. Tiene el deber de ayudar al bienestar de todos, en particular de los débiles». Conforme a esta declaración, *Bismarck* hizo votar tres leyes de asistencia obrera organizando cajas de *seguros contra la enfermedad* (1883), *contra los accidentes* (1884), y *cajas de retiros para los ancianos y los enfermos* (1896).

La aplicación de las leyes represivas cesó con la caída de *Bismarck* (1890). El emperador *Guillermo II*, que al principio de su reinado se inclinaba hacia la política de las reformas sociales, volvió después, en vista de los constantes progresos de los socialistas, a las ideas de lucha, pero no pudo obtener que el parlamento votase nuevas leyes de represión.

EL
DESARROLLO
ECONÓMICO

No debe exagerarse la importancia de esta oposición y de estas luchas. De hecho, la autoridad imperial estaba muy fuertemente establecida y la vida política era relativamente tranquila. Des-

de 1871, el pueblo alemán parecía absorbido sobre todo por el prodigioso desarrollo de su comercio y de su industria. Se multiplicó — 40 millones de habitantes en 1871 y casi 65 millones en 1910 —, trabajó y se enriqueció.

Esta transformación y este extraordinario empuje económico fueron debidos a diferentes causas: he aquí las más importantes. En primer lugar, la *riqueza minera* del subsuelo alemán, tan activamente explotado, la *abundancia de la población* que facilitaba la mano de obra a muy bajo precio y permitía fabricar barato, el *curso dado por las universidades y los sabios a la industria*, y el puesto eminente reservado por los industriales a los sabios en las fábricas, el *espíritu de método* que presidía el desarrollo de las vías de comunicación, y los gastos considerables hechos especialmente para mejorar las vías acuáticas, para reconstruir los arroyos y los ríos, como el Rin, Ems, Weser y Elba, que son vías económicas por excelencia, y también para el arreglo de los puertos. Así el de Hamburgo, con sus 19 kilómetros de muelles, llegó a ser el primer puerto de Europa continental. Cada día se veía crecer sobre todos los puntos del globo la importancia del comercio alemán, que pasó, de *seis mil millones de francos* en 1875, a *veinte mil millones* en 1910.

La diplomacia trató de abrir nuevos mercados importantes para la industria, y para proteger el comercio alemán en el mundo entero quiso Guillermo II hacer de Alemania una *gran potencia naval* y creó en poco tiempo una formidable flota de guerra cuyo rápido crecimiento pareció una amenaza a la supremacía inglesa sobre los mares. La rivalidad que se desarrolló entre Inglaterra y Alemania tuvo por causa principal el progreso del comercio y de la marina alemanes.

II

AUSTRIA-HUNGRIA

Compuesta de pueblos diferentes de raza, de lengua y de historia, la monarquía austríaca no ha cesado de ser desgarrada por las *luchas de nacionalidades*, las unas procurando formar en el imperio un grupo autónomo, las otras a la expectativa de separarse del imperio para agregarse a los

estados vecinos. Sin embargo, hasta mediados del siglo XIX, permaneció siendo un estado absoluto y centralizado.

Las derrotas sucesivas de Solferino (1859) y de Sadowa (1866) determinaron la ruina del antiguo régimen. Desde 1867, la monarquía austríaca se transformó en una *monarquía dualista y constitucional* donde se yuxtapusieron el *imperio de Austria* y el *reino de Hungría*. Pero el dualismo no puso fin a las reclamaciones nacionales que continuaron turbando la vida política austrohúngara.

Cuatro grandes razas existían en los territorios de la mo-



LAS NACIONALIDADES DE AUSTRIA-HUNGRÍA.

narquía; eran, por orden de importancia numérica: la raza eslava, la germánica, la mogola y la latina.

El grupo eslavo y el grupo latino se subdividían en varios pueblos: el primero comprendía los *checos*, los *eslovacos*, los *polacos*, los *rutenos*, los *pequeños rusos*, los *yugoslavos*, *eslovenos*, *croatas*, *serbios* y *dálmatas*. El grupo latino comprendía los *rumanos* en Transilvania, y los *italianos* en Trento y en Trieste.

Por el contrario, el grupo germánico y el grupo mogol, los *alemanes* y los *magiars*, formaban un todo compacto, lo cual les permitió ejercer mucho tiempo una hegemonía de hecho

sobre los demás pueblos de la monarquía: los alemanes sobre los checos, los eslovacos y los eslovenos; los magiares sobre los croatas, los serbios y los rumanos.

Francisco José I, nacido en 1830, reinó en el Imperio de Austria desde 1848 a 1916. Su reinado ha sido el más largo, el más turbulento y el más nefasto de la historia de Austria: revolución, guerra civil, levantamiento de Hungría, guerra de Italia, guerra de 1866, establecimiento del régimen constitucional y del dualismo austrohúngaro, alianza con Alemania, desarrollo de la política oriental, ocupación y después anexión de Bosnia-Herzegovina, y, por fin, la guerra europea de 1914, tales han sido sus principales episodios. Desde 1871, Francisco José permaneció fiel aliado de su vencedor el emperador Guillermo I y después de Guillermo II y de este modo condujo a Austria a su ruina. En la fotografía, que data de 1863, el emperador lleva el uniforme de diario de mariscal del ejército austriaco, guerrera gris claro, con bordados de oro en el cuello y los puños y pantalón gris oscuro con franjas rojas.



FRANCISCO JOSÉ I.
Fotografía ANGERER.

LA
MONARQUÍA
CENTRALIZADA

Toda la política de los Habsburgo, desde el siglo diecisiete, tendió a fundir en una nación todas estas naciones y a hacer de todos estos estados un estado centralizado a la francesa.

Los desastres de Austria durante las guerras de la Revolución y del Imperio, no alteraron esta situación. La monarquía austriaca siguió siendo un estado de antiguo régimen, donde la sociedad estaba dividida en clases, donde el sistema feudal con todas sus cargas pesaba siempre sobre los labriegos y donde el soberano era casi absoluto.

LA
REVOLUCIÓN
DE 1848

Este régimen dió por resultado, en 1848, un formidable movimiento revolucionario que puso en peligro la existencia misma de la monarquía. Por todas partes a la vez, se produjeron movimientos liberales y nacionales. Pero fueron vencidos y hubo después diez años de reacción y de absolutismo.

FIN DEL
ABSOLUTISMO

Cuando sus tropas eran derrotadas en Solferino el emperador se decidió a reorganizar la nación mediante un gobierno centralista, pero magiares, croatas, transilvanos y checos, se negaron a mandar su representación al parlamento de Viena.

A los siete años, Sadowa precipitó la reorganización. La monarquía austriaca quedaba dividida en dos estados distintos: el Imperio de Austria y el Reino de Hungría. Para arreglar los intereses comunes a ambos estados, se estableció un ministerio común, compuesto de tres ministros: de negocios extranjeros, de guerra y de hacienda, reducidos los gastos de estos dos últimos ramos a los necesarios para la defensa común. Para deliberar sobre los intereses mutuos, dos veces por año, alternativamente en Viena y en Budapest, se reunirían delegaciones de la dieta húngara y del parlamento austriaco.

Pero Austria y Hungría, fueron perturbadas por la lucha de las nacionalidades. En medio de estas luchas de pueblos y de estos odios de raza, la monarquía austrohúngara falta de concesiones oportunas, se encaminó a la dislocación y a la bancarrota total. El único régimen que convenía a aquel agrupamiento heterogéneo de nacionalidades, era una federación equitativa.

La monarquía de los Habsburgo, no lo comprendió a tiempo. Creyendo dominar el eslavismo Austria-Hungría desencadenó sin sospecharlo, quizá, en 1914, la guerra europea, que terminó en 1918 por su propia derrota, su desmembración y la emancipación de todos los pueblos a los que obstinadamente había rehusado el derecho de disponer de sí mismos.

CAPITULO XIX

RASGOS PROMINENTES DE LA CIVILIZACION
CONTEMPORANEA

I

LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

LA VIEJA
POLITICA
COLONIAL Y
EL NUEVO
IMPERIALISMO
ECONÓMICO

El desarrollo de la colonización es uno de los hechos más considerable del período contemporáneo. Disminuye sin cesar el número de los que, como Argensón, el ministro del rey de Francia Luis XV, darían gustosos todas las colonias «por una cabeza de alfiler» y son ciegos detractores de toda política colonial. Parece cada vez más evidente que las colonias prestan a la metrópoli múltiples servicios, económicos, políticos y morales.

En el siglo XIX, los europeos han proseguido la conquista del mundo empezada en el siglo XVI por los portugueses y españoles, y jamás interrumpida desde entonces. En la conquista contemporánea, los *ingleses* y los *franceses* han ocupado el primer puesto. Los ingleses han establecido su dominación: en *Asia*, sobre India y Birmania; en *Africa*, sobre Africa del Sur y Egipto. En *América*, han constituido la Federación Canadiense; en *Oceanía*, han colonizado Australia y Nueva Zelandia. El imperio inglés es hoy el mayor que la historia haya conocido.

Francia ha reparado sus pérdidas del siglo XVIII. Ha conquistado: en *Africa*, Argelia, Túnez, Marruecos, el Sudán occidental y una parte del Sudán central y de Congo;

en el *océano Indico*, Madagascar; en *Asia*, la mitad de Indochina.

La expansión europea ha sido provocada sobre todo por *razones económicas* y por la necesidad de asegurar, sean mercados para la industria y el exceso de población, sean centros de producción de materias primas.

Técnicamente las colonias son centros de producción de materias primas para las industrias de la metrópoli y son, además, mercados de venta y de compra tanto más indispensables hoy a la metrópoli, cuanto que todos los estados se rodean de una barrera de tarifas protectoras, y que la competencia económica ha llegado a ser cada día más encarnizada.

Desde el punto de vista *político*, las colonias presentan un interés capital en una época en que, por consecuencia de la disminución progresiva de las distancias, el campo de la política internacional se ha ensanchado hasta comprender el mundo entero.

También desde el punto de vista político interesan como zonas de penetración económica: así el Tonkín es la base para el comercio francés con las ricas provincias chinas del Sud.

Por último, miradas en su aspecto *moral*, las colonias no sirven solamente para aumentar el prestigio de la metrópoli y extender su influencia en el mundo, sino que ofrecen magnífico campo para su actividad, manteniendo y estimulando sus energías. Los países superpoblados encauzan el exceso de población hacia sus colonias situadas en climas favorables. Son, así, una garantía de equilibrio y de salud nacional. «El porvenir, ha dicho el geógrafo alemán Ratzel, pertenece a los pueblos que hayan sabido ocupar, sobre la redondez del globo, un espacio suficiente para vivir, respirar libremente y equilibrarse con sus vecinos».

CONDICIONES
ANTIGUAS
DE LA
INDUSTRIA

La transformación de la industria y del comercio en el siglo XIX ha sido tan profunda y tan rápida, que, entre los tiempos presentes y la época de Napoleón, las diferencias son más grandes que las que existían entre la época de Napoleón y los tiempos de los Ramsés en Egipto, mil cuatrocientos o mil quinientos años antes de Jesucristo. Para comprender la grandeza de esta transformación, es preciso recordar cuáles eran las condiciones antiguas de la industria y del comercio.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, la industria no

dispuso de *fuerza motriz*. Las fuerzas naturales, como saltos de agua y viento, no se utilizaban sino para los molinos. Todo trabajo se hacía por la mano del hombre: por ejemplo, la lana, el cáñamo y el algodón eran hilados sea con el huso, sea con la rueca. El obrero no tenía a su servicio más que *herramientas* y ninguna o pocas *máquinas*. La sola máquina de uso general era el telar, casi igual al que usaban para tejer los antiguos egipcios. A esta máquina, sumamente sencilla, se añadieron, entre 1764 y 1776, en Inglaterra, las máquinas de hilar el algodón, primera de las invenciones que debían transformar la industria. No existían sino *raras fábricas*: a partir de la época de Colbert, se establecieron en Francia algunas grandes fábricas de paños y manufacturas del estado, tales como Sevres para la porcelana, y los Gobelinos y Beauvais para las tapicerías. Se trabajaba en *talleres*, donde se empleaba un pequeño número de obreros, entre los cuales el mismo patrón. Aunque existían algunos centros célebres por sus productos especiales, como, por ejemplo, Lyon para las sederías, no había *concentración de industria*: en general, cada región y casi cada población fabricaba la mayor parte de las mercancías necesarias a sus habitantes. Se *fabricaba lentamente*, en *pequeña cantidad*, a medida de las necesidades, y *los productos eran caros*.

DESARROLLO
DE LA
INDUSTRIA

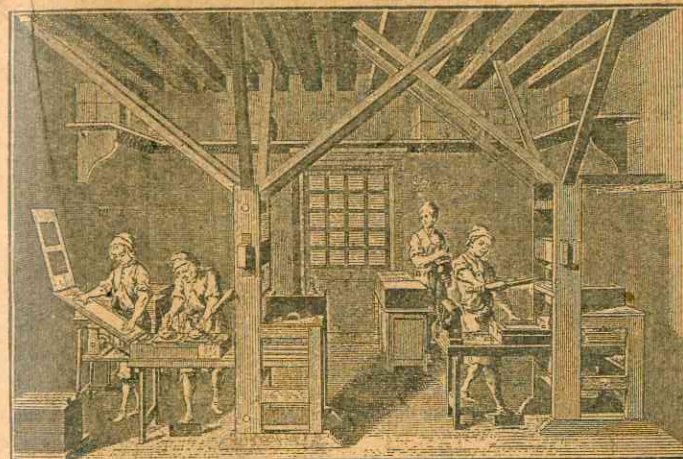
El desarrollo de los medios de comunicación es a la vez una causa y una consecuencia del maravilloso impulso de la industria en el último siglo. Todas las industrias antiguas, tales como el tejido, metalurgia, imprenta, etc., se han transformado y desarrollado prodigiosamente; el *tejido*, por la aplicación del vapor a los telares de hilar y tejer; la *metalurgia*, por la substitución del carbón vegetal, y después del coque, por la hulla en el tratamiento del mineral de hierro; por la invención del inglés *Bessemer* (1853) que permitió fabricar en gran escala y barato el *acero*, metal muy costoso hasta entonces; por la invención del *martillo-pilón* que construyó en Creusot el ingeniero *Bourdón* (1841) y que permitió forjar enormes piezas metálicas; — la *imprenta*, por el descubrimiento de nuevos procedimientos de fabricación del papel y por la invención de la *prensa rotativa*, debida al francés *Marinoni* (1867) y que permite tirar en una hora más ejemplares de un libro que se podían tirar en el siglo XVIII en

cient días. Los primitivos caracteres de imprenta se reemplazan hoy con el trabajo de las máquinas *linotipos* que funde las líneas en una sola barra y la *monotipo*, que funde las letras por separado, en el orden necesario. El perfeccionamiento de las rotativas y de las máquinas linotipos y monotipos ha dado nuevo impulso al periodismo, que añade hoy el grabado, hecho con gran rapidez y a bajo precio, y que puede competir con los mejores y más costosos de otras épocas.

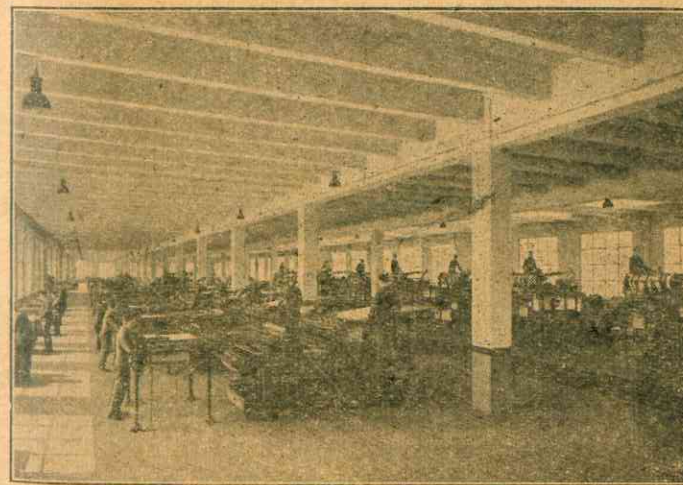
Al lado de las industrias antiguas han aparecido y se han desarrollado industrias nuevas, nacidas en gran parte de los progresos de la *química*. Tales son las numerosas industrias derivadas de la hulla, como el *gas de alumbrado*, descubierto por el francés *Lebón* (1800); los *colores de anilina*, que han transformado la industria del tinte; los *productos farmacéuticos*, las *esencias* para la perfumería, etc. Tales también, la aplicación de los motores a las máquinas agrícolas y la industria de los *abonos químicos* que han modificado profundamente la agricultura; la industria del *azúcar de remolacha*, creada en Francia en 1810 y que de un producto de lujo ha hecho uno de los alimentos más comunes, con el pan y la sal. Gracias al descubrimiento de *Tellier* se aplicó el frío a la conservación de las carnes, lo que ha dado un impulso extraordinario a la ganadería de muchos países, permitiendo a otros obtener carne fresca a bajo precio. — Estos no son más que ejemplos, porque serían necesarias muchas páginas para enumerar las creaciones de la industria en el siglo XIX; y numerosos objetos cuyo uso nos es tan familiar y tan necesario que cuesta trabajo pensar cómo se les ha desconocido hasta aquí, como las *cerillas*, por ejemplo, son invenciones del siglo último.

LA GRAN INDUSTRIA

Los caracteres esenciales de la industria moderna — se la llama la *gran industria* — son los siguientes: toda la industria está *penetrada por la ciencia*: las investigaciones de los sabios son las que preparan la actividad de los industriales; *la fabricación sale del laboratorio*. El trabajo mecánico ha substituído y substituye lo más posible al trabajo manual: *la máquina reemplaza al hombre*. Así se fabrican los objetos en *gran cantidad y baratos*. Una cifra bastará para hacerlo comprender: las máquinas actualmente en servicio en Francia representan la fuerza de *cuarenta millones* de hombres. Por otra parte, las



UN TALLER DE IMPRENTA EN EL SIGLO XVIII.
Reproducción de una estampa de la *Enciclopedia*.



UNA IMPRENTA MODERNA.
Fotografía Creté.

máquinas cuestan caras y necesitan grandes construcciones: *el taller ha cedido el puesto a la fábrica*. Por último, como el desarrollo de los medios de comunicación hacen fácil y rápido el transporte de los objetos fabricados hasta los centros de consumo, las fábricas se han agrupado alrededor de los centros de producción o de importación de las materias primeras, y alrededor de las minas y de los puertos. Así es como se han creado muy rápidamente ciudades que, como Saint Etienne, en Francia, no son sino reuniones de fábricas y hasta como el Creusot en Francia, Essen en Alemania o Detroit en Estados Unidos, no son sino una fábrica: *ha habido concentración de industrias*.

EL GRAN COMERCIO

De la gran industria y el desarrollo de las vías de comunicación ha salido el *gran comercio*. Los fabricantes no se limitan ya a vender solamente en su país; buscan *mercados* en todos los países del mundo. Este *comercio exterior*, cuya importancia es uno de los signos esenciales de la potencia de los estados, ha llegado a ser la condición de existencia de algunos de ellos como, por ejemplo, Alemania e Inglaterra, que no encuentran sino en la venta de sus productos el dinero necesario para la compra de su alimento. En nuestros días, toma una extensión prodigiosa: en menos de diez años, de 1898 a 1907, el total de los cambios internacionales ha pasado de 98 a 148.000 millones de francos.

Por otra parte, el precio de venta de una misma mercancía tiende a ser el mismo en todos los países y se encuentra reglamentado por las *Bolsas de comercio*, a las que el telégrafo da cuenta, hora por hora, de la producción y las necesidades del mundo entero, los ofrecimientos y los pedidos. *El mundo se ha transformado así en un mercado único*, en un gran estado comercial de que los estados son, por así decirlo, las provincias.

CONSECUENCIAS DE LAS TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS

El desarrollo de la industria y del comercio ha tenido muy numerosas e inmensas consecuencias. Para limitarnos a las principales: el precio de la mayor parte de las mercancías ha bajado considerablemente ⁽¹⁾; un gran número de produc-

(1) El alza actual es un fenómeno anormal resultado de la Guerra.

tos cuyo uso no era antiguamente permitido sino a la minoría rica, como, por ejemplo, el chocolate, el café o el té, han sido puestos al alcance de la mayoría del pueblo. La comodidad y el bienestar han aumentado, y la existencia de ciertas categorías de obreros es más holgada que la de muchos burgueses de 1830. La riqueza general se ha aumentado prodigiosamente y no cesa de crecer por la economía, que cada día facilita nuevos capitales a empresas nuevas. Las poblaciones se han desarrollado prontamente en detrimento de los campos abandonados por los labriegos atraídos por la fábrica con la esperanza de un salario más elevado. De sus desilusiones y de sus sufrimientos ha salido el movimiento socialista. Resultado particular del desarrollo de la imprenta: las masas populares, informadas por los periódicos de pocos centavos, se han aficionado a la política y desean hacer valer su influencia en ella. Por último, entre los pueblos, a las antiguas rivalidades políticas se han añadido las rivalidades comerciales, y los más previsores, a fin de asegurar mercados para lo porvenir, han conquistado vastos imperios coloniales.

II

LAS ALIANZAS Y LA PAZ ARMADA

Desde 1871 hasta 1914, exceptuando la región balcánica constantemente turbulenta, Europa vivió en paz; pero una paz insegura, una paz sobre la que pendía una perpetua amenaza de guerra. Por eso se la ha llamado la *paz armada*.

Durante veinte años, Alemania, ayudada por Austria y luego también por Italia, ejerció sobre el continente una verdadera preponderancia. A consecuencia de esto, la *triple alianza*, encontró su contrapeso natural en la *alianza franco-rusa* y después en la *triple entente* anglofranco-rusa.

No obstante, la reivindicación de las nacionalidades todavía oprimidas y, sobre todo, el constante aumento de las rivalidades económicas, multiplicaron las causas de conflicto y agravaron los antiguos antagonismos, volviendo cada vez más precaria la paz de Europa, armada hasta los dientes.

EUROPA
DESDE 1871.
LAS ALIANZAS

El período de veinte años que corresponde casi al segundo imperio francés, había sido un período de grandes guerras europeas: guerras de Crimea (1854-1855), de Italia (1859), de Austria (1866) y de Francia (1870-1871). Durante el período siguiente, que va de 1871 a 1914, la paz no ha sido turbada más que en oriente, en la región de los Balcanes. La historia de este período está constituida por acontecimientos diplomáticos entre los que los principales son:

1º La *armonía de los tres emperadores* de Alemania, Austria y Rusia (1872).

2º La *alianza austroalemana* (1879) convertida, por el acceso de Italia en 1882, en *triple alianza*.

3º La *amistad francorusa* (1891) consolidada al año siguiente (1892-1893) por una alianza formal.

4º La *amistad francoinglesa* (1904-1905), que se transformó por la *aproximación anglorusa* (1907-1908), en la *triple amistad*.

La armonía de los tres emperadores y la triple alianza, obras de Bismarck, tenían por objeto aislar a Francia y garantizar los resultados adquiridos por las victorias alemanas; estas victorias permitieron a Alemania ejercer en Europa durante más de veinte años una verdadera preponderancia. Por el contrario, la alianza francorusa y la triple amistad tuvieron por objeto limitar las pretensiones germánicas a la hegemonía, y restablecer el equilibrio europeo.

LA
ARMONIA DE
LOS TRES
EMPERADORES

Los éxitos reiterados habían hecho del joven imperio alemán la primera potencia militar de Europa. Pero, Alemania tenía que temer a Francia, convertida en enemiga irreconciliable por el tratado de Francfort y en razón de su misma superioridad, tenía que temer coaliciones, como las que se habían formado otras veces contra el imperio de Carlos V, contra la Francia de Luis XVI y contra Napoleón. Bismarck desplegó todos los recursos de su genio diplomático para conjurar este doble peligro.

Al día siguiente del tratado de Francfort, su primer acto fué volverse hacia Austria. Con notable perspicacia lo había preparado después de Sadowa. Desde 1871, las visitas

que cambiaron Guillermo I y Francisco José prepararon la aproximación austroalemana. En 1872, el zar Alejandro II, personalmente muy adicto al emperador Guillermo, manifestó el deseo de participar en la *entrevista de Berlín* y fué acogido con solicitud. Así se encontró constituida la *armonía de los tres emperadores*, nueva santa alianza, que dejaba aislada a Francia.

LA TRIPLE
ALIANZA

Los asuntos de Oriente alejaron a Rusia de Alemania y se constituyó la alianza austroalemana (1879). Ante el temor de que Rusia se acercara a Francia, Bismarck aprovechó la cólera de Italia contra Francia por la ocupación de Túnez, para completar con ella la *triple alianza* (1882).

La ruidosa caída de Bismarck (1890) constituyó un acontecimiento considerable que modificó la situación europea. Privado del hombre de estado que había hecho su grandeza y su fuerza, Alemania pareció menos temible. Casi inmediatamente después se operó la *aproximación francorusa* (1891).

Los desengaños de la política rusa en oriente y las necesidades financieras de Rusia que empezaba a recurrir a los capitales franceses, decidieron al zar. La alianza (1893) tenía un *carácter defensivo* y se dirigía al mantenimiento de la paz, es decir, del *statu quo* territorial; pero servía también de contrapeso a la tríplice, restablecía el equilibrio europeo.

INGLATERRA
Y LA TRIPLE
AMISTAD

La triple alianza y la alianza francorusa subsistieron hasta 1914. Sin embargo, a principios del siglo veinte, las relaciones de las potencias europeas sufrieron importantes modificaciones. Estas modificaciones tuvieron por origen, en primer lugar, una *nueva orientación de la política inglesa*, y después la *derrota de Rusia* en la guerra contra Japón (1).

Confiada Inglaterra en la superioridad de su flota, había adoptado desde hacía mucho tiempo lo que se ha llamado la política del «espléndido aislamiento», permaneciendo separada de las agrupaciones continentales. Por otra parte, sus simpatías iban más bien hacia la tríplice, porque estaba en

(1) Véase págs. 277 y 278.

rivalidad de intereses sobre todo con Francia y Rusia. (Cuestión de Egipto, 1882, e incidente de Fachoda, 1898).

Pero, en los años siguientes, se produjo en Inglaterra un cambio completo. Inglaterra descubrió de pronto que no tenía un rival más peligroso que Alemania y de aquí que pensara en su aproximación a Francia. Pero en aquellos mismos momentos los desastres de Manchuria debilitaban el grupo franco-ruso y destruían de nuevo, en provecho de Alemania, el equilibrio europeo. La cuestión de Marruecos facilitó a Guillermo II la ocasión de oponerse a la expansión francesa y así precipitó la aproximación francoinglesa.

En las convenciones, anglofrancesa de 1904 y anglorusa de 1907 y 1908, quedó formada una nueva agrupación europea, o sea la *triple amistad*.

CARACTERES
DE LAS
ALIANZAS

Desde aquel momento, Europa parecía dividida en dos grandes coaliciones: la triple alianza y la triple «entente». Pero la realidad no estaba, sin embargo, en las fórmulas diplomáticas. Era infinitamente más compleja.

Las tres potencias que constituían la triple «entente» — Francia, Inglaterra y Rusia —, estaban unidas por lazos de carácter muy diferente y de valor desigual. Desde 1893, un pacto unía a Francia y Rusia; pero por tradición y por interés dinástico, los soberanos rusos seguían manteniendo relaciones de íntima amistad con los emperadores de Alemania y la influencia alemana continuaba ejerciéndose en la corte rusa, nido de intrigas y de reacción.

En cuanto a Inglaterra, ningún convenio de alianza la unía ni a Francia ni a Rusia. Sin dejar de practicar con estas dos potencias una política de amistad cordial, salvaguardaba cuidadosamente su libertad de acción sin comprometerse a fondo en las rivalidades continentales, deseosa, acaso, de reanudar con Alemania sus lazos de amistad.

Por su configuración geográfica, la triple alianza parecía constituir un grupo más compacto, más homogéneo, y, por consiguiente, más poderoso. Pero se podía señalar en ella un elemento inestable: Italia. Ésta, en efecto, había evolucionado rápidamente. Por las necesidades de su política mediterránea, se aproximó a Inglaterra y a Francia, en 1900-1902, y concertó con ésta acuerdos secretos.

CAUSAS
DE
CONFLICTOS

Las múltiples combinaciones de la política europea, tenían oficialmente por objeto mantener la paz. Sin embargo, en diversas ocasiones, pareció inminente la guerra sea entre Inglaterra y Rusia, sea entre Francia e Inglaterra, sea entre Rusia y Austria, sea, sobre todo, entre Francia y Alemania, (en cinco oportunidades: 1875-1887-1905-1908 y 1911). Entre las causas más generales de disturbios y conflictos, unas eran de orden *nacional* y otras de carácter *económico*.

LAS
CUESTIONES
NACIONALES

Ya se ha visto el importantísimo papel que había desempeñado el principio de las nacionalidades en el período precedente, entre 1848 y 1870. Sucesivamente había sido invocado por los italianos, los alemanes, los húngaros, los rumanos, etc., por Napoleón III, Bismarck y Cavour. Pero los unos y los otros no lo entendían de la misma manera.

Para los italianos, para Napoleón III, y para los liberales de Alemania y de todos los países, el principio de las nacionalidades no era más que una de las formas de la soberanía nacional, *el derecho de los pueblos a disponer libremente de ellos mismos*.

Según otros, en particular para muchos patriotas alemanes, la palabra nacionalidad tenía el sentido de *agrupación étnica, fundada sobre la comunidad de razas*, y no sobre el consentimiento voluntario de los hombres. El principio de las nacionalidades significaba en este caso que todos los hombres de la misma raza deben estar, quieran o no quieran, reunidos en un solo estado.

En cualquier sentido que se entendiese el principio de las nacionalidades aparecía como un agente eficaz de disgregación y de trastorno, que tendía a cambiar completamente los cuadros antiguos de Europa.

LAS
RIVALIDADES
ECONÓMICAS

La transformación económica que se produjo en el siglo diez y nueve parece haber tenido, bajo este punto de vista, dos consecuencias directamente contrarias. Por una parte, habiendo creado entre los diferentes países, aún los más alejados, mil lazos nuevos, ha desarrollado la *solidaridad internacional*. Cada país tuvo, cada vez más, necesidad de los otros para vivir. Esta solidaridad económica entre todas las naciones se

ha manifestado por la creación de *instituciones internacionales*, tales como la unión postal universal (1874), la oficina internacional de pesos y medidas, así como por la frecuencia de *conferencias o congresos internacionales* de todas clases, reunidos por la iniciativa de los gobiernos o de sociedades particulares.

Pero, por otra parte, las *rivalidades económicas* fueron mucho más ásperas entre las diferentes potencias industriales, comerciales y financieras. Como el campo de batalla económico no tiene ahora límites, en el mundo entero es donde tropezaban, se disputaban y se arrebataban las unas a las otras cada pedido de cañones, de acorazados, de dirigibles, cada parte de banca o cada concesión de ferrocarriles y de trabajos públicos. *De esta manera se multiplicaron las causas y las ocasiones de conflicto*. Las rivalidades económicas son las que han engendrado todos los conflictos coloniales del siglo diez y nueve, y hasta hicieron surgir en Europa nuevos y temibles antagonismos: tal como el antagonismo angloalemán. La preponderancia de los intereses económicos es lo que ha suscitado en los grandes estados industriales, Inglaterra, Alemania y también en Estados Unidos, esta política de expansión a toda costa, que se ha calificado de *imperialismo*, política peligrosa para la paz del mundo, sobre todo cuando se apoyaba, como en Alemania, sobre fuertes tradiciones militares.

LA PAZ ARMADA.

La paz que reinaba en Europa después de 1871, no podía ser una paz verdadera, segura y estable. Fué un régimen mixto, intermediario entre la paz y la guerra, al que se ha dado el nombre de *paz armada*.

El establecimiento de la paz armada en Europa, fué una consecuencia directa del tratado de Francfort (1871). Este tratado, que consagró la mutilación del territorio francés en nombre del derecho de conquista, hizo imposible toda reconciliación sincera entre Francia y Alemania. Una y otra no cesaban de aumentar sus ejércitos; Alemania, porque pretendía mantener la supremacía militar y esperaba una tentativa de desquite; Francia, porque pretendía salvaguardar su independencia y esperaba una nueva agresión. Las otras potencias, por mantenerse a su nivel, hacían otro tanto.

Casi todos los estados europeos mantenían por esto en tiem-

po de paz, un ejército más considerable que hubieran sostenido en tiempo de guerra. La paz armada fué una alarma indefinidamente prolongada y cada momento más ruinosa.

Con el tiempo, estas cargas llegaron a ser abrumadoras para los pueblos, y sin embargo continuaban progresando con rapidez aterradora.

Los gastos militares aumentaron con rapidez tanto mayor, cuanto que los *rápidos progresos de las ciencias obligaban a los estados a renovar sin cesar el material de guerra*, cada vez más costoso a medida que se perfeccionaba más. En los comienzos del siglo XX, los progresos de la navegación aérea dieron como resultado la constitución de flotas de guerra aéreas — dirigibles y aeroplanos — también frágiles y costosas.

En todos los estados, los presupuestos de guerra y marina absorbían la mayor parte de los ingresos públicos.

PACIFISMO Deseos de poner remedio a un estado de cosas ruinoso, y convencidos de que la guerra debe un día desaparecer como ha desaparecido el duelo
Y
ARBITRAJE filántropos de diferentes países formaron asociaciones, llamadas *pacifistas*, porque se proponían el establecimiento de una paz verdadera y definitiva entre los estados. Después de 1871, los pacifistas dirigieron el esfuerzo de su propaganda sobre dos puntos principales, pidiendo a los gobiernos: 1º entenderse para desarmar o, por lo menos, *limitar los armamentos*; 2º recurrir, para la solución de los conflictos que los dividan, no a la guerra, sino al *arbitraje*. Inglaterra, bajo el gobierno del ministro liberal Gládstone, fué la que dió el primer ejemplo de someter un conflicto importante a un arbitraje. Estados Unidos exigió de ella una reparación por haber dejado armar en sus puertos, durante la guerra de secesión, un barco sudista, el *Alabama*. El asunto del *Alabama* fué sometido a un tribunal de árbitros que condenaron al gobierno inglés a pagar una indemnización de 80 millones (1872). Gládstone declaró: «Esta herida de amor propio pesa lo que un grano de polvo en la balanza, comparada con el valor moral de este ejemplo: dos grandes naciones, entre las más arrogantes y más sensibles al sentimiento patriótico, que comparecen por su propia voluntad ante un tribunal lealmente escogido, antes que atenerse al juicio de la espada».

LAS
CONFERENCIAS
DE LA HAYA

A fines del siglo diez y nueve, por iniciativa del zar Nicolás II, se reunieron en La Haya, en 1899, veintiséis países en una conferencia internacional que buscaría el medio de limitar los armamentos. No pudieron ponerse de acuerdo sobre esto, pero se instituyó un *tribunal permanente de arbitraje* para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales, y votó la declaración siguiente: «Las potencias consideran como un deber, en los casos en que un conflicto agudo amenace estallar entre dos de ellas, recordarles que el tribunal permanente les está abierto».

Un gran número de *convenciones de arbitraje* se terminaron desde entonces entre diferentes estados de Europa y de América, a fin de arreglar pacíficamente los conflictos del porvenir. Graves conflictos, que hubieran podido provocar la guerra, fueron sometidos a la sentencia de un tribunal arbitral y arreglados pacíficamente; el *incidente de Hull* entre Inglaterra y Rusia (1904) — barcos de pescadores ingleses cañoneados por la flota rusa, en camino para Japón; — el *incidente de Casablanca*, entre Francia y Alemania (1908) — desertores alemanes de la legión extranjera tomados presos a pesar de la intervención de agentes consulares alemanes. — La República Argentina y Chile firmaron, además, en 1902, el *primer pacto sobre limitación de armamentos*.

En 1907, se reunió en La Haya una *segunda conferencia internacional* de 44 estados. Votó el *principio del arbitraje obligatorio*, pero solamente para diferencias «relativas a la interpretación y a la aplicación de las estipulaciones convencionales internacionales». Por último, en 1911, un *tratado de arbitraje integral* fué aceptado por Estados Unidos con Inglaterra y con Francia.

Parecía, pues, que la causa de la paz y del arbitraje habían alcanzado grandes progresos en el mundo; ninguna de las potencias rivales aceptaba la idea de limitar sus armamentos; en ambas conferencias de La Haya, en 1899 y en 1907, habíase opuesto Alemania a la organización del arbitraje obligatorio. Todo demostraba, por lo contrario, que jamás ese peligro había sido más amenazador.

CAPITULO XX

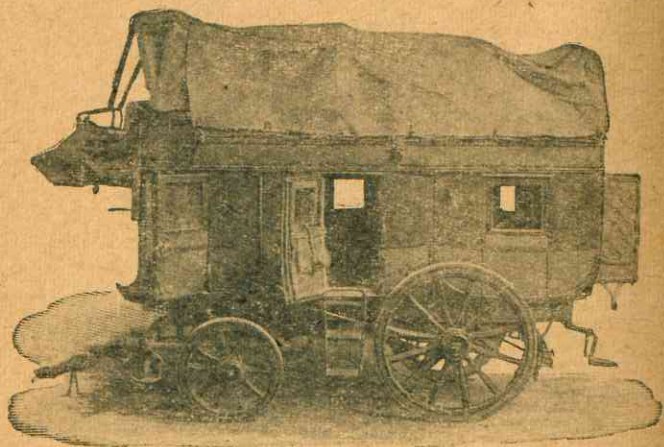
LOS DESCUBRIMIENTOS CIENTIFICOS Y
SU APLICACION

El rasgo más fácil de comprender y el más notable de la historia contemporánea, es *la transformación y el prodigioso desarrollo de la industria y del comercio*, y, por consiguiente, la transformación total de las condiciones materiales de la vida.

Empezada hacia 1815, precipitándose a partir de 1840 y prosiguiéndose a nuestra vista con rapidez sin cesar creciente, esta transformación es *el resultado del progreso de las ciencias*, sobre todo de las ciencias físicas y químicas, y de sus aplicaciones prácticas. No es particular de un país, sino *obra internacional* de los sabios y los inventores del mundo entero. Sus dos elementos primordiales han sido el *vapor* y la *electricidad*. El vapor, animando las máquinas, ha transformado los medios de fabricación en los talleres, y los de intercambio con los *ferrocarriles* y los *paquebotes*. La electricidad, por el *telégrafo*, el *teléfono*, y la *telegrafía* y *telefonía sin hilos*, ha hecho casi instantánea la transmisión de los informes y órdenes comerciales, suprimiendo, por decirlo así, las distancias, y haciendo de todos los mercados del mundo un solo mercado. En nuestros días, el *petróleo*, utilizado sobre todo por el *automovilismo* y la *aviación*, se ha convertido en uno de los factores esenciales del progreso; gracias a él, ha podido el hombre llevar a cabo su conquista más sorprendente: *la conquista del aire*.

CONDICIONES
ANTIGUAS
DEL COMERCIO

Hasta fines de la Edad Moderna y a principios de la Contemporánea, el comercio no podía ser muy activo. Apenas si existía el local y poco general. Por otra parte, a la rareza de los productos de cambio, se añadía la rareza y la lentitud de los medios de transporte y la *dificultad de comunicaciones*. Aún en



DILIGENCIA.

Museo Carnavalet. — Fotografía.

Modelo de la diligencia que hizo el servicio de París a Estrasburgo hasta 1852. La diligencia podía transportar veinte viajeros: tres en el cupé, en la delantera del carruaje, que era el mejor puesto; seis en medio, en el interior, ocho detrás, en la rotonda, y tres sobre el cupé, en la imperial, bajo la capota. El asiento del cochero estaba delante de la imperial, como en los ómnibus de París. Los equipajes se amontonaban sobre el coche, cubiertos con una gran tela, la baca, sostenida por arcos de madera. La diligencia, a la que enganchaban cinco caballos, llegaba a recorrer de 80 a 90 kilómetros por día.

Europa, los caminos y carreteras estaban poco desarrollados. Escasos los puentes, era preciso vadear los grandes ríos y de ahí los grandes retrasos consiguientes. Las mercancías eran transportadas en carros y carretas, tirados por varios caballos enganchados en fila que recorrían de 35 a 40 kilómetros

por día: un fardo de sederías empleaba de doce a trece días para ir desde Lyon a París, y un tonel de vino un mes para llegar al mismo punto desde Marsella.

Las personas viajaban un poco más de prisa. En Francia, desde 1765, los viajeros tenían a su disposición *diligencias* puestas en servicio por dos compañías de «Mensajerías». Estas diligencias eran grandes y pesados carruajes, a los que se enganchaban de cuatro a cinco caballos y que transportaban de dieciocho a veinte viajeros. Cada diez kilómetros, poco más o menos, había, desde 1815, *casas de posta* donde la diligencia cambiaba sus tiros. Gracias a esas *paradas*, se recorrían de 80 a 90 kilómetros por día, o sea menos de lo que adelanta un tren expreso en nuestros días en una hora. Por la noche, se interrumpía el viaje para dormir en un hotel o en una posada. De esta manera se empleaban cinco días y se gastaban 100 francos, que harían hoy más de 700, para ir de París a Lyon. Y aún no se podía hacer el viaje cuando se quería: en 1830, el viaje de París a Lyon, que era el mejor servido, no podía hacerse sino cinco veces por semana, y había que retener el asiento en la diligencia con varios días de anticipación y a veces con varias semanas.

La correspondencia era transportada por la *mala*, un carruaje ligero que caminaba día y noche y que al trote de cinco o seis caballos conseguía recorrer hasta 14 kilómetros por hora: era la mayor velocidad que se podía obtener entonces, y las cartas llegaban de París a Lyon en dos días. El destinatario pagaba el porte variable según el peso y la distancia, pero siempre diez veces, lo menos, superior al precio actual.

Si las relaciones en el interior de los estados eran difíciles, lo eran mucho más aún de estado en estado. Entre los países de América y Europa no existían servicios regulares de barcos, y los veleros más rápidos, hacia 1820, necesitaban sesenta y tres días, sin contratiempos, para ir y volver desde Inglaterra a Estados Unidos.

Las condiciones de la industria y del comercio
EL VAPOR se transformaron por la invención de la máquina de vapor.

Desde fines del siglo XVII, el francés Papin había demostrado la posibilidad de utilizar el vapor de agua como fuerza

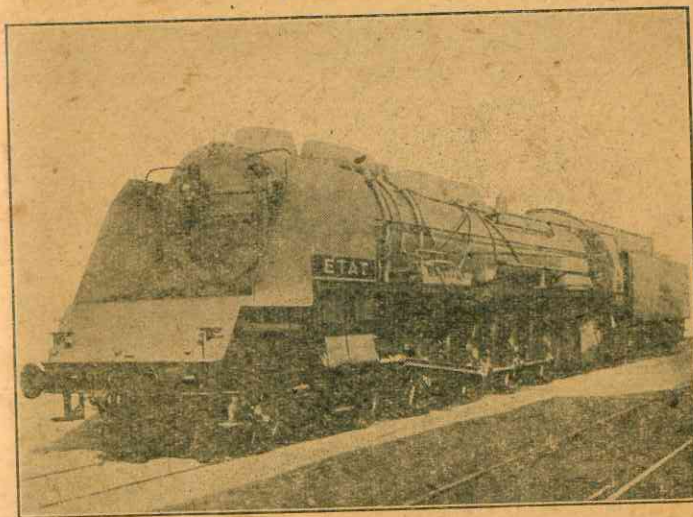
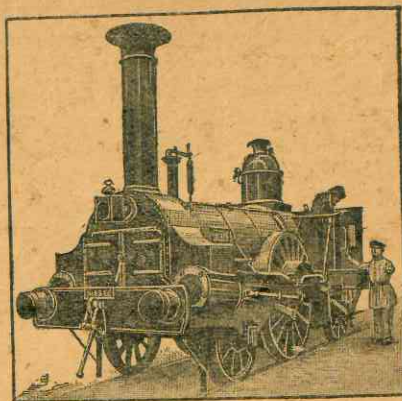
motriz, construyendo al efecto un grosero barco de vapor (1707). Pero la primera máquina verdaderamente útil para la industria fué construída por el inglés *Watt* (1769-1779). La aplicó inmediatamente a las máquinas de hilar, inventadas al mismo tiempo, y después a los telares. En el mismo año, el francés *Cugnot* ensayó aplicarlo a los carruajes, y construyó un carro de vapor que sirvió en Versalles para el transporte de piezas de artillería: este primer automóvil andaba cuatro kilómetros por hora, o sea con menos velocidad que un hombre al paso ordinario. Poco después, otro francés, el marqués de *Jouffroy*, lanzaba en el Doubs, y después en el Sena, un barco movido por una máquina de vapor (1776-1783).

LOS FERROCARRILES

Desde fines del siglo XVII, en las minas inglesas, y para facilitar la tracción, se hacían rodar los vehículos de carbón sea por carriles de madera chapeados de hierro —esta fué la primera idea de los rieles de tranvía— sea sobre barras de metal salientes, llamadas *rieles*. En 1802, en una explotación minera del país de Gales, se hizo circular sobre rieles un carruaje análogo al de *Cugnot*: el *ferrocarril* estaba inventado. Primero no se hizo uso de aquel vehículo sino para el transporte de mercancías, porque la *locomotora* no podía marchar ni ligero, ni mucho tiempo, por falta de vapor. La caldera que lo suministraba era, en efecto, una cuba cilíndrica de metal, lentamente calentada por un hogar colocado en una de sus extremidades. En 1829, en Saint-Etienne, que una vía férrea, la primera construída en Francia, unía desde hacía varios años a Lyon, el ingeniero *Seguin* imaginó hacer pasar a través de la caldera haces de tubos por donde circulaban las llamas del hogar. En esta *caldera tubular*, la superficie de calefacción y, por consiguiente, la rapidez de formación de vapor se encontraron considerablemente aumentadas. En Inglaterra, *Stephenson* inventaba al mismo tiempo un procedimiento para activar el tiro y hacer el horno más ardiente. Perfeccionada así la locomotora, se vió, en 1830, entre Liverpool y Manchester, circular el primer tren de viajeros, con una velocidad de 24 kilómetros por hora.

El nuevo modo de transporte no fué acogido sin resistencias. Y, sin embargo, a partir de 1840, en todos los países

civilizados se construyeron ferrocarriles. El desarrollo de la metalurgia, el perfeccionamiento y la potencia de los medios mecánicos, y la ciencia de los ingenieros permitieron llevar a cabo los trabajos más audaces. Se tendieron sobre los más anchos ríos, sobre los valles y sobre los brazos de



LOCOMOTORAS DE EXPRESO EN 1844 Y EN 1938.

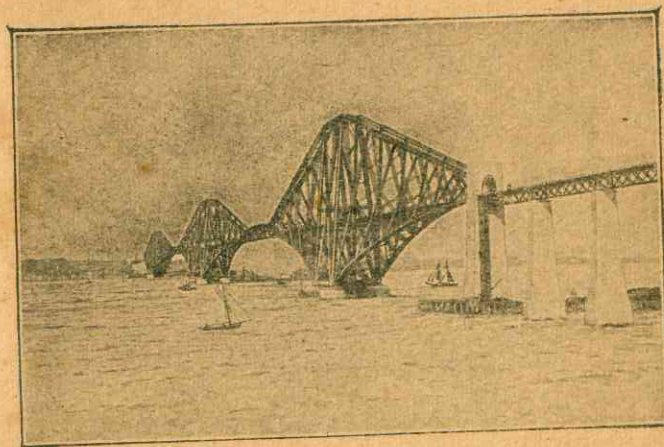
Comparando ambas fotografías se puede apreciar el progreso realizado en las construcciones mecánicas y la industria de los ferrocarriles. Arriba: locomotora construída en 1844 para el servicio de los expresos entre París y Euan. Abajo: moderna "locomotora gigante" de silueta aerodinámica. La velocidad de aquella — 80 kilómetros por hora — ha sido llevada a 120 kilómetros por hora, pudiendo remolcar a esta velocidad, 800.000 kilos.

mar, puente y viaductos prodigiosos, tales como el puente del Forth, en Inglaterra, y los viaductos de Garabit y de Viaur, en Francia. Se perforaron, a través de las más altas montañas túneles cada vez más largos, desde el túnel del monte Cenís (1870), el primero que se abrió bajo los Alpes, de 13 kilómetros de largo, hasta el túnel del Simplón (1905), de 20 kilómetros de largo. Al mismo tiempo se aumentaba cada día la velocidad y la fuerza de las locomotoras. Hoy andan algunos rápidos más de 100 kilómetros por hora —en cinco minutos recorren más camino que hace sesenta años recorría una diligencia en una hora—. Hoy se va de París a Lyon en menos de cinco horas. Veintidós trenes circulan cada día entre las dos capitales, y pueden recibir cada uno, en lugar de los veinte viajeros de la diligencia, de doscientas a quinientas personas. Por otra parte, un solo tren de mercancías conduce a las grandes estaciones, de una sola vez, la carga de trescientos o cuatrocientos carromatos.

LAS GRANDES
VIAS TRANS-
CONTINENTALES

Más de un millón de kilómetros de vías férreas están hoy en servicio en todo el globo, y todos los continentes, excepto Africa, están atravesados por la locomotora de océano a océano. La primera de estas líneas transcontinentales, el *Central Pacific*, fué construída en *América del Norte* por Estados Unidos, entre *Nueva York* y *San Francisco*, y fué inaugurada en 1869. Desde entonces, otras cuatro líneas nuevas, una de ellas en Canadá, han sido construídas, y ponen la costa del Atlántico a cuatro días poco más o menos del Pacífico. *América del Sur* está atravesada por el *Trasandino*, línea de *Buenos Aires* a *Valparaíso*, a que en breve se añadirán otras. *Europa*, por la unión de las redes de los diversos estados, tiene numerosos transcontinentales, como la línea del *Oriente Express* que, por *Austria* y *Viena*, pone a *Constantinopla* a tres días de *París*; la línea del *Norte Express* que, por *Alemania* y *Berlín*, une *París*; *Moscú*. En *Asia Central*, los rusos han construído el *Transcaspiano* destinado, según parece, a unir, por los ferrocarriles ingleses de *India*, *Rusia* al golfo de *Bengala*. A través de *Asia del Norte*, los mismos rusos han tendido, desde 1896 a 1902, el *Transiberiano*, prolongado por el *Transmanchuriano*, hasta el mar de *China*. De manera que se va de *París* a *Pequín* en quince días —sensiblemente el tiempo

que hace ciento cincuenta años empleaba el viajero de *París* a *Marsella*— y que, desde *Gibraltar*, en el Atlántico, a *Vladivostok*, en el mar de *Japón*, una cinta continua de hierro une las costas extremas de *Europa* con las extremas de *Asia*. En *Africa*, los ingleses han construído casi la mitad de una línea que, desde el *Cairo* al *Cabo*, debe unir los países mediterráneos a la extremidad sur del continente negro.



EL PUENTE DEL FORTH.
Fotografía.

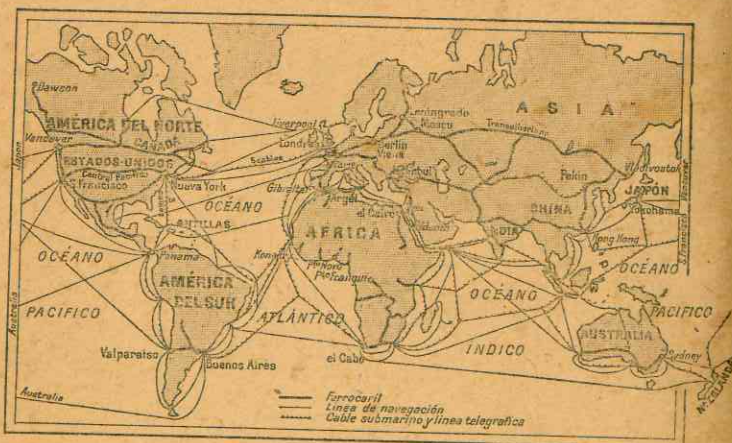
El puente del Forth, en Escocia, cerca de Edimburgo, es un tipo de los prodigiosos "trabajos de arte" que ha necesitado el desarrollo de los ferrocarriles y que han hecho posibles los admirables progresos de la metalurgia en el siglo XIX. Fué construído desde 1883 a 1890; es de acero y mide más de 1.600 metros. El Forth en este punto es ya un brazo de mar. El tablero del puente es bastante elevado para que los más altos veleros puedan pasar libremente por debajo de sus arcos centrales.

LA NAVEGACION
A VAPOR

La red internacional de ferrocarriles ha sido completada por una red de líneas de navegación, y los servicios de transporte son hoy en el mar tan regulares como por tierra. Esta regularidad no ha sido posible sino gracias a la máquina de vapor, que asegura la marcha constante del barco.

El primer servicio de transporte por barco de vapor fué

organizado en 1807, en Estados Unidos, en Nueva York, por *Fulton*, que había asistido anteriormente en París a las experiencias de *Jouffroy*. La primera travesía del Atlántico por un vapor fué llevada a cabo desde Estados Unidos a Inglaterra en 1819. Los vapores estaban entonces provistos de dos *ruedas de paletas* análogas a las ruedas de los molinos, y colocadas a los costados del barco, casi a la altura de su centro. Hacia 1838, empezaron a substituirse las ruedas por la *hélice*, colocada en la parte posterior de la embarcación. En



FERROCARRILES TRANSCONTINENTALES.
LÍNEAS DE NAVEGACIÓN Y CABLES SUBMARINOS.

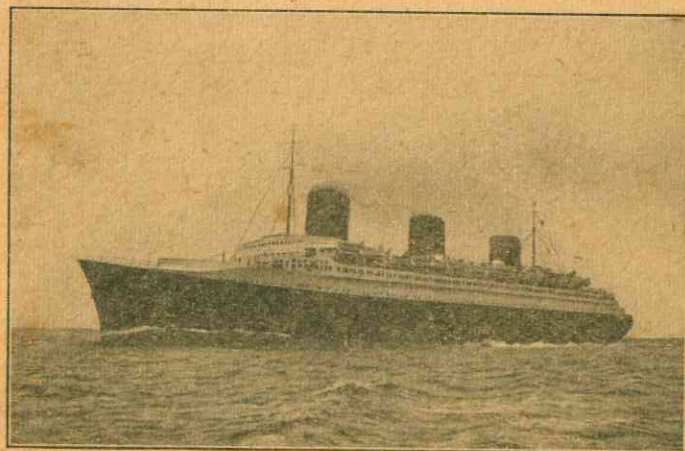
la misma época, los ingleses crearon la primera línea regular *transatlántica* con destino a Estados Unidos (1838).

Los barcos destinados a este servicio y que eran la admiración de los contemporáneos, costaban millón y medio, tenían 70 metros de largo, aforaban 1.800 toneladas, marchaban con máquinas que desarrollaban una fuerza de 500 caballos con una velocidad de 13 kilómetros por hora, y atravesaban el Atlántico en 17 días, llevando 70 pasajeros. El progreso ha sido para los barcos el mismo que para los ferrocarriles.

Al lado de los enormes barcos para viajeros que, cada año, conducen de Europa a Nueva York cuatrocientos o quinien-

tos mil pasajeros, existen barcos de carga, transportadores de mercancías, cuyo cargamento equivale al de mil a mil doscientos vagones de ferrocarril.

Las principales líneas de navegación y las más numerosas se encuentran en el Atlántico y, partiendo de Brema, Hamburgo, Amberes, el Havre, Londres, Liverpool y Burdeos, van a parar a Nueva York, a las Antillas y a los grandes puer-



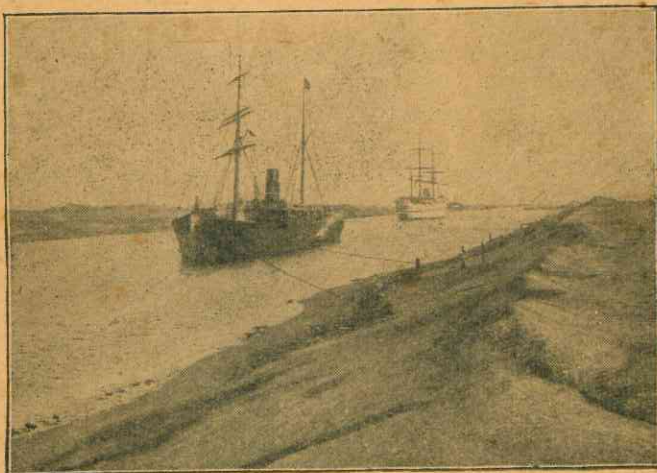
EL "NORMANDIE".

Este modernísimo vapor es una demostración del ingenio y del arte franceses. Mide 313.75 m. de largo, y pesa 75.000 toneladas. Desarrolla 160.000 caballos de fuerza, y sus cuatro hélices de comando eléctrico le permiten alcanzar una velocidad de 53 km. por hora. Así ha podido ir en cuatro días de Nueva York al Havre. El salón comedor de primera clase tiene 90 metros de largo; tiene capilla, sala de espectáculos, jardín de invierno, piscina, etc. Puede embarcar más de 2.000 pasajeros.

tos de América del Sur. A través del Pacífico, varias líneas unen a San Francisco con Australia, Japón y China. Para llegar a estos mismos países y a India, los barcos procedentes de Europa, hace cuarenta años, tenían que rodear todo Africa. Hoy, Marsella, Génova y Brindisi son las «puertas de oriente», y el Mediterráneo ha llegado a ser el gran camino de Europa a Asia, desde la apertura del canal de Suez.

LOS CANALES
DE SUEZ
Y DE PANAMA

La apertura del istmo de Suez fué obra de Fernando de Lesseps, cónsul de Francia en Egipto. Los trabajos fueron rudos: se estaba en el desierto. Lleváronse sin embargo a buen término en diez años, y el canal, de 157 kilómetros de largo, se inau-



EN EL CANAL DE SUEZ.
Fotografía.

El canal de Suez, obra de Fernando de Lesseps, abierto en diez años, desde 1859 hasta 1869, tiene 157 kilómetros de largo, por 60 a 100 metros de ancho y 8 m. 58 de profundidad. No se cesa de profundizarlo y ensancharlo. Está abierto en gran parte sobre la arena del desierto. La travesía dura 15 horas para los barcos provistos de proyectores eléctricos, y 24 horas para los otros, que no pueden navegar más que de día. Ha disminuído en más de la mitad el trayecto de Europa a India. — En primer término, las arenas de la orilla; después un barco de comercio, un cargo-boat amarrado a la orilla. En el fondo, un transporte de guerra. El canal no es ya bastante profundo para los más recientes acorazados.

guró solemnemente en 1869. El trayecto de Europa a Asia se abrevió desde entonces en la mitad. India está hoy a quince días de Marsella, China a un mes, Japón a menos de cuarenta días, y cada año pasan millares de barcos el canal de Suez.

El mismo tiempo, poco más o menos, es preciso para ir por el Atlántico desde Marsella a San Francisco, y a Valparaíso, en la costa occidental de las dos Américas, desde que, en 1914, se abrió el istmo de Panamá.

LA
ELECTRICIDAD

La electricidad ha sido, con el vapor, el principal agente de transformación de la industria y del comercio. A fines del siglo XIX llegó a ser fuente industrial de luz, de calor y de fuerza motriz, o sea la competidora y no ya la auxiliar del vapor. Esto se debe al descubrimiento de la máquina dinamo-eléctrica que transforma el trabajo mecánico en energía eléctrica y viceversa. Poco después se combinó esto con el aprovechamiento de las caídas de agua (energía hidroeléctrica), lo que permitirá utilizar también las mareas como fuentes engendradoras de energía. Hoy está en vías de efectuar una revolución en toda la industria: la metalurgia, por el *horno eléctrico*; las industrias mecánicas y la industria de los transportes por las *dínamos*, que dan a los carruajes velocidades de 200 kilómetros por hora, o bien transportan a cientos de kilómetros la fuerza facilitada por los saltos de agua. Pero ante todo, la electricidad ha puesto a nuestra disposición un *medio nuevo de correspondencia*, y hecho posible, por el *telégrafo* (1833), y después por el *teléfono* (1877) y posteriormente la *telegrafía* y *telefonía sin hilos*, la transmisión casi instantánea del pensamiento.

En 1833, el sabio alemán *Gauss* sacó de los descubrimientos teóricos de Ampere y de Arago la telegrafía eléctrica. El primer aparato práctico fué construído dos años después (1835) en Estados Unidos por *Morse*: el aparato y su alfabeto son todavía de uso universal. El *teléfono* fué inventado hacia 1855 por el francés *Bourseul*, un empleado de telégrafos; pero no fué utilizado sino mucho más tarde (1877), gracias al americano *Graham Bell*.

LOS CABLES Desde 1836 Inglaterra y Estados Unidos empezaron a construir su red telegráfica. La primera línea francesa fué establecida en 1845. Después se unieron Francia e Inglaterra telegráficamente por medio de un *cable*, sumergido en el paso de Calé (1851). Casi inmediatamente (1857), se pensó en unir los continentes a

través de los océanos, efectuándolo primero Inglaterra y Estados Unidos. Después de tres tentativas desgraciadas, el cable, de 4.000 kilómetros de largo, y sumergido a 3.000 metros de profundidad, fué por fin establecido en 1866. Hoy, estos cables submarinos no miden menos de 450.000 kilómetros, de los cuales 280.000 kilómetros pertenecen a los ingleses. Esta enorme red es uno de los elementos más importantes de su potencia.

LA RADIOTELE-
GRAFIA Y LA
RADIOTELE-
FONIA

El correo mejoró apreciablemente al independizarse de los medios de transporte, gracias al telégrafo (1833) y al teléfono (1877), de transmisión instantánea e instalación fácil y barata.

Pero su principal mejora se debió a la invención posterior, consecuencia de los trabajos del sabio alemán Hertz, debido principalmente al francés Branly y puesta en práctica por el italiano Marconi: la telegrafía sin hilos que quitaría importancia a los cables submarinos. Durante años se transmitieron mensajes sin hilos «radiotelegramas» de una costa a otra de los océanos, y los vapores estaban provistos de aparatos transmisores, con lo que se mantenían en comunicación entre sí y con la tierra, aumentando su seguridad y limitando los riesgos de accidentes, muchos evitados gracias a este invento.

En 1906 se inventó la telefonía sin hilos que, años después, industrializada, comenzó a ser utilizada en la vida diaria, reduciendo distancias y poniendo en comunicación barata y rápida a todos los pueblos de la tierra: no hay rincón del mundo desde donde, con un simple receptor, no se puedan oír las noticias, conciertos, ceremonias, etc., de cualquier ciudad civilizada. La anulación del aislamiento y el contacto de pueblos y civilizaciones dispares o distantes ha de influir, a la larga, en la formación de un nuevo espíritu internacional.

Actualmente, sabios e industriales tratan de generalizar la televisión, o sea, la transmisión de imágenes a través del espacio.

OTRAS
INVENCIONES

La vida familiar y social se ha beneficiado con otras invenciones. Una de las principales es el alumbrado eléctrico. A principios del siglo XIX se había dado un gran paso con el alumbrado a gas. Los tanteos para utilizar la luz producida por la elec-

tricidad condujeron a la invención de la lámpara o ampolla eléctrica, realizada por el ruso Jablochhoff (1876). La industria de la electricidad —que además surte de energía motriz a los lugares que no pueden tenerla natural o más barata— lleva los beneficios de la iluminación perfecta a todos los hogares, aún en las más pobres y alejadas aldeas.

Gracias al descubrimiento de la fotografía y al del principio de la persistencia de las imágenes en la retina, se ensayó la obtención del movimiento en las imágenes, es decir, el cinematógrafo, logrado en 1895 por los hermanos Lumière, químicos e industriales franceses, a quienes la fotografía debe importantes perfeccionamientos. Cuando cese el actual afán de explotación industrial del cinematógrafo éste se convertirá en uno de los más importantes factores del mejoramiento espiritual de las masas y en un elemento de divulgación científica y artística.

Durante breve tiempo se trató de combinar este invento con el fonógrafo, es decir con el registro de las vibraciones sonoras en determinadas substancias, que luego las reproducen al pasar por el rastro una aguja que recibe las vibraciones registradas y las transmite a una membrana que las sonoriza. Con esa combinación se logró el cinematógrafo sonoro, pero pronto fué desechado, porque al utilizarse la célula fotoeléctrica se obtiene el mismo resultado pero con mayor precisión. Para ello se registra, en la misma película, junto a las imágenes, la «fotografía del sonido». Al proyectarse las imágenes, otro dispositivo cuyo principal elemento es la mencionada célula, transforma «la fotografía del sonido» en sonido.

Así los hechos de la vida diaria, como los grandes acontecimientos, pueden ser registrados en sus aspectos visual y sonoro, con toda fidelidad, pudiendo constituirse un verdadero archivo viviente que rememora los hechos.

EL PETRÓLEO En nuestros días, nuevas invenciones han hecho que el petróleo, al lado de la electricidad y de la hulla, sea una de las fuentes principales de fuerza motriz y, en consecuencia, uno de los factores esenciales del progreso económico. De poder calórico superior a la hulla, tiende cada vez más a sustituirla tanto para la alimentación de las calderas de navío como para las locomoto-

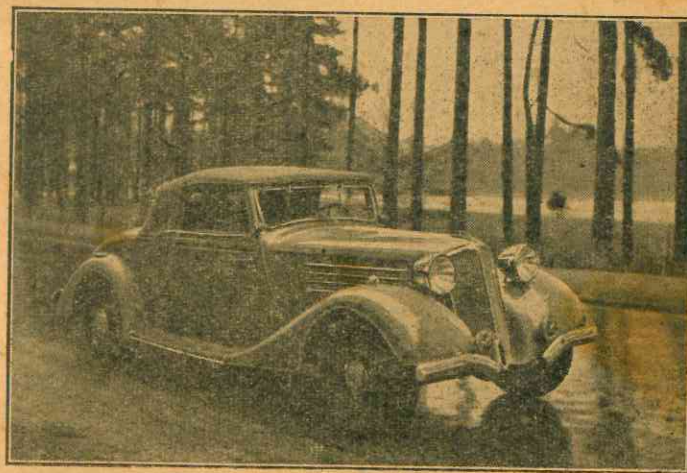
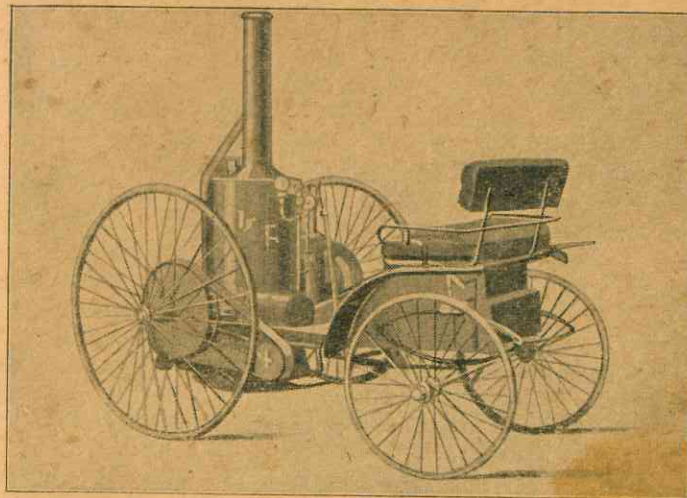
ras. Es, sobre todo, combustible necesario para un motor de nuevo tipo, el *motor de explosión*, gracias al cual nuevos medios de transporte: el *automovilismo*, la *aeronáutica* y la *aviación*, han podido entrar en el dominio práctico.

Desde los primeros años del siglo XIX, un inventor francés, *Lebón*, que acababa de descubrir el gas del alumbrado, había concebido un motor de explosión utilizando la fuerza producida por una mezcla detonante, de aire y de gas. Pero Lebón fué asesinado en 1804, antes de que hubiera tenido tiempo de poner en punto su invención. Las investigaciones por él inauguradas no debían dar un resultado práctico sino a fines del siglo. En 1862, un ingeniero francés, *Beau de Rochas*, demostró que comprimiendo la mezcla de aire y gas, antes de hacerla explotar, se obtendría una fuerza de explosión mucho más considerable. Más tarde, en 1872, un norteamericano, *Brayton*, tuvo la idea de substituir el gas por un hidrocarburo: el petróleo. A partir de entonces comenzaron a emplearse en la industria los motores de petróleo, pero estos motores eran de dimensiones muy embarazosas, de peso enorme y de trabajo irregular. Para llevar a cabo una revolución en los medios de transporte, era necesario llegar a construir un motor a la vez ligero, potente y regular, de pequeño volumen, lo cual fué la obra de un mecánico de genio, sencillo obrero, el francés *Forest* (1851-1914); que en 1888 ensayó con éxito en una canoa automóvil el primer *motor de cuatro cilindros*, y el mismo año registró la patente de invención de un *motor de siete cilindros* dispuestos en forma radiada: los motores del automovilismo y de la aviación estaban creados.

LOS TRANSPORTES POR CARRETERA. — EL AUTOMOVILISMO

El desarrollo de los ferrocarriles dió por resultado reducir la importancia de los transportes por camino real. En todas las regiones cruzadas por el ferrocarril, las carreteras no eran utilizadas sino por la circulación local o como afluentes de los ferrocarriles. Hoy, gracias al *automovilismo*, la circulación por carretera ha cobrado nueva animación y la red de caminos tiende a recobrar toda su importancia.

Hemos visto que ya en 1769 el ingeniero *Cugnot* tuvo la idea de emplear la fuerza motriz del vapor para la propulsión de los carruajes y construyó el primer coche automóvil.



EL AUTOMÓVIL EN 1884 Y EN 1925.

Arriba: uno de los primeros automóviles construido en 1884 por la fábrica de Dió-Bouton. Tenía una velocidad de 40 km. por hora. Nótese la enorme caldera coronada por un largo tubo. Abajo: automóvil moderno a motor de explosión. Puede desarrollar fácilmente 120 km. por hora. Además, está dotado de arranque eléctrico, suspensión amortiguada, freno en las cuatro ruedas, cristales de seguridad, etc.

La invención del ferrocarril derivó las investigaciones hacia otra dirección, y la idea de Cugnot no fué recogida sino al final del siglo XIX cuando la invención, rápidamente popular, de la *bicicleta*, volvió a colocar en primer término el problema de la circulación por carretera. En 1883, el francés *Bollee* construyó el primer carruaje automóvil movido por el vapor, capaz de marchar a la velocidad de 20 kilómetros por hora, pero estos carruajes a vapor eran pesados y poco prácticos; se hicieron ensayos del motor eléctrico en vez del motor de vapor, y más tarde (1889) con el motor de explosión. Con éste, el automovilismo hizo progresos sorprendentes. Comenzada hacia 1890 la circulación por las carreteras de automóviles y camiones, se desarrolló en proporciones prodigiosas. La industria del automovilismo, nacida en Francia, convirtiéndose rápidamente en una de las más grandes industrias.

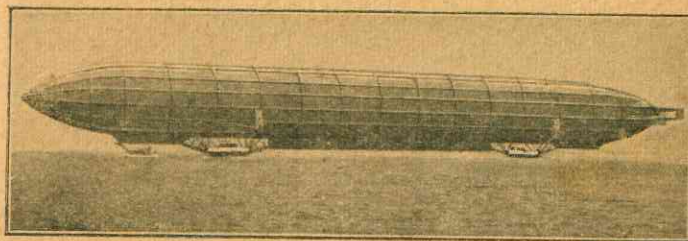
LOS TRANSPORTES AEREOS.
LA AERONAUTICA

En el mismo período, entre 1880 y 1910, la ciencia y la mecánica pudieron inscribir todavía en su activo, una nueva y magnífica conquista: la conquista del aire, maravilla que la humanidad había considerado largo tiempo como una qui-

mera irrealizable y que, sin embargo, se realizó progresivamente a nuestra vista.

Al final del siglo XVIII, dos inventores franceses, los hermanos *Montgolfier*, habían creado la aerostación; es decir, el arte de elevarse en los aires por medio de aparatos más ligeros que el aire o aerostatos. Estos aerostatos eran globos de forma esférica, inflados con gas hidrógeno. La primera ascensión en globo se verificó en 1783. A partir de esa fecha, sabios e ingenieros buscaron la manera de resolver el problema de la *aeronáutica*, es decir, de la navegación aérea por medio de globos dirigibles. Al cabo de numerosas investigaciones y experiencias, la solución completa del problema fué dada un siglo más tarde por un oficial francés, el capitán *Renard*, que construyó en 1884 el primer dirigible práctico, «Francia», que sirvió de modelo a la mayor parte de los dirigibles construidos desde esa época. El 23 de septiembre de 1885, el «Francia» vino a cernerse por encima de París y pudo volver en seguida a su «hangar», realizando el primer circuito aéreo; pero el dirigible del capitán *Renard* tenía un

motor eléctrico cuya fuerza no era superior a nueve caballos, y las experiencias del brasileño *Santos-Dumont*, que, en 1901, logró dar la vuelta a la Torre Eiffel, demostraron que el verdadero motor de la aeronáutica debía ser el motor de explosión, a la vez más ligero y más potente. A partir de entonces, pudieron construirse dirigibles rápidos y capaces de realizar verdaderos viajes aéreos: un oficial alemán, el conde *Zeppelin*, inventó un nuevo tipo de dirigible indeformable por medio de un armazón rígido de aluminio. Uno de estos diri-



UN ZEPPELIN.

El ejército del aire tiene hoy una importancia fundamental, especialmente en el ataque. Los dirigibles, los más costosos de los medios de guerra aérea, han sido una especialidad alemana: los más perfectos son los llamados zepelines, del nombre de su inventor, el conde de Zeppelin, que consagró su fortuna y su vida al hallazgo de la solución práctica del problema de la navegación aérea. La característica de estos aparatos es su armazón rígida, metálica. Uno de los zepelines hizo un viaje desde Alemania hasta Buenos Aires, a donde llegó el 30 de junio de 1934, con treinta y seis pasajeros. En otros viajes se ha alcanzado velocidades superiores a 150 km. por hora. La mayor parte de los zepelines han tenido un fin trágico.

gibles, llamados *zepelines*, por el nombre del inventor, dió en 1929 la vuelta al mundo en 21 días, de los cuales sólo 12 fueron de vuelo.

LA AVIACION Por muy rápido que haya sido su desarrollo, la aeronáutica ocupa hoy un puesto menos importante que la aviación; es decir, el vuelo a la manera de las aves por medio de aparatos más pesados que el aire llamados *aeroplanos* o *aviones*. Puede decirse que esta

maravillosa invención ha tenido, no un inventor, sino multitud de inventores, sin contar ilustres precursores tales como el gran artista y sabio italiano Leonardo de Vinci en los comienzos del siglo XVI. Como la mayor parte de las grandes invenciones, el descubrimiento de la aviación fué resultado de investigaciones y experiencias múltiples, peligrosas, y a veces



MODERNO AVIÓN COMERCIAL. (Foto Air France).

La importancia del avión como medio de transporte de pasajeros y correspondencia aumenta cada día. Los cinco continentes están hoy unidos por más de un millón de líneas aéreas. Una de las numerosas compañías de navegación aérea existentes, ha transportado en el período 1928-1938, por sus 40.000 kms. de líneas en explotación: 500 millones de cartas, 500.000 pasajeros y 14 millones de kilos de encomiendas. Una carta va por avión, de Buenos Aires a París, en 3 días.

mortales, perseguidas a la vez en varios países, en Francia, en Alemania, en Inglaterra y en Estados Unidos. El primer avión que voló, efectivamente, fué obra de un constructor francés, Ader, que en 1896 logró llevar a cabo un vuelo de 300 metros. Un americano, Wilbur Wright, logró poner a punto el mecanismo del vuelo cernido y fué verdaderamente el primer hombre pájaro capaz de llevar a cabo desde 1904 vuelos de varios kilómetros a la velocidad de 60 a 65 kilómetros por hora. En Francia, donde Wright verificó en 1908 sus primeras demostraciones públicas, fué donde la aviación comenzó a desarrollarse con mayor rapidez. Ese mismo año, el ingeniero francés Bleriot realizó, con un aeroplano de su in-

vención, el primer viaje aéreo recorriendo 28 kilómetros, tomando tierra dos veces y volviendo a partir por sus propios medios para volver al punto de partida; en 1909, el mismo aviador logró atravesar el canal de la Mancha, de Calé a Dover. En 1910, el peruano Chavez se elevó a más de 2.000 metros para transponer la cordillera de los Alpes por el Simplón, y realizada esa magnífica hazaña, pereció trágicamente a la llegada. De 1910 a nuestros días los progresos de la aviación han sido prodigiosamente rápidos. Los aviones alcanzan velocidades de 500 kilómetros por hora, suben hasta 15.000 metros de altura y han cruzado el Mediterráneo (1912), el Atlántico (1919) y el Pacífico (1927). Después de haber sido de 1914 a 1918 el arma de guerra más temible, son actualmente utilizados para el transporte rápido de pasajeros, envíos de correspondencia y mercancías, a tal punto que, en un solo mes del año 1920, los aviones al servicio de la línea aérea París-Londres han realizado 372 viajes, transportado 775 pasajeros, más de 10.000 kilos de mercancías y 278 sacos de correspondencia.

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO

El principio de la producción — máximo de producción con mínimo de esfuerzo — ha creado la división del trabajo: cada país, cada región, cada ciudad, cada barrio, cada familia, cada obrero, trabaja en la producción de algo: del conjunto del trabajo coordinado de varios obreros se obtendrá un objeto.

Cada obrero, disminuyendo su personalidad hasta convertirse en un engranaje de máquina, realiza una misma operación alcanzando un máximo de eficiencia y de rapidez y, por lo tanto, menor costo de producción. Así, en la fabricación de alfileres «un obrero desarrolla el hilo, otro lo endereza, el tercero lo corta, el cuarto aguza la punta, el quinto se ocupa de hacerle la cabeza y otros redondearlo, pulirlo, etc. Diez obreros pueden elaborar doce libras de alfileres por día y cada uno tiene más de 4.000 de regular tamaño, esos diez obreros, fabricaban más de 48.000 alfileres por día o sea 4.800 cada uno. Trabajando aisladamente es seguro que la producción no hubiera alcanzado a 20 piezas y quizás ni a una». (Adam Smith).

El principio de la división del trabajo impuesto por la diversidad de la producción se ha extendido a las regiones,

dentro de una o más naciones a medida que ha aumentado la producción, mejorando su calidad o aumentando su complejidad. Así se ha llegado al concepto de la unidad económica: es decir, la región, nación o provincia o conjunto de naciones que tiene materias primas que elaborar y el combustible necesario. La mayor parte de las luchas internacionales de las últimas décadas se ha debido a la necesidad de encontrar *dentro de la nación* todo lo necesario para la industria.

La guerra económica iniciada hacia 1923 mediante la resurrección del mercantilismo — vender, pero no comprar — obliga a cada nación a constituirse en una unidad económica. Como esto es cada día más difícil, nació el imperialismo que hoy es casi exclusivamente colonial y pronto dejará de serlo pues no hay ya regiones susceptibles de ser colonias. Así no quedará otro camino que la colaboración de los países mediante acuerdos económicos.

La división del trabajo en las profesiones superiores ha creado la especialización, favorecida por la facilidad de las comunicaciones. La especialización ha traído grandes beneficios a todas las ciencias, técnica, artes, etc. Ha creado también lazos internacionales, por sobre las fronteras, que se traducen en reuniones técnicas, conferencias económicas, congresos científicos, etcétera.

Este intercambio científico y los acuerdos económicos comienzan a crear los elementos para un mayor entendimiento entre los hombres, que desgraciadamente no se ve cercano.

CAPITULO XXI

LAS POTENCIAS COLONIALES SECUNDARIAS

Si dejamos aparte Rusia — cuyas posesiones asiáticas constituían, no colonias propiamente dichas, sino la prolongación de su imperio en Asia — las potencias coloniales secundarias eran en 1914, antes de la guerra, *Alemania, Holanda, Bélgica, Portugal, España, Italia y Estados Unidos.*

LAS COLONIAS HOLANDEASAS

Holanda es una de las más antiguas potencias coloniales. Fundado a principios del siglo XVII y fuertemente disminuído por los ingleses durante las guerras de la Revolución y del Imperio, el imperio colonial holandés es hoy todavía uno de los más ricos del mundo. Comprende: en América, una de las *Guayanas* y algunas *Antillas*; en el extremo oriente, la mayor parte de las islas de la Sonda — las *Indias neerlandesas* — y *Nueva Guinea* occidental; en total, más de *dos millones de kilómetros cuadrados*, poblados por *treinta y nueve millones de habitantes*, o sea un territorio sesenta veces más extenso y siete veces más poblado que la metrópoli.

Los esfuerzos de la colonización holandesa se han dirigido principalmente hacia *Java*, gran isla de 130.000 kilómetros cuadrados, donde la población malásica es extremadamente densa — 230 habitantes por kilómetro cuadrado —, el suelo rico y la vegetación prodigiosamente variada y abundante. El comercio de las *Indias neerlandesas* alcanza a *mil quinientos millones de francos*; en nuestros días, Java exporta sobre todo en grandes cantidades el azúcar de caña y el tabaco.

LAS COLONIAS
ALEMANAS

Alemania, al contrario de Holanda, era entre las potencias coloniales, una de las más recientes. Desde 1885, los alemanes adquirieron sucesivamente: en Africa, *Togo*, *Camarones*, el *Sudoeste Africano* y *Africa Oriental Alemana*; en Oceanía, la *Tierra del Emperador Guillermo*, es decir, el nordeste de Nueva Guinea y algunos archipiélagos inmediatos; después las *Carolinas* y las *Marianas* que compraron a España en 1899. En Asia, a consecuencia del asesinato de dos misioneros, exigieron a China la cesión en arriendo del territorio de *Kiao-Tcheu*, en la península de Chantung. La superficie del imperio colonial alemán era, en 1914, de unos dos millones y medio de kilómetros cuadrados pero los elementos de este imperio, excepto *Kiao-Tcheu*, que es una puerta abierta sobre China, eran generalmente mediocres. Llegados los últimos al reparto del mundo, los alemanes no habían obtenido sino las peores partes. A pesar de su genio en el comercio, el valor de los cambios con sus colonias apenas pasaba de 200 millones. Pero sobre todo, *ninguno de sus territorios*, salvo algunas partes de Africa oriental y del Sudoeste Africano, *era a propósito para llegar a ser colonia de población*, para recibir emigrantes y ser lo que querían los patriotas: el cuadro de una nueva Alemania. Sobre los doce millones y medio de habitantes de sus colonias, apenas si se encontraban *nueve mil* alemanes. De esta situación era de donde derivaba el apasionado interés de los «coloniales» alemanes por *Marruecos*, en donde desde hacía mucho tiempo se habían complacido en ver una próxima Argelia germánica.

En realidad, las más importantes colonias de Alemania no eran sus colonias oficiales, sino las *colonias espontáneas* formadas por los emigrantes alemanes en país extranjero. En efecto, se estimaba en más de *seis millones* el número de alemanes que, desde 1820 a 1900, se desparramaron por el mundo.

EL
FERROCARRIL
DE BAGDAD

Otra forma de la colonización alemana antes de 1914, era la *colonización económica* o la conquista de los países no alemanes por el comercio y la industria alemanes. La diplomacia y la política imperiales contribuyeron poderosamente a estas empresas. El cuidado de abrir importantes mercados a su industria es el que hizo del Imperio Alemán el amigo y frecuen-

temente el protector de Turquía. Gracias a la influencia de que gozaban en Constantinopla, los alemanes obtuvieron en Turquía de Asia importantes concesiones, principalmente la construcción del *ferrocarril de Bagdad*. Esta línea férrea, destinada a unir el Bósforo a Bagdad a través de Asia Menor y de Mesopotamia, tendrá una gran importancia, no solamente porque facilitará el renacimiento económico de estas regiones antiguamente tan prósperas, sino porque, continuada hasta el golfo Pérsico, será *el camino más corto hacia las Indias*. De aquí que los ingleses se hayan esforzado en someter, por lo menos a su inspección, el último trozo de la línea Bagdad-golfo Pérsico. Pero los resultados obtenidos por los alemanes en esta región, se aniquilaron por la derrota de Alemania en 1918, cuyo resultado fué la ruina total del imperio colonial alemán.

EL CONGO
BELGA

Bélgica no posee más que una colonia, de formación muy reciente, pero de gran importancia, o sea, en el centro de Africa, la cuenca casi entera del *Congo*, dominio inmenso y compacto de más de *dos millones de kilómetros cuadrados*, y poblado de unos *veinte millones de negros*.

Originariamente el Congo fué la propiedad privada de Leopoldo II, Rey belga, — que la obtuvo por un acuerdo con el explorador norteamericano Stanley (1878) — siendo reconocido en la conferencia de Berlín (1885) como soberano del estado libre del Congo. En 1898 se convirtió en colonia belga por cesión hecha por el rey.

ESPAÑA
Y PORTUGAL

España y Portugal habían sido las primeras grandes potencias coloniales; pero la una y el otro no poseen ya hoy sino algunos restos de su antiguo imperio.

Portugal ha conservado, sin embargo, en Africa, los vastos territorios de *Angola* y de *Mozambique*, separados ahora por la Rhodesia inglesa, con un total de unos dos millones de kilómetros cuadrados. En el Atlántico, posee varios archipiélagos importantes, como las *Azores*, *Madera* y la *islas de Cabo Verde*. En el extremo oriente no le quedan ya más que algunas factorías secundarias, tales como *Goa* en India y *Macao* en China, y el nordeste de la isla de *Timor* en el archipiélago malayo.

LA GUERRA
CONTRA
ESPAÑA

En la isla de Cuba, uno de los últimos restos del imperio colonial español en América, la población se había sublevado (1895) proclamando la independencia. Los españoles hicieron esfuerzos desesperados para reprimir la insurrección, enviando para ello a la isla más de 200.000 hombres en dos años.

Pero Cuba tenía para Estados Unidos una gran importancia: enfrente del valle del Missisipi y del futuro canal de Panamá, es, estratégicamente, la llave del golfo de Méjico. Además, posee inmensas riquezas que hacía valer desde luego el capital yanqui. En 1897, el presidente Mac-Kinley declaró, que si Cuba no estaba pacificada en un corto término, Estados Unidos se reservaban el derecho, en nombre de la civilización y de la humanidad, de intervenir con la fuerza en los asuntos cubanos. En 1898, después de la explosión del acorazado americano *Maine*, surto en el puerto de la Habana, Estados Unidos intimó a los españoles la orden de retirar sus tropas y reconocer la independencia de Cuba. Con este motivo estalló la guerra (abril de 1898).

España fué fácilmente vencida y desarmada. Después de la destrucción de sus dos principales escuadras ante *Manila*, en Filipinas, y ante *Santiago de Cuba*, tuvo que aceptar y firmar, por la mediación francesa, el *tratado de París* (10 de diciembre de 1898), por el cual reconocía la independencia de Cuba y cedía a Estados Unidos, Puerto Rico y Filipinas.

España, así despojada de sus últimas colonias, ha buscado compensaciones en Africa, donde posee el pequeño territorio de la *Guinea española*, la colonia desértica del *Río de Oro* en la costa del Atlántico, al sur de Marruecos, y las *islas Canarias* en la misma región que son una provincia española; por último, los antiguos *presidios de Africa*: Ceuta y Melilla. Francia e Inglaterra han reconocido la *región septentrional de Marruecos* como zona de influencia española; España sostiene allí guerras mortíferas contra los montañeses del Rif.

ITALIA

Desde que acabó su unidad, Italia ha buscado también constituirse en Africa un imperio colonial, soñando en primer lugar con Túnez. Burlada en sus esperanzas por la ocupación francesa, volvió la vista hacia Abisinia o Etiopía. Desde 1882 a 1888, los italianos se fueron apostando en sus inmediaciones, en *Assab*

y *Massauah*, junto al mar Rojo, y después en *Somalia*, en el océano Indico. Pero cuando decidieron establecer efectivamente su protectorado sobre Abisinia, país rico y poblado, tropezaron con una resistencia inesperada. El soberano o *nego*, Menelik, reunió hasta 200.000 guerreros e infligió al ejército italiano el desastre de *Adua* (1896). Italia tuvo que renunciar a Abisinia hasta 1936.

En 1911, había ocupado militarmente a Trípoli y los principales puntos de la costa, por medio de rudos combates contra los turcos sostenidos por las tribus árabes.

CAPITULO XXII

EL EXTREMO ORIENTE RUSIA ASIATICA HASTA 1914 CHINA Y JAPON

Por la *conquista de Siberia y de Turquestán*, Rusia ha llegado a ser una gran potencia asiática. El imperio ruso de Asia, prolongación de Rusia europea, extendiase en 1914 sobre dieciséis millones de kilómetros cuadrados, o sea vez y media la superficie de Europa. Era el más vasto imperio del mundo.

Pero el hecho capital de la historia contemporánea de Asia es la *transformación, al contacto de los europeos, de los viejos imperios de China y de Japón*. La transformación más rápida y más completa ha sido la de Japón. Organizado en estado moderno a partir de la revolución de 1868 y vencedor sucesivamente de China (1894-1895) y de Rusia (1904-1905), Japón ha pasado a la categoría de gran potencia y ejerce en el extremo oriente una verdadera hegemonía.

LOS RUSOS
EN SIBERIA

La conquista de Siberia por los rusos empezó a fines del siglo XVI, pero se hizo lentamente porque los rusos debían atender el frente europeo de su imperio y Siberia sólo fué tierra de castigo o presidio inmenso, donde fueron deportados los desterrados políticos y los condenados de derecho común. Pero a mediados del siglo XIX y después de la guerra de Crimea y el tratado de París, los rusos volvieron de nuevo la vista hacia Asia.

Las partes del litoral del Pacífico ya ocupadas tenían el inconveniente de estar invadidas durante siete u ocho meses

por los hielos. De aquí que los rusos buscasen adquirir, a expensas de China, costas más meridionales. Los chinos fueron primero expulsados de la desembocadura del Amur, después, en 1858-1860, mientras China estaba en guerra con Francia e Inglaterra, obtuvo los territorios que formaron la *provincia marítima*. En su extremidad meridional, enfrente de Japón, crearon un puerto militar con el ambicioso nombre de *Vladivostok*, es decir «el dominador de oriente».

Ensanchada de esta manera Siberia, medía más de *doce millones y medio* de kilómetros cuadrados: pero hacia 1860, no contaba ni aun dos millones y medio de habitantes. Los rusos intentaron poblar el país, muy fértil y rico en minas en sus partes meridionales, esforzándose en enviar allí el exceso de la población de Rusia europea y en fijar una parte de sus campesinos cuyo número crece tan rápidamente, que la tierra rusa no basta para alimentarlos. La colonización llegó a ser particularmente activa a partir de 1880; entre 1893 y 1900, más de *un millón doscientos mil labriegos* fueron enviados a Siberia.

Entre 1891 y 1901 se construyó un ferrocarril de 6.600 kilómetros de largo, llamado el *Transiberiano*, como instrumento de combate y el medio de transportar rápidamente las tropas al extremo oriente y asegurar allí, a expensas de China y Japón, el predominio de Rusia.

La necesidad de asegurar las comunicaciones entre Rusia y Siberia, frecuentemente molestadas por los temibles *Kirguises*, determinó a los rusos a intervenir en Turkestán, siéndoles precisos cuarenta años para someterlo (1845-1885).

Para asegurar su dominación en Turquestán, los rusos pusieron en servicio (1888) una línea de casi 2.000 kilómetros, el *Transcaspiano*, que va desde el mar Caspio a Merv, después a Samarcanda y a Tachquent, hoy capital de Turquestán.

CHINA
Y LOS CHINOS

El Imperio Chino es el más antiguo de los estados actualmente existentes; su historia auténtica empieza 3000 años antes de Jesucristo. Es más extenso que Europa entera y la fertilidad de sus llanuras atravesadas por dos ríos enormes y las innumerables minas de sus montañas hacen de ella una de las tierras más ricas del globo. Según las estadísticas chinas, el imperio contiene más de 450 millones de habitantes. Los chinos son de raza amarilla, laboriosos, tenaces, sobrios, inteli-



LI-HUNG-CHANG. (1823-1901).

Bajo la máscara impenetrable e impenetrable del mandarín chino se ocultaba un alma ambiciosa y sin escrúpulos, una inteligencia superior de hombre de estado, de diplomático y de hombre de negocios. Li-Hung-Chang representó en China un papel preponderante durante cerca de 40 años. Despreciando al extranjero, pero convencido de su superioridad militar e industrial, se esforzó en reformar la organización económica y militar de China, pero fracasó por tener que luchar con prejuicios muy tenaces. A él debe China, sin embargo, sus primeros ejércitos organizados a la europea, su escuadra, sus arsenales y sus primeros ferrocarriles y telégrafos.

gentes, muy disimulados y astutos, de una urbanidad extremada, comerciantes hasta la médula y desafectos a cuanto se refiere a las armas. Poseen en grado superlativo el sentimiento y el respeto de la familia: la sola religión que todos practican realmente es el culto a los antepasados. Inmovilizados en el respeto del pasado, los chinos no han tenido por mucho tiempo más que desprecio por las ideas nuevas y desconfianza y odio por todo lo que venía fuera y de los «diablos extranjeros».

LA
CIVILIZACIÓN
CHINA

Los chinos han tenido una civilización muy brillante. Desde muchos siglos antes que los europeos han conocido el uso de la aguja inmantada, de la pólvora de cañón, de la porcelana, del papel de trapos y de la imprenta: la *Gaceta de Pequín*, periódico oficial chino, data del siglo X. Se han distinguido en los trabajos en bronce y maderas duras, en el tejido de la seda y en el arte de los bordados. Su arquitectura figura entre las más originales del mundo. Su civilización alcanzó su apogeo desde el siglo XIV hasta el siglo XVII, bajo la dinastía de los *Ming*, desaparecida en 1644 bajo los ataques de los *mandchús*, invasores llegados del norte. Desde entonces se han gobernado los chinos por emperadores mandchús.

LOS
EUROPEOS
EN CHINA

La riqueza del Imperio Chino era conocida, desde la edad media, por los europeos, y el deseo de llegar a las fabulosas orillas del *Catay* — China — fué una de las causas determinantes de los grandes viajes de descubrimiento llevados a cabo por españoles y portugueses: llegaron a *Cantón* en 1517. Bien acogidos allí, no tardaron en exasperar a los chinos por su rapacidad y sus violencias. De aquí que China se cerrase casi completamente desde entonces a los «diablos extranjeros».

Esta situación duró hasta 1840. Fueron precisas dos guerras para abrir más extensamente China al comercio europeo; la *guerra del opio* (1840-1841), y la *expedición de China* (1858-1860).

La compañía inglesa de las Indias había obtenido el primer puesto en el comercio de *Cantón*. Su principal artículo de venta era una droga extraída de la adormidera, el *opio*, que los chinos fuman y que envenena más pronto que el al-

chino la venta del opio y destruido un depósito de 20.000 cajas guardadas en los almacenes ingleses, éstos bloquearon a Cantón y después emprendieron una guerra conocida con el nombre de *guerra del opio* (1840-1841): los chinos tuvieron que ceder *Hon-Kong* a Inglaterra; abrieron además cinco puertos, entre ellos Shang-Hai, al comercio británico. Estados Unidos y Francia obtuvieron poco después las mismas concesiones.

En 1856 se suscitaron nuevas dificultades en Cantón entre Inglaterra y China. Francia se unió a Inglaterra para castigar en común a China y obtener de ella, amenazando a Pequín, primero garantías para sus nacionales, después el establecimiento de relaciones diplomáticas regulares, y por último, nuevas facilidades para el comercio. Un ejército francoinglés ocupó a Pequín (1860). Los chinos hicieron todas las concesiones exigidas por el *Tratado de Pequín* (1860). Siete nuevos puertos fueron abiertos al comercio extranjero.

A consecuencia de este nuevo descalabro, pareció que China quería transformarse un poco. Pero la masa del pueblo y los mandarines permanecían hostiles a las novedades; el gobierno se mostraba débil y vacilante. De Japón era de donde debía llegar, con el ejemplo, la impulsión necesaria.

JAPÓN
Y LOS
JAPONESES

La transformación de Japón es, por su instantaneidad, uno de los hechos más sorprendentes de la historia. Se puede decir que, en algunos años, Japón, marchando sin descanso, ha vivido en realidad varios siglos.

De raza amarilla como los chinos, los japoneses son sin embargo profundamente diferentes a aquéllos. Soldados por instinto, de admirable bravura, educados en el culto del heroísmo, el espíritu de sacrificio y la religión de la patria, artistas maravillosos y del gusto más refinado, de humor alegre y accesible, muy observadores y reflexivos, tienen la inteligencia extremadamente viva, un gran sentido práctico y una sorprendente facultad de asimilación. Un pueblo con un tal carácter y en contacto con los extranjeros, desde el momento en que reconociera su superioridad, podía y debía transformarse.

Japón había recibido su civilización de China, pero mientras ésta llegaba a ser una monarquía burocrática, Japón permaneció siendo una *monarquía guerrera y feudal*. El pue-

blo estaba dominado por los señores o *daimios*, rodeados de sus caballeros o guardias, los *samurais*. Esta aristocracia militar tenía un jefe, el *shogun* o generalísimo, verdadero dueño del país, puesto que el emperador o *micado* «descendiente de los dioses» no había conservado sino una supremacía religiosa.

JAPÓN
Y LOS
EXTRANJEROS

Los portugueses llegaron a Japón poco después de haber llegado a China, hacia mediados del siglo XVI (1543). Fueron seguidos de misioneros católicos que obtuvieron tan rápidos éxitos que, en 1582, los japoneses enviaron una embajada al Papa, a Roma. Pero querellas políticas, en las que los misioneros se encontraron mezclados, provocaron un cambio en aquella situación. A principios del siglo XVII, Japón se cerró como no se había cerrado jamás China. No solamente fué prohibido a los extranjeros, bajo pena de muerte, penetrar en el imperio, sino que, bajo pena de muerte también, fué prohibido a los japoneses salir de él o comprar algún objeto que procediera de los extranjeros (1637).

Como para China, este aislamiento duró hasta mediados del siglo XIX. En 1853, Estados Unidos, establecidos en el Pacífico, quisieron abrir Japón a su comercio. Una escuadra americana se presentó delante de Yedo (Toquio): el shogun estaba primero dispuesto a rechazar la demanda de los americanos; pero después que sus enviados hubieron examinado atentamente los barcos y su artillería y se dieron cuenta de su poder, concedió la apertura de dos puertos. Francia, Inglaterra, Rusia, etc., pidieron y obtuvieron las mismas concesiones.

REVOLUCIÓN
DE 1868

La llegada de los extranjeros a Japón fué el origen de una crisis interior muy grave, de una guerra civil y de una revolución. Finalmente, el partido del micado se impuso al partido del shogun. En 1868, el nuevo emperador *Mutsu-Hito*, batió al shogun, le obligó a abdicar y quedó solo dueño del poder.

El año 1868 llegó a ser para los japoneses el año inicial de una *nueva era*, la «era del progreso». El micado, sostenido por la mayor parte de los nobles japoneses, abolió el régimen feudal para poner a salvo su independencia y colocarle a la altura de las demás potencias europeas. Se llamaron misiones francesas, inglesas, alemanas, oficiales, in-

genieros y profesores. Se enviaron estudiantes a Europa. Se abrieron escuelas, colegios y universidades y se redactó un conjunto completo de códigos, inspirados en los códigos franceses y alemanes. Se construyeron ferrocarriles y líneas telegráficas. Se crearon arsenales, una flota acorazada y un ejército cuyo reclutamiento fué asegurado por el principio del servicio militar obligatorio para todos y que, provisto del armamento más perfeccionado, subió bien pronto a casi 400.000 hombres. Por último, en 1889, promulgó el emperador una *constitución* que encomendaba el poder legislativo a dos asambleas: una cámara de los pares, en su mayoría nombrada por el emperador, y una cámara de representantes, elegida según un sistema censual.

GUERRA
DE COREA

La importancia y la grandeza de la transformación de Japón aparecieron súbitamente en un conflicto con China, a propósito del reino de Corea, situado a veinticuatro horas de la costa

japonesa.

Con gran sorpresa por parte de Europa, los japoneses batieron a los chinos con la mayor facilidad. Los chinos firmaron la paz: abandonaban a los japoneses las dos plazas que dominan la entrada del golfo de Petchili, al norte *Port Arthur*, con la península donde está construido, y al sur *Wei-Hai-Wei*; cedían además, enfrente de China meridional, la gran isla de *Formosa* (1895).

Entonces se produjo una intervención de Europa. So pretexto de defender «la integridad de China», Rusia, que ambicionaba para ella *Port Arthur*, supo arrastrar con ella a Francia y a Alemania, y las tres potencias impusieron una revisión del tratado de Simonséqui. Japón tuvo que contentarse con *Formosa* y una indemnización de guerra. Desde entonces se preparó a combatir contra Rusia, que había llegado a ser su principal adversario.

TENTATIVA
DE DESMEMBRAMIENTO
DE CHINA

A consecuencia de los descalabros chinos, muchos creyeron en Europa que algún día sería posible distribuirse China, como se había distribuido Africa; que, por lo menos, las potencias podrían ocupar allí cierto número de puntos estratégicos y establecer «zonas de influencia». La iniciativa de esta política de desmembramiento fué tomada por Alema-

nia: ocupó (1897), el puerto de *Quiao-Tcheu*, al sur de la península de *Chan-Tung*, región reputada por su riqueza y sus minas de carbón. Por su parte, los rusos negociaban y obtenían, para la terminación del ferrocarril transiberiano, la facultad de construir la vía en línea recta sobre *Vladivostok*, a través de la provincia china de *Manchuria*. Obtenían por otra parte, *Port Arthur* en arriendo, el puerto en aguas siempre libres, ambicionado desde hacía tantos años por Rusia: un entroncamiento debía unir este puerto al ferrocarril transiberiano (1898). Francia e Inglaterra se hicieron ceder igualmente en arriendo, la una *Cuan-Tcheu*, y la otra *Wei-Hai-Wei* (1898). Por otra parte, las potencias obtenían la apertura de doce puertos nuevos, el derecho de establecer en ellos manufacturas y la facultad para los vapores de circular por todas las grandes vías navegables. Arrancaban al gobierno chino para sus nacionales, concesiones de explotación de minas y de construcción de ferrocarriles, casi 10.000 kilómetros.

LA GUERRA
DE LOS
BOXERS

El patriotismo chino y el espíritu de rutina se sublevaron. Sociedades secretas, muy numerosas y muy activas en China, sobre todo la sociedad llamada de los *boxers*, provocaron un movimiento nacional que estalló en Pequín, en mayo de 1900, y se extendió a toda China del norte. Las potencias, incluso Japón y Estados Unidos, decidieron obrar en común: un ejército internacional reprimió en una corta campaña el movimiento boxer (septiembre-octubre de 1900). Los chinos tuvieron que pagar una fuerte indemnización y confirmar las concesiones de trabajos públicos hechas anteriormente. En cambio, renunciando las potencias a toda idea de desmembramiento, garantizaban la *integridad de China*.

LA GUERRA
DE
MANCHURIA

Rusia estaba resuelta a no respetar esta garantía: quería *Manchuria*, a toda costa. Pero la ambición rusa tropezó con la ambición japonesa: sin declaración de guerra, los japoneses destruyeron una parte de la flota rusa ante *Port Arthur* (1904), e introdujeron su ejército en Corea.

La guerra ruso-japonesa duró año y medio. Los japoneses tomaron *Port-Arthur* después de un sitio de diez meses, donde dieron pruebas de una maravillosa bravura (1905). Mar-

chando atrevidamente adelante, hicieron sufrir a los rusos sangrientas derrotas en varias grandes batallas, cada una de las cuales duró varios días. La última, en *Mucden* (1905), costó en cuatro días 120.000 hombres muertos o heridos a ambos ejércitos, y fué un verdadero desastre para los rusos que dejaron 40.000 prisioneros. Una flota rusa de veinte acorazados, llegada de Europa, fué totalmente destruída — sólo tres cruceros escaparon — en *Tsusima*, en el estrecho de Corea, por la flota japonesa del almirante *Togo* (1905).

La mediación del presidente de Estados Unidos, Roosevelt, terminó la guerra. Por el *tratado de Portsmouth* — una ciudad de Estados Unidos — los rusos reconocieron el protectorado de los japoneses sobre Corea y les abandonaron Port Arthur, así como una parte de la isla Sajaline. Debieron, por otra parte, prometer la evacuación de Manchuria, que debía ser devuelta a China. En realidad Manchuria fué dividida en dos zonas de influencia: una rusa, al norte; otra japonesa, al sur.

JAPON
ACTUAL

Japón ha llegado a ser de esta manera la potencia preponderante en el extremo oriente. Los resultados materiales de la transformación de Japón en menos de cuarenta años, pueden resumirse así: el imperio ensanchado con Formosa, la mitad de la isla Sajaline, Corea — anexada definitivamente en 1910 —, una flota comercial tan importante como la francesa; líneas de navegación japonesas que sirven a América, Australia, Asia, Europa, Marsella y Londres; una industria, especialmente metalúrgica y arsenales de construcciones navales bastante amplios y potentes para construir los mayores acorazados; por último, un comercio exterior que pasó, de 135 millones en 1868, a más de dos mil millones en 1905. Ningún pueblo ha llevado a cabo en un lapso de tiempo tan breve una evolución tan prodigiosa.

TRANSFORMACION
DE CHINA

Los brillantes éxitos de Japón han tenido naturalmente una repercusión profunda en China. Parecen haber hecho comprender definitivamente a los chinos que hay gran provecho en no despreciar las «ciencias bárbaras», y que conocerlas y adaptarse su organización es para los pueblos la condición misma de la independencia.

Así es que, bajo la dirección de instructores japoneses, China ha empezado a preparar un ejército a la europea, regularmente reclutado y uniformemente equipado. Publica periódicos donde se ensalzan las virtudes guerreras que aún ayer eran tan despreciadas por los chinos. Multiplica el número de los estudiantes enviados a Europa, y sobre todo a Japón. Ha reformado la organización de su enseñanza y creado colegios y universidades. Por otra parte, los chinos comienzan a querer dar por sí mismos valor a su país; compran a los extranjeros las minas concedidas y hasta ciertas líneas férreas; ensayan además crear fábricas.

Paralelamente a esta transformación social se lleva a cabo una transformación política. Bajo la presión de elementos revolucionarios, que no vacilan en recurrir a los atentados o al motín, el gobierno imperial ejercido por la emperatriz Tseu-Hi tuvo que prometer el establecimiento del régimen constitucional (1906). Pero estas concesiones, aún arrancadas por el miedo, parecieron insuficientes. El Kuo-Min-Tang, o partido democrático nacionalista fundado y encabezado por el ilustre médico chino Sun-Yat-Sen, exigía una renovación nacionalista, política y social que la reforma imperial no satisfacía. Dos años después moría la Emperatriz y el Emperador, reemplazándolos Pu-yi, niño de cuatro años, lo que precipitó la caída de la monarquía. Una revolución estalló en 1911; la dinastía manchú fué derrocada, y los chinos proclamaron la república (1912) y su primer presidente fué el doctor Sun-Yat-Sen. Pero Yuan-Shi-Kai que se adhirió interesadamente a las nuevas ideas y llegó a ser Ministro del Imperio supo aprovechar la revolución en su beneficio haciendo renunciar a Sun-Yat-Sen, para reemplazarlo. Bajo la apariencia de gobierno constitucional ejerció una verdadera dictadura llegando a pretender ser emperador. Murió en 1916.

Transformación tan radical fué seguida de profundos desórdenes que conmovieron la unidad misma del vasto imperio chino. La dictadura militar de Yuan-Shi-Kai, varias tentativas de restauración monárquica, guerras civiles entre el norte, donde dominan los republicanos moderados, y el sur, donde dominan los republicanos radicales; pronunciamientos tentados por los generales, que son verdaderos cabecillas a la manera de los antiguos condottieri, miseria casi constan-

te y hambres frecuentes que facilitan la penetración de los comunistas que gobiernan ya una parte del país, y a favor de estas turbulencias, un esfuerzo paciente y metódico de Japón para poner a China en tutela, tal es el balance de la historia china desde 1912. Recientemente (1932) ha logrado formar, agregando provincias chinas, un estado nuevo, con más de 30 millones de habitantes, el Mandchuko, donde por su influencia se coronó soberano a Pu-yi, último rey de la dinastía mandchú que gobernó China hasta 1912. Abandonado por las potencias europeas el interés por China, ha aparecido el interés japonés, por cuya inspiración se creó el Mandchuko. Las varias tentativas de ocupación rematan en la actual guerra chinojaponesa, que sorprende a China en medio de sus endémicas sublevaciones militares.

CAPITULO XXIII

LA GRAN GUERRA 1914-1918

El antagonismo de Austria y Hungría con Servia hizo estallar en 1914 una guerra que se extendió en seguida por casi toda Europa, y luego por la mayor parte del mundo. Desde 1917, Estados Unidos tomó también parte en la lucha.

Esta guerra duró cuatro años y medio: desde el 28 de julio de 1914 al 11 de noviembre de 1918. Se la ha denominado la Gran Guerra, y fué, en efecto, la mayor, no solamente de los tiempos modernos, sino de toda la historia.

Indecisa durante mucho tiempo, terminó con la *derrota de las tropas germánicas*, y la acompañaron o siguieron trastornos territoriales, políticos, sociales y económicos. El mundo contemporáneo salió de ella completamente transformado.

LAS CAUSAS
PROFUNDAS

La guerra de 1914 tuvo por causa inmediata la agresión de Austria a Servia; pero la profunda fué el sistema europeo de la paz armada y de las alianzas contrarias.

Desde 1904, como se ha visto, Inglaterra se había reconciliado sucesivamente con Francia, luego con Rusia. Hallábase dividida Europa en dos grandes agrupaciones que parecían contrapesarse y asegurar el equilibrio europeo. Alemania empero, bajo Guillermo II, no aceptaba de buena voluntad aquel régimen de equilibrio que limitaba su fuerza de expansión, la cual estaba entonces en pleno florecimiento: aguantaba a duras penas su inferioridad territorial y colonial, reivindicando sus prerrogativas y acusando a las potencias de la Triple Armonía por haberse coaligado con el fin de cercarla.

Las relaciones de Rusia con Austria y Alemania seguían empeorando. Todas las potencias, inquietas, intensificaban sus armamentos. Se llegaba hasta el punto de que cada uno de los grupos contrarios, fiando en sus fuerzas, estaba resuelto a no retroceder ya ante el otro: harto grande era la tentación de la guerra, para los imperios centrales sobre todo, porque estimaban que el equilibrio de las fuerzas tendía a modificarse a costa suya.

EL ATENTADO
DE SARAJEVO Y
EL ULTIMATUM
AUSTRIACO

En estas condiciones fué cuando ocurrió el trágico *atentado de Sarajevo*, hecho inicial de la gran crisis. El 28 de junio de 1914, en Sarajevo de Bosnia, fueron asesinados el archiduque heredero de Austria y su mujer. El asesino era un joven bosniaco, y el complot se había preparado en Belgrado con la complicidad de algunos funcionarios y oficiales serbios.

Austria, desde hacía mucho tiempo impaciente por atacar a Serbia, había sido contenida hasta entonces por Alemania. Pero, esta vez, logró su apoyo y el 23 de julio, presentó Austria un *ultimátum a Serbia*, cuyas exigencias no parecían aceptables. A pesar de una contestación muy conciliadora y de un recurso de Serbia en vista de un arbitraje, rompió Austria las relaciones diplomáticas a partir del 25 de julio; desde el 28 de julio lanzaba la *declaración de guerra a Serbia*, y al día siguiente bombardeaba a Belgrado.

LA GUERRA
EUROPEA

Decidida Rusia a no dejar que Serbia fuera anada, comenzó sus preparativos militares. Si bien Francia se hallaba privada momentáneamente de sus jefes (1), el gobierno inglés, muy pacífico, multiplicaba las proposiciones mediadoras. Pero pasaban los días y al fin el mismo canciller alemán confesó que «la máquina estaba en movimiento»: todos los esfuerzos de mediación resultaban inútiles porque los Estados Mayores, impacientes por obrar, se hacían dueños de la situación. El 29 de julio decidía Rusia la *movilización parcial* contra Austria, y el 30 de julio la *movilización general*. Mientras por su lado ordenaba Austria la *movilización general*, lanzaba Alemania un doble ultimátum a Rusia y Francia, seguido el

(1) El Presidente de la República y el presidente del Consejo volvían por mar de San Petersburgo.



GUILLERMO II.

Fotografía facilitada por la biblioteca del Museo de la guerra.
(Véase explicación, pág. siguiente).

1º de agosto por una *declaración de guerra a Francia*, basada, inhábilmente, en informes falsos.

VIOLACIÓN
DE LA
NEUTRALIDAD
BELGA

Apenas producido el conflicto se dislocó la Triple Alianza al mismo tiempo que se estrechaba la *Triple Entente*. Invocó Italia «el carácter puramente defensivo» de la Triple Alianza con el fin de quedar siendo neutral. El gobierno inglés seguía dividido y vacilante, siendo necesaria la *violación de la neutralidad belga* para que se decidiera Inglaterra a obligarse a la lucha.

Prusia, con las otras grandes potencias, había firmado los tratados de 1831-1839 que garantizaban la neutralidad de Bélgica. Pero, para aplastar rápidamente al ejército francés, el medio más seguro era atacar por el norte, cruzando por Bélgica. Alemania intimó a Bélgica que diera paso a sus ejércitos.

El gobierno belga contestó que si «acceptase las propuestas alemanas, sacrificaría el honor de la nación a la vez que traicionaría sus deberes para con Europa». El 4 de agosto, los alemanes atacaron el campo atrincherado de Lieja. El mismo día, Inglaterra declaró la guerra a Alemania: «¡Sólo por un papel mojado!» exclamó el canciller alemán Bethmann-

Esta fotografía fué tomada durante la guerra, en enero de 1915, en el vigésimo séptimo año del reinado de Guillermo II, que tenía entonces cincuenta y seis años de edad. Lleva el emperador uniforme de campaña — feldgrau — y el casco puntiagudo, cubierto con una funda gris. El papel personal de Guillermo II en la crisis de junio-julio de 1914, ha sido comprobado por la publicación de documentos alemanes, anotados de su puño y letra. Basia citar el informe enviado en 30 de junio por Tschirchky, embajador de Alemania en Viena. Escribía el embajador: "Hasta a la gente más seria oigo expresar aquí el deseo de arreglar, por fin, definitivamente, las cuentas con los serbios". Guillermo II anotó al margen. "¡Ahora o nunca!". Tschirchky agregó: "Aprovecho todas las ocasiones de esta naturaleza para desaconsejar tranquila, pero seriamente; medidas precipitadas". Guillermo II anotó: "¿Quién le autoriza para eso? ¡Qué tontería! Eso no le importa absolutamente nada. Que Tschirchky me haga el favor de dejar a un lado todas esas tonterías. Hay que acabar con los serbios lo más pronto posible". Estas notas de primera impresión, salpicadas de invectivas, primero contra los serbios y después contra los ingleses, revelan una extraordinaria carencia de sangre fría.

Hollweg durante una conversación dramática con el embajador inglés.

EL PLAN DE
ALEMANIA

Desde el comienzo, la guerra tuvo un carácter mundial: de un lado, Alemania, Austria-Hungría y su aliada Turquía — ésta no entró en la guerra hasta el 29 de octubre de 1914; — del otro Rusia y Serbia, Francia y Bélgica, el Imperio Británico y su aliado Japón — en guerra desde el 23 de agosto de 1914. Su escenario fué Europa oriental y occidental; Serbia, Turquía asiática, las colonias de Africa, el extremo oriente y todos los mares.

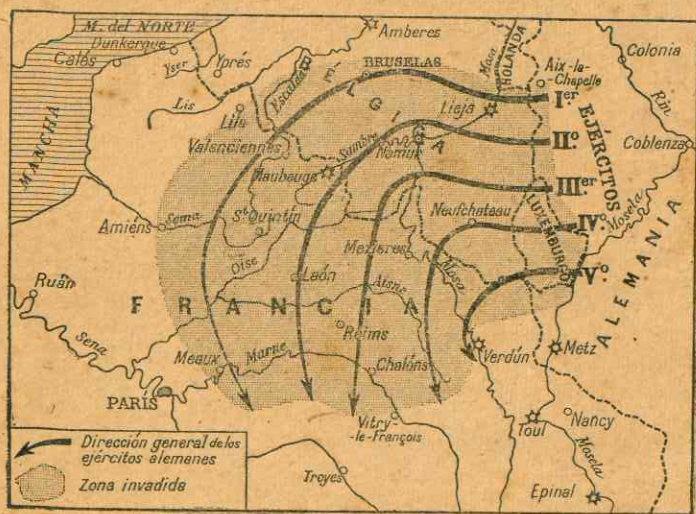
Al principio se creyó que la guerra terminaría rápidamente por encuentros decisivos entre los dos principales ejércitos: el alemán y el francés. El plan de Alemania, era, en efecto, arrojarse sobre Francia con casi todas sus fuerzas — *millón y medio de combatientes*, — ponerla rápidamente fuera de combate y luego volverse contra Rusia. No tenía, como en 1870, una superioridad numérica muy grande, pero contaba con la *superioridad incontestable de su preparación técnica, de sus cuerpos de reserva, de su artillería pesada de campaña, de su material de artillería de sitio*, — cañones de 420, morteros austríacos de 305 — y con el *efecto de sorpresa* que debía producir su paso por Bélgica.

1914.
EL MARNE

La primer gran batalla, llamada *batalla de las fronteras*, acaeció del 20 al 23 de agosto; fué una *victoria alemana que terminó con la pérdida de Bélgica y del norte de Francia*. Los dos adversarios habían tomado la ofensiva; el estado mayor alemán, mandado por el general de Moltke, forzó el campo atrincherado de Lieja y arrojó cinco ejércitos sobre Bélgica. El estado mayor francés, mandado por el general Joffre, no creía que los alemanes cruzasen el Mosa; contaba paralizar la maniobra del enemigo con un violento ataque en Alsacia-Lorena y en Ardena. Pero la ofensiva francesa fracasó y los alemanes invadieron Francia.

La segunda gran batalla, llamada del *Marne*, se libró del 5 al 12 de septiembre; fué una *victoria francesa, que tuvo por consecuencia el repliegue de los alemanes sobre el Aisne y el fracaso de su plan inicial*. Los alemanes se esforzaban para

envolver al ejército francés en retirada, o en acorralarle contra la frontera suiza. El temerario avance del ala derecha alemana, mandada por *von Kluck*, provocó una gigantesca batalla que puso en acción cerca de dos millones de combatientes en un frente de 300 kilómetros. Después de una lucha



MARCHA DE LOS EJÉRCITOS ALEMANES EN FRANCIA.
(Agosto-septiembre de 1914)

En este diseño se puede seguir el desarrollo de la maniobra alemana dispuesta por Moltke, desde la batalla de las fronteras hasta la del Marne; maniobra colosal que tendía a rechazar los ejércitos franceses en dirección a la frontera suiza.

encarnizada, los alemanes se batieron en retirada hasta e Aisne.

La tercer gran batalla, llamada *batalla del Iser*, se libró del 20 de octubre al 13 de noviembre: esta fué una batalla indecisa, que tuvo por resultado la inmovilización de los frentes.

Así, contra todas las previsiones, la campaña de 1914 terminó sin resultados decisivos.

LA GUERRA EN
EL FRENTE
ORIENTAL

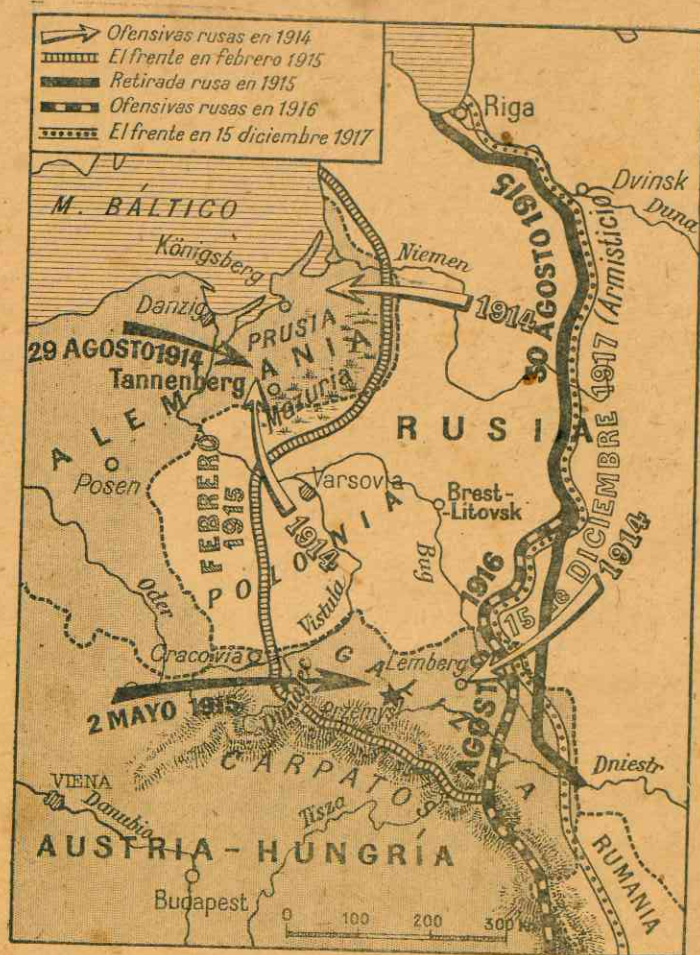
Durante el mismo tiempo, la guerra había seguido una evolución análoga en el frente oriental. Los adversarios se dieron mutuamente golpes terribles sin que ninguno de los dos pudiera obtener la decisión en su favor. El enorme Imperio Ruso parecía poseer una superioridad aplastante por su masa de población; pero estaba afectado por todos los vicios de un régimen político y social en plena descomposición; la traición reinaba por doquiera. Consiguió siempre Alemania paralizar la acción de Rusia en los momentos más difíciles.

Para proporcionar a Francia un concurso tan rápido como era posible, Rusia lanzó dos cuerpos de ejército sobre Prusia oriental, donde los alemanes no pusieron más que fuerzas muy inferiores. Encargado *Hindenburg* de salvar a Prusia de la invasión, consiguió realizar una audaz maniobra: acometiendo alternativamente los dos ejércitos rusos, envolvió y destrozó a uno en *Tannenberg* y derrotó al otro en los *lagos Masurianos*.

Por el contrario, en el sur, en los mismos días (fines de agosto, principio de septiembre de 1914) dirigidos los rusos por el gran duque Nicolás, consiguieron sobre los alemanes la gran victoria de *Lemberg*. La ola de los ejércitos rusos se extendió por Galizia hasta las estribaciones de los Cárpatos. Apenas entrada Austria en la lucha, pareció estar a punto de sucumbir, pero se salvó gracias a la intervención de refuerzos alemanes y a las iniciativas estratégicas de *Hindenburg*. Durante dos meses se sucedieron ofensivas y contra ofensivas, sin resultado definitivo. Después, igual que los combatientes del frente occidental, rusos y austroalemanes se estacionaron en sus frentes para tomar aliento.

LA GUERRA
FUERA DE
EUROPA

Los aliados tenían una ventaja capital: el dominio del mar, asegurado por la superioridad de la flota británica. Alemania no se decidió a correr el riesgo de una batalla naval y únicamente emprendió una guerra en corso, que al principio le proporcionó algunos éxitos, gracias a sus cruceros rápidos. Pero los ingleses destruyeron tres de estos cruceros en la batalla de las *islas Malvinas* (8 de diciembre), y los otros fueron sucesivamente eliminados. Alemania quedó expulsada del mar, pero le quedaba a pesar de eso, un arma formidable: el submarino.



LA GUERRA EN EL FRENTE ORIENTAL.

Este diseño muestra el mayor avances de los rusos en los comienzos de 1915; la retirada desastrosa de sus ejércitos en 1915, después de la rotura del frente en Dunajec; su vuelta a la ofensiva en 1916, en Galizia; el retroceso de las dos alas en 1917, la pérdida de Riga, y por fin, la línea de los ejércitos cuando se concluyó el armisticio de Brest-Litovsk. Durante toda la guerra, pero especialmente en 1915, lucharon los rusos con la fuerza del número, pero estuvieron siempre escasos de material y de aprovisionamientos; por esto sufrieron pérdidas horribles.

El dominio de los mares dejó las colonias alemanas a merced de los aliados. En el extremo oriente, los japoneses sitiaron y tomaron la fortaleza de Tsing-Tau (29 de agosto al 7 de noviembre) y en Africa, los aliados comenzaron la conquista de las colonias alemanas. La alianza turca permitió a los alemanes apostarse en los estrechos, amenazar a Egipto y extender la guerra hasta los confines de Asia occidental.

LA GUERRA, DE 1915 A 1918

LA INTERVENCION AMERICANA Y LA REVOLUCION RUSA

Incapaces de vencerse e igualmente debilitados, los ejércitos se inmovilizaron frente a frente en los atrincheramientos improvisados, que formaban una línea continua — 780 kilómetros, del mar del Norte a la frontera suiza. — De este modo, la guerra se transformó en guerra de trincheras, guerra de desgaste, que sirvió para probar tanto las fuerzas morales, como las materiales, de los combatientes.

De una y otra parte, se trabajaba en reforzar incesantemente las organizaciones defensivas, — redes de alambre con púas, abrigos cavados en la tierra o recubiertos de hormigón, extensión de varias líneas correlativas, tiros de contención, flanqueos con ametralladoras. — Se usaron las armas que convenían a un combate a poca distancia: "granadas y lanzabombas; las armas defensivas olvidadas desde la edad media, cascos de acero, y hasta corazas. De ambos lados, se trabajaba también en perfeccionar los medios ofensivos para romper las líneas enemigas: la artillería especialmente y la aviación, se desarrollaron en proporciones colosales. Se ingeniaron para encontrar nuevos aparatos, capaces de producir una sorpresa fulminante. Violando los convenios internacionales que habían firmado, los alemanes usaron líquidos inflamables y gases asfixiantes; los franceses y los ingleses construyeron desde 1916, carros de asalto o «tanques», montados sobre orugas de acero, de modo que pudieran trasponer

y demoler todos los obstáculos. Para fabricar este enorme material de guerra, fué preciso multiplicar las industrias bélicas y la guerra tomó un carácter cada vez más científico e industrial.

Como consecuencia, se convirtió en guerra económica. Inglaterra, dueña de los mares, bloqueó los puertos alemanes e impidió el aprovisionamiento de Alemania, especialmente en productos alimenticios. Alemania contestó inaugurando el bloqueo por los submarinos. Fué una guerra sin misericordia; los submarinos alemanes torpedearon hasta los paquebotas de pasajeros: el 7 de mayo de 1915, el torpedeamiento del gran transatlántico inglés *Lusitania* causó 1.145 víctimas, hombres, mujeres y niños.

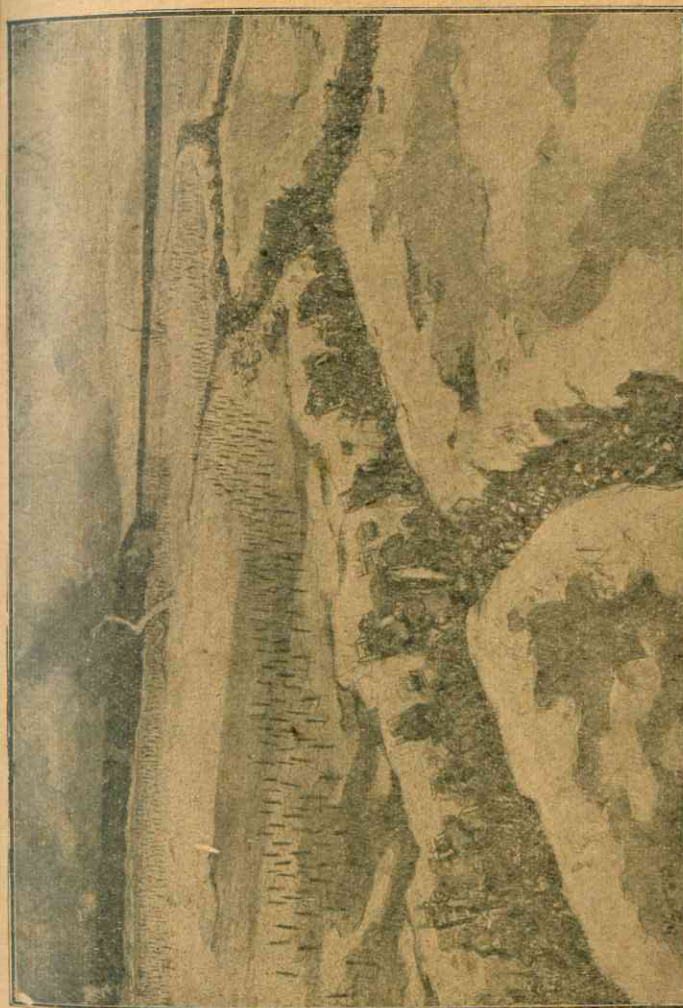
PRINCIPALES
ACONTECIMIENTOS

La coalición anglofrancorrusa parecía tener superioridad en el número y en los recursos: pero falta de preparación para la guerra, de método, y especialmente de dirección única, no supo aprovecharla desde el principio. De año en año, la guerra se prolongaba, se extendía, se intensificaba sin llegar a resultados más decisivos que en la campaña de 1914. Así, pues, debemos limitarnos a anotar, entre la multiplicidad de acontecimientos, los hechos esenciales.

1915 El año 1915 se señaló por la entrada de Italia en guerra contra Austria (23 de mayo), en virtud del tratado secreto de Londres que le prometía Trento, Trieste y una parte del litoral de Dalmacia, es decir, toda la Italia «irredenta». Después de una corta ofensiva, el ejército italiano se inmovilizó en los Alpes de Trento y en las líneas del *Isonzo*, sobre el camino de Trieste.

En el frente oriental, donde Alemania había decidido acumular su esfuerzo, los aliados sufrieron grandes reveses: los austroalemanes conquistaron toda Polonia, Lituania y Curlandia y no se detuvieron hasta delante de Riga y Dwinsk (septiembre). Después, destrozaron al ejército serbio y conquistaron Serbia (octubre a diciembre), pero fracasaron en el paso de los Dardanelos, quedándoles cerrado el Mediterráneo.

En el frente occidental, los ejércitos francoingleses fracasaron en sus tentativas ofensivas.



Amontonados en la trinchera y los rampantes, los infantes franceses con su equipo y con casco, esperan que suene la hora fijada para el ataque. Se han colocado escalas contra la trinchera, a fin de facilitar la salida. Oficiales y suboficiales colocados en los últimos pedregales, se disponen a salir los primeros y a marchar, sin dudar, a la muerte. Delante de la primera línea, la red de alambres de púas, entre la que se han preparado algunos pasos. Más allá, el desierto del no man's land, en el que se destaca la silueta de un árbol aislado y mutilado. Todavía más allá la alambrada y las trincheras enemigas, que se trata de tomar. En el fondo se perciben las explosiones de la artillería. Paisaje lúgubre de la guerra, en el que la nieve está medio fundida.

ANTES DEL ATAQUE. Cuadro de A. Devambez. Museo de la guerra. Fotografía Hachette.

1916 El año 1916 se señaló por la entrada de *Portugal* en la guerra (marzo) y de *Rumanía* (28 de agosto) al lado de los aliados. Fué el año de la batalla de *Verdún*, la más grande batalla de la guerra por su duración (siete meses) y su encarnizamiento épico. Volviendo a su plan primitivo, los alemanes quisieron dar un golpe decisivo al ejército francés antes de que estuvieran dispuestos para entrar en línea los nuevos ejércitos ingleses. Atacaron antes *Verdún* (21 de febrero) pero todos sus esfuerzos se rompieron ante la tenaz resistencia de los franceses. *La supremacía militar pareció entonces estar a punto de pasar a los aliados: éstos consiguieron ventajas en todos los frentes. Puestos en apuro los imperios centrales, confirieron el mando supremo a Hindenburg secundado por Ludendorff* (29 de agosto), y consiguieron por medio de una ofensiva audaz poner fuera de combate al ejército rumano, mal amparado por los rusos, *y conquistar casi toda Rumanía*; pero todos estos éxitos fueron tan precarios que el mismo Ludendorff declaró que «estaba en equilibrio sobre la hoja de un cuchillo».

Por mar, las flotas inglesa y alemana riñeron la gran batalla de *Jutlandia*, sin resultados decisivos.

En Asia, los rusos conquistaron casi toda *Armenia*, pero un ejército inglés tuvo que capitular en Mesopotamia, en *Kut-el-Amara* rodeado por los turcos. En Africa los aliados terminaron la conquista de las colonias alemanas.

1917 El año 1917, fué el más alterado de la guerra. Los acontecimientos políticos y económicos sobrepasaron en importancia a los militares. Alemania, debilitada por sus pérdidas y por el bloqueo, se sentía desfallecer y redobló los esfuerzos para imponer la paz a los aliados; quería llegar a sus fines por la *guerra submarina* y por la *revolución rusa*.

El almirantazgo alemán creyó posible «poner a Inglaterra de hinojos» en cinco meses, por la *guerra submarina* sin cuartel, y el 31 de enero de 1917 notificó a los países neutrales que Alemania impediría por la fuerza, a contar del 2 de febrero, y en las zonas que rodeaban a Gran Bretaña, Francia e Italia y el Mediterráneo oriental, toda navegación, incluida la de los neutrales. *Todos los buques encontrados en*

esas zonas serían hundidos. La guerra submarina hizo sufrir enormes pérdidas a los aliados y les puso rápidamente en una situación crítica; sin embargo, consiguieron conjurar el peligro, ya perfeccionando las defensas contra los submarinos, ya intensificando las construcciones navales. Lejos de dar la victoria a Alemania, la guerra submarina tuvo una consecuencia que debía serle fatal, porque determinó la *entrada de Estados Unidos en la guerra* (6 de abril). Pero Estados Unidos no tenía más que un ejército pequeño, y Alemania no creyó en la posibilidad de una intervención militar americana en Europa.

Por otra parte, la situación parecía completamente transformada por la *revolución rusa*, que estalló en Petrogrado el 11 de marzo. El zar Nicolás fué constreñido a abdicar (15 de marzo) y todo el poder efectivo pasó, no a un gobierno provisional, sino a los *Soviets*, comités de delegados elegidos por los obreros y los soldados. Las intrigas alemanas apresuraron la *disgregación militar, política y social* del imperio ruso, facilitaron la ocupación del poder por un grupo de comunistas llamados *bolcheviques*, cuyos jefes eran *Lenin* y *Trotsky* (7 de noviembre). Los bolcheviques firmaron con Alemania el armisticio de *Brest-Litowsk* (15 de diciembre) y entablaron las negociaciones de paz. Pareció que Alemania había ganado la partida en el este.

En el oeste se había mantenido prudentemente a la defensiva. En febrero y marzo, los ejércitos alemanes retrocedieron hasta las posiciones poderosamente fortificadas, llamadas *las líneas de Hindenburg*. Los aliados consiguieron brillantes éxitos locales, sin resultado decisivo; pero los alemanes consiguieron romper completamente el frente italiano en *Caporetto*. Venecia fué invadida hasta el *Piave*, y los ingleses y franceses tuvieron que enviar a Italia once divisiones de refuerzo.

En los Balcanes, Grecia se puso al lado de los aliados. En Asia, los ingleses se apoderaron de *Bagdad* y de *Jerusalén*.

INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS

La intervención americana es el acontecimiento esencial de este largo período, y por su transcendencia merece ser estudiado más detenidamente, puesto que debía ejercer una influencia decisiva sobre el fin de la guerra, haciendo inclinar la balanza del lado de los aliados.

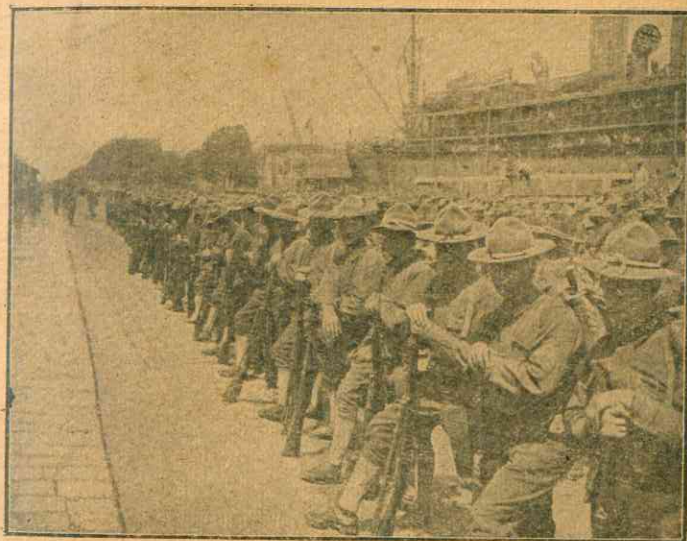
La intervención americana tuvo por causa directa la guerra submarina decretada por la nota alemana del 31 de enero de 1917. Sin dejar de observar la más estricta neutralidad, el presidente de Estados Unidos, *Woodrow Wilson*, mantuvo irreductiblemente el derecho de los neutrales a la libre navegación, y a la nota que constituía la violación palmaria de ese derecho contestó con la ruptura de las relaciones diplomáticas. El 6 de abril, el congreso votó el reconocimiento del estado de guerra entre Estados Unidos y Alemania.

Alemania afectó no tenerlo en consideración. Creía aún firmemente en la rápida eficacia del bloqueo submarino. Además, separado Estados Unidos de los aliados por toda la amplitud del Atlántico, no disponía más que de 150.000 hombres de tropas regulares y le pareció un enemigo poco peligroso.

Este fué tal vez su error más grave, que debía serle fatal. Estados Unidos aportó a los aliados un refuerzo económico, militar y moral de un valor inestimable.

Es cierto que, militarmente, ese refuerzo no podía ser inmediato, pero el congreso votó la institución del *servicio militar obligatorio*, y pronto se organizó rápidamente el gran ejército americano. Económicamente era tal la potencia de Estados Unidos — aumentada aún por la guerra — que su acción se notó inmediatamente. En lo referente a las finanzas, Estados Unidos eran dueños de todo el oro que habían ganado en el mundo desde 1914 a 1916 y pudieron adelantar a los aliados sumas considerables cuyo total alcanzaba a fines de 1917 a más de veintiún mil millones. Así adquirió una solidez a toda prueba la estructura económica de la coalición contra Alemania. En fin, el efecto moral producido por la intervención americana, fué inmenso. Por primera vez decidía Estados Unidos intervenir en los asuntos de Europa, e intervenía, no sólo para defender el derecho de gentes, violado por Alemania, sino impulsado por la convicción de que la autocracia y el militarismo alemanes ponían en peligro la libertad del mundo. Los americanos marcharon a la guerra como a una cruzada: una cruzada por la salvaguardia del derecho y de la libertad. «Es cosa terrible, declaró Wilson, el encaminar a este gran pueblo tan pacífico hacia la guerra, hacia la más espantosa entre todas las guerras. Pero el derecho es un tesoro más valioso que la paz...; lucharemos para que el

reino universal del derecho, fundado en la conformidad de pueblos libres, garantice la paz y la seguridad de todas las naciones y haga libre por fin al mundo mismo».



DESEMBARQUE DE TROPAS AMERICANAS.
Fotografía.

Alemania acogió sin emoción la declaración de guerra de Estados Unidos, porque este no disponía en 1917 más que de efectivos muy limitados, y porque, aún teniéndolos, parecía imposible el transporte de ejércitos americanos a Europa. Sin embargo, el 13 de junio de 1916, desembarcó la primera división americana, con el general Pershing. Al principio se hicieron lentamente los transportes y cuando en marzo de 1918 comenzó la gran ofensiva alemana, aun no había en Francia más que seis divisiones americanas. La urgencia del peligro obligó a Estados Unidos a hacer un esfuerzo prodigioso con la ayuda de la marina británica. De 30,000 hombres al mes, ascendieron los desembarcos a 93,000 en abril, a 240,000 en mayo, a 280,000 en junio y a más de un millón de hombres de julio a noviembre. Al mismo tiempo se realizaron grandes obras en los puertos de desembarque y en los centros de concentración. En la fotografía se ve, en primer término, la infantería americana que acaba de desembarcar, y en el fondo, el gran paquebote que la ha transportado. Los americanos llevan sombreros de fieltro de alas planas, camisa color avellana y polainas de lana.

AMÉRICA LATINA
Y LA GUERRA

La actitud adoptada por América latina fué la ratificación más brillante de la decisión adoptada por el presidente Wilson. A la vez, representó para los aliados una nueva seguridad de victoria, y para Alemania la ruina de una de sus principales ambiciones.

Las miras alemanas, en efecto, se dirigían desde hacía mucho tiempo, hacia un rico y vasto dominio, y sin la oposición del gobierno de Wáshington, desde 1902 hubiese Alemania intervenido en Venezuela. Apartada del mar de las Antillas por la influencia preponderante de Estados Unidos, se refugió en las regiones del sur de Brasil, donde el gran número de sus colonos — cerca de 350.000 — favorecían sus designios ambiciosos. Ese podía ser el dominio colonial soñado que faltaba a la potencia germánica.

Pero estos cálculos fueron destruídos por la clarividencia de los gobiernos y de la opinión pública en toda América latina. Las repúblicas latinoamericanas mantuvieron firmemente su neutralidad hasta 1917; tan decididas como Estados Unidos de Norteamérica a hacer respetar el derecho de los neutrales, protestaron como ellos contra la nota alemana de 31 de enero de 1917; a los torpedeamientos de los submarinos alemanes, contestaron la mayor parte con la ruptura de las relaciones diplomáticas y algunos hasta con una declaración de guerra formal. La ruptura diplomática fué provocada sucesivamente por *Cuba, Panamá, Bolivia, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Brasil, Haití, Costa Rica, Perú, Uruguay y Ecuador*. Cuba, Panamá, Guatemala, Haití y Brasil, declararon la guerra a Alemania. La gran república brasileña prestó a los aliados una cooperación eficaz, no solamente firmando con ellos acuerdos económicos, sino enviando sus fuerzas navales a unirse con las flotas aliadas en las aguas europeas.

La diplomacia alemana, secundada por agencias ocultas multiplicó los esfuerzos para recuperar el terreno perdido y arrebatarse a los aliados el beneficio de la cooperación americana. Al mismo tiempo que fomentaba complots para sublevar a Méjico contra Estados Unidos, se esforzó para organizar motines y huelgas violentas y para paralizar los trabajos y los transportes en todas las regiones donde podían obtener recursos los aliados, pero fracasaron todas sus ma-

quinaciones. El incidente más característico fué la publicación, en septiembre de 1917, de los telegramas por los cuales el conde de Luxburg, ministro de Alemania en Argentina,

Nacido en 1856, de una antigua familia puritana de Ohio, Tomás Woodrow Wilson, se distinguió primeramente como escritor y catedrático. Le prepararon para la política sus estudios de derecho constitucional e históricos, y pronto fué una de las personalidades más señaladas del partido demócrata. En 1912 fué elegido presidente de la república y reelegido en 1916 al terminar su mandato. Cuando estalló la guerra en Europa se esforzó por mantener estrictamente la neutralidad de Estados Unidos, pero sin renunciar en

nada a los derechos de los neutrales. La repetida violación de estos derechos por Alemania, le decidió a entrar en la lucha y a aportar a ella todos los recursos de Estados Unidos. A su enérgico impulso, fué de una eficacia decisiva la intervención americana. Pero este hombre de acción que gobernaba como dictador, era a la vez un apóstol; en sus mensajes y discursos predicaba el establecimiento de un orden internacional nuevo fundado en la fraternidad de los pueblos. Por eso cuando el presidente Wilson vino a tomar parte en la conferencia de la Paz, el mundo entero, hastiado por tanta carnicería, tuvo una gran esperanza; los pueblos de Europa dispensaron al hombre de estado americano, una acogida entusiasta. Esta apoteosis fué de corta duración. La Sociedad de las Naciones no pareció realizar el ideal entrevisto. En Estados Unidos donde el partido republicano combatía la dictadura wilsoniana, la obra de Wilson encontró la más violenta oposición. A su regreso a América, el presidente trabajaba por reconquistar la opinión pública cuando le abatió la enfermedad. Así, terminó trágicamente su carrera política. En 1920, Wilson fué reemplazado en la presidencia por un republicano: Harding.



EL PRESIDENTE WILSON (1856-1924).

Fotografía.

aconsejaba secretamente a su gobierno que se torpedeasen los buques argentinos a la salida de los puertos y sobre todo, «hundirlos sin dejar rastros, para evitar todo incidente». El conde de Luxburg, fué inmediatamente expulsado de Argentina, y Alemania hubo de desautorizar a su representante y presentar sus excusas, para evitar la ruptura; pero el «hundirlos sin dejar rastros» del conde de Luxburg quedará en la historia por la misma razón que el «papel mojado» de Bethmann-Hollweg.

LA DERROTA ALEMANA Y LA PAZ

LA SITUACIÓN AL COMIENZO DE 1918

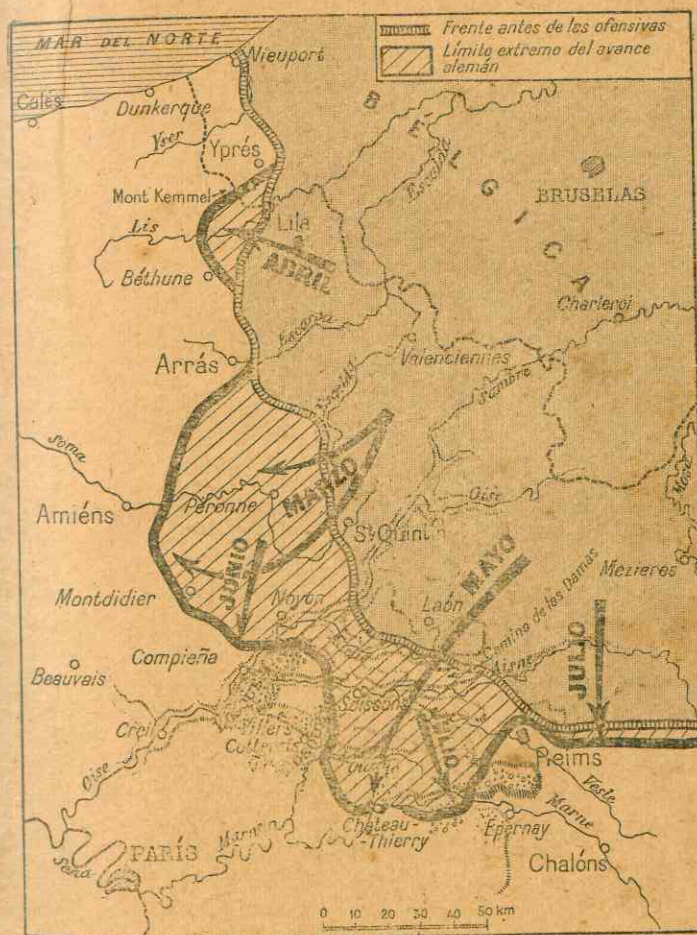
Al comenzar el año 1918, parecía que Alemania había ganado la partida en el frente oriental, obligando primero a Rusia y luego a Rumanía a firmar la paz (marzo de 1918). Desde aquel momento le fué posible reunir todas las fuerzas vivas de su ejército para vencer por fin a sus enemigos del oeste. Los transportes de tropas de este a oeste, le dieron en seguida una gran superioridad de efectivos sobre los anglofranceses — cerca de 200 divisiones contra 168. Pero le era necesario apresurarse a aprovechar una situación tan favorable, se pena de no verla presentarse jamás: se podía prever, en efecto, que la llegada de los americanos a Europa, en un plazo más o menos próximo, restablecería fatalmente la balanza en provecho de los aliados y la haría inclinarse definitivamente en su favor. El propósito de Alemania, debía ser pues, atacar a fondo y vencer antes de la entrada en línea de los americanos. A la inversa, el designio de los aliados debía ser permanecer a la defensiva, rehusar la batalla hasta que estuviese asegurada la superioridad en efectivos y en material.

EL NUEVO ASPECTO DE LA GUERRA

El tercero y último periodo de la guerra, todo él ocupado por la *gran batalla de Francia* (21 de marzo a 11 de noviembre de 1918), se puede aún dividir en dos fases: una, *ofensiva alemana*, al principio victoriosa, luego contenida y después destruida y otra *ofensiva aliada*, que comenzó por la *segunda victoria del Marne* y continuó casi sin interrupción hasta el armisti-

cio del 11 de noviembre de 1918 y la capitulación de Alemania vencida.

En este período, los adversarios volvieron a la guerra de



LAS OFENSIVAS ALEMANAS (21 DE MARZO-15 DE JULIO DE 1918).

movimiento como en 1914; pero tales progresos se habían realizado en los armamentos, que si entre las tropas de 1914

y las de 1918 se hubiese empeñado un combate real, se hubiera desarrollado necesariamente como la lucha de soldados europeos contra una banda de negros armados con arcos y



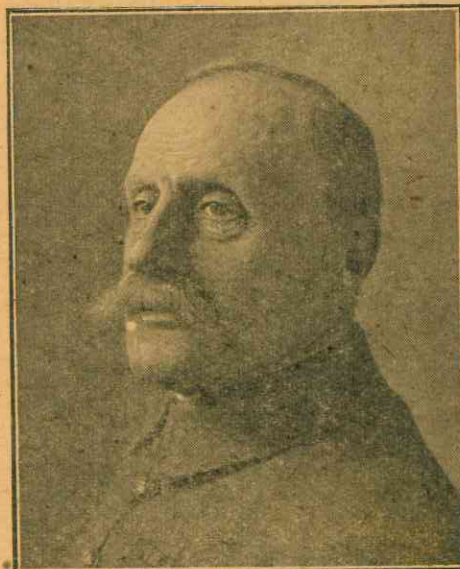
EL GENERAL LUDENDORFF.
Retrato pintado por Walter Petersen.
Fotografía de la *Illustrierte Zeitung*.

to, combinó la maniobra de Tannenberg. Desde aquel momento, al lado de Hindenburg, no cesó de aumentar su importancia. Cuando Hindenburg recibió el mando supremo el 28 de agosto de 1916, él fué su "primer cuartel maestro general", de hecho dirigió todas las fuerzas de la coalición germánica y en los consejos de gobierno, su influencia prevaleció sobre las demás. Tomó todas las iniciativas y las responsabilidades con el temperamento de un hombre hecho para mandar, pero también con el del jugador siempre dispuesto a arriesgar el todo por el todo. Más feliz la estrategia en el frente oriental que en el occidental, llevó finalmente a Alemania a la derrota y a la ruina. No por ello dejó de quedar como el héroe del partido pangermanista, del que en efecto encarna el orgullo sin límite y la ambición sin escrúpulo. El carácter del hombre autoritario, desdeñoso y duro, se transluce en su expresiva fisonomía. Murió en 1938.

Ludendorff es la más fuerte personalidad militar alemana que la guerra puso de relieve. Erich Ludendorff, nació en 1865, en la región de Posen, de una familia pomerana. Aunque de origen plebeyo, se impuso por su mérito y llegó a ser uno de los mejores especialistas del estado mayor. — Después de haber enseñado táctica en la Academia de guerra, dirigió la sección de operaciones del gran estado mayor. Desde el comienzo de la guerra se señaló por su audacia, entrando el primero en Lieja. Agregado a Hindenburg, como jefe del estado mayor del séptimo ejérci-

con fusiles de chispa. Los elementos originales de la batalla en 1918, fueron: la intensidad del fuego de las ametralladoras y del bombardeo con granadas tóxicas, la intervención

Nació en Tarbes en 1851, de una antigua familia pirenaica, Fernando Foch es un politécnico y un artillero. Fué un notable profesor de estrategia y de táctica de la Escuela de guerra, que dirigió de 1907 a 1911. Cuando estalló la guerra el general Foch mandaba el 20º cuerpo en Nancy; tomó parte en las operaciones de Lorena, luego recibió el mando del 9º ejército y por la tenacidad de su resistencia, contribuyó a la victoria del Marne. Encargado de coordinar las operaciones de los ejércitos del norte, fué el alma de la resistencia aliada en el



EL MARISCAL FOCH.
Fotografía Demay.

Iser y ante Iprés. En unión de los ingleses de los que conquistó la estimación, dirigió en 1916, las ofensivas de Artois y del Soma. Nombrado jefe del estado mayor del ejército en 1917, y consejero técnico del gobierno, supo limitar los efectos desastrosos de Caporetto, por una rápida intervención en Italia. La autoridad de que gozaba en todos los aliados le valió el nombramiento de presidente del consejo superior de guerra interaliado. Así en 1918, cuando la victoria alemana de Picardía impuso a los aliados el mando único, fué designado para ejercerle. Con la misma tenacidad indomable que en 1914 y la misma ciencia de la maniobra, conjuró todos los reveses y condujo después a los ejércitos aliados a la victoria. El 7 de agosto de 1918, recibió el bastón de mariscal. Entre todos los jefes militares ninguno poseía, en tan alto grado como él, el don del mando, el arte de comunicar la fe que le animaba y de inculcar a todos la voluntad de vencer. "Este hombre, — decía de él el rey Alberto desde 1914, — haría andar a los muertos". Murió en 1929.

de la artillería de acompañamiento al lado de la infantería, los carros de asalto y los aeroplanos. La batalla se desarrolló en una atmósfera entenebrecida e irrespirable; los combatientes habían de llevar puesta una careta protectora durante todo el combate. Centenares de carros de asalto o tanques y aviones intervenían mientras tanto en la batalla, dándole un carácter verdaderamente diabólico.

LA OFENSIVA ALEMANA

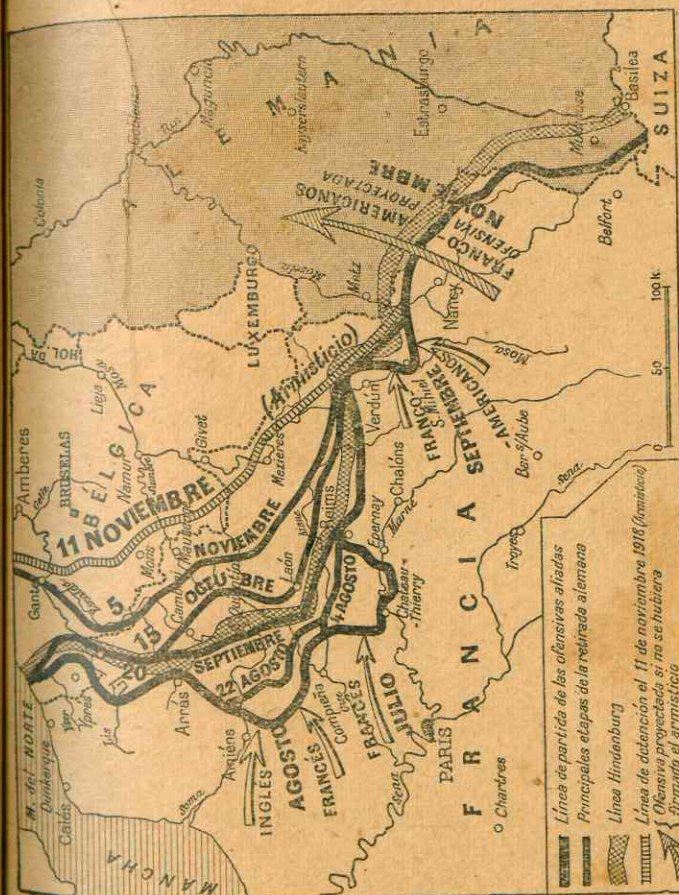
La ofensiva alemana, empezada el 21 de marzo, duró hasta el 18 de julio. Dirigida por Ludendorff, consiguió grandes éxitos tácticos, pero no una victoria decisiva. Gracias a un nuevo método — secreto absoluto de los preparativos, preparación de artillería intensa y breve, empleo de granadas tóxicas en cantidades enormes — Ludendorff había resuelto el problema de la rotura del frente. Los alemanes recogieron un botín enorme, se aproximaron a Amiéns, a Calé y a París, que bombardearon sin tregua, por medio de aviones y con cañones de largo alcance (120 kilómetros).

La situación era crítica para los aliados, que se decidieron por fin a confiar el mando único al general francés Foch (26 de marzo). Estados Unidos aceleró sus envíos de tropas — cerca de 10.000 hombres por día, en junio. El estado mayor francés, dirigido por el general Petain, puso en práctica nuevos métodos defensivos y ofensivos: ataque sin preparación de artillería, empleo en masa de carros de asalto ligeros, y de aviones.

LA OFENSIVA ALIADA

La transposición de la batalla se realizó del 15 al 18 de julio: ésta fué la segunda victoria del Marne, que tuvo por resultado el hundimiento del plan de Ludendorff y decidió la suerte de la guerra. Como en 1914, los alemanes tuvieron que repasar el Marne y replegarse sobre el Aisne.

La victoria del Marne señala el principio de la ofensiva aliada (julio a noviembre). Esta ofensiva dirigida por Foch, terminó con la derrota de Alemania y la suspensión de las hostilidades. Foch no dejó al enemigo, ya desconcertado, tiempo para rehacerse y reconstruir sus reservas. Por un ensanche metódico de la batalla, multiplicó los ataques sobre todos los puntos del frente, y los alemanes tuvieron que re-



LAS OFENSIVAS ALLADAS. 18 DE JULIO-11 DE NOVIEMBRE DE 1918.

A pesar de su resistencia desesperada, en octubre estaban los alemanes definitivamente derrotados y en vísperas de un desastre completo, cuando se firmó el armisticio el 11 de noviembre de 1918.

plegarse constantemente bajo la amenaza de envoltura. Al mismo tiempo Bulgaria y Turquía, derrotadas, deponían las armas. Austria-Hungría se desmembró, y vencida por los italianos en *Vittorio-Veneto* (24 a 30 de octubre) abandonó la lucha (3 de noviembre). Para evitar un desastre total, Alemania, en plena revolución, aceptó todas las condiciones impuestas por el armisticio del 11 de noviembre. Desde el día 10, Guillermo II había huído a Holanda.

EL ARMISTICIO
DEL 11 DE
NOVIEMBRE

El armisticio del 11 de noviembre equivalía a una capitulación de Alemania. La obligaba a entregar una gran parte de su armamento y de su flota de guerra, a evacuar todos los territorios de la orilla izquierda del Rin, que ocuparon los aliados con las cabezas de puente en la orilla derecha, en *Maguncia, Coblenza y Colonia*. Los franceses entraron en Alsacia-Lorena, donde tuvieron una acogida entusiasta.

EL TRATADO
DE VERSALLES

La paz fué concertada por la conferencia interaliada de París que abrió sus sesiones el 18 de enero de 1919, presidida por el primer ministro francés, *Clemenceau*. Estaban representados veintisiete estados. De hecho, todas las decisiones importantes fueron tomadas en privado por el presidente de los Estados Unidos, *Wilson*, el primer ministro inglés *Lloyd George* y *Clemenceau*. Ya el 8 de enero de 1918, el presidente *Wilson* había formulado en catorce puntos su programa de paz, que sirvió de base a los trabajos de la conferencia y tendía al establecimiento de un nuevo orden internacional fundado en el principio del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, y sobre la organización de una Sociedad General de las Naciones.

El *Tratado de Versalles*, que se firmó el 28 de junio de 1919, instituyó una *Sociedad de las Naciones* abierta a los aliados y a los neutrales, dirigida por un consejo de nueve miembros y por una asamblea con sede en Ginebra. La Sociedad tiene por objeto solucionar los conflictos por el arbitraje. Alemania tuvo que restituir *Alsacia-Lorena* a Francia, *Posnania* a Polonia, y aceptar que la suerte de *Slesvig, Prusia polaca y Alta Silesia*, se decidiese por plebiscitos. Además, renunció a todas sus colonias y se comprometió a

El primer ministro británico, desempeñó un papel preponderante en las negociaciones de *Versalles* y en la elaboración y aplicación de los tratados de paz. Nació en 1863. Hijo de un pobre maestro de escuela del país de Gales, huérfano desde su infancia, *David Lloyd George* se formó en las pruebas de una infancia penosa y casi miserable. Por eso, cuando su temperamento batallador, le condujo a afrontar las luchas guió por su ardor políticas, se distinguió en la defensa de la causa popular y en hacer votar las reformas destinadas a



LLOYD GEORGE. Fotografía Henri Manuel.

mejorar la suerte de los obreros. Cuando en 1892 entró en la cámara de los comunes, tomó asiento entre los radicales más avanzados y se hizo notar por la elocuencia vehemente y el verbo agresivo. Fué ministro por primera vez en 1905, y ha seguido siéndolo sin interrupción hasta nuestros días. Su importancia en el ministerio liberal, no cesó de aumentar; durante la crisis constitucional, determinada de 1909 a 1911 por sus reformas financieras, hizo frente a la cámara de los lores y consiguió romper la oposición. La guerra le puso rápidamente en primer término: sin prejuicios, sin retroceder ante ninguna iniciativa y muy popular, fué el hombre de acción del ministerio, el propulsor del pueblo británico y también el organizador de la victoria, ya como ministro de municiones (junio de 1915), ya como sucesor de lord *Kitchener* en el ministerio de la guerra (junio de 1916) ya en fin, como primer ministro de un ministerio de coalición en el que entraron los conservadores (7 de diciembre de 1916). *Lloyd George*, ejerce sobre las multitudes tanto como sobre el parlamento el ascendiente debido a su palabra frecuentemente inflamada y espiritual, familiar y lírica, a la habilidad para solucionar todas las dificultades y a su claro conocimiento de los intereses nacionales. Pero galés de origen, se distingue no obstante de los hombres políticos ingleses, por la vivacidad, la espontaneidad y la agilidad de sus evoluciones, a veces desconcertantes. Se le ha llamado "el inasequible galés".

reparar todos los daños sufridos por Francia y sus aliados. Francia, cuyo territorio había sido arrasado sistemáticamente, recibió en compensación de sus minas del norte, destruidas, la propiedad de las minas del Sarre. Como garantías contra Alemania, obtuvo:

1º La reducción del ejército alemán a 100.000 hombres; 2º Ocupación provisional de la orilla izquierda del Rin por las fuerzas aliadas durante un período de cinco a quince años; 3º Una promesa de ayuda anglo-americana en caso de agresión.

Esta última garantía quedó anulada luego: no pudo conseguir el presidente Wilson la ratificación del tratado por el Senado. Los Estados Unidos no se adhirieron a la Sociedad de las Naciones, y firmaron un tratado separado con Alemania (1921).

LOS OTROS TRATADOS

Completóse el tratado de Versalles con otros celebrados con Austria, Bulgaria, Hungría y Turquía, que consagraban la desmembración de Austria y Hungría y del imperio turco; modifica-

ban profundamente el estatuto territorial de la Europa Central y del Levante.

Austria y Hungría, separadas una de otra, se convertían en pequeños Estados, reducida la primera a sus provincias completamente alemanas, y la otra a territorios donde la población magyar llevaba la preeminencia. Las provincias austro-húngaras donde dominaban los eslavos se hallaban divididas entre Polonia, ya resucitada, el nuevo Estado de Checoslovaquia, y Servia, transformada en Reino Unido de serbios, croatas y eslovenos, o Yugoslavia. Adjudicábase Transilvania a Rumanía. Recibía Italia el Trentino e Istria con el puerto de Trieste y disputaba a los yugoslavos la posesión de Fiume y de la costa dálmata.

Bulgaria perdía el acceso al mar. Grecia recibía Tracia con Andrínopolis y el puerto de Esmirna, en Asia. Turquía se hallaba reducida al territorio de Constantinopla en Europa y al Asia Menor o Anatolia. Los Estrechos quedaban bajo la inspección internacional, y Egipto bajo el protectorado inglés; las otras provincias de Asia habían de organizarse como Estados libres, bajo la tutela provisional (*mandato*) de una potencia mandataria de la Sociedad de las Naciones.

Clemenceau desempeñó un papel preponderante en Francia de 1917 a 1920. Era un veterano de las luchas políticas, — tenía 76 años en 1917 — pero los años no habían podido aminorar ni su energía infatigable ni su ardor de polemista. En su periódico *L'Homme libre*, que suspendido reapareció con el título *L'Homme enchaîné*, fué desde 1914 a 1917, el protagonista de la guerra a toda costa. En las horas de turbación de 1917, en las que el porvenir parecía incierto, Clemenceau fué como llevado al poder por la opinión pública.

El 14 de noviembre de 1917 fué nombrado presidente del consejo. "Mi misión — dijo a las cámaras, — es ser vencedor... Yo no os haré promesas; haré la guerra. Eso es todo". Los sospechosos fueron detenidos, encarcelados y ejecutados; se renovó la guerra en todos los frentes con nuevas energías, y a despecho de todos los reveses, prosiguió sin desfallecimiento hasta la victoria final. Clemenceau gozó entonces de una popularidad inmensa, pero efímera, como sucede frecuentemente. Presidente de la Conferencia de la Paz, fué uno de los principales autores del tratado de Versalles; su obra diplomática es en la actualidad ardientemente discutida y criticada. En enero de 1920, Clemenceau se retiró de la vida política. Los grandes bigotes caídos, los pómulos salientes, las grandes quijadas cuadradas, componen una fisonomía original que valió al viejo luchador parlamentario el sobrenombre de "el Tigre".



JORGE CLEMENCEAU (1841-1929).

Fotografía facilitada por *L'Illustration*.

Todos estos tratados eran de difícil aplicación, sobre todo en cuanto al trazado de nuevas fronteras. Era tarea penosa pacificar un mundo trastornado. En París sólo se había esbozado la obra de paz: pero la paz debía ser — según un hombre de Estado — «una creación continua».

CAPITULO XXIV

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

RUINAS Y DESEQUILIBRIO

Comparable con las mayores crisis de la Historia, tuvo la Gran Guerra múltiples repercusiones. Su más inmediato efecto fué una espantosa acumulación de ruinas. Las pérdidas de vidas humanas se apreciaron en *quince millones de hombres*, más de diez millones de ellos muertos en los campos de batalla; las pérdidas de caudales en más de *un millón de millones de francos* (de valor de oro de 1914). Había sufrido Francia de modo excepcional, pues sus ejércitos contaban con 1.383.000 muertos, con unos tres millones de heridos, 740.000 de los cuales con mutilación; taladas sus ricas provincias del Norte, y transformadas algunas de ellas en verdaderos desiertos.

Por otra parte, la Guerra dejó a todo el mundo y principalmente a Europa en estado de crisis y de inestabilidad.

La acompañaron o la siguieron *revoluciones políticas y sociales*. En primer lugar, provocó la caída de muchas dinastías de príncipes, Habsburgo, Hohenzollern, Romanof, y la extensión del *régimen republicano* en la mayor parte de Europa. Luego, en varios países, la efervescencia revolucionaria reforzada por la crisis económica suscitó de rechazo el establecimiento de un régimen de *dictadura*.

Guerra europea sobre todo había sido la Gran Guerra, por lo que Europa fué quien sufrió más que cualquier otro continente. Una de las consecuencias principales ha sido pues el *debilitamiento* y el *empobrecimiento de Europa*. Disminuyeron en el mundo la influencia y el crédito de Europa a be-



IPRÉS. — LA LONJA DE LOS PAÑOS, 5 DICIEMBRE DE 1914.
Fotografía Antony.

La fotografía fué tomada en el momento que estallaba una granada alemana, produciendo una nueva mutilación en la magnífica fachada ya muy destrozada. La Lonja de los Paños de Iprés era una de las obras maestras de la arquitectura civil del siglo XIII: la fachada medía 140 metros; la torre central que servía de atalaya, tenía 70 metros de altura. Ya están derrumbadas las cuatro torrecillas laterales y el campanario que la coronaban. Iprés, posición importante en el paso que se abre entre el Lis y el Iser, es la única ciudad belga importante, que los aliados lograron conservar a pesar de los encarnizados esfuerzos de los alemanes para apoderarse de ella. Alrededor de Iprés se libró la última gran batalla de 1914 y la más rudamente disputada.

neficio de las potencias americanas como los Estados Unidos o asiáticas como el Japón.

La acumulación en Europa de cargas y ruinas a consecuencia de la guerra y de las revoluciones ocasionó una profunda *crisis económica* que se extendió a todo el mundo: *baja* de monedas nacionales, *inestabilidad* del cambio, *especulación* y *carestía*. Habíanse endeudado tanto los Estados beligerantes, que varios de ellos halláronse reducidos a una *quiebra* parcial. Por otra parte, el nacionalismo económico, reforzado por la Guerra y la multiplicación de fronteras, tuvo por resultado una crisis de *superproducción* y de *paro*.

RUSIA COMUNISTA

Ningún Estado se transformó más hondamente que Rusia. Con implacable energía, el dictador bolchevique *Lenin* destruyó por completo el antiguo régimen político y social, y transformó el imperio de los czares autócratas en una República federativa comunista, llamada desde 1923 *U. R. S. S. — Unión de las Repúblicas socialistas soviéticas*. — La Constitución reserva los derechos políticos para los trabajadores, representados por el *Congreso de los Soviets*. Pertenece el gobierno al *Consejo de los Comisarios del pueblo*. De hecho, el régimen queda siendo una dictadura ejercitada por el jefe del partido bolchevique; después de la muerte de *Lenin* (1924), *Stalin* desplazó primero y desterró después a *Trotsky*.

La revolución comunista pasó por varias fases. Desde luego, los bancos, las industrias y el comercio fueron nacionalizados; los obreros lograron el control de las fábricas; mientras, abolida la propiedad privada de la tierra, se apoderaban los campesinos de las tierras de la Corona, de la Iglesia y de los nobles. Sin embargo, la anarquía, complicada con hambre terrible, llegó a tal extremo que en 1921 *Lenin* tuvo que renunciar provisionalmente a la aplicación del comunismo integral e instituir la *Nep* o nueva política económica: libertad restablecida por partes en el comercio e industria, recurso a los caudales extranjeros, libre disposición de su producción devuelta a los campesinos. Desde entonces, por una nueva evolución, ha emprendido *Stalin* no sólo aplicar al campo los métodos colectivistas, sino también industrializar a Rusia toda para decuplicar su fuerza productiva: ésta es la obra del primer *plan quinquenal* (1928-1933), seguido de un segundo plan quinquenal.

La bolchevización de la Europa oriental ha sido, durante mucho tiempo, una entre las causas principales del desequilibrio europeo. En los primeros años después de la Guerra, hubo conflictos muy violentos entre los Gobiernos aliados de Occidente y los bolcheviques, empeñados éstos en propagar la revolución por toda Europa y en agrupar todos los partidos comunistas bajo la dirección de la *IIIª Internacional* con sede en Moscú, y favoreciendo aquéllos las tentativas de los *Blancos* o contrarrevolucionarios rusos. Por fin se contuvo en Europa la propagación del bolchevismo, pero en Rusia fueron derrotados los *Blancos* por el ejército rojo, y diezmados todos los adversarios del régimen por tribunales de excep-



LENIN (1870-1924). — Fotografía.

El todopoderoso dictador de Rusia, el jefe y el teórico de los bolcheviques, es de origen noble. Nació en 1870, es el tercer hijo de un consejero de estado y se llama en realidad *Vladimiro Illitch Ulianof*. *Lenin* no es más que un seudónimo. Como muchos jóvenes nobles, sus hermanos y él se adhirieron al partido socialista revolucionario que sostenía lucha a muerte con el zarismo. Uno de sus hermanos fué arrestado y ejecutado en 1877. El mismo fué deportado a Siberia y después libertado (1900). Logró cierta reputación en los centros socialistas internacionales como teórico, discípulo intransigente de *Carlos Marx*. El teórico, se reveló en 1917 como el más audaz hombre de acción. Con un desprecio sin límite del adversario, una prodigiosa confianza en sí mismo y en su teoría, y una resolución indomable, *Lenin* emprendió la tarea de revolucionar de alto abajo a Rusia y al mundo entero. Hasta el momento, parece que no ha logrado realizar más que una obra inmensa de destrucción.

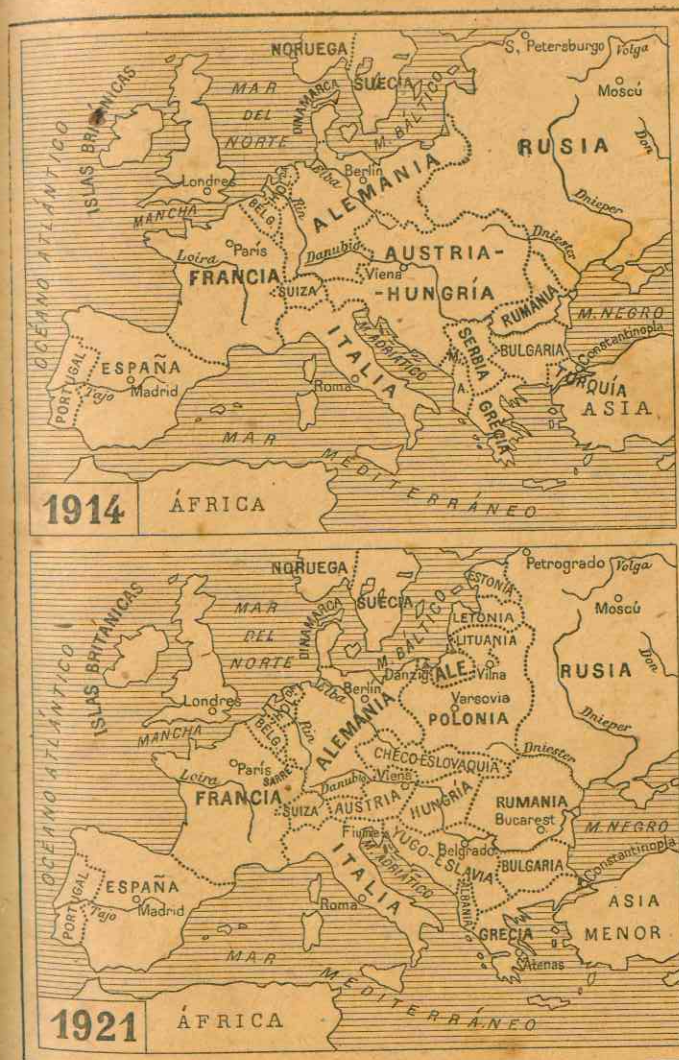
ción. A despecho suyo, tuvieron los más de los gobiernos que entablar relaciones regulares con la U. R. S. S. y aún han procurado atraerla en sus combinaciones de amistades o de alianzas.

DESDE
LA REPÚBLICA
ALEMANA
HASTA LA
DICTADURA

En Alemania, la revolución provocada por la derrota pareció que iba a seguir el mismo camino que la revolución rusa. Pero, con ayuda del ejército, el mismo gobierno socialista restableció el orden y quebró las tentativas de los jefes extremistas o *spartakistas*. La Junta Constituyente, reunida en Weimar (1919), votó por una nueva Constitución federal llamada *Constitución de Weimar* que reforzaba la unidad alemana y transformaba el Reich en una *república democrática y parlamentaria*.

Sin embargo tal fué el trastorno producido en Alemania por la derrota, que no dejó el nuevo régimen de atravesar crisis graves, políticas o económicas. Desde 1920 un pronunciamiento militar o *putsch* fracasó tan sólo ante la resistencia de los obreros quienes le opusieron la huelga general. Ya por impotencia, ya por el deseo de evitar las obligaciones del tratado, dejó el gobierno que se agravaran la crisis monetaria y la inflación hasta que estalló una formidable *bancarrota* (1923) que arrastró consigo la ruina de las clases medias. Después de la muerte del primer Presidente electo — el obrero socialista *Ebert* —, el sufragio universal llevó a la presidencia al viejo mariscal *Hindenburg* (1925). Pero, desde 1929, una crisis terrible de superproducción y de paro aseguró el éxito de un elocuente agitador, *Hitler*, jefe de un nuevo partido *nazi* o nacional socialista. Llamado al puesto de canciller en 1933, logró Hitler del Reichstag poderes dictatoriales, y los aprovechó desde luego para anular todos los demás partidos, y someter Alemania a un régimen de *unificación política y nacional*. En virtud de las teorías del *racismo*, los alemanes «no ários» — judíos — fueron sometidos a leyes de excepción, teniendo que emigrar varios miles de ellos, entre los que figuran escritores y sabios ilustres como Einstein. Al morir Hindenburg, Hitler se hizo cargo del gobierno con el nombre de «*Führer*» (jefe) del Reich y del pueblo alemán (1934).

También reveló el desorden interno el malestar de un país vencido, que no dejó de protestar contra las condiciones ri-



gurosas del tratado de paz, sobre todo el *desarme* y el *pago de las reparaciones*. Dió lugar dicha última cuestión a negociaciones difíciles, alternadas por conflictos violentos, sobre todo con Francia. La *ocupación de la cuenca del Rhur* por las tropas francesas (1923) se señaló por sangrientos incidentes. Sin embargo, bajo la influencia de un hábil ministro, *Stresemann*, la política alemana se hizo más conciliadora. Aceptó Alemania pagar las reparaciones según los planes establecidos por unos comités de peritos, *plan Dawes* (1924), luego *plan Young* (1929) que redujo su deuda de modo considerable; logrando en cambio la evacuación anticipada de la orilla izquierda del Rin (1930). Pero la muerte de Stresemann (1929), la agravación de la crisis económica han aniquilado los resultados tan penosamente adquiridos. La *Conferencia de Lausana* (1932) ha suprimido casi por completo las reparaciones.

El territorio del Sarre definió por un plebiscito su voluntad de ser incorporada a Alemania (febrero de 1935). En mayo de 1935 el *Führer* denunció el tratado de Versalles de 1919 en cuanto prohíbe el rearme, restableció el servicio militar obligatorio y ordenó la construcción de material bélico para la guerra aérea, marítima y terrestre. En marzo de 1936 denunció el pacto de Locarno de 1925 que le prohibía militarizar la Renania; mientras las otras potencias signatarias del pacto recibían la noticia, Hitler explicaba radio-telefónicamente su actitud y en los mismos instantes 25.000 soldados entraban triunfalmente en la zona desmilitarizada. Austria, por su parte, se ha sentido desligada de sus obligaciones y ha restablecido también el servicio militar obligatorio (1936).

LOS NUEVOS ESTADOS

La aplicación del principio de las nacionalidades ha tenido por consecuencia la formación de numerosos Estados a expensas de Rusia, Alemania, y sobre las ruinas de Austria y Hungría. Pero la constitución de dichos Estados planteó múltiples problemas territoriales, políticos, económicos.

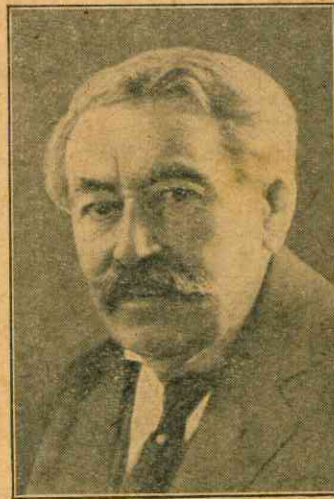
Perdió Rusia casi todos los territorios que adquiriera a orillas del Báltico: formando dichos territorios las repúblicas independientes de *Finlandia*, *Estonia*, *Letonia*, *Lituania*.

Hecha con territorios tomados a Rusia, Prusia y Austria,

se reconstituyó una nueva *Polonia* (1918) cuyas fronteras no se deslindaron sino después de largos y violentos conflictos con Alemania y Lituania, y después de una guerra con-



G. STRESEMANN (1878-1929).
Fotografía Harlingue.



ARÍSTIDES BRIAND (1862-1932).
Fotografía Manuel fr.

Los dos principales autores del pacto de Locarno. Desde muy lejos y por caminos muy distintos venían a encontrarse. Siendo diputado nacional liberal antes de la guerra y después jefe del partido populista, hizo alarde Stresemann de ardiente nacionalismo hasta el día en que, entablada la batalla del Ruhr, vió a Alemania a orillas del abismo. Entonces y con peligro de su vida, tomó animosamente la responsabilidad de una política nueva, toda de tregua y de reconciliación franco alemana, considerada por él como medio único para obrar el restablecimiento necesario y asegurar la liberación del territorio alemán. Durante los seis años en que estuvo en el poder (1923-1929), ya como primer ministro, ya como ministro del Estado, dedicó todas sus fuerzas a tan difícil tarea — y murió empeñado en ella. — Para hacerse campeón de la política de paz y solidaridad europea, no necesitó A. Briand renegar del pasado. Diputado desde 1902, ministro y presidente del Consejo más a menudo que cualquier otro, manifestó en todas circunstancias su apego a soluciones equitativas y pacíficas. No hubo orador más atendido tanto en las sesiones internacionales de Ginebra como en el Parlamento francés, ya que nadie mejor que él puso al servicio de sus convicciones tan persuasiva elocuencia.

tra la Rusia soviética (1920). A duras penas aceptó Alemania la creación del *corredor* que, para dar a Polonia acceso al mar, separa a la Prusia oriental del cuerpo territorial alemán. Además, la lucha de los partidos engendró la dictadura de un jefe popular, el mariscal *Pilsudski* (1926), que la ejerció hasta su muerte, en 1935.

La Europa central se divide ahora en cinco Estados, repúblicas de *Austria* y de *Checoslovaquia*, regencia de *Hungría*, reinos más dilatados de *Rumania* y de *Yugoslavia*. Pero el deslinde de sus fronteras dió lugar a numerosos conflictos: obligó Italia a Yugoslavia a que le cediera a Fiume; Hungría reclamó la revisión de los tratados y el ensanche de sus fronteras; parte de los alemanes de Austria pedían el *Anschluss*, es decir la unión con Alemania. Por otra parte, la organización interior de dichos Estados experimentó frecuentes disturbios: en Yugoslavia, para poner fin a las querellas nacionales — croatas contra serbios —, el rey *Alejandro* anuló la dictadura (1928), pero cayó víctima del terrorismo croata (Marsella, 1934); en Viena, después de destruir por la fuerza la organización socialista, estableció asimismo el canciller *Dollfus* un régimen dictatorial (1934); pero pereció en un atentado cometido por los austriacos partidarios de Hitler, en 1938; sin disparar un solo tiro, Hitler borró del mapa a Austria, que quedó convertida en la *Marca del Este*, provincia alemana; aspira Hungría a una restauración monárquica; sólo Checoslovaquia, dirigida por eminentes hombres de Estado, el presidente *Masaryk* y el ministro *Benes*, se dió a sí misma una fuerte organización republicana y democrática. Para defender el orden nuevo establecido en la Europa central, han formado Checoslovaquia, Yugo eslavía y Rumanía una agrupación estrechamente unida, la *Pequeña Entente* (1921). El conflicto planteado en 1938 con motivo de las reivindicaciones de los alemanes de Checoslovaquia (sudetes) acarrearón la reducción territorial de este país, grave especialmente si se atiende a la riqueza siderúrgica.

Otra causa de disturbios: de resultas del enredo de nacionalidades en la Europa central, existen en todos estos Estados unas *minorías nacionales*, más o menos importantes, que luchan para no ser oprimidas por la nacionalidad dominante. Por fin el parcelamiento y la multiplicación de fronteras

han complicado la vida económica, y planteado numerosos problemas de política arancelaria.

Entre los grandes Estados que formaban la coalición victoriosa, Italia es la que, desde la guerra, ha sufrido la transformación más profunda. Bajo la dirección de *Mussolini* — *il Duce* —, se convirtió en el modelo de los Estados dictatoriales.



SELLOS ALEMANES, PERÍODO DE INFLACIÓN (1923).

A la inflación corresponde el alza vertiginosa de los precios, según puede apreciarse por estos sellos alemanes emitidos en 1923, cuyo precio — de valor de unos pfenines en tiempo normal — pasa desde cientos de marcos hasta cientos de mil marcos, luego hasta cientos de millones, y por fin hasta mil millones.

El establecimiento de la dictadura fué provocada por la esterilidad de las luchas parlamentarias, la creciente intensidad de disturbios sociales, y el descontento provocado por los tratados de paz que no habían dado a Italia las ventajas

que esperara. Fué obra del *partido fascista* fundado en 1919 por un antiguo militante socialista, Mussolini. Organizados como verdadero ejército, los «camisas negras», fascistas, se apoderaron del gobierno después de una marcha concéntrica hacia Roma (1922). Los adversarios del fascismo fueron eliminados por el terror. Dictador omnipotente, sobre todo después de la crisis provocada por el asesinato del orador socialista *Matteotti* (1924), emprendió Mussolini la refundición de toda la organización política y social. Una nueva ley electoral concedió al gran consejo fascista el derecho para designar a los diputados. Evolucionó el Estado hacia la forma corporativa, es decir, que debe tener por base a las *corporaciones* que juntan a patronos y obreros de cada profesión. Por buenas o por malas, se obligó a la nación toda a una rigurosa disciplina, de aspecto militar; sobre todo en cuanto a la juventud alistada en la obra nacional de los «*balillas*».

Esforzóse el fascismo en exaltar las energías nacionales y colocar a Italia en primera fila entre las grandes potencias. Aseguróse Mussolini el dominio del Adriático merced a la anexión de Fiume y un convenio con Albania (1927).

Logró resolver la cuestión romana con el *convenio de Letrán* celebrado con el papa Pío XI (1929): mediante la creación en Roma mismo de un pequeño Estado soberano — la *Ciudad del Vaticano* —, reconoció la Santa Sede al reino de Italia y abandonó sus antiguas reivindicaciones temporales.

Los incidentes ocurridos a fines de 1934 en las fronteras, todavía no bien delimitadas de Eritrea y Somalia — colonias italianas del Africa — con el imperio de Etiopía, dieron a Italia la oportunidad de intentar la conquista de este imperio, empresa en que había fracasado rudamente en 1896. A principios de 1935 Italia inició la guerra, sin declaración previa, y no era difícil prever su resultado. La Liga de las Naciones — a la que Abisinia había ingresado, con el apoyo de Italia, en 1923 — declaró, por el voto de 51 estados, que Italia era el país agresor y como a tal aplicó sanciones, es decir, prohibió el envío de material bélico a Italia, pero no el del petróleo. Italia pudo así soportar las sanciones y continuó la guerra: Abisinia fué incorporada en pocos meses al dominio colonial italiano, y el rey Víctor Manuel fué coronado emperador de Etiopía. Ningún punto de Africa, salvo

la república de Liberia — cuya extensión es igual a la mitad de la república del Uruguay — quedaba libre de la dominación del protectorado europeo.

LAS POTENCIAS OCCIDENTALES

Las dos grandes potencias occidentales, Inglaterra y Francia, han dado prueba, en el trastorno de la post guerra, de relativa estabilidad. Sin embargo, tuvo también la guerra importantes repercusiones en su vida política y económica al par que en sus Imperios coloniales.

En Inglaterra, la guerra aceleró la evolución democrática. El *sufragio universal con voto femenino*, establecido en 1918, lo aprovechó sobre todo el partido laborista que llegara a ser, a costa de los liberales, el competidor principal del partido conservador. Para acabar con la interminable crisis de superproducción y de paro, tuvo el gobierno inglés que resolverse, en 1931, a la *depreciación de la libra esterlina* (caída en 1934 de 125 f. a 75 f.); renunció a la política de libre cambio a la que tanto apego tenía Inglaterra desde hace mucho tiempo, y llegó al *convenio económico de Ottawa* con los Dominios. Por otra parte la guerra quebrantó la soberanía que ejercía Inglaterra en el Reino Unido y en el Imperio sobre todos los pueblos que no fueran británicos. Después de tres años de lucha mortífera, consiguió el *Estado libre de Irlanda* el estatuto de Dominio; *Egipto* ha logrado, como resultado de esfuerzos tenaces y sangrientos, el restablecimiento de la constitución de 1923 — derogada en 1930 — que reconoce a Inglaterra la dirección de las relaciones exteriores y el mantenimiento de la paz interna; la amenaza más grave para el Imperio es el movimiento ya estudiado nacionalista de la *India*. Ambos países aspiran a su independencia completa.

A pesar de los estragos que padeciera, Francia logró primero, mejor que cualquier otro país, salvar su equilibrio político, económico y social, dando así pruebas de la capacidad para reponerse que mostró en todas las épocas de la Historia. Si bien no pudo evitar una crisis financiera, señalada por la *depreciación del franco*, en cambio la formación de un ministerio de unión nacional, presidido por *Poincaré*, tuvo por resultado el restablecimiento necesario: contóse la caída del franco y se estabilizó el franco en 1/5 de su antiguo

valor (1928). Pero la agravación de la situación económica, la carga de los impuestos, el descontento de una juventud sin emplear, engendraron en 1934 una nueva crisis política: un intento de motín, el 6 de febrero, tuvo por consecuencia la caída de los gobiernos izquierdistas y la formación de un nuevo ministerio de unión nacional, bajo la presidencia de *Doumergue*. El régimen republicano y democrático parece que no puede vivir sino a condición de que se vaya transformando hondamente. Esto es lo que se ha propuesto, desde las elecciones de 1936, el gobierno surgido del Frente popular, presidido por el jefe del partido socialista, *León Blum*.

ORIENTE
EXTREMO
ORIENTE

La guerra había traído consigo la desmembración del imperio turco al par que la de Austria y Hungría. Pero las condiciones del tratado de paz se modificaron en gran parte por la resistencia del gobierno de Ankara dirigido por un jefe enérgico, *Mustafá Kemal*. Tras dos años de guerra (1921-1922), los griegos vencidos tuvieron que evacuar el Asia menor. El tratado de *Lausana* (1923) devolvió a los turcos *Anatolia* toda, *Andrinópolis* y el dominio de los *Estrechos*. *Mustafá Kemal* consiguió de las potencias la abolición del régimen de las «Capitulaciones». Finalmente, transformó el sultanato de la antigua Turquía en una República democrática y laica.

El resto de Turquía asiática, fué reorganizada por Francia e Inglaterra por mandato de la Sociedad de las Naciones. Francia pacificó *Siria* dividiéndola en varios Estados autónomos. Inglaterra creó el reino aliado del *Irak*. De acuerdo con las promesas hechas por los Aliados durante la guerra, *Palestina* se convirtió en una «sede nacional del pueblo judío» bajo inspección inglesa; pero este renacimiento nacional judío o *Sionismo* tropieza con la resistencia de los árabes.

En Extremo Oriente, durante la misma guerra, la derrota alemana y la revolución rusa habían reforzado la situación del Japón. Dueños de *Kiao Cheú*, de las islas *Carolinas* y *Marshall*, se habían esforzado los japoneses en arrancarle a China importantes privilegios económicos; habían ocupado a la *Siberia* oriental. Contra esta extensión del poderío japonés, que inquietaba al mismo tiempo a los patriotas chinos, a los Estados Unidos, a los Dominios británicos y a Rusia, no tardó en producirse una reacción: en la conferencia de

Washington (1921-1922) hizo el Japón grandes concesiones, reconociendo el principio de la integridad de China y el de «la puerta abierta» — igualdad de las potencias en el terreno económico en China —, y evacuó sucesivamente *Changtung* y *Siberia*. Pero desde entonces, bajo la influencia del partido militar y nacional que comenzó a predominar, el Japón ha vuelto a la política de expansión, favoreciendo la independencia de *Manchuria* quien, de hecho, quedó bajo su protectorado (1932). Su aspiración que China del Norte y la *Mongolia* interior estén bajo su tutela, ha desencadenado en 1937 una guerra cuyos resultados y consecuencias son difíciles de prever.

LA SOCIEDAD
DE LAS
NACIONES

El deseo principal de los combatientes en la Gran Guerra había sido el que se creara un orden nuevo internacional capaz de impedir la vuelta de tamañas matanzas. Este movimiento pacifista vino a parar, bajo la impulsión del presidente *Wilson*, en el pacto inserto a la cabeza del tratado de *Versalles* instituyendo una *Liga de las Naciones*.

En virtud de dicho Pacto comprométense los miembros de la Liga de las Naciones a reducir sus armamentos «hasta el grado mínimo compatible con la seguridad nacional», en respetar mutuamente «su integridad territorial y su actual independencia política», en someter sus contiendas al arbitraje, en no acudir a la guerra en caso alguno antes de la expiración de un plazo de tres meses siguiendo a la sentencia de los árbitros. Ejércese la acción de la Liga por un *Consejo Director* — delegados permanentes de las grandes potencias o electos por las demás —, por una *Junta general* de los delegados de los Estados miembros de la S. D. N. reunida cada año en Ginebra, por una *Secretaría permanente* en Ginebra, por varios organismos internacionales relacionados con ella, la *Corte permanente de Justicia internacional* en La Haya, la *Oficina Internacional del Trabajo* en Ginebra.

Agrupada la Liga de las Naciones a los más de los Estados del globo. Sin embargo no era y aún no es universal. Nunca aceptaron los Estados Unidos formar parte de ella. Apartóse el Brasil de ella en 1926. Admitida Alemania en 1926, también se separó, así como el Japón (1933-1934). En cambio, el año 1934 vió la adhesión de la U. R. S. S. que se había quedado siempre fuera de la Liga.

Era la creación de tan importante organismo internacional tan atrevida innovación que parecía dudoso su éxito dentro de tan trastornado mundo. No se había previsto medio eficaz alguno para asegurar la ejecución de las decisiones adoptadas en Ginebra. Como quiera que no representara la S. D. N. sino una fuerza moral, dependía y depende su porvenir de la buena voluntad y de la conformidad de las potencias que disponen de la fuerza material. No obstante se puso con ánimo a la obra: las sentencias de arbitraje relativas a las islas de *Aland* y a la *Alta Silesia* pudieron ejecutarse. Intervino el Consejo de la Liga para impedir la guerra entre Grecia y Bulgaria (1925), entre Bolivia y Paraguay (1928). Custodió la administración del territorio del Sarr (sometido a plebiscito en 1935), de Dantzig, de los territorios con mandato, antiguas provincias turcas o colonias alemanas. Es fiador de los derechos de las minorías en la Europa central y oriental.

EL
PROBLEMA
DE LA PAZ

El problema capital que la Liga de las Naciones debe procurar resolver es el del desarme combinado con nuevas garantías de paz y seguridad.

Pero dicho problema tropieza con dificultades increíbles. En vano se arregló la *limitación temporal de los armamentos navales* entre las potencias con los convenios de Wáshington (1922) y Londres (1930). En vano garantizaron los *convenios de Locarno* (1925), negociados principalmente por Briand y Stresemann, la inviolabilidad de las fronteras entre Alemania, Francia y Bélgica. En vano firmaron los más de los Estados, por invitación de los Estados Unidos, un pacto solemne de renuncia a la guerra, llamado *pacto Briand-Kellogg* (1928). En vano el ministro francés, Briand, quien consagró los últimos años de su vida a esta tarea de la organización de la paz, sometió al estudio de los gobiernos de Europa un *proyecto de federación europea* dentro del marco de la Liga de las Naciones (1930). Murió Briand cuando se reunía la Conferencia del desarme (1932), y en dos años de debates, no logró dicha Conferencia ningún resultado patente.

Por esto el porvenir queda incierto. ¿Cuál de ambas fuerzas de paz o de guerra se llevará la ventaja? Nadie puede predecirlo. Pero todos saben que en tan temible duelo se juega la vida de la civilización europea.

CAPITULO XXV

LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES EN
LA EPOCA CONTEMPORANEA

I

LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO

CARACTERES
GENERALES

En toda Europa, después de 1815, la actividad intelectual se manifestó intensamente, tras el forzoso paréntesis de las guerras y el despotismo napoleónico. Como en la vida política, la vida intelectual, especialmente en la primera mitad del siglo, se manifiesta como una lucha contra la tradición: existe un vigoroso esfuerzo de rejuvenecimiento, de renovación y de creación.

Pero no sólo despierta la actividad intelectual, sino que su *medio social* tiende a ampliarse, como consecuencia de las transformaciones producidas por la revolución, del desarrollo de la vida política, del número creciente de libros, diarios y revistas. Los «salones», tan importantes en el siglo XVIII, ya no existen o no cuentan. El público que se interesa por las cosas del espíritu no es ya solamente la sociedad mundana.

El siglo XVIII había sido de espíritu cosmopolita: era al mismo tiempo europeo y francés, pues éste había conquistado todas las clases altas del extranjero, sin excluir a los reyes, como se ha visto al hablar de Voltaire. Sin embargo, desde el fin del siglo, la vida intelectual tendió a la nacionalización. Esta tendencia se afirmó en el período siguiente, en que todas las nacionalidades tratan de fortalecerse y tomar conciencia de sí mismas. Sin embargo, los acontecimientos políticos, guerras, emigración, propaganda liberal, han

creado una red de lazos intelectuales por encima de las fronteras.

Entre los principales focos de actividad, Francia, Alemania, Inglaterra, se establecen corrientes de intercambio. Las influencias extranjeras penetran por todas partes en Francia: las obras maestras de Dante, del Tasso, de Milton o de Shakespeare, parecen haber sido más familiares a los burgueses de esta época que a nuestros contemporáneos.

El rápido desarrollo de los conocimientos humanos determinó la especialización, que, como vimos, es un aspecto de la división del trabajo. Esto es cierto especialmente para el trabajo intelectual, pero se observa en todas las esferas de la inteligencia. La filosofía y las ciencias mismas, hasta entonces tan estrechamente ligadas, van a disociarse y cada una tendrá existencia propia.

CAUSAS Y
CARACTERES
DEL
PROGRESO
CIENTIFICO

Los grandes progresos científicos realizados en este período han sido debidos no solamente al genio inventivo de los sabios, sino también a una mejor organización del trabajo, y al perfeccionamiento de los métodos científicos, principalmente en Francia y en Alemania.

En Francia esta mejora fué obra de la Revolución: las grandes escuelas fundadas u organizadas por la Convención — Museo, Escuela Politécnica, Escuela Normal Superior — se convirtieron en seminarios científicos donde los sabios daban una enseñanza regular, formaron numerosos alumnos, dispusieron de bibliotecas, colecciones y laboratorios. A partir de 1810 ocurrió lo mismo en la Universidad de Berlín y después en las demás Universidades.

El rasgo característico del progreso científico en la primera mitad del siglo XIX es la elaboración de los métodos y de los grandes principios teóricos, gracias a los cuales se han constituido las diferentes ciencias modernas, en estrecha relación mutua.

La ciencia se ha diversificado y unificado a la vez: diversificado por la complejidad creciente de sus investigaciones, unificado por la generalidad de sus principios.

Por otra parte, las aplicaciones prácticas de las ciencias se multiplicaron y contribuyeron al progreso científico; desde entonces comienza un fecundo cambio de servicios entre

la industria y la ciencia: los descubrimientos científicos abren vías nuevas a la industria y la industria, por su parte, plantea nuevos problemas a las ciencias, suscitando nuevas investigaciones y nuevos descubrimientos. Hemos visto que el ferrocarril, los barcos a vapor, el telégrafo eléctrico, datan de este período. En el siguiente su expansión revolucionará al mundo, y el progreso científico se manifestará en todo su poder de transformación.

RENOVACION
DE LAS
LETRAS Y LAS
ARTES

La primera mitad del siglo XIX se caracteriza, en las letras y en las artes, sobre todo después de 1815, por una verdadera renovación. Desde la época del Renacimiento no se había visto un impulso creador semejante, ni tanto entusiasmo, exaltación y emulación entre las diversas escuelas y entre los componentes de una misma escuela.

La corriente dominante es la que aleja a los espíritus de la tradición clásica y los lleva hacia lo que se ha llamado el *romanticismo*.

El romanticismo se manifestó en Francia bajo la Restauración y la monarquía de Julio. Pero es un movimiento internacional, cuyos orígenes deben ser buscados en Alemania y en Inglaterra tanto como en Francia.

DECADENCIA
DE LA
TRADICION
CLASICA

Diderot y Rousseau, como se ha visto, habían orientado los espíritus en las vías naturales, exaltando los corazones, despertando en ellos el amor apasionado de la naturaleza. Pero si su influencia había sido profunda desde el punto de vista político, literariamente había sido muy restringida. A principios del siglo XIX la *literatura francesa seguía fiel al ideal clásico*.

El clasicismo tenía por base la admiración de la antigüedad griega y latina, modelos de los que no era lícito apartarse. Las distinciones que los antiguos habían establecido entre los géneros, las reglas que habían trazado — o que se les atribuía — como la regla de las tres unidades del teatro, debían ser escrupulosamente respetadas. A la larga, este respeto por la antigüedad y por sus reglas se transformó en un culto supersticioso. Las obras literarias sólo tenían técnica, pero carecían de originalidad.

EL «MAL DEL SIGLO»

Esta literatura que miraba el pasado, aristocrática y rutinaria, contrastaba con la grandeza de los acontecimientos contemporáneos, los trastornos revolucionarios, la epopeya napoleónica, la renovación política y social.

Las circunstancias históricas orientaron los espíritus hacia el romanticismo. Los jóvenes cuya infancia había transcurredo bajo la Revolución y el Imperio, hombres ya después de 1815, transportaron al dominio del arte su sed de grandeza y de gloria, una especie de pasión exaltada que no había cómo aplicarla a la acción.

De las conmociones pasadas quedaba a estas generaciones una fiebre que nada podía curar, y encontraron nuevas fuentes de inspiración en sus desilusiones, su tristeza inconsolable, lo que se ha llamado el «mal del siglo».

ORIGENES DEL ROMANTICISMO

Mientras el clasicismo francés perdía todo vigor creador, un brillante renacimiento literario, inspirado por concepciones muy diferentes del ideal clásico, se manifestaba en Alemania y en Inglaterra.

Alemania había sido influida literariamente por Francia hasta mediados del siglo XVIII. Después trabajó por librarse de ella y crearse una literatura nacional. Estos esfuerzos condujeron a fines del siglo XVIII a una magnífica eclosión: dos grandes escritores, *Goethe* (1749-1832) y *Schiller* (1759-1805), renovaron todos los géneros literarios.

Werther, el protagonista de la famosa novela epistolar de Goethe, que la juventud leyó afiebradamente, era el primer tipo de héroe romántico dominado por una pasión fatal; después de haber vuelto a hallar la pura fuente clásica en su tragedia *Ifigenia en Tauride* (1787), Goethe publicó un drama filosófico, su obra capital, el primer *Fausto* (1798).

Schiller, rompiendo con todas las tradiciones, buscando sus asuntos unas veces en la ficción pura, otras en la Edad Media o la historia moderna, escribió sus dramas *Los Bandidos* (1782), *Wallenstein* (1798), *Guillermo Tell* (1804); en sus baladas canta las viejas leyendas de un modo apasionado que llega al corazón. La novela, el drama, la poesía lírica, tales debían ser los géneros preferidos del romanticismo.

Inglaterra, después de Alemania, siguió el mismo camino.

La publicación de las *Baladas líricas* (1798), de dos jóvenes poetas *Wordsworth* y *Coleridge*, marca el nacimiento de una poesía nueva, emotiva, humana, sensible a las bellezas de la naturaleza. Las pintorescas novelas del escocés *Walter Scott* (1771-1832) pusieron de moda la Edad Media, las leyendas de Escocia, una multitud de temas históricos a que pudo recurrirse para reemplazar los asuntos mitológicos y antiguos.

El contacto de los franceses con los extranjeros, como consecuencia de la emigración y de los destierros, los puso en el camino del romanticismo. Dos fueron los iniciadores del romanticismo francés: *Madame Stael* y *Chateaubriand*.

Madame de Stael (1766-1817) era hija del ministro Necker. Había vivido en Suiza, durante el Terror. Viajó por Alemania e Italia cuando la hostilidad de Napoleón la exiló de París. Inteligencia prodigiosamente viva y amplia, espíritu verdaderamente europeo, reveló Europa al público francés con su libro *Corina* (1807) y sobre todo por su libro *De la Alemania*, que destruido en Francia por orden de Napoleón, apareció en Londres en 1813. Ella misma, apasionada, perseguida, sublevada contra todas las violencias, fué como una primera heroína romántica.



GOETHE (1749 - 1832)

En la época de que data este retrato, Goethe ya está lejos del romanticismo de *Werther*. Un viaje por Italia, el estudio de las ciencias, la filosofía antigua lo aproximaron al clasicismo del que hizo una doctrina de sabiduría y de armonioso equilibrio. A partir de *Ifigenia* (1787) sus obras son de más en más serenas y y "olímpicas", hasta su segundo *Fausto* que apareció después de su muerte. Espíritu casi universal, Goethe brilló en todos los géneros literarios: drama, poesía, novela, crítica: Se apasionó también por las ciencias e hizo interesantes descubrimientos en anatomía comparada y en fisiología vegetal.

Más aguda todavía fué la influencia de Chateaubriand (1768-1848), gentilhombre bretón, emigrado primero a Alemania y después a Inglaterra. Sus principales obras aparecieron bajo el Consulado y el Imperio: *Atala* y *René*, confidencias apasionadas en forma de novela; el *Genio del Cristianismo*, apología vibrante de la religión cristiana como fuente de inspiración artística; *Los Mártires*, epopeya cristiana en prosa. En sus obras ya aparecen todos los caracteres del romanticismo: visiones coloridas, exaltación enfermiza, amarga melancolía.

EL PROGRAMA
DEL
ROMANTICISMO

Todas estas influencias reforzadas por numerosas traducciones de las obras maestras de la literatura extranjera, acabaron por prevalecer en Francia después de 1815 y determinaron la eclosión del romanticismo.

Los románticos se opusieron radicalmente a los clásicos: pretendieron ser de su tiempo y hacer obra moderna.

Mientras los classicistas se volvían a la Antigüedad y al siglo XVII, los románticos tomaron como modelos los grandes escritores extranjeros de la Edad Media o de los Tiempos Modernos: el Dante, el Tasso, Shakespeare, Goethe, Schi-



CHATEAUBRIAND (1768-1848)

Retrato por Girodet, Museo de Saint-Malo

Chateaubriand en 1809, a los 41 años, en el momento de la publicación de *Los Mártires*. El pintor lo ha representado apoyado contra un muro donde trepa la yedra. El viento levanta los bucles de su cabellera. La mirada se pierde en la lejanía. La boca es desdeñosa, la fisonomía es melancólica: Chateaubriand, adulado por sus contemporáneos, se quejaba del "peso de la vida". El puso de moda, la vaga tristeza que se llamó el "mal del siglo". Chateaubriand fué el precursor de ese gran renacimiento literario que fué el romanticismo en Francia.

ller, Byron. Como ellos, para aproximarse lo más posible a la realidad y a la vida, desecharon todas las reglas y todas las distinciones de géneros. Así, a la tragedia y a la comedia clásica opusieron el drama.

La literatura clásica era impersonal: los escritores estudiaban y alambicaban al hombre en general, no se ponían en escena y no tomaban al público por confidente de su vida. Los románticos, en cambio, buscaron en sí mismos, en sus sufrimientos y en sus alegrías íntimas la fuente de su inspiración. Sus poemas eran el eco de su corazón; de aquí el auge de la poesía personal o lírica.

Con el drama y la poesía lírica los géneros literarios que



BEETHOVEN (1770-1827)

Retrato pintado en 1814 por Letronne

Nacido en Bonn, de origen flamenco, Beethoven vivió sobre todo en Viena, que fué el principal centro musical de Alemania. Ninguna vida de artista fué más dolorosa que la suya: a los 26 años experimentó los primeros ataques de sordera, y vivió desde entonces, como emparedado en sí mismo. Entre todos sus retratos, éste es, sin duda, el más fiel, pues corresponde rasgo por rasgo, a la máscara tomada sobre el rostro del músico después de su muerte. Beethoven tenía cabellos negros, extraordinariamente espesos y erizados, rostro ancho y rojizo, nariz corta y ancha en su extremidad, y fuertes mandíbulas. Los que lo conocieron cuentan que en sus accesos de inspiración "los músculos de su cara sobresalían, sus venas se hinchaban; los ojos salvajes se hacían doblemente terribles; la boca temblaba; tenía todo el aspecto de un encantador vencido por los demonios que había evocado".

tuvieron más éxito fueron la novela y la historia. Las *novelas* aparecieron en cantidad considerable, especialmente a partir de 1836, cuando los diarios comenzaron a publicarlas bajo forma de folletines. La *historia*, que hasta entonces no había sido sino un repertorio seco e incoloro de hechos y de fechas, fué vivificada por el cuidado del color local, que Chateaubriand, Schiller, Walter Scott, habían puesto a la moda.

EL TRIUNFO
DEL
ROMANTICISMO

De 1820 a 1830, los románticos libraron una encarnizada batalla para hacerse tomar en serio y para imponerse al público letrado. La lucha comenzó por un éxito deslumbrante, la publicación de las *Meditaciones poéticas* (1820), obra de un joven escritor hasta entonces desconocido, *Lamartine*.

La siguieron otras obras y la lucha se enconó: los jóvenes románticos trataron a los clásicos de *viejos pelucones*; un clásico decía que «el romanticismo era una enfermedad, como el sonambulismo o la epilepsia, a lo más, el tema de una tesis de medicina».

Desde 1830, el romanticismo triunfaba. La entrada de *Victor Hugo*, su jefe, en la Academia Francesa, consagró su victoria. Otros románticos alcanzaron gran éxito. De ellos son todavía populares *Alfredo de Musset* como poeta y *Honorato de Balzac* como novelista.

Entre 1820 y 1830, Francia fué el principal hogar del romanticismo. Sin embargo, los dos países precursores, Alemania e Inglaterra, tuvieron en el mismo período una intensa actividad: *Enrique Heine*, alemán, y *Dickens*, inglés, son los que todavía mantienen la popularidad.

En Italia apareció, como prosista, *Manzoni* (1785-1873) cuya obra *Los novios* es popularísima; como poeta, *Leopar-di*, espíritu dolorido y atormentado. En 1842 se publicaron los famosísimos *Cuentos del danés Andersen* (1805-1875).

LAS ARTES
PLÁSTICAS

La lucha de clásicos y románticos no se limitó a la literatura: se extendió también a las artes plásticas, sobre todo la pintura.

La lucha fué ardiente en Francia y especialmente en París. Al principio, mientras en Francia comenzaba el romanticismo, en España y en Inglaterra aparecían vigorosas tentativas de reacción contra el clasicismo. *Goya* es uno de los

grandes pintores de esta época. Retomando la gran tradición de Velázquez, es un realista en cuyas obras revive toda España con sus mascaradas, sus procesiones, sus suplicios o las escenas de horror de la guerra de la independencia. *Goya* es un clásico por su sobriedad y la ciencia del dibujo, pero por su ardor secreto, por el calor de su colorido, por la simplicidad audaz de sus toques, es un innovador que anuncia no sólo el romanticismo sino también el realismo contemporáneo.

Los jefes del romanticismo pictórico fueron *Géricault*, muerto prematuramente, a quien reemplaza *Delacroix*, que debe luchar contra el inglés *Ingres*, jefe de los clásicos: se renovaba la eterna querrela entre el dibujo y el color.

LA MÚSICA

A la gloria de este período hay que agregar una admirable producción musical. Aquí también hay clásicos y románticos. Sin embargo, las más grandes obras, por originales que sean, se vinculan fuertemente a la tradición del siglo precedente, creador de la *sonata* y de la *sinfonía*.

Alemania ejerció en la música un dominio incontestable: *Beethoven* (1770-1827) en primer término. Clásico por la claridad de sus composiciones y el desarrollo de sus temas, romántico por el lirismo de su inspiración nacida de lo más profundo de su corazón, *Beethoven* escribió nueve grandes Sinfonías, la última de las cuales, la *Sinfonía con coros* (1824) es un himno a la alegría, en que, por un esfuerzo sobrehumano, logró dominar sus sufrimientos físicos y morales, — sordera casi completa, pobreza, soledad.

Weber, que renovó la ópera; *Schubert* y *Schumann*, son más románticos, tienen una sensibilidad vibrante, el ardor apasionado, el amor de la naturaleza, la predilección por las leyendas populares.

II

LOS ÚLTIMOS NOVENTA AÑOS

EL PROGRESO
GENERAL
DESDE 1850

Desde mediados del siglo pasado, es decir, en noventa años — tiempo brevísimo dentro de los cinco mil años aproximados de historia — ha habido más cambios que en los miles de años

anteriores. *El rasgo fundamental de la época contemporánea es la rapidez de las transformaciones.*

De estas transformaciones, las más destacadas son las que han afectado a la civilización material. En efecto, desde los comienzos de los tiempos históricos, cuando la industria de la piedra cedió su puesto a la metalurgia, el instrumental humano no había cambiado en lo fundamental: hay poca diferencia entre la técnica del artesano francés del siglo XVIII y la de los artesanos del antiguo Egipto, tal como nos lo revelan las pinturas de las tumbas.

La transformación comenzó a producirse a fines del siglo XVIII, en Inglaterra. Muy localizada y muy lenta al principio, se generaliza y acelera a partir de 1850, más o menos. Se puede decir que la humanidad entró en una nueva era: la edad de la máquina o de la civilización científica.

Más o menos rápidas, otras transformaciones han afectado la estructura política y social de la humanidad. Ha habido un formidable crecimiento de la población, especialmente de las clases obreras. La importancia relativa de los Estados y su organización interior ha sido profundamente modificada. La actividad humana ha abarcado toda la superficie del globo. Donde antes no había sino desiertos, han surgido nuevos estados. Las relaciones internacionales se han multiplicado, planteando nuevos problemas o renovando los viejos. Las guerras son ahora tan destructivas que constituyen verdaderos cataclismos. La Gran Guerra, por ejemplo, convulsión toda Europa y puso en peligro su civilización. Después las guerras han sido más destructivas aún.

¿A qué poderosa influencia pueden deberse tantos y tan prodigiosos cambios? Incontestablemente a la Ciencia: ella ha comenzado modificando la evolución económica primero, y por contragolpe, la evolución política y social.

Todos los países civilizados han comprendido la importancia de la ciencia y se han esforzado en perfeccionar la organización del trabajo científico. Esta obra la han realizado unas veces los estados y otras los grandes industriales.

La enseñanza científica no ha cesado de desarrollarse en las escuelas secundarias, en las universidades, escuelas e institutos técnicos, cada día más numerosos y más frecuentados. Las exigencias de esta enseñanza, y más todavía las de la industria, han determinado un crecimiento del personal cientí-

fico — sabios y técnicos, — un incremento paralelo de los laboratorios, un mejoramiento cada día mayor de su instrumental y por consiguiente, la extensión progresiva de las investigaciones y de la producción científica. Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos marchan a la cabeza en este punto.

CAUSAS
PRINCIPALES
DE LAS TRANS-
FORMACIONES

La vida intelectual en el período contemporáneo ha sido influida profundamente por los grandes cambios que se han producido en el orden económico, político y social. Dos hechos esenciales parecen dominar esa evolución: el progreso científico y el progreso democrático.

Se sabe cuan amplio ha sido el progreso científico en este período: la ciencia ha tomado, en cierto modo, la dirección de la civilización entera. Además ha influido, con mayor o menor intensidad, en todas las formas de la actividad intelectual: ha suministrado a los artistas nuevas técnicas, a los pensadores, a los escritores, nuevas concepciones y nuevos métodos de trabajo; a todos nuevas fuentes de inspiración. Su influencia se ha extendido y se extiende de día en día, como lo prueban los mismos ataques que se le hacen.

La influencia del progreso democrático no es menos grande. Hay dos instituciones, democráticas por excelencia, que han adoptado casi todos los países civilizados: el sufragio universal y la instrucción universal. Ambas han producido un considerable aumento del público, que a su vez ha producido un rápido aumento de la producción intelectual. El número de lectores de libros, revistas y diarios, el número de espectadores de las representaciones teatrales, el número de visitantes de los museos y de las exposiciones, el de auditores de los conciertos ha aumentado desmesuradamente en medio siglo. Una novela argentina ha podido pasar los 136.000 ejemplares y una española los 160.000, en castellano, llegando a mucho más de 2.000.000 al ser traducida al inglés en los Estados Unidos. El tiraje de los diarios europeos llega a más de un millón; en Buenos Aires, con frecuencia se pasan los 300.000. Esta difusión de la cultura ha traído una transformación en las condiciones del trabajo intelectual cuando éste se dirige al gran público.

VARIEDAD
DE LAS
CORRIENTES
Y DE LAS
OBRAS

Para responder a las exigencias de este público innumerable, la producción intelectual se ha hecho a la vez más abundante y más variada. En el cuadro cada vez más amplio de la actividad contemporánea, hay lugar para todo y para todos, desde la fidelidad estricta a las tradiciones hasta las innovaciones más revolucionarias. El período precedente había sido marcado por una corriente poderosa, el romanticismo, y por la gran batalla entre clásicos y románticos. El período contemporáneo, más complejo, está caracterizado sobre todo por la extrema variedad de las tendencias, escuelas y obras. Entre ellas ha habido y hay batallas intelectuales encarnizadas. La diversidad de la vida intelectual ha aumentado a medida que se ha deslocalizado. Sin duda, Francia sigue siendo en el dominio literario y artístico el centro más activo, el principal núcleo de radiación y de atracción. Los demás países de Europa continúan expresando su genio creador, variable según los países, delicado y realista en Inglaterra, intensamente dramático en Rusia, con mucha intervención de lo maravilloso en los países escandinavos. Fuera de Europa los países de América han comenzado a definir sus personalidades literarias, algunas de cuyas obras han llegado a ser traducidas en Europa.

El intercambio entre todos los pueblos se ha multiplicado. Se ha establecido el contacto entre el Occidente y el Extremo Oriente, tan rico de fuerzas espirituales. Se puede decir que la vida intelectual, como la económica y la política tiende, en nuestros días, a internacionalizarse.

LAS
DOCTRINAS
FILOSÓFICAS
Y SOCIALES

El prodigioso desarrollo de las ciencias en el período contemporáneo ha sido durante algunos años la principal frente de las meditaciones filosóficas. De aquí han surgido dos corrientes de sentido opuesto: las doctrinas cientistas que han tomado a la ciencia como punto de apoyo y guía; y las doctrinas anticientistas.

La reacción contra el ciencismo ha concluido: la ciencia es ciencia, con métodos propios; la filosofía es filosofía, también con métodos diferenciados.

EL
REALISMO

El ciencismo, en arte, es el realismo, reacción contra el romanticismo. Este había pecado por exceso de imaginación, de sensibilidad, de entusiasmo y de lirismo. Las circunstancias históricas, el medio y las nuevas doctrinas, por otra parte, contribuyeron a inclinar los espíritus hacia el realismo.

El realismo presenta diversas tendencias. Sus caracteres comunes son oponer a las visiones imaginarias o fantásticas de los románticos, *la observación exacta, precisa y minuciosa de la realidad*. Por esto el arte realista utiliza los procedimientos de las ciencias de la observación y de la erudición: pretende ser un arte científico; el escritor acumula los materiales como el historiador o el naturalista, y de preferencia, las notas tomadas *sobre lo vivo*.

Creyéndose científico, el arte realista quiso ser tan impersonal como la ciencia y por esta tendencia a la impersonalidad vino a reunirse a la tendencia clásica. Los románticos habían exagerado la confidencia de sus pasiones y de sus emociones; los naturalistas dijeron que «el artista no debe aparecer en la obra más que Dios en la naturaleza».

EL
NATURALISMO

El naturalismo triunfó, después de algunas luchas, durante el Segundo Imperio. Después, exagerando sus propias tendencias y especialmente sus pretensiones científicas, evolucionó hacia el *naturalismo*, es decir, la literatura fisiologista y experimental.

Los escritores realistas se esforzaron en «dar al público trozos de vida». Los naturalistas, más ambiciosos, pretendieron hacer obra de sabio que experimenta y saca conclusiones.

La reacción no podía demorar, y en 1887 un grupo de escritores protestó en un manifiesto contra la impostura de la literatura verídica. Obedeciendo a influencias múltiples, los espíritus se orientaron al fin del siglo XIX en nuevas direcciones, tan divergentes que este último período está caracterizado por una especie de anarquía intelectual.

Es casi imposible definir con precisión todas las corrientes que se entrecruzan y todas las influencias que se ejercen. Es necesario destacar la influencia de las literaturas extranjeras, principalmente de la novela rusa y del drama escandinavo.

El movimiento realista y naturalista se había propagado por toda Europa. *Dostoievsky* y *Tolstoy*, dos grandes escritores rusos, son realistas, pero profundamente humanos, llenos de caridad y de pasión, tanto, que Tolstoy evolucionó hacia un anarquismo evangélico y llegó a ejercer una especie de apostolado. En los potentes dramas del músico alemán Ricardo Wagner, del escritor noruego *Ibsen*, la realidad exterior no es sino un símbolo, una decoración detrás de la cual se desarrolla el verdadero drama, impregnado de misterio. Las generaciones posteriores, con el inglés *Kipling*, el italiano *D'Annunzio* exaltaron el despliegue de las energías humanas y nacionales.

Pronto el naturalismo pareció insuficiente y vulgar. Hubo un corto período en que el *simbolismo* triunfó en los cenáculos, aunque no en el público. Pero el realismo, desprovisto de exageraciones, conservaba numerosos adeptos. Se asistía también a un retorno ofensivo del romanticismo, del clasicismo. El rasgo más saliente de la literatura, en vísperas de la Gran Guerra, era la importancia creciente por las preocupaciones sociales, morales, religiosas. Había escritores socializantes, otros se hicieron teóricos del nacionalismo, otros se inclinaron al misticismo cristiano. La literatura se había hecho militante.

LAS
BELLAS ARTES

El movimiento artístico especialmente en el dominio de la pintura es inseparable del movimiento literario. Los artistas han librado las mismas batallas que los escritores, si bien las luchas han sido más rudas entre aquéllos. En efecto, las artes plásticas — y la música — tienen cada una su técnica especial: entra en cada obra de arte una parte de oficio, cuya importancia es grande y que no puede ser apreciada sin una previa iniciación. De allí la incertidumbre del público, que se ha agravado a medida que ese público ha aumentado en número. De allí la incompreensión con que han chocado a menudo grandes artistas, y los elogios desmedidos prodigados a los discípulos buenos o hábiles.

Así se explica que, en la época actual, nuestras plazas públicas y aún nuestros museos estén atestados de obras que nada tienen de común con el arte propiamente dicho. La vida artística — reaccionando contra el régimen autoritario

de las instituciones oficiales — ha adquirido un carácter más liberal, casi anárquico: se han formado numerosos salones, correspondientes a las principales agrupaciones de artistas; las galerías de exposiciones pertenecientes a comerciantes se han multiplicado.

¿Puede concluirse de ello que las nuevas condiciones sean más favorables a la producción de la obra de arte? Nada menos cierto. A la extensión del público y del comercio corresponde el desarrollo de la publicidad abusiva, la intrusión de los métodos comerciales y hasta de la especulación financiera en un dominio en el que su influencia es nefasta.

LA
PINTURA

La historia de la pintura bajo el Segundo Imperio, como la de la literatura, se caracteriza por el desarrollo de las tendencias realistas, por la preocupación de restablecer un estrecho contacto con la naturaleza, estudiarla e interpretarla lo más sinceramente posible.

Siguiendo el camino abierto por Corot, Millet y Courbet (1819-1877), el realismo se continuó bajo la forma del *impresionismo* cuyos principales representantes fueron *Manet* (1832-1883), *Renoir* (1841-1919) y el paisajista *Claudio Monet* (1840-1926).

Los impresionistas — denominación que expresaba la tendencia a fijar sobre la tela las impresiones del momento, hasta las más fugitivas — produjeron en el primer momento una sensación de desconcierto, tanto mayor, cuanto que, abandonando la luz ficticia de los estudios, inauguraron una técnica nueva, una pintura clara, apropiada para producir los efectos del aire libre, a plena luz. Por una audaz aplicación de las leyes de la óptica, practicaron la *división del tono*, es decir, que en lugar de mezclar los tonos en la paleta, los yuxtapusieron en la tela. De cerca no era sino una mezcla de colores; a cierta distancia los tonos se mezclaban y armonizaban. Pero, siguiendo los juegos cambiantes de luz, perdían de vista los objetos mismos, su forma y densidad.

Las nuevas generaciones se cansaron de esos juegos de artificio y buscaron nuevas enseñanzas.

Las hallaron principalmente en la obra de *Cézanne* (1839-1906), pintor originario de Provenza que había vivido y trabajado solitariamente, esforzándose en traducir en variacio-

nes coloreadas, no ya los juegos de luces, sino la estructura de las cosas, los volúmenes en el espacio.

Bajo su influencia, la pintura recobró el gusto por el *orden* y la *construcción*; por rodeos imprevistos tiende a volver al estilo clásico.

LA ESCULTURA Y LA ARQUITECTURA En razón de su técnica, la escultura evolucionó más lentamente que la pintura. Sin embargo, tuvo también sus innovadores, que apartándose de las fórmulas convencionales, rejuvenecieron las tradiciones y sostuvieron la lucha por la libertad y la sinceridad artísticas.

De las tres artes mayores, la arquitectura es la que más tardó en desprenderse de la rutina académica. El período contemporáneo ha sido para ella de tanteos y ensayos. Es necesario buscar la causa en la evolución de la técnica, que ha puesto a los arquitectos en posesión de medios nuevos, pero que ha turbado los hábitos adquiridos.

De allí, dos tendencias y

después de la tercera representación, Wagner renunció a hacer ejecutar su obra. No conoció la tranquilidad sino a partir de 1864, por la amistad generosa del rey Luis II de Baviera. Su ancianidad fué triunfal. Pudo hacer construir en Bayreuth, sobre sus planos y para servir de marco a sus dramas, el teatro lírico del que quería hacer "el templo nacional del arte alemán".



RICARDO WAGNER (1813-1883).

Wagner es uno de los genios más potentes del siglo XIX, uno de los que su influencia y la radiación espiritual han sido más grandes. Sin embargo, como todos los innovadores, fué discutido largo tiempo, atacado, obligado a luchar penosamente para vivir, hacerse conocer e imponerse. Todavía en 1860, los conciertos que dió en París y las representaciones de Tanhäuser levantaron tantas pasiones y tormentas como antaño la batalla de Hernani;



MANET: EN EL BALCÓN (1869).—Museo del Louvre.

Visión directa, de una franqueza un poco brutal, iluminación de frente, sinfonía en negro y blanco, plena luz y ropas blancas del primer plano haciendo contraste con la obscuridad en que está el interior de la habitación, desdén por las transiciones y las medias tintas que, en la realidad, el ojo no percibe; todo en este célebre cuadro es característico de la manera del pintor, tan original y tan nueva. La joven del abanico, acodada al balcón, es la discípula de Manet, Berta Morisot, que llegó a ser uno de los pintores mejor dotados de la escuela impresionista.

escuelas opuestas: mientras los *clásicos* atribuían a las viejas fórmulas un valor permanente y no querían apartarse de ellas, los *racionalistas* afirmaban que las formas arquitectónicas deben, lógicamente, adaptarse a las exigencias de la época.

Fué a principios del siglo XX que el empleo de una materia nueva, el *cemento armado*, ha producido una verdadera revolución arquitectónica, en provecho del racionalismo. Las condiciones técnicas de la construcción en cemento han obligado a los arquitectos a romper con todas las tradiciones. Una *simplicidad* llevada al extremo, el empleo de la *línea recta*, *planos desnudos*, *formas geométricas*, tales son los caracteres esenciales de la nueva arquitectura.

LA MÚSICA

Bajo el Segundo Imperio el gusto musical no estaba más desarrollado que el gusto artístico. El público no apreciaba más que las óperas italianas y francesas, cuyas melodías se retenían fácilmente.

En 1861 se inició una obra de educación musical, mediante conciertos que dieron a conocer al gran público las mejores obras de la música clásica.

Estos conciertos revelaron a *Ricardo Wagner* (1813-1883), el gran compositor alemán, desconocido o discutido durante largo tiempo, pero cuya influencia fué desde entonces preponderante.

Las obras de Wagner, substituyendo la vieja ópera por el *drama lírico*, eran una verdadera revolución del arte musical.

Al mismo tiempo que los dramas wagnerianos triunfaban en Francia, el arte francés comenzaba a producir obras fuertes y originales que iban a ponerle, por primera vez, a la cabeza del movimiento musical.

Bizet (1838-1875), no tuvo tiempo para dar todo lo que podía, pero después de haber escuchado *L'Arlesienne* (1872), y *Carmen* (1875), Nietzsche saludaba en él a un genio de la música.

Al principio del siglo XX, la música francesa se enriquecía con la obra de *Debussy* (1862-1918).

En el arte musical, como en los otros dominios de la vida intelectual, la palabra de orden es hoy: *renovación*.

INDICE

INDICE

| | Pág. |
|---|------|
| I. La Revolución Francesa. — I. El antiguo régimen en Francia. — II. La caída de la monarquía | 1 |
| II. La agitación revolucionaria. — I. La Asamblea Legislativa. — II. La Convención | 19 |
| III. El Directorio. — I. La reacción termidoriana. — II. La constitución del año III | 31 |
| IV. Del Directorio al Consulado. — I. La lucha contra Europa. — II. El Consulado | 41 |
| V. Napoleón Emperador. — I. El Imperio. — II. Las guerras de Napoleón | 58 |
| VI. El fin del Imperio | 77 |
| VII. La Restauración. — I. El Congreso de Viena. — II. La Restauración | 92 |
| VIII. Las monarquías constitucionales | 104 |
| IX. Las revoluciones de 1830 y 1848 | 114 |
| X. Las reformas en Inglaterra | 128 |
| XI. Segunda República y Segundo Imperio en Francia | 149 |
| XII. La cuestión de Oriente | 157 |
| XIII. La unidad italiana | 169 |
| XIV. La unidad alemana. La guerra franco-prusiana | 179 |
| XV. El Imperio Ruso | 192 |
| XVI. España | 200 |
| XVII. La Comuna Parisiense y la Tercera República. — Formación del Imperio colonial francés | 209 |

| | | |
|--------|---|-----|
| XVIII. | Los Imperios de la Europa Central. — I. Alemania. — II. Austria-Hungría | 220 |
| XIX. | Rasgos prominentes de la civilización contemporánea. — I. La industria y el comercio. — II. Las alianzas y la paz armada | 231 |
| XX. | Los descubrimientos científicos y su aplicación | 245 |
| XXI. | Las potencias coloniales secundarias | 265 |
| XXII. | El Extremo Oriente. — Rusia asiática hasta 1914. — China y Japón | 270 |
| XXIII. | La gran guerra 1914-1918. — La guerra de 1915 a 1918. — La intervención americana y la revolución rusa. — La derrota alemana y la paz | 281 |
| XXIV. | Consecuencias de la guerra | 308 |
| XXV. | Las letras, las ciencias y las artes en la época contemporánea. — I. La primera mitad del siglo. — II. Los últimos noventa años | 323 |

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 26 DE MARZO DE 1947, EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DIDOT, S. R. L.,
CALLE RONDEAU 3068, BUENOS AIRES.

CENTRO DE DOCUMENTACION
MUNICIPIO DE SAN ANTON
UNIATLANTICO

